

Ray BRADBURY

**CEMENTERIO
PARA
LUNÁTICOS**

Lectulandia

El Hollywood de 1950 es transformado en un mundo de maravillas por la magia de Bradbury: caracteres excéntricos, una intriga fantasmagórica y una vívida nostalgia. El excitado narrador acaba de ser contratado como guionista en uno de los grandes estudios. Una invitación anónima lo conduce a un cementerio separado de los estudios por una simple pared y al descubrimiento de un cuerpo congelado en el tiempo y listo para trepar desde la ciudad de los muertos a la ciudad de la luz. Un extraño misterio va desplegándose a través de una serie de raros encuentros: un director con monóculo, un actor que ha interpretado el papel de Jesús durante veinticinco años, productores filisteos, fanáticos cazadores de autógrafos y un genio de los efectos especiales... Mientras el narrador se precipita por una senda de pistas fantásticas, Bradbury evoca vívidamente el fascinante tiempo perdido en que un hombre podía componer su propia existencia con las promesas centelleantes de sus películas favoritas.

Lectulandia

Ray Bradbury

Cementerio para lunáticos

Otra historia de dos ciudades

ePub r1.0

Titivillus 01.09.16

Título original: *A Graveyard for Lunatics*

Ray Bradbury, 1990

Traducción: Laura Mahler

Ilustración de cubierta: Juanjo Ávila

Diseño de cubierta: Juanjo Ávila

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Con amor, a los vivos:
SID STEBEL,
que me mostró cómo develar
mi propio misterio;
ALEXANDRA, mi hija,
que ordenó nuestro desorden;
GEORGE BURNS,
que me dijo que era un escritor
a los catorce años.

Y a los muertos:
ROUBEN MAMOULIAN,
GEORGE CUKOR,
JOHN HUSTON,
BILL SKALL,
FRITZ LANG
y JAMES WONG HOWE.

Y a
RAY HARRYHAUSEN,
por razones obvias.

1

Había una vez dos ciudades dentro de una misma ciudad. Una era clara y la otra era sombría. Una era puro movimiento, mientras que en la otra todo era quietud. Una era cálida y la atiborraban luces siempre cambiantes. La otra era fría y piedras la aseguraban al lugar. Y cuando el sol caía por la tarde en Maximus Films, la ciudad de los vivos comenzaba a parecerse al cementerio de enfrente, Green Glades, que era la ciudad de los muertos.

A medida que se apagaban las luces y todo quedaba quieto y se enfriaba el viento que corría entre los edificios del estudio, una increíble melancolía entraba por las puertas de los vivos y recorría las calles sombrías, hasta el alto muro de ladrillos que separaba las dos ciudades dentro de una misma ciudad. De repente, las calles se llenaban de algo que era puro recuerdo. Pues aunque las personas ya no estaban, dejaban detrás estructuras pobladas de fantasmas de sucesos increíbles.

Porque se trataba de la ciudad más insólita del mundo, donde todo podía suceder y donde todo sucedía. En ella habían ocurrido diez mil muertes y, una vez producidas, la gente se levantaba riendo y se alejaba sin prisa. Manzanas enteras de viviendas eran incendiadas y no se quemaban. Sonaban las sirenas y los coches de la policía hacían chirriar los neumáticos al doblar las esquinas a toda velocidad, y luego los agentes se arrancaban el uniforme ajustado, se sacaban con crema el maquillaje naranja del rostro y regresaban caminando a los pequeños bungalows donde vivían, en ese mundo tan grande y en general tan aburrido.

Por aquí deambulaban dinosaurios, a veces miniaturas y a veces monstruos que se alzaban a veinte metros de altura, por encima de vírgenes semidesnudas que gritaban sin desentonar. Desde aquí partieron diversos cruzados que colgaron las armaduras y guardaron las lanzas a pocas calles de distancia, en Disfraces de Occidente. Desde aquí Enrique VIII hizo que rodaran unas cuantas cabezas. Desde aquí Drácula salía a merodear como carne y regresó como polvo. También se hallaba aquí el Vía Crucis, y un reguero de sangre que se llenaba sin pausa mientras los guionistas gemían camino al Calvario con una pila de borradores que apenas podían cargar, perseguidos por directores con azotes y montadores con cuchillas afiladas como navajas. Desde estas torres todos los días al ponerse el sol se llamaba a orar a los píos musulmanes, mientras las limusinas se alejaban con un susurro ocultando poderosos personajes detrás de cada ventanilla y los campesinos desviaban la mirada por miedo a quedarse ciegos.

Puesto que todo esto es cierto, con más razón aún se puede creer que, cuando

desaparecía el sol, se levantaban los antiguos moradores y la ciudad cálida se enfriaba y comenzaba a asemejarse a los senderos de mármol que se encontraban al otro lado del muro. A medianoche, en esa paz extraña que crean la temperatura y el viento y la voz de un reloj de alguna iglesia lejana, las dos ciudades se unían por fin en una sola. Y el guardián nocturno era lo único que se movía, yendo de la India a Francia, pasando por las praderas de Kansas, los edificios de piedra marrón de Nueva York, Picadilly y los escalones de la Plaza España, haciendo un increíble recorrido de treinta mil kilómetros en escasos veinte minutos. En el momento mismo en que su colega del otro lado del muro fichaba en los relojes entre los monumentos, marcando la hora de entrada, iluminaba con la linterna a diversos ángeles helados, leía los nombres de las lápidas como si fueran los títulos de una película y se sentaba a beber el té de las doce con lo único que quedaba de un policía de película muda. A las cuatro de la mañana, con los guardianes dormidos, las dos ciudades, ordenadas y en su lugar, esperaban a que el sol saliera sobre las flores marchitas, las tumbas gastadas y la India de los elefantes lista para la superpoblación, si Dios el Director así lo quería y la Agencia de Actores cumplía con sus deseos.

Y ésa era la situación en la víspera del Día de Todos los Santos del año 1954.

Halloween.

Mi noche favorita en todo el año.

Si no lo hubiera sido, no habría corrido a empezar esta nueva Historia de Dos Ciudades.

¿Cómo iba a resistirme a una invitación tallada con un gélido cincel?

¿Cómo podía no arrodillarme, aspirar hondo y soplar el polvillo que cubría el mármol?

2

El primero en llegar...

Había llegado al estudio a las siete de la mañana de ese día de Halloween.

El último en irse...

Eran casi las diez y hacía la última ronda de la noche, saboreando el hecho simple pero a la vez increíble de que por fin estaba trabajando en un lugar en el que todo estaba perfectamente delimitado. Las cosas empezaban en un momento preciso y terminaban en otro, prolija y definitivamente. Afuera, más allá de los decorados, no me fiaba mucho de la vida, llena de sorpresas terribles y guiones malos. Aquí, caminando entre las calles al amanecer o al atardecer, podía fantasear con que abría el estudio y lo cerraba. Me pertenecía a mí porque yo lo decía.

De modo que recorrí un territorio de unos kilómetros de ancho por casi dos de largo, entre catorce estudios de rodaje y diez decorados de exteriores, víctima de mi propio romance y mi locura apasionada por el cine que controlaba la vida cuando ésta se salía de control del otro lado de las puertas de entrada de hierro forjado estilo español.

Era tarde pero había un montón de películas que debían terminar en la víspera del Día de Todos los Santos para que en distintos decorados se hicieran al mismo tiempo las fiestas y juergas de despedida. Música de las grandes bandas de jazz, risas, el estruendo de los corchos de champán y el canto de la gente salían de tres estudios que tenían los enormes portones corredizos totalmente abiertos. Dentro, las multitudes vestidas con el vestuario de la filmación daban la bienvenida a las multitudes de afuera, disfrazadas con los atavíos de Halloween.

No entré en ninguna de las salas; me contenté con sonreír o reír al pasar. Después de todo, puesto que creía que el estudio era mío, podía quedarme o irme a mi antojo.

Pero al volver hacia las sombras sentí dentro de mí una especie de vibración. Mi amor por el cine había durado ya demasiados años. Era como mantener una relación amorosa con Kong, que me sedujo cuando tenía trece años; nunca pude quitarme de encima ese pellejo latiente.

El estudio me cautivaba del mismo modo todas las mañanas al llegar. Pasaban horas hasta que lograba librarme del hechizo, respirar normalmente y ponerme a trabajar. A la hora del crepúsculo, volvía el encanto; me costaba respirar. Yo sabía que en un futuro no muy lejano iba a tener que salir, escaparme, irme y no volver nunca más o, como a Kong, que caía y daba por tierra una y otra vez, un día me mataría.

Dejé atrás el último decorado, donde el eco de las risas y la percusión sincopada

hacían temblar las paredes. Un asistente de cámara pasó a mi lado montado en una bicicleta con una canasta cargada de películas, camino a ser sometidas a la autopsia de la cuchilla del montador, que la salvaría o la enterraría para siempre. Luego, pasaría a los cines, o quedaría desterrada en los estantes adonde van a parar las películas muertas, donde solamente el polvo, y no la herrumbre, las une.

El reloj de una iglesia, en la cima de las colinas de Hollywood, dio las diez. Di la vuelta y regresé sin prisa a mi cubículo en el pabellón de los escritos.

La invitación para convertirme en un perfecto idiota me estaba esperando en la oficina.

No tallada con un cincel en un bloque de mármol, no, sino mecanografiada prolijamente en un fino papel esquila.

Mientras la leía me desmoroné en la silla, el rostro frío y resistiendo la tentación de apretar el puño, hacer una bola con la nota y arrojarla al cesto.

Decía:

GREEN GLADES PARK. Halloween.

Hoy a medianoche.

El muro del fondo, al medio.

PD: Le espera una gran revelación. Material para una novela que hará furor o un guión fuera de serie. ¡No falte!

No soy un hombre de muchas agallas. Nunca aprendí a conducir. No viajo en avión. Las mujeres me dieron miedo hasta los veinticinco. Odio los lugares elevados: lo único que me inspira el Empire State es terror. Los ascensores me ponen nervioso. Las escaleras mecánicas muerden. Soy caprichoso con la comida. Comí el primer bistec a los veinticuatro años, habiéndome mantenido durante la infancia con hamburguesas, bocadillos de jamón y pickles, huevos y sopa de tomate.

—¡Green Glades Park! —dije en voz alta.

Por Dios, pensé. ¿A medianoche? ¿Yo, que fui atacado por una pandilla de delincuentes en plena adolescencia? ¿El niño que se escondía bajo la axila de su hermano la primera vez que vio *El Fantasma de la Ópera*?

El mismo, sí.

—¡Imbécil! —grité.

Y fui al cementerio.

A medianoche.

3

Camino a la salida me desvié hacia el baño de hombres, cerca de la puerta de entrada, y luego me alejé. Era un sitio que había aprendido a evitar, una gruta subterránea que resonaba con el paso de aguas secretas y hacía un ruido escurridizo como el de un cangrejo que retrocedía de prisa cuando uno tocaba a la puerta y comenzaba a abrirla. Ya hacía tiempo que había aprendido a detenerme, carraspear y abrir la puerta despacio. Ya que entonces en el baño de hombres diversas puertas interiores se cerraban de un golpe o muy silenciosamente o a veces con el ruido de un disparo de rifle, mientras las criaturas que habitaban la gruta todo el día, e incluso a esas altas horas de la noche debido a las fiestas del estudio, huían en retirada y uno entraba al silencio de la fría porcelana y las corrientes subterráneas, hacía lo suyo con la mayor rapidez posible y salía corriendo sin lavarse las manos y, una vez afuera, oía el despertar lento y furtivo del cangrejo, las puertas que se volvían a abrir como en un murmullo y la aparición de las criaturas de la gruta en distintos estados de arrebató y confusión.

Me desvié hacia el otro lado, como dije, grité para ver si el camino estaba libre y me interné en el baño de enfrente, el de mujeres, que era un lugar de cerámicas blancas, frías y limpias y no una gruta oscura con animales huidizos, y salí de nuevo en un santiamén justo a tiempo para ver a un regimiento de guardias prusianos que marchaba hacia la fiesta del Estudio 10, así como al capitán, que rompía filas. Hombre guapo, de cabellos nórdicos y ojos inocentes, el capitán entró ingenuamente a grandes trancos en el baño de hombres.

Nunca volverán a verlo, pensé, y apuré el paso por las calles cerca de la medianoche.

El taxi que cogí, al que no debería haberme dado el lujo de subir, pero ni loco me iba a acercar al cementerio solo, estacionó frente a la puerta de entrada tres minutos antes de que dieran las doce.

Pasé dos minutos interminables contando todas esas criptas y monumentos en los que Green Glades Park empleaba a unos nueve mil muertos, a tiempo completo.

Hacía cincuenta años que dedicaban a eso sus horas. Desde que los constructores de bienes raíces, Sam Green y Ralph Glade, habían tenido que presentarse a la quiebra y sacaron el cartel con su nombre y plantaron las lápidas.

Intuyendo que sus nombres les traerían mucha suerte, los defraudadores constructores de bungalows pasaron a ser simplemente Green Glades Park, donde se enterraban todos los asuntos dudosos del estudio de enfrente.

Se decía que las personas de la industria del cine involucradas en el negocio turbio de los bienes raíces los habían untado para que los dos caballeros no abrieran la boca. Con la primera sepultura se enterraron muchos cotilleos, rumores, culpas y crímenes licenciosos.

Y así sentado, apretando las rodillas y rechinando los dientes, contemplé el muro del fondo detrás del cual podía contar seis estudios seguros, cálidos y bellos, donde estaban terminando las últimas juergas de los Santos, donde se apagaban las últimas fiestas de despedida, las músicas se acallaban y los buenos regresaban a casa con los malos.

Al ver los faros de los coches que recorrían con sus luces los grandes muros de los estudios e imaginarme todos los hasta luego y los buenas noches, de pronto quise estar con ellos, así fuera uno de los malos, yendo a ninguna parte, porque ninguna parte era mejor que esto.

Adentro, un reloj del cementerio dio las doce.

—¿Y bien? —dijo alguien.

Sentí que mis ojos saltaban del muro del fondo que separaba del estudio lejano y se posaban en la nuca del conductor del taxi.

El hombre me miró desde detrás del enrejado y chasqueó la lengua contra los enormes dientes blancos. Al esfumarse el eco del gran reloj se oyó el chirrido de las puertas movidas por el viento.

—¿Quién —dijo el conductor— va a abrir la puerta?

—¿¡Yo!?! —exclamé horrorizado.

—*Eso es* —dijo el conductor.

Después de un largo minuto me obligué a encarar las puertas de rejas que, para mi gran sorpresa, estaban sin llave; las abrí de par en par.

Hice entrar al taxi, dando indicaciones como si fuera un viejo conduciendo un caballo muy cansado y muy asustado. El taxi parecía que se ahogaba, lo cual no ayudaba en lo más mínimo, y encima el conductor farfullaba: —Si viene algo corriendo, no se crea que me voy a quedar aquí.

—No, no se crea usted que yo me voy a quedar —dije—. ¡Vamos!

Había un montón de figuras blancas a cada lado del camino de grava. Oí un suspiro fantasmal en algún lado, pero no eran más que mis pulmones que bombeaban como fuelles, tratando de reavivar un fuego en mi pecho.

Me cayeron unas gotas de lluvia en la cabeza. —Dios —susurré—. Y no tengo paraguas.

¿Qué diablos, pensé, estoy haciendo aquí?

En todas las viejas películas de terror que había visto me había reído del tipo que sale tarde por la noche cuando en realidad tendría que haberse quedado en la casa. O de la mujer que sale pestañeando con esos grandes ojos inocentes y calzada con zapatos de tacón alto, como para tropezar al correr. Y, sin embargo, allí estaba yo, todo por una nota ridícula.

—Bueno —dijo el taxista—. ¡Yo de *aquí* no paso!

—¡Cobarde! —exclamé.

—¡Seguro! —dijo—. ¡Esperaré *aquí mismo*!

Me encontraba a medio camino del muro del fondo cuando comenzó a caer una fina capa de lluvia que me lavó el rostro y empapó las maldiciones que tenía en la garganta.

Los faros del taxi iluminaban lo suficiente como para ver una escalera colocada contra el muro posterior del cementerio, que daba al terreno del fondo de Maximus Films.

Desde el pie de la escalera miré hacia arriba, a través de la fría llovizna.

En el extremo superior de la escalera había un hombre que parecía estar tratando de saltar el muro hacia el otro lado.

Pero estaba allí congelado como si un rayo le hubiese sacado una foto y lo hubiese fijado para siempre en una emulsión de un blanco y azul deslumbrantes. Tenía la cabeza extendida hacia adelante como la de un corredor que va a toda velocidad y el cuerpo doblado como para lanzarse hacia el otro lado y aterrizar en Maximus Films.

Y, sin embargo, había quedado congelado en esa posición como una estatua grotesca.

Empecé a llamarlo en voz alta hasta que entendí por qué estaba en silencio, por qué no se movía.

El hombre de la escalera estaba muriéndose o había muerto.

Había venido aquí, perseguido por la oscuridad, trepó a la escalera y se quedó helado al ver... *¿qué cosa?* ¿Acaso algo a sus espaldas lo había dejado tieso de miedo? ¿O algo del otro lado, en la oscuridad del estudio, mucho más terrible?

La lluvia se derramaba sobre las lápidas blancas.

Sacudí la escalera con suavidad.

—¡Dios mío! —grité.

Pues el viejo se desplomó desde la punta de la escalera.

Yo me caí al esquivarlo.

Aterrizó entre las lápidas como un meteoro de plomo de unas diez toneladas. Me levanté y me quedé de pie a su lado, sin poder oír nada por el estruendo de mi pecho y el susurro de la lluvia, que repiqueteaba en las piedras y lo empapaba.

Me quedé allí contemplando la cara del hombre muerto.

Él me devolvió la mirada con ojos taciturnos.

¿Por qué me miras?, preguntó en silencio.

Porque, pensé, *¡te conozco!*

Tenía la cara blanca como el papel.

James Charles Arbuthnot, ex director de Maximus Films, pensé.

Sí, murmuró.

Pero, pero, lloré en silencio, la última vez que te vi yo tenía trece años y estaba patinando frente a Maximus Films, la semana que te mataron, hace veinte años, y

durante días hubo docenas de fotos de dos automóviles estrellados contra un poste de teléfonos, los restos destrozados, el pavimento ensangrentado, los cuerpos aplastados, y durante dos días más hubo cientos de fotos de las miles de personas que asistieron a tu funeral y de los millones de flores y de los directores del estudio de Nueva York, verdaderamente apenados, y los ojos húmedos detrás de doscientos pares de gafas oscuras a medida que salían los actores, sin sonreír. Realmente te echaban de menos. Y luego algunas de las últimas fotografías de los coches deshechos en el Bulevar Santa Mónica, y pasaron semanas hasta que los periódicos se ocuparon de otro tema, las radios dejaron de elogiarte y perdonaron al rey por haber muerto para siempre. James Charles Arbuthnot, tú eras todo eso.

¡No puede ser! Es imposible, estuve a punto de gritar. ¿Tú aquí, subido a ese muro? ¿Quién te puso allí? No puede ser que te hayan vuelto a matar, ¿o sí?

El cielo relampagueó. Se oyó un trueno como si se hubiese cerrado de golpe una puerta enorme. La lluvia mojaba la cara del hombre muerto y le ponía lágrimas en los ojos. El agua le llenaba la boca entreabierta.

Di media vuelta, rápido, solté un alarido y huí.

Cuando llegué al taxi, sabía que mi corazón se había quedado con el cadáver.

Ahora venía corriendo. Me alcanzó como el disparo de un rifle en el estómago y me arrojó contra el coche.

El conductor miraba el camino de grava que se extendía a mis espaldas, cubierto por la lluvia.

—¿Hay alguien *allí*? —grité.

—¡No!

—¡Gracias a Dios! ¡Larguémonos de aquí!

El motor se apagó.

Ambos lanzamos un gemido desesperado.

El motor se puso nuevamente en marcha, haciéndole caso al miedo.

No es fácil retroceder a cien kilómetros por hora.

Pero lo hicimos.

4

Me pasé la mitad de la noche sentado observando mi sala común y corriente, con muebles comunes y corrientes, en un bungalow pequeño y seguro situado en una calle normal en una zona tranquila de la ciudad. Bebí tres tazas de chocolate caliente pero seguí teniendo frío, viendo imágenes en las paredes, tiritando.

¡La gente no puede morir *dos veces!*, pensé. El que estaba en la escalera, rasgando el viento nocturno, no podía ser James Charles Arbuthnot. Los cuerpos se descomponen. Los cuerpos *desaparecen*.

Recordé un día de 1934 en que J. C. Arbuthnot se había bajado de su limusina frente al estudio cuando yo, patinando, tropecé y caí en sus brazos. Riéndose, me enderezó, me firmó el libro, me pellizcó el cachete y entró.

Y ahora, Dios santo, ese hombre, perdido hace años en el tiempo, subido a una escalera bajo la lluvia fría, había caído sobre el césped del cementerio.

Oí voces y vi titulares:

J. C. ARBUTHNOT, MUERTO PERO RESUCITADO.

—¡No! —dije mirando el techo blanco, donde susurraba la lluvia, y el hombre cayó—. ¡No era *él!* ¡Es *mentira!*

Espera hasta el amanecer, dijo una voz.

5

El amanecer no sirvió de mucho.

Los noticiarios de la radio y de la televisión no encontraron ningún cadáver.

En el periódico había montones de accidentes de coche y allanamientos de moradas por drogas. Pero ningún J. C. Arbuthnot.

Salí de mi casa y caminé despacio hacia el garaje, lleno de juguetes y de revistas viejas de ciencia y técnica, sin coche y con una bicicleta de segunda mano.

Montado en la bicicleta y a mitad de camino del estudio me di cuenta de que no podía recordar ninguna de las intersecciones que había cruzado ciegamente a toda marcha. Aturdido, me caí de la bicicleta, temblando.

Un desenfrenado cupé rojo descapotable hizo chirriar las ruedas y se detuvo a mi lado.

El conductor, que llevaba un gorro con la visera hacia atrás, hizo rugir el motor. Me miró fijo a través del parabrisas, con un ojo descubierto de un azul brillante y el otro tapado con un monóculo que había sido atornillado en su lugar y reflejaba los rayos del sol.

—Hola, estúpido cabrón —gritó, alargando las vocales como en alemán.

Casi se me escapa la bicicleta de las manos. Había visto ese perfil estampado en algunas monedas antiguas cuando tenía doce años. El hombre era un César resucitado o el alto pontífice alemán del Sagrado Imperio Romano. El corazón me hizo largar todo el aire de los pulmones.

—¿Y? —gritó el conductor—. ¡Di algo!

—Hola —oí que decía mi voz—, estúpido cabrón. Usted es Fritz Wong, ¿no es así? Nacido en Shanghai, hijo de padre chino y madre austríaca, criado en Hong Kong, Bombay, Londres y una docena de ciudades de Alemania. Recadero, luego montador, luego escritor, luego fotógrafo de cine en UFA, luego director en todo el mundo. Fritz Wong, el magnífico director que hizo la gran película muda *El hechizo Cavalcanti*. El tipo que impuso las reglas de las películas de Hollywood desde 1925 hasta 1927 y fue echado por una escena de una película en la que se dirigió a sí mismo haciendo de general prusiano que aspira el olor de la ropa interior de Gerta Froelich. El director internacional que volvió corriendo a Berlín y luego se fue antes de Hitler, el director de *Amor loco*, *Delirio*, *Ida y vuelta a la luna*...

Con cada frase su cabeza había girado medio centímetro, mientras la boca adoptaba una expresión parecida a una sonrisa de marioneta. El monóculo reflejó algo en código Morse.

Detrás del monóculo se podía entrever la existencia velada y furtiva de un ojo oriental. Me imaginé que el ojo izquierdo era Pekín y el derecho Berlín, pero no. Era el efecto del monóculo que actuaba como una lupa en Oriente. Las cejas y mejillas eran una fortaleza de arrogancia teutónica, erigida como para durar dos mil años o hasta que se cancelara su contrato.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó con enorme cortesía.

—Como *usted* me llamó a *mí* —dije tímidamente—. Un estúpido —murmuré— cabrón.

Asintió con la cabeza. Sonrió. Abrió de un golpe la puerta.

—¡Entra!

—Pero usted no me...

—... ¿conoce? ¿Piensas que ando por ahí haciendo subir al coche a cualquier idiota montado en bicicleta? Piensas que no te he visto escabulléndote en las esquinas del estudio, haciéndote pasar por el Conejo Blanco en la cafetería. Tú eres el —chaseó los dedos— desgraciado hijo de Edgar Rice Burroughs y *El Señor de la Guerra de Marte*, el hijo bastardo de H. G. Wells, salido de una obra de Julio Verne. Sube tu bicicleta. ¡Llegamos *tarde*!

Acomodé atrás la bicicleta y subí al coche justo a tiempo antes de que acelerara a ochenta kilómetros por hora.

—¿Quién lo hubiera dicho? —gritó Fritz Wong por encima del ruido del escape—. Estamos los dos locos, trabajando donde trabajamos. Pero tú tienes suerte, tú todavía lo *amas*.

—¿Acaso usted no? —pregunté.

—Bien lo sabe Dios —musitó—. ¡*Si!*

No podía quitar los ojos de encima de Fritz Wong, que se inclinaba sobre el volante para que el viento le surcara la cara.

—¡Eres la cosa más ridículamente estúpida que haya visto en mi vida! —exclamó—. ¿Quieres que acaben matándote? ¿Qué te pasa? ¿Nunca aprendiste a conducir un coche? ¿Qué es esa bicicleta? ¿Es el *primer* trabajo que haces en cine? ¿Cómo puede ser que escribas una porquería semejante? ¡Por qué no lees a Thomas Mann, a Goethe!

—Thomas Mann y Goethe —dije con tranquilidad— no habrían podido escribir un buen guión de cine en sus vidas. *Muerte en Venecia*, seguro. *Fausto*, ya lo creo. Pero ¿un buen *guión*? ¿O un cuento como uno de los míos, en los que hay gente que aterriza en la luna y es *creíble*? Eso sí que no. ¿Por qué usa un monóculo cuando conduce?

—¡Eso es asunto mío! Es mejor ser ciego. Si miras demasiado de cerca al conductor de delante, ¡te dan ganas de pasarle por arriba! Muéstrame tu cara. ¿Qué te *parece*?

—¡Me parece divertido!

—¡Por Dios! Teóricamente tendrías que tomar todo lo que dice Wong el

magnífico como si fuera el Evangelio. ¿A qué se debe que no *conduzcas*?

Los dos gritábamos contra el viento, que nos golpeaba los ojos y la boca.

—¡Los escritores no pueden *darse el lujo* de tener coches! Además, a los quince años vi morir a cinco personas, destrozadas. Un automóvil chocó contra un poste de teléfonos.

Fritz echó una mirada a mi semblante, ensombrecido por los recuerdos.

—Fue como una guerra, ¿*no es así*? No eres tan tonto.

Me he enterado de que vas a trabajar en un nuevo proyecto con Roy Holdstrom. ¿Efectos especiales? Brillante. *Detesto* admitirlo.

—Desde la escuela secundaria que somos amigos. Yo solía mirar cómo armaba sus dinosaurios en miniatura en el garaje. Nos prometimos crecer y hacer monstruos juntos.

—¡No! —gritó Fritz Wong contra el viento—, tú estás *trabajando* para monstruos. ¿Manny Leiber? Es lo que sueña un lagarto cuando sueña con una araña. ¡Ten cuidado! ¡Ahí están los animales del circo!

Señaló con la cabeza a los cazadores de autógrafos que estaban frente a la entrada del estudio, al otro lado de la calle.

Eché un vistazo. Inmediatamente, mi alma salió disparada como una flecha de mi cuerpo en dirección al pasado. Era el año 1934 y yo formaba parte de la caterva voraz que blandía libretas y bolígrafos, se apresuraba de un lado a otro bajo los focos en las noches de estreno, perseguía a Marlene Dietrich metiéndose en lo de su peluquero o seguía a Cary Grant en las peleas de box del Legion Stadium los viernes por la noche, esperaba frente a la puerta de los restaurantes a que Jean Harlow pasara una vez más tres horas almorzando o a que Claudette Colbert saliera riendo a medianoche.

Mis ojos se posaron en ese grupo de locos y volví a ver los rostros pálidos y miopes de bulldog y de pequinés de amigos anónimos que quedaron en el pasado, esperando frente a la gran fachada de Maximus imitación Museo del Prado, donde las trabajadas puertas de hierro de diez metros de altura se abrían y se volvían a cerrar de un golpe detrás de los inalcanzables famosos. Me vi a mí mismo perdido en ese nido de hambrientos pájaros boquiabiertos que esperaban alimentarse de breves encuentros, fotografías instantáneas, libretas autografiadas con tinta. Y a medida que el sol desaparecía y subía la luna en la memoria, me vi haciendo los quince kilómetros de regreso a casa en patines, por las aceras vacías, soñando con que un día iba a ser el mejor autor del mundo o un escritor mercenario vendido a un dudoso estudio de cine.

—¿Los animales del circo? —murmuré—. ¿*Así* los llamáis?

—Y aquí —dijo Fritz Wong— ¡está su *zoológico*!

Y dando tumbos por las calles llenas de gente nos acercamos al estudio, entre extras y directores recién llegados. Fritz Wong metió el coche en un lugar donde había un cartel de NO ESTACIONAR.

Yo bajé y dije: —¿Qué diferencia hay entre los animales del circo y los del

zoológico?

—Aquí, en el zoológico, nos guardan detrás de las rejas por dinero. Afuera, esos papanatas de feria viven encerrados en sueños tontos.

—Yo fui uno del circo en una época, y soñaba con pasar al otro lado del muro del estudio.

—Estúpido. *Ahora* nunca podrás escapar.

—Sí, me escaparé. He terminado otro libro de cuentos y una obra de teatro. ¡Mi nombre será recordado!

El monóculo de Fritz lanzó un destello. —No deberías contarme esas cosas. Podría llegar a olvidar mi desprecio.

—Si conozco a Fritz Wong, el olvido no durará más de treinta segundos.

Fritz miró cómo bajaba la bicicleta del coche.

—Eres casi alemán, creo.

Monté en la bicicleta. —Eso es un insulto.

—¿A *todo* el mundo le hablas así?

—No, únicamente a Federico el Grande, cuyos modales aborrezco pero cuyas películas adoro.

Fritz Wong se desatornilló el monóculo del ojo y lo dejó caer en el bolsillo de la camisa. Lo hizo como si hubiera introducido una moneda para hacer funcionar una máquina interna.

—Hace unos días que te observo —enunció—. En ataques de locura leí tus cuentos. No te falta talento, que yo podría pulir. Estoy trabajando, Dios me ayude, en una película desastrosa sobre Cristo, Herodes Antipas y todos esos santos mentecatos. La película empezó hace nueve millones de dólares con un director dipsómano que no podría dirigir el tránsito en un jardín de infantes. Me eligieron para enterrar el cadáver. ¿Qué clase de cristiano eres tú?

—Un cristiano apóstata.

—¡Bien! No te sorprendas si hago que te despidan de tu tonta épica prehistórica. Si pudieras ayudarme a embalsamar esta película de terror cristiana, sería un adelanto para ti. ¡El principio de Lázaro! Si te ocupas de un fracaso total y logras arrancarlo de las garras de las bóvedas para películas, te haces con puntos a tu favor. Déjame observarte y leerte unos días más. Ven a la cafetería hoy a la una en punto. Come lo que yo como, habla cuando te hable, ¿entendido?, pequeño sinvergüenza talentoso.

—Entendido, Unterseeboot Kapitän, un *gran* sinvergüenza, señor.

Puse el pie en el pedal y él me dio un empujón. Pero no un empujón para hacer doler, sino el empujoncito del viejo filósofo quietista, para ayudarme a andar.

No miré hacia atrás.

Tenía miedo de que *él* estuviera mirando hacia atrás.

6

—¡Mi Dios! —dije—. ¡Me hizo *olvidar*!

Ayer por la noche. La lluvia fría. El muro alto. El cadáver.

Dejé la bicicleta frente al Estudio 13.

Un guardia que pasaba por allí dijo: —¿Tiene *permiso* para estacionar aquí? Es el lugar de Sam Shoenbroder. Llame a la oficina de la entrada.

—¡Un permiso! —exclamé—. ¡Por todos los cielos! ¿Para una *bicicleta*?

Embestí con la bicicleta la enorme puerta neumática y me interné en la oscuridad.

—¡¿Roy?! —grité. Silencio.

Miré alrededor en la fina oscuridad del basurero de juguetes de Roy Holdstrom.

Yo tenía uno igual, más pequeño, en mi garaje.

Desperdigados por el Estudio 13 había juguetes de Roy de cuando tenía tres años, libros de cuando tenía cinco, juegos de magia de cuando tenía ocho, equipos eléctricos para experimentos de química de cuando tenía nueve y diez, colecciones de las tiras cómicas de los domingos de cuando tenía once y Kongs en miniatura de cuando cumplió trece en 1933 y vio al gran simio cincuenta veces en dos semanas.

Me picaban las palmas de las manos. Había magnetos, giróscopos, trenes de lata y juegos de magia comprados en tiendas de artículos baratos que harían que a cualquier niño se le hiciera agua la boca y soñara con ir a robárselos. Hasta mi propio rostro se encontraba allí, una máscara natural que quedó de cuando Roy me embadurnó el rostro con vaselina y me asfixió con yeso blanco. Y por todos los costados, una docena de moldes del fantástico perfil aguileño del propio Roy, además de cráneos y esqueletos completos tirados en los rincones o sentados en poltronas; lo necesario para que Roy se sintiera como en su casa en una sala tan grande que uno podría haber metido el *Titanic* por las puertas siderales y todavía habría quedado lugar para una locomotora a vapor.

Roy había llenado una pared entera con anuncios y carteles de publicidad del tamaño de los grandes letreros callejeros de las películas *El mundo perdido*, *Kong* y *El hijo de Kong*, así como de *Drácula* y *Frankenstein*. En cajones de plástico naranja, en el centro de este enorme baratillo, había esculturas de Karloff y Lugosi. En el escritorio había tres dinosaurios de patas articuladas, regalo de los creadores de *El mundo perdido*, cuya carne de goma se había derretido hacía tiempo, dejando al descubierto los huesos de metal de las antiguas bestias.

El Estudio 13 era una tienda de juguetes, un baúl de mago, un arcón de hechicero, una fábrica de trucos y un hangar aéreo de sueños en cuyo centro Roy se situaba

todos los días para hacer pases con largos dedos de pianista hacia las míticas bestias y despertarlas, con susurros, de los diez mil millones de años que habían pasado sumidas en el letargo.

Me abrí camino en medio de este basurero, de esta montaña inservible de mezquindad mecánica, de avaricia por los juguetes y de amor por fantásticos monstruos rapaces, cabezas guillotizadas y momias de Tutankamón deshilachadas.

Por todas partes había lonas extendidas a ras del suelo cubriendo las creaciones que Roy revelaría sólo cuando llegara la hora. Yo no me atreví a mirar.

Y allí, en medio de todo eso, un esqueleto desnudo sostenía una nota, congelada en el aire. Decía:

¡CARL DENHAM!

Era el nombre del productor de *King Kong*.

LAS CIUDADES DEL MUNDO, RECIENTEMENTE CREADAS, YACEN BAJO LAS LONAS A LA ESPERA DE SER DESCUBIERTAS. NO TOCAR. VEN A BUSCarme. THOMAS WOLFE ESTABA EQUIVOCADO. PUEDES VOLVER A CASA. GIRA A LA IZQUIERDA DESPUÉS DEL TALLER DE CARPINTERÍA, EL SEGUNDO DECORADO DE EXTERIORES A TU DERECHA. ¡TUS ABUELOS TE ESTÁN ESPERANDO ALLÍ! ¡VEN A VER! ROY.

Eché una mirada a las lonas. ¡Quitar el velo! ¡Sí!

Corrí, pensando: ¿Qué quiere decir? ¿Mis abuelos? ¿Esperando? Caminé más despacio. Empecé a respirar profundamente el aire fresco que olía a robles y a olmos y a arces.

Porque Roy tenía razón.

Puedes volver a casa.

Un cartel en el frente del decorado de exteriores número dos decía: FOREST PLAINS, pero era Green Town, donde yo había nacido y me había criado con pan que levaba detrás de la estufa panzuda durante todo el invierno y vino que fermentaba en el mismo lugar a fines de verano y los ladrillos de lava que caían en esa misma estufa, como dientes de hierro, mucho antes de que llegara la primavera.

No caminé por la acera, caminé por el césped, contento de tener un amigo como Roy, que conocía mi viejo sueño y me llamó para que viniera a ver.

Pasé tres casas blancas donde habían vivido mis amigos en 1931, di vuelta a una esquina y me detuve consternado.

El antiguo Buick 1929 de mi papá estaba estacionado en el polvo sobre la calzada de ladrillo, esperando a irse hacia el oeste en 1933. Allí estaba, oxidándose poco a poco, con los focos hundidos, la tapa del radiador suelta, el radiador cubierto como si fuera un panal con polillas atrapadas y alas de mariposa azules y amarillas, un mosaico creado con el correr de veranos perdidos.

Me agaché y metí la mano, temblando, para acariciar el tapizado áspero de los asientos de atrás, donde mi hermano y yo nos habíamos chocado los codos y nos habíamos gritado mientras viajábamos por Missouri y Kansas y Oklahoma y...

No era el auto de mi papá. Pero lo *era*.

Dejé que mi mirada ascendiese para encontrarse con la novena maravilla del

mundo:

La casa de mi abuela y de mi abuelo, con el porche y el columpio del porche y las macetas rosas con geranios bordeando la baranda y los helechos que brotaban por todos lados como el agua de manantiales de color verde y el enorme jardín que parecía el pelambre de un gato verde, con una profusión tal de tréboles y amargones que a uno le daban ganas de arrancarse los zapatos de un tirón y correr descalzo de un lado a otro por toda esa alfombra. Y...

Una ventana en lo alto de la cúpula donde yo solía dormir y me despertaba y miraba hacia una tierra verde y un mundo verde.

En el columpio del porche, dejándose llevar suavemente para adelante y para atrás, con las manos de dedos afilados sobre el regazo, estaba mi amigo del alma...

Roy Holdstrom.

Se deslizaba sin ruido, perdido como yo en un verano de hace muchísimo tiempo.

Roy me vio y extendió los brazos, largos como los de una grúa, para señalarme a derecha e izquierda el jardín, los árboles, a él mismo, a mí.

—Dios mío —exclamó—, ¿verdad que somos... *afortunados*?

7

Roy Holdstrom había construido dinosaurios en su garaje desde los doce años. Los dinosaurios perseguían a su padre en el patio, filmados en película de 8 milímetros, y se lo comían. Luego, a los veinte, Roy mudó los dinosaurios a pequeños y dudosos estudios y empezó a hacer películas de clase B sobre mundos perdidos que lo hicieron famoso. Los dinosaurios ocupaban tanto tiempo en su vida que los amigos empezaron a preocuparse y le buscaron una buena chica que pudiera soportar a las Bestias. Todavía la estaban buscando.

Me desperté en los escalones del porche recordando una noche especial en que Roy me había llevado a ver *Sigfrido* en el Shrine Auditorium. —¿Quién *canta*? —pregunté.

—¡A quién le importa quién canta! —exclamó Roy—. ¡Nosotros vamos para ver el Dragón!

Y bueno, la música era soberbia. Ahora, ¿el Dragón? Que maten al tenor. Que apaguen las luces.

Nuestros asientos estaban tan al costado que —¡oh, Dios!— ¡lo único que podía ver era la *aleta* izquierda del hocico del Dragón Fafner! Roy no veía más que el gran humo de las llamas que brotaban de la nariz de la bestia invisible para chamuscar a Sigfrido.

—¡Maldición! —susurró Roy.

Y Fafner había muerto, la espada mágica clavada en el corazón. Sigfrido dio un grito en señal de triunfo.

Roy se puso en pie de un salto, echando pestes hacia el escenario, y salió corriendo.

Lo encontré en el vestíbulo farfullando.

—¡Y eso era *Fafner*! ¡Mi Dios! ¿Has visto?

Salimos como un torbellino hacia la calle oscura y Sigfrido seguía pegando alaridos sobre la vida, el amor y la carnicería.

—Pobres tontos los del público —dijo Roy—. Atrapados durante dos *horas* más ¡y sin *Fafner*!

Y aquí estaba, balanceándose tranquilamente en un suave columpio en un porche perdido en el tiempo pero recuperado a través de los años.

—¡Y! —exclamó contento—. ¿Qué te había *dicho*? ¡La casa de mis abuelos!

—No, ¡de *mis* abuelos!

—¡La de los dos!

Roy se rió, contento de verdad, y estiró el brazo con un voluminoso ejemplar de *No puedes volver a casa*.

—Estaba equivocado —dijo Roy con calma.

—Sí —dije—, ¡aquí *estamos*, gracias a Dios!

Callé. Pues justo detrás de la gran planicie de decorados de exteriores, vi el muro alto que separaba el cementerio del estudio. Allí se encontraba el fantasma de un cuerpo subido a una escalera, pero yo todavía no estaba preparado para mencionarlo. En cambio, dije:

—¿Cómo te va con tu Bestia? ¿La has *encontrado* por fin?

—Diablos, ¿dónde está *tu* Bestia?

Hacía ya varios días que manteníamos ese tipo de diálogo.

Nos habían llamado a Roy y a mí para diseñar y construir bestias, hacer que meteoros cayeran del espacio ultraterrestre y criaturas humanoides surgieran de lagos oscuros, con el consabido alquitrán goteándoles de los dientes baratos.

Primero habían contratado a Roy, porque su técnica era muy avanzada. Sus pterodáctilos realmente surcaban los cielos primitivos. Sus brontosaurios eran montañas que iban a Mahoma.

Y alguien había leído veinte o treinta de mis historias extrañas, cuentos que yo venía escribiendo desde que tenía doce años y vendiendo a las revistas de aventuras desde que tenía veintiuno, y me contrataron para «escribir un drama» para las bestias de Roy, todo lo cual me ponía extremadamente ansioso porque yo había pagado la entrada o me había colado para ver unas nueve mil películas y durante la mitad de mi vida había estado esperando que alguien diera el disparo de salida para que yo me pusiera a correr apasionadamente la carrera del cine.

—¡Quiero algo que nunca se haya *visto*! —dijo Manny Leiber ese primer día—. En tres dimensiones disparamos *algo* hacia la Tierra. Cae un meteoro...

—Cerca del Cráter del Meteoro de Arizona... —interrumpí—. Hace millones de años que existe. ¡Qué lugar para que caiga un *nuevo* meteoro y...!

—Y aparezca nuestro *nuevo* horror —exclamó Manny.

—¿Lo llegamos a *ver*? —pregunté.

—¿Qué *quieres decir*? ¡*Tenemos* que *verlo*!

—Claro, ¡pero recuerde *El hombre leopardo*! El terror sale de las sombras nocturnas, de cosas que no se ven. ¿Qué le parece algo como *La Isla de los Muertos* cuando la muerta, una catatónica, se despierta y se da cuenta de que está atrapada en una tumba?

—¡Eso son programas de radio! —exclamó Manny Leiber—. ¡La gente quiere ver lo que le mete miedo, caray...!

—No quiero discutir...

—¡Entonces no discutas! —Manny echó una mirada cortante.— ¡Entrégame diez páginas que me hagan descomponer del miedo! ¡Y tú! —dijo señalando a Roy—, ¡lo que él escriba tú lo pegas con bosta de dinosaurio! Y ahora ¡largaos! ¡Id a hacer

muecas en el espejo a las tres de la mañana!

—¡A la orden! —exclamamos.

La puerta se cerró de un golpe.

Afuera, a la luz del sol, nos miramos pestañeando.

—¡Bonito problema en el que nos has metido otra vez, Stanley!

Destornillándonos de risa, nos fuimos a trabajar.

Yo escribí diez páginas, dejando el lugar para los monstruos. Roy tiró sobre una mesa treinta libras de arcilla húmeda y se puso a bailar alrededor, golpeándola y dándole forma, esperando a que el monstruo brotara como una burbuja en un charco prehistórico y luego se desinflara con un soplo de vapor sulfuroso y dejara salir el verdadero horror.

Roy leyó mis páginas.

—¿Dónde está tu Bestia? —exclamó.

Yo miré sus manos vacías, aunque cubiertas de arcilla rojo sangre.

—¿Dónde está la tuya? —repliqué.

Y así estábamos, tres semanas después.

—Y —dijo Roy— ¿por qué te quedas ahí abajo mirándome? Ven a buscar un bollo, siéntate, habla. —Subí, cogí el bollo que me ofreció y me senté en la hamaca del porche, moviéndome alternativamente para adelante, hacia el futuro, y para atrás, hacia el pasado. Para adelante: cohetes y Marte. Para atrás: dinosaurios y pozos de alquitrán.

Y Bestias sin rostro por doquier.

—Para alguien que en general habla a ciento cincuenta kilómetros por minuto —dijo Roy Holdstrom—, estás increíblemente callado.

—Estoy asustado —dije por fin.

—Muy bien, adelante. —Roy detuvo nuestra máquina del tiempo.— Habla, oh poderoso.

Hablé.

Construí el muro y llevé la escalera y levanté el cuerpo y traje la lluvia fría y luego hice caer el rayo para que el cuerpo se desplomara. Cuando terminé y la lluvia se había secado en mi frente, le di a Roy la invitación mecanografiada de la víspera del Día de Todos los Santos.

Roy la recorrió con los ojos y casi en seguida la arrojó al suelo del porche y la pisó. —¡Tienen que estar bromeando!

—Seguro. Pero... tuve que volver a casa y quemar mis calzones.

Roy levantó el papel y lo volvió a leer y luego se quedó mirando hacia el muro del cementerio.

—¿A *quién* le interesaría mandar esto?

—Es cierto. ¡La mayoría de la gente del estudio ni siquiera sabe que yo estoy *aquí*!

—Pero, qué diablos, ayer *fue* Halloween. De todos modos, qué broma tan complicada, subir un cuerpo a una escalera. Oye, ¿y si *a ti* te dijeron que fueras a

medianoche, pero a *otra* gente le dijeron que fuera a las ocho, las nueve, las diez y las once? ¡Asustarlos uno por uno! ¡Así tendría sentido!

—¡Sólo si *tú* lo hubieras planeado!

Roy giró instantáneamente la cabeza. —¿Acaso tú crees que...?

—No. Sí. No.

—*Decídete*, pues.

—¿Recuerdas esa noche de Halloween cuando teníamos diecinueve años y fuimos al Teatro Paramount a ver a Bob Hope en *El gato y el canario* y la chica que estaba sentada delante de nosotros pegó un alarido y yo miré hacia ese lado y allí estabas tú sentado, con el rostro tapado con una máscara de goma de profanador de tumbas?

—Sí —rió Roy.

—¿Recuerdas esa vez que me llamaste y me dijiste que el viejo Ralph Courtney, nuestro mejor amigo, había muerto y que fuera para allí que estaba en tu casa, pero era todo una broma, habías planeado que Ralph se pusiera talco en el rostro y se tendiera e hiciera como que estaba muerto y luego se levantara cuando yo abriese la puerta? ¿Recuerdas?

—Sí. —Roy rió nuevamente.

—Pero yo me encontré con Ralph en la calle y te eché todo a perder.

—Sin duda. —Roy meneó la cabeza recordando sus propias travesuras.

—Y bien. No es sorprendente que crea que quizás hayas sido tú el que puso ese maldito cuerpo subido al muro y luego me hayas enviado una carta.

—Pero hay algo que no cuadra —dijo Roy—. Muy pocas veces me mencionaste a Arbuthnot. Si fui yo el que hizo el cadáver, ¿cómo iba a saber que tú reconocerías al pobre desgraciado? Tiene que ser alguien que sabía a ciencia cierta que tú habías visto a Arbuthnot hace años, ¿no es así?

—Bueno...

—Un cadáver bajo la lluvia no tiene sentido si no sabes qué diablos estás mirando. Tú me hablaste de mucha otra gente que conociste cuando niño, cuando merodeabas los estudios. Si *yo* hubiese hecho el cadáver, habría hecho a Rodolfo Valentino, o a Lon Chaney, para asegurarme de que los reconocerías. ¿Correcto?

—Correcto —dije sin convicción. Estudié la cara de Roy y en seguida miré para otro lado—. Lo siento. Pero *era* Arbuthnot. Lo vi dos docenas de veces a lo largo de los años, en la década de los treinta. En los preestrenos. A la salida del estudio, aquí. Él y sus coches de carrera, una docena de coches diferentes, y limusinas, tres limusinas. Y mujeres, algunas docenas, siempre riendo, y cuando firmaba autógrafos, deslizaba una moneda de veinticinco centavos en la libreta de autógrafos antes de devolvértela. ¡Veinticinco centavos! ¡En 1934! Con veinticinco centavos podías comprarte una leche malteada, una golosina y una entrada de cine.

—Era esa clase de persona, ¿eh? Con razón lo recuerdas. ¿Cuánto te dio?

—Me dio un dólar con veinticinco centavos, un mes. Yo era *rico*. Y ahora está enterrado ahí, detrás de ese muro, donde estuve anoche, ¿no es así? ¿Por qué querían

asustarme y hacerme pensar que lo habían desenterrado y puesto en una escalera? ¿Para qué habrían de tomarse toda esa molestia? El cuerpo aterrizó como una caja fuerte de hierro. Harían falta por lo menos dos hombres, o más, para mover ese peso. ¿Por qué?

Roy le pegó un mordisco a otro bollo. —Sí, ¿por qué? A menos que alguien te esté usando *a ti* para lograr que el mundo se entere. Tú *ibas* a contárselo a *alguien* más, ¿no?

—Tal vez...

—No lo hagas. Ya te ves bastante asustado.

—Pero ¿por qué habría de estarlo? Y sin embargo tengo la sensación de que no se trata sólo de una broma, que tiene *otro* significado.

Roy se quedó mirando el muro, masticando despacio. —Caramba —dijo por fin—. ¿Has vuelto al cementerio esta mañana para ver si el cuerpo *todavía* estaba allí tirado? ¿Por qué no vamos a ver?

—¡No!

—Es pleno día. ¿Eres un cobarde, o qué?

—No, pero...

—¡Eh! —exclamó una voz indignada—. ¿Qué estáis *haciendo* allí arriba, par de tontos?

Roy y yo miramos escalera abajo.

Allí estaba Manny Leiber en medio del césped. Su Rolls-Royce se había detenido con el motor en marcha, silencioso y grave, sin que la carrocería vibrara ni una pizca.

—¿Y? —gritó Manny.

—¡Estamos en *conferencia*! —exclamó Roy con soltura—. ¡Queremos mudarnos *aquí*!

—¿Que queréis *qué*? —Manny echó una mirada a la vieja casa victoriana.

—Es un lugar fantástico para trabajar —dijo Roy de inmediato—. La oficina nuestra al frente, con el porche delante, una mesa para jugar a las cartas, la máquina de escribir.

—¡Ya *tenéis* una oficina!

—Las oficinas no inspiran. Esto... —señalé a mi alrededor con un movimiento de la cabeza, cogiendo el pase de balón de Roy— inspira. ¡Debería mudar a *todos* los escritores del pabellón de escritores! Poner a Steve Longstreet en esa mansión de Nueva Orleans para que escriba su película sobre la Guerra Civil. ¿Y esa panadería francesa que se ve allí detrás? Perfecto lugar para que Marcel Dementhon termine su revolución, ¿no es así? Más allá, en Piccadilly, qué diablos, ¡ponga a todos los nuevos escritores ingleses!

Manny subió despacio al porche, con el rostro encendido de cólera. Paseó la mirada por el estudio, por el Rolls y luego la posó en nosotros, como si nos hubiese cogido desnudos y fumando detrás del granero.

—No es suficiente que todo haya salido para el diablo en el desayuno. ¡Encima,

aquí hay dos chalados que quieren convertir la choza de Lydia Pinkham en una catedral de escritores!

—¡Correcto! —dijo Roy—. ¡En este mismísimo porche yo concebí el escenario en miniatura más terrorífico de la historia!

—Basta de hipérboles. —Manny dio un paso atrás.— ¡Muéstrame *los resultados!*

—¿Podemos usar su Rolls? —dijo Roy.

Usamos el Rolls.

Camino al Estudio 13, Manny Leiber, sin dejar de mirar hacia delante, dijo: —Estoy tratando de hacer que funcione un manicomio y vosotros os quedáis sentados en el porche papando moscas. ¿Dónde demonios está mi Bestia? Hace tres *semanas* que espero...

—Caramba —dije guardando la calma—, para que algo realmente nuevo salga así de la nada lleva tiempo. Denos un sitio para respirar, tiempo para que nuestro personaje interno logre salir con paciencia hacia el exterior. No se preocupe. Roy se pondrá a trabajar con la arcilla. De *allí* surgirá todo. Por ahora, mantenemos al Monstruo en la penumbra, ¿entiende?...

—¡Excusas! —dijo Manny, sin desviar la mirada—. No entiendo. ¡Os daré tres días más! ¡Y *quiero* ver ese Monstruo!

—¡Y qué pasaría si el Monstruo lo *viera* a usted! —exclamé de pronto—. ¡Siii! ¡¿Y si lo hiciéramos todo desde el punto de vista del Monstruo, mirando hacia afuera?! La cámara se mueve y *es* el Monstruo, y la gente se asusta de la Cámara y...

Manny me miró sorprendido, cerró un ojo y murmuró: —No está mal. La *Cámara*, ¿eh?

—¡Sí! La Cámara sale reptando del meteoro. La Cámara, como el Monstruo, sopla a través del desierto, asustando a los lagartos, a las víboras, a las aves de rapiña, levantando polvo...

—Que me parta un rayo. —Manny quedó con la mirada fija en el desierto imaginario.

—Que me parta un rayo —exclamó Roy, encantado.

—Ponemos una lente engrasada en la Cámara —me apresuré a continuar—, le agregamos vapor, música tétrica, sombras. El Héroe que mira *a* la Cámara y entonces...

—¿Y *entonces* qué?

—Si *hablo* no lo *escribiré*.

—¡Escríbelo, *escríbelo!*

Nos detuvimos en el Estudio 13. Yo me bajé de un salto y balbuceé: —Por cierto, creo que debería hacer *dos* versiones del guión. Una para usted. Una para mí.

—¿Dos? —gritó Manny—. ¿Por qué?

—Al final de la semana le entrego *ambas*. Usted elegirá la buena.

Manny me miró con recelo, todavía con medio cuerpo fuera del Rolls.

—¡Mentiras! ¡Harás el *mejor* trabajo con *tu* idea!

—No. Haré lo mejor para usted. Pero también lo mejor para *mí*. ¿De acuerdo?

—¿*Dos* Monstruos por el precio de uno? ¡Hazlo! ¡Ya!

Ante la puerta, Roy se detuvo con aire dramático. —¿Estáis *listos* para esto? Preparad vuestras mentes y almas. —Elevó las dos bellas manos de artista, como un sacerdote.

—¡Claro que estoy preparado! ¡Abre!

Roy abrió de golpe primero la puerta de afuera y después la de adentro, y nos internamos en una oscuridad total.

—¡Maldición! ¡Las luces! —dijo Manny.

—Esperad... —susurró Roy.

Oímos cómo Roy se movía en la oscuridad, caminando con cuidado sobre objetos invisibles.

Manny estaba crispado de los nervios.

—Está casi listo —entonó Roy del otro lado del territorio nocturno—. Ahora...

Roy puso en marcha una máquina de hacer viento, a baja velocidad. Primero oímos un susurro, como de una tormenta enorme que traía consigo el clima de los Andes, nieve que murmuraba desde las crestas del Himalaya, lluvia en Sumatra, el viento de la selva camino al Kilimanjaro, el roce de las olas contra la orilla de las Azores, un grito de pájaros primitivos, un revoloteo de alas de murciélago, todo al unísono para que la piel se levantara en carne de gallina y la mente cayera por túneles secretos hacia...

—¡Luz! —exclamó Roy.

Y ahora la luz ascendía sobre los paisajes de Roy Holdstrom, sobre parajes tan extraños y bellos que le partían a uno el corazón y le hacían reponerse del momento de terror y luego volvían a atacar como las sombras de enormes cantidades de lemmings que corrían por las dunas microscópicas, las pequeñas colinas y las montañas en miniatura, huyendo de una fatalidad anunciada pero que todavía no se había presentado.

Miré a mi alrededor con satisfacción. Roy había leído una vez más mis pensamientos. Había hurtado y diseñado y armado la claridad y oscuridad que yo imaginaba en las pantallas de medianoche, dentro de la cámara oscura que era mi cabeza, incluso antes de que yo las hubiera dejado salir con palabras. Ahora, del otro lado del espejo, yo usaría sus realidades en miniatura para dar cuerpo al más peculiar y extraño de mis guiones. Mi héroe apenas podía contener el impulso de recorrer a toda marcha ese minúsculo territorio.

Manny Leiber observaba atónito.

La tierra de los dinosaurios de Roy era un país de fantasmas descubierto en un amanecer antiguo y artificial.

Rodeando este mundo perdido había enormes paneles de vidrio en los que Roy había pintado paisajes de selvas prehistóricas, pantanos de alquitrán en los que las criaturas se hundían bajo cielos tan fogosos y amargos como las puestas de sol de

Marte, que abrasaban con mil tonos de rojo.

Sentí la misma emoción que había sentido cuando en la escuela secundaria Roy me llevó a su casa y yo me quedé atónito cuando se abrieron las puertas del garaje y lo que había dentro no eran automóviles sino criaturas impulsadas por necesidades prehistóricas de elevarse, arañar, masticar, volar, chillar y morir con el correr de nuestras noches de infancia.

Y aquí, ahora, en el Estudio 13, el rostro de Roy ardía sobre todo un continente en miniatura en el que Manny y yo nos habíamos quedado varados.

Lo crucé de puntillas temiendo destruir alguna miniaturita. Llegué adonde había un único pedestal para esculturas cubierto, y aguardé.

Sin lugar a dudas ésta debía ser la mejor de sus bestias, la que se había propuesto criar cuando a los veinte años visitamos los pasillos primitivos del museo de ciencias naturales de nuestro pueblo. Sin lugar a dudas en alguna parte del mundo esa Bestia se había mantenido escondida en el polvo, nadando en la turba, perdida en el interior de las minas de carbón bajo nuestras propias pisadas. ¡Oíd!, ¡oh oíd ese sonido subterráneo, ese corazón prehistórico y esos pulmones volcánicos que pegan alaridos para que la pongan en libertad! Y Roy ¿la había liberado?

—Bendita sea. —Manny Leiber se inclinó sobre el monstruo oculto.— ¿La veremos *ahora*?

—Sí —dijo Roy—, ahí está.

Manny tocó la tela que la cubría.

—Espere —dijo Roy—. Necesito un día más.

—¡Mentiroso! —dijo Manny—. ¡Seguro que no tienes un camino debajo de ese trapo!

Manny dio dos pasos. Roy saltó tres.

En ese instante sonó el teléfono del Estudio 13.

Antes de que pudiera hacer nada, Manny lo tomó.

—¿Diga? —gritó.

Su rostro se transformó. Tal vez se puso pálido, tal vez no, pero se transformó.

—Ya lo sé. —Tomó una bocanada de aire.— Eso también lo sé. —Otra bocanada; ahora el rostro se le estaba poniendo rojo.— ¡Eso lo sé desde hace media hora! ¡Pero, maldita sea, ¿quién *habla*?!

Se oyó el zumbido de una avispa del otro lado de la línea. Habían colgado el teléfono.

—¡Hijo de perra!

Manny arrojó el teléfono y yo lo atrapé.

—¡Que alguien me meta en una camisa de fuerza! ¡Esto es un manicomio! ¿En dónde habíamos quedado? ¡Vosotros!

Nos señaló a los dos.

—Dos días, no tres. Y o tenéis lista una Bestia en medio de este maldito revoltijo o...

En ese momento se abrió la puerta de entrada. Un alfeñique vestido con un traje negro, uno de los chóferes del estudio, apareció en medio de una luz resplandeciente.

—¿Y ahora qué? —gritó Manny.

—Lo trajimos aquí, pero el motor no funcionaba. Acabamos de arreglarlo.

—¡Pues, muévete entonces, por el amor de Dios!

Manny arremetió contra el hombre con el puño en alto, pero la puerta se cerró de golpe y el alfeñique desapareció; Manny tuvo que dar media vuelta y descargar su ira en nosotros.

—Tendré la liquidación de cuentas lista el viernes por la tarde. Tened las cosas hechas o no volveréis a trabajar el resto de vuestras vidas, ninguno de los dos.

Roy dijo con calma: —¿Podremos quedarnos con ellas? Digo con nuestras oficinas de Green Town, Illinois. Ahora que ha *visto* los resultados que obtiene de este par de chalados.

Manny no contestó hasta después de haber echado otra mirada al extraño país perdido, como un niño en una fábrica de fuegos artificiales.

—Dios mío —dijo suspirando, dejando a un lado sus problemas por un instante—, debo admitir que realmente lo habéis *logrado*. —Se interrumpió, molesto por sus propios elogios, y cambió el tono.— Ahora ¡basta de cháchara y a mover el trasero!

Y ¡bum! Manny también desapareció.

De pie en medio de nuestro paisaje antiguo, perdido en el tiempo, Roy y yo nos quedamos mirándonos un rato.

—Se pone cada vez más interesante —dijo Roy. Y prosiguió—: ¿Lo harás en serio? ¿Escribir dos versiones del guión, una para él y una para *nosotros*?

—¡Sí, claro!

—¿Cómo puedes *hacerlo*?

—Hombre —dije—, hace quince años que estoy practicando, escribí un centenar de historias para revistas de aventuras, una por semana, en cien semanas. ¿Dos borradores de guión en dos días? ¿*Ambos* maravillosos? *Confía* en mí.

—Bueno, confío en ti, confío en ti. —Hubo un largo silencio, luego agregó:— ¿Vamos a *ver*?

—¿Ver? ¿*Qué*?

—El funeral que viste. En la lluvia. Ayer por la noche. Del otro lado del muro. Espera.

Roy fue hasta el portón. Yo lo seguí. Lo abrió. Miramos afuera.

Un coche fúnebre negro muy ornamentado, con ventanillas de cristal, estaba justo alejándose por la calle del estudio, haciendo un gran alboroto con el motor, que no funcionaba bien.

—Te apuesto a que sé adónde se dirige —dijo Roy.

8

Fuimos por Gower Street en el viejo cacharro de Roy modelo 1927.

No vimos entrar al cementerio la carroza fúnebre, pero en el momento mismo en que nos detuvimos frente a la entrada y estacionamos, la vimos venir deslizándose despacio entre las piedras.

Pasó a nuestro lado, sacando un ataúd a la luz encandilante de la calle.

Nos giramos para ver la limusina negra que cruzaba la puerta con un susurro, sin mayor ruido que el del aliento helado de los témpanos septentrionales.

—Es la primera vez que veo que una carroza *saca* de un cementerio un ataúd. ¡Llegamos demasiado tarde!

Me volví para echar un último vistazo a la limusina, que torció hacia el este, de regreso al estudio.

—¿Demasiado tarde para qué?

—¡Tu muerto, tonto! ¡Vamos!

Ya casi habíamos llegado al muro del fondo del cementerio cuando Roy se detuvo.

—Dios santo, allí está su tumba.

Miré lo que miraba Roy, a unos tres metros de altura, tallado en mármol:

J. C. ARBUTHNOT, 1884-1934, R.I.P.

Era uno de esos templetes de estilo griego donde entierran a los personajes legendarios, con una puerta de hierro forjado que cerraba el paso a una sólida puerta cancel de bronce y madera.

—No puede haber salido de aquí, ¿*no es cierto?*

—No, pero había algo subido a la escalera y yo conocía su rostro. Y alguna otra persona *sabía* que yo reconocería ese rostro, así que me invitaron para que lo viera.

—Calla. Vamos.

Seguimos andando.

—Ten cuidado. Es mejor que no nos vean jugando este juego estúpido.

Llegamos al muro. Por supuesto, no había nada.

—Como te dije, si es que el cadáver estuvo alguna vez aquí, llegamos demasiado tarde. —Roy suspiró y me miró.

—No, mira. Allí.

Señalé hacia lo alto del muro.

Allí estaban las marcas, las dos marcas de un objeto que había estado apoyado contra el borde de la pared.

—¿La escalera?

—Y *aquí* abajo.

En el césped, a unos dos metros del muro, formando un ángulo adecuado, se veían las marcas de poco más de un centímetro de profundidad de las dos patas de una escalera.

—Y aquí. ¿Ves?

Y le mostré una larga hendidura en el césped, que había quedado aplastado por el peso de algo al caer.

—Y bien —murmuró Roy—. Parece que estamos de vuelta en Halloween.

Roy se arrodilló en el césped y estiró los largos dedos huesudos para pasarlos por la marca del pesado pedazo de carne que había estado allí bajo la lluvia hacía apenas doce horas.

Me arrodillé junto a él contemplando la larga hendidura y me recorrió un escalofrío.

—Yo... —dije, y me callé.

Porque entre nosotros se movía una sombra.

—¡Buenas!

El guardián diurno del cementerio estaba de pie junto a nosotros.

Sin perder tiempo, me dirigí a Roy. —¿Es ésta la tumba? Han pasado años. Está...

La lápida de al lado estaba cubierta de hojas. Le saqué el polvo de encima. Debajo había un nombre que se leía a medias. SMYTHE. NACIDO 1875 - MUERTO 1928.

—¡No hay lugar a dudas! ¡El abuelo! —exclamó Roy—. Pobre. Murió de neumonía. —Roy me ayudó a quitarle el polvo.— Lo quería tanto. Él...

—¿Y las flores? —dijo la voz grave encima de nosotros.

Roy y yo nos quedamos quietos.

—Las trae mamá —dijo Roy—. Nosotros nos adelantamos para encontrar la tumba. —Roy miró por encima del hombro.— Está allí afuera.

El guardián del cementerio, un hombre entrado en años y profundamente desconfiado, con un rostro que no se diferenciaba mucho de una lápida curtida por el tiempo, miró hacia la entrada.

Por el camino, a lo lejos, avanzaba una mujer con un ramo, cerca del Bulevar Santa Mónica.

Gracias a Dios, pensé.

El guardián resopló, chasqueó la lengua, giró sobre los talones y se fue caminando lentamente por entre las tumbas. Justo a tiempo, pues la mujer se detuvo y torció el rumbo, alejándose de nosotros.

Nos pusimos en pie de un salto. Roy cogió unas flores de un montoncillo que había allí cerca.

—¡No lo hagas!

—¡Qué más da! —Roy apiló las flores sobre la tumba del abuelo Smythe.— Por si el tipo ese vuelve y se le ocurre sospechar por qué no hay flores después de toda la escena que armamos. ¡Vamos!

Nos apartamos unos cincuenta metros y aguardamos, haciendo ver que conversábamos, aunque sin decir demasiado. Por último, Roy me tocó el codo. —Con cuidado —murmuró—. Mira sólo de costado, no de frente. Ha vuelto.

Y, efectivamente, el viejo guardián había llegado adonde todavía se encontraban las largas marcas del cuerpo caído, cerca del muro.

Levantó los ojos y nos vio. Inmediatamente puse el brazo sobre el hombro de Roy para consolarlo.

El viejo se agachó. Acomodó el césped rastrillando con los dedos. Poco después no quedaban marcas de nada pesado que hubiera podido caer la noche anterior del cielo, en medio de una lluvia terrible.

—¿Lo crees ahora? —dije.

—Me pregunto —dijo Roy— adónde habrá ido la carroza.

9

En el momento en que nosotros entramos de vuelta al estudio por la puerta principal, la carroza salía en un murmullo. Vacía. Como un largo viento otoñal, se alejó arrastrándose, dobló en una esquina y regresó al país de la Muerte.

—¡Dios mío! ¡Como te dije! —Roy conducía pero se volvió para mirar la calle vacía.— ¡Esto está empezando a gustarme!

Seguimos por la calle en dirección al lugar de donde había venido el coche fúnebre.

Fritz Wong marchaba por otro lado de la calle, llevando en coche o a pie un pelotón invisible, farfullando y blasfemando solo, cortando el aire en dos con su afilado perfil. Tenía puesta una boina oscura, ¡el único hombre de Hollywood que se ponía una boina y desafiaba a que lo notaran!

—¡Fritz! —lo llamé—. ¡Deténte, Roy!

Fritz cruzó sin prisa y se apoyó contra el coche saludándonos con su modo ya para entonces familiar.

—¡Hola, estúpido ciclista marciano! ¿Quién es ese simio de aspecto extraño al volante?

—Hola, estúpido Fritz... —Vacilé y luego dije obediente:— Roy Holdstrom, ¡el mejor inventor, constructor y piloto de dinosaurios del mundo!

El monóculo de Fritz Wong despedía fuego. Fijó en Roy esa mirada germano-oriental y luego asintió con firmeza.

—¡Todo amigo del *Pitecantropus erectus* es amigo mío!

Roy respondió al apretón de manos. —Me gustó su última película.

—¡Te gustó! —exclamó Fritz Wong.

—¡Me encantó!

—Está bien. —Fritz me miró.— ¡Qué hubo de nuevo después del desayuno!

—¿No ha pasado nada raro por aquí en el último rato?

—Una falange romana de cuarenta hombres acaba de marcharse en esa dirección. Un gorila llevando su cabeza en las manos corría por el Estudio 10. Un director de arte homosexual fue echado del baño de hombres. Judas está de huelga en Galilea para que le den más pasta. No, no. Yo diría que no ha ocurrido nada raro, o lo habría notado.

—Y, por ejemplo, ¿no ha muerto nadie? —insinuó Roy—. ¿No ha habido ningún funeral?

—¡Funeral! ¿Creéis que no lo habría notado? ¡Aguardad! —Con el monóculo

lanzó un destello primero hacia la puerta y luego hacia el fondo—. Qué tonto. Sí. Tenía la esperanza de que fuera el coche fúnebre de DeMille y que podríamos festejar. ¡Se fue en *esa* dirección!

—¿Están filmando un entierro hoy?

—En todos los estudios: ¡tarados, actores catatónicos, directores de funerarias ingleses que harían abortar a una ballena con sus pesadas manazas! Ayer fue Halloween, ¿no? Y hoy, el verdadero Día de Todos los Muertos de México, el primero de noviembre. ¿Por qué iba a ser distinto en Maximus Films? ¿Dónde encontró este trasto desastroso, señor Holdstrom?

—Éste —dijo Roy, enfadándose cada vez más como Edgar Kennedy en una de las viejas comedias de Hal Roach— es el coche en el que Laurel y Hardy vendieron pescado en aquel mediometraje de 1930. Me costó cincuenta dólares, más setenta por pintarlo. ¡No se apoye, por favor!

Fritz Wong, encantado con Roy, retrocedió de un salto.

—Dentro de una hora, marciano. ¡En la cafetería! ¡No faltes!

Nos alejamos a todo vapor por entre el gentío del mediodía. Roy dobló y nos llevó hacia Springfield, Illinois, la parte sur de Manhattan y Piccadilly.

—¿Sabes adónde estás yendo? —pregunté.

—Hombre, un estudio es un sitio ideal para esconder un cadáver. ¿Quién se daría cuenta? En uno de los estudios del fondo, lleno de abisinios, griegos y gánsters de Chicago, uno podría entrar con una banda de ciento veinte tubas en la mitad de una pelea callejera y a nadie se le movería un pelo. ¡Ese cadáver, mi viejo, debe de estar aquí mismo!

Y, levantando polvo, doblamos la última esquina antes de entrar en Tombstone,^[1] Arizona.

—Bonito nombre para un pueblo —dijo Roy.

10

Se sentía una cálida quietud. Era pleno mediodía. Estábamos rodeados de mil huellas en el polvoriento estudio del fondo. Algunas habían pertenecido hacía mucho a Tom Mix, Hoot Gibson y Ken Maynard. Dejé que el viento soplara recuerdos, levantando el polvo caliente. Por supuesto, las huellas no se habían conservado, el polvo no perdura, y hasta los largos trancos de John Wayne hacía rato que habían volado, del mismo modo en que las huellas de las sandalias de Mateo, Marcos, Lucas y Juan habían desaparecido de la orilla del mar de Galilea, a unos escasos cien metros, en el Estudio 12. Sin embargo, el olor de los caballos todavía se sentía, la diligencia aparecería en breve con un nuevo cargamento de guiones y un contingente fresco de vaqueros armados. Eran mis intenciones seguir gozando tranquilamente allí sentado en el trasto de Laurel y Hardy mirando la locomotora de la Guerra Civil que traían dos veces al año y se convertía en el tren de las 9.10 de Galveston o el tren fúnebre de Lincoln, que lo llevaba de regreso a casa, Dios, de regreso a casa.

Pero, finalmente, dije: —¿Qué te hace sentir tan seguro de que el cadáver está aquí?

—Demonios. —Roy pateó las tablas del piso de la misma manera en que Gary Cooper pateaba bosta de vaca.— Mira bien esos edificios.

Los miré.

Tras las falsas fachadas del lejano Oeste había talleres de soldadura de metales, museos de coches antiguos, arcones con frentes falsos y...

—¿La carpintería? —dije.

Roy asintió con la cabeza y dimos vuelta a la esquina con el viejo trasto para que se fuera a morir fuera del alcance de miradas ajenas.

—Aquí arman los cajones, de modo que el cadáver está aquí. —Roy se apeó del cacharro sacando una pata por vez.— *Devolvieron* el ataúd a este lugar porque lo hicieron en este lugar. ¡*Anda*, vamos, antes de que lleguen los indios!

Cuando lo alcancé, Roy había entrado en una gruta donde la temperatura era fresca y donde de unas vigas colgaban muebles Imperio y el trono de Julio César aguardaba el regreso del trasero de su dueño, del que no se tenían noticias desde hacía mucho tiempo.

Miré a mi alrededor.

Las cosas no mueren *nunca*, pensé. Siempre regresan. Si uno así lo *quiere*, vamos.

¿Y dónde se ocultan, a la espera? ¿Dónde renacen? Aquí, pensé. *Aquí*, no cabe duda.

En las mentes de los hombres que llegan con las raciones del almuerzo, con aspecto de obreros, y se van con aspecto de maridos o de amantes improbables.

¿Y en el medio?

Uno construye el *Mississippi Belle* si quiere recorrer en un barco a vapor la costa de Nueva Orleans, o erige las columnas de Bernini en la hectárea del fondo. O reconstruye el Empire State y luego mueve a vapor un simio lo bastante grande como para escalarlo.

Lo que *uno* sueña son *sus* diseños, y éstos son todos hijos de los hijos de Miguel Ángel y de Da Vinci, los padres del ayer que terminan como hijos en el mañana.

Y en ese preciso instante mi amigo Roy se agachó para entrar en la tenebrosa caverna detrás de una taberna del lejano Oeste y me llevó a rastras, entre el cúmulo de fachadas de Bagdad y el alto Sandusky.

Silencio. Todos se habían ido a comer.

Roy olisqueó el aire y rió en voz baja.

—¡Ah! ¡Huele *ese* olor! ¡Serrín! Eso fue lo que me hizo ir contigo al taller de carpintería de la escuela. Y el sonido de la sierra sinfín. Sonaba a que allí se *harían* cosas. Me hacía temblequear las manos. Mira esto. —Roy se detuvo frente a una larga vitrina y contempló la expresión de la belleza.

Era el *Bounty*, en miniatura, veinte pulgadas de largo y todo el velamen desplegado, navegando por mares imaginarios hacía dos largos siglos.

—Anda —dijo Roy en voz baja—. Tócalo con cuidado.

Lo toqué y quedé extasiado y olvidé para qué estábamos allí y me quise quedar para siempre. Pero Roy finalmente me distrajo.

—Caray —susurró—. Escoge uno.

A unos quince metros de donde estábamos, internados en la cálida oscuridad, había un enorme despliegue de ataúdes.

—¿Para qué habrá tantos? —pregunté acercándome.

—Para enterrar a todos los muertos que produzca el estudio de aquí al Día de los Muertos.

Llegamos a la cadena de montaje funeraria.

—Son todos tuyos —dijo Roy—. Escoge.

—Arriba de todo no puede estar. Es demasiado alto. Y la gente es perezosa. Así que... éste.

Toqué el ataúd más próximo con el pie.

—Sigue —me instó Roy, mofándose de mi inseguridad—. *Ábrelo*.

—Tú.

Roy se agachó y trató de abrir la tapa.

—¡Maldición!

La tapa estaba clavada.

Se oyó una bocina. Miramos para afuera.

Un automóvil estaba entrando por la calle de Tombstone.

—¡De prisa! —Roy corrió hacia una mesa, buscó con desesperación entre las cosas que estaban allí tiradas y encontró un martillo y una barra para hacer saltar los clavos.

—¡Por todos los cielos! —exclamé.

El Rolls-Royce de Manny Leiber estaba entrando en el potrero, levantando polvo en medio del resplandor de mediodía.

—¡Larguémonos!

—No hasta que no veamos si... ¡ya está!

El último clavo voló por el aire.

Roy cogió la tapa, respiró hondo y abrió el cajón.

Afuera, bajo el sol caliente, en el patio del lejano Oeste, se oyeron unas voces.

—Dios mío, abre los ojos —exclamó Roy—. ¡Mira!

Yo tenía los ojos cerrados, para no volver a sentir la lluvia en el rostro. Los abrí.

—¿Y? —dijo Roy.

Allí estaba el cadáver, acostado boca arriba, con los ojos abiertos, la nariz dilatada y los labios separados. Pero sin que la lluvia le resbalara sobre las mejillas y el mentón.

—Arbuthnot —dije.

—Sí —dijo Roy, asombrado—. Ahora recuerdo las fotografías. Señor, sí que se parece. Pero ¿por qué alguien habría de poner esto, sea lo que sea, subido a una escalera? ¿Para qué?

Oí un portazo. A unos cien metros, en medio del polvo cálido, Manny Leiber se había apeado del Rolls y miraba con los ojos entornados hacia la penumbra que teníamos alrededor, a los costados, encima.

Yo di un paso atrás.

—Aguarda un momento... —dijo Roy. Largó un resoplido y metió la mano en el ataúd.

—¡No lo hagas!

—No te preocupes —dijo, y tocó el cadáver.

—¡Por el amor de Dios, rápido!

—¡Mira! —dijo Roy.

Cogió el cadáver y lo alzó.

—¡Ahh! —dije, y me quedé en silencio.

Pues el cadáver pesaba tan poco como un saco de plumas.

—¡No!

—Sí, claro. —Roy le dio una sacudida al cuerpo. Crujió como la paja de un espantapájaros—. ¡Que me parta un rayo! Y mira en el fondo del cajón, ¡plomadas para darle peso cuando estuviera subido a la escalera! Para que al caer, como tú dijiste, diera un buen golpe. ¡Cuidado! ¡Allí vienen las barracudas!

Roy entrecerró los ojos para poder ver en la luz deslumbrante del mediodía las figuras que bajaban de los coches a lo lejos y rodeaban a Manny.

—Bueno, vamos.

Roy soltó el cadáver, cerró de golpe la tapa del cajón y corrió.

Lo seguí por un laberinto de muebles, pilares y frentes para decorados.

Ya lejos, después de haber atravesado tres docenas de puertas y subido medio tramo de escalera renacentista, Roy y yo nos detuvimos, miramos hacia atrás, estiramos el cuello todo lo que pudimos hasta que nos empezó a doler y tratamos de oír algo. A la distancia, a unos veinticinco o treinta metros, Manny Leiber llegó al sitio donde nosotros habíamos estado hacía apenas un minuto. La voz de Manny se oyó por encima de todas las demás. Les dijo a todos, me imagino, que se callaran. Se hizo un silencio. Estaban abriendo el ataúd que tenía la copia del cadáver.

Roy me miró enarcando las cejas. Yo lo miré a él, sin poder respirar.

Hubo un pequeño alboroto, se oyeron algunas protestas, insultos. Manny imprecaba más que los demás. Luego hubo murmullos y más voces. Manny se puso a gritar de nuevo y se oyó el ruido de la tapa del ataúd que se cerraba de golpe, por última vez.

Ése fue el estruendo que nos llevó a Roy y a mí a largarnos en seguida del lugar. Bajamos la escalera lo más silenciosamente posible, corrimos atravesando otras doce puertas y salimos por el lado de atrás del taller de carpintería.

—¿Oyes algo? —dijo Roy jadeando y mirando hacia atrás.

—No. ¿Y tú?

—Nada. Pero que explotaron, explotaron. No una, sino tres veces. Y Manny ¡el peor de todos! Mi Dios, ¿qué está pasando? ¿¡Por qué habrán hecho tanto escándalo por un maldito muñeco de cera que yo podría haber hecho por dos dólares con látex, cera y yeso en media hora!?

—Anda más despacio, Roy —dije—. Mejor que nadie nos vea corriendo.

Roy aminoró el paso, pero siguió andando a grandes trancos como una enorme garza.

—¡Dios mío, Roy! —dije—. ¡Si supieran que estuvimos allí *dentro*!

—Pero no lo saben. Oye, esto es divertido.

¿Para qué, pensé, se me habrá *ocurrido* presentarle mi mejor amigo a un muerto?

Un minuto después estábamos en el cacharro de Laurel y Hardy, detrás del taller.

Roy se sentó en el asiento delantero, con una sonrisa de lo más impía, contemplando el cielo y cada una de las nubes.

—Sube —dijo.

En el cobertizo las voces se elevaron hasta convertirse en un alboroto vespertino. En algún sitio una persona maldecía. Otra criticaba. Otra decía que sí. Muchas otras decían que no, mientras la pequeña multitud salía enardecida a la luz del caluroso mediodía, como un enjambre de abejas furiosas.

Un instante después, el Rolls-Royce de Manny Leiber nos adelantó a toda velocidad como un tornado silencioso.

Adentro alcancé a ver los rostros blancos como el papel de tres pelotilleros.

Y el rostro de Manny Leiber, enrojecido de ira.

Nos vio al pasar a nuestro lado con el Rolls hecho un torbellino.

Roy levantó la mano y saludó efusivamente.

—¡Roy! —grité.

Roy lanzó una carcajada y dijo:

—¡No sé qué bicho me ha picado! —Y nos pusimos en marcha.

Lo miré y casi exploto de risa yo también. Roy tragaba viento y lo largaba a bocanadas, con placer.

—¡Estás chiflado! —dije—. ¿No hay nada en el mundo que te altere?

—¿Por qué —replicó Roy en tono amistoso— tengo que asustarme de un fantoche de papel *mâché*? Me encanta que a Manny se le arrugue el ombligo. Este mes ya lo tuve que aguantar bastante. Y ahora ¿alguien *le* ha metido *a él* una bomba en los pantalones? ¡*Así se hace!*

—¿Fuiste *tú*? —espeté de pronto.

Roy se quedó perplejo. —¿De nuevo con *esas* tonterías? ¿Con qué objeto iba a ponerme a coser y pegar un espantapájaros estúpido y a subir escaleras a medianoche?

—Por lo que acabas de decir. Para no aburrirte. Para meter bombas en pantalones ajenos.

—Qué va. Ojalá pudiera hacerme acreedor de esos méritos. Ahora no veo el momento de que llegue la hora de la comida. El rostro de Manny, cuando aparezca, va a ser para morir de risa.

—¿Crees que nos vio alguien allí?

—Demonios, claro que no. ¡Por eso es que saludé! ¡Para demostrar lo tontos e inocentes que somos! Algo *está* pasando. Debemos actuar con *naturalidad*.

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos *eso*?

Roy se rió.

Dimos vueltas con el coche detrás de los talleres, por Madrid, Roma y Calcuta, y nos detuvimos frente a un edificio de piedra marrón de algún lugar del Bronx.

Roy miró la hora.

—Tienes una cita. Fritz Wong. Ve. Deben vernos en *todos* lados durante la próxima hora menos *allí*. —Señaló Tombstone con la cabeza, a unos doscientos metros.

—¿Cuándo empezarás a tener miedo? —pregunté.

Roy se tocó los huesos de las piernas con una mano.

—Todavía no —dijo.

Me dejó frente a la cafetería. Me apeé y me quedé mirándolo. Su expresión alternaba entre seria y risueña.

—¿Vas a entrar? —pregunté.

—En un rato. Tengo algunas cosas que hacer.

—Roy, ¿no irás acaso a cometer una chifladura? Tienes esa mirada de tocado de la cabeza.

Roy dijo: —He estado pensando. ¿Cuándo murió Arbuthnot?

—Esta semana se cumplieron veinte años. Chocaron dos automóviles, murieron tres personas. Arbuthnot y Sloane, el contable del estudio, y la esposa de Sloane. Durante días fue titular en los periódicos. El funeral fue más grande que el de Valentino. Yo estaba a la entrada del cementerio con mis amigos. Había flores como para el desfile de Rosas de Año Nuevo. Salieron mil personas del velorio, con gafas oscuras tapándoles los ojos llorosos. Mi Dios, eso sí que era *dolor*. Todos lo querían mucho.

—En un accidente de coches, ¿eh?

—No hubo testigos. Quizás un coche iba demasiado pegado al otro, y el que conducía volvía borracho de una fiesta del estudio.

—Tal vez. —Roy se mordió el labio inferior, mirándome con un ojo entrecerrado. — Pero ¿y si hay algo más? Quizá, después de todo este tiempo, alguien descubrió algo relacionado con el accidente y está amenazando con destapar la olla. Si no, ¿a qué viene el cadáver en el muro? ¿Por qué el pánico? ¿Por qué acallararlo si no hay nada que ocultar? Dios santo, ¿tú oíste lo que eran las voces? No me explico cómo puede ser que un muerto que no es un muerto, un cadáver que no es un cadáver, perturbe a los jefes de esa manera.

—Debe de haber habido más de una carta —dije—. La que me llegó a mí y otras más. Pero yo fui el único lo bastante tonto como para ir a ver. Y cuando hoy no dije ni a, cuando no solté la lengua, quienquiera que haya sido el que subió el cadáver al muro, hoy tuvo que dejar un mensaje o hacer unas llamadas para sembrar el pánico y enviar el coche fúnebre. Y el tipo que hizo el cadáver y mandó la nota está aquí en este preciso instante, divirtiéndose con el espectáculo. ¿Por qué... por qué... por qué...?

—Calma —dijo Roy con tranquilidad—, calma. —Encendió el motor.— Revelaremos este misterio idiota en el almuerzo. Pon cara de inocente. Haz el tonto y tómate la sopa. Yo tengo que ir a ver si mis modelos en miniatura andan bien. Una última calle que hay que clavar en su lugar. —Miró la hora.— Dentro de dos horas mi país de dinosaurios estará listo para las fotos. A partir de entonces, todo lo que necesitaremos es nuestra grandiosa y gloriosa Bestia.

Miré a Roy a la cara, todavía enfervorizada.

—No irás a robar el cadáver para ponerlo de vuelta en el muro, ¿verdad?

—Nunca se me cruzó por la cabeza —dijo Roy, y partió en el coche.

En el centro del extremo izquierdo de la cafetería había una pequeña plataforma de no más de treinta centímetros de altura, donde estaba puesta una única mesa con dos sillas. Yo solía imaginarme al jefe de los esclavos de un trirreme de guerra romano sentado allí, haciendo sonar con estruendo primero un martillo, luego otro, para marcar el ritmo a los remeros sudorosos y encadenados a los remos, que obedecían al pánico, bogaban hacia algún corredor alejado del teatro, perseguidos por exhibidores encolerizados y recibidos en la orilla por multitudes de clientes ofendidos.

Pero nunca había ningún timonel de galera romana sentado a la mesa, marcando el ritmo.

Era la mesa de Manny Leiber. Allí cavilaba solo, revolviendo la comida como si fueran las entrañas abiertas de las palomas del adivino del César, pinchando el bazo, dejando de lado el corazón, augurando el futuro. Algunos días se sentaba allí todo abatido, junto a Phillips, el médico del estudio, probando nuevos brebajes y pociones que mezclaba con el agua del grifo. Otros, cenaba tripas de director o de guionista mientras los directores o guionistas se sentaban frente a él apesadumbrados, asintiendo con la cabeza, sí, sí, ¡la película se atrasó!, sí, sí, ¡iban a hacer lo posible por apresurarse!

Nadie quería sentarse a esa mesa. A menudo, en lugar de un cheque, llegaba la notificación del despido.

Ese día me metí en la cafetería y traté de pasar inadvertido sorteando las mesas, pero la pequeña plataforma de Manny estaba vacía. Me detuve. Era la primera vez que no veía ni platos, ni cubiertos, ni siquiera flores en el lugar. Manny todavía estaba afuera, en algún sitio, gritándole al sol porque lo había insultado.

Pero ahora aguardaba la mesa más larga de la cafetería, ocupada a medias mientras seguía llegando gente.

Nunca me había acercado a ella en las semanas que llevaba trabajando en el estudio. Como a la mayoría de los neófitos, me asustaba cruzarme con los superinteligentes y los superfamosos. Cuando yo era pequeño, H. G. Wells dio una charla en Los Ángeles y yo no fui a tratar de conseguir un autógrafo. El ataque de alegría que me hubiera dado verlo habría sido fatal. Y lo mismo ocurría con esa mesa de la cafetería, en la que los mejores directores, montadores y guionistas se sentaban a una eterna Última Cena esperando a un Cristo tardío. Al verla de nuevo, perdí las agallas.

Me escabullí, dirigiendo mis pasos hacia un rincón alejado donde Roy y yo

solíamos engullir bocadillos y sopa.

—¡Ah, no! ¡Eso *no!* —gritó una voz.

Hundí la cabeza entre los hombros y mi cuello se metió como un periscopio engrasado con sudor bajo la solapa de mi chaqueta.

Fritz Wong gritó: —¡Tu cita es *aquí!* ¡*En marcha!*

Caminé rebotando entre las mesas y me quedé mirándome los zapatos junto a Fritz Wong. Sentí su mano en mi hombro, lista para arrancarme las hombreras.

—Éste —anunció Fritz— es nuestro visitante de otro mundo, del otro lado de la cafetería. Lo ayudaré a sentarse.

Con las manos sobre mis hombros, me empujó con delicadeza hacia abajo.

Finalmente levanté los ojos y recorrí con la mirada a las doce personas que, sentadas a la mesa, me observaban.

—Ahora —anunció Fritz—, ¿nos contará cómo anda la Búsqueda de la Bestia!

La Bestia.

Desde que habían anunciado que Roy y yo debíamos crear, construir y dar a luz al animal más increíblemente espantoso de la historia de Hollywood, miles de personas nos habían ayudado en la búsqueda. Cualquiera hubiera dicho que estábamos buscando a Scarlett O'Hara o a Anna Karenina. Pero no: la Bestia y el llamado concurso para encontrar a la Bestia aparecieron en *Variety* y en el *Hollywood Reporter*. Mi nombre y el de Roy figuraban en todas las notas. Yo recorté y guardé cada uno de esos artículos estúpidos e inservibles. Habíamos empezado a recibir montones de fotografías de otros estudios, de agentes y de la gente en general. En la puerta del estudio aparecieron Quasimodos Número Dos y Tres, además de cuatro Fantasmas de la Ópera. Abundaban los hombres-lobo. Del plató del fondo echaban a primos hermanos y primos segundos de Lugosi y Karloff, que se escondían en nuestro Estudio 13.

Roy y yo habíamos empezado a sentir que éramos los jueces de un concurso de belleza de Atlantic City que no se sabe bien por qué habían trasladado a Transilvania. Los semianimales que aguardaban a la salida de los estudios todas las noches eran para morir; las fotografías, para matarse. Al final decidimos quemar todas las fotos y nos fuimos del estudio por la entrada del costado.

Así había sido la búsqueda de la Bestia durante todo el mes.

Y ahora Fritz Wong volvió a decir: —Bueno. ¿Y la Bestia? ¡*Cuenta!*

12

Miré todas esas caras y dije: —No. No, por favor. Roy y yo no tardaremos mucho más, pero ahora... —Tomé un breve sorbo de la mala agua corriente de Hollywood.— Hace tres semanas que observo esta mesa. Todos se sientan en el mismo lugar. Fulano aquí, zutano del otro lado. Los que se sientan de ese lado ni siquiera conocen a los que se sientan de éste. ¿Por qué no se mezclan? ¿Por qué no dejan sitios libres para que cada media hora la gente pueda jugar al juego de la silla, cambiar de lugar, conocer a otra persona y no tener que tragarse siempre las mismas historias de las mismas personas? Lo siento.

—¿¡Lo sientes!?! —Fritz me tomó de los hombros y me sacudió con su propia risa. — ¡Vamos, muchachos! ¡Al juego de la silla! *Allez-op!*

Hubo aplausos y vítores.

Tanto se divirtieron dándose palmadas en las espaldas, estrechándose las manos, encontrando nuevas sillas, volviéndose a sentar, que me sumí todavía más en una confusa incomodidad. Con más carcajadas. Más aplausos.

—Tendremos que hacer que este maestro se sienta todos los días con nosotros, así nos enseñará juegos de salón y cómo vivir —anunció Fritz—. Bien, compatriotas —gritó Fritz—. ¡A tu izquierda, joven maestro, está Maggie Botwin, la más exquisita cortadora/montadora de la historia del cine!

—¡Pamplinas! —Maggie Botwin me saludó con un movimiento de cabeza y volvió a ocuparse de la tortilla que había traído de la casa.

Maggie Botwin.

Una dama formal y callada, como un piano vertical, aparentemente más alta de lo que era por la manera en que se sentaba, se ponía en pie y caminaba, y la manera en que ponía las manos en el regazo y la manera en que se peinaba, con un peinado alto, como salido de la Primera Guerra Mundial.

Una vez la había oído describirse en un programa de radio como una encantadora de serpientes.

Todos los rollos que pasaban silbando entre sus manos, deslizándose entre sus dedos, ondulantes y veloces.

Todo el tiempo que pasaba, para volver a pasar y pasar.

No se diferenciaba, dijo, de la vida misma.

El futuro se nos venía encima. Uno tenía un único instante, mientras le pasaba por el costado, para convertirlo en un pasado amable, reconocible y decente. Instante a instante, el mañana se escurría al tratar de asirlo. Si uno no lograba atrapar sin

retener esa sucesión de momentos, si no le daba forma sin quebrarla, uno no dejaba nada tras de sí. El objetivo de uno, el objetivo de ella, el objetivo de *todos*, era moldearnos y quedar impresos en esos pequeños trocitos de futuro que, al tocarlos, envejecían y se convertían en pasados que se desvanecían inmediatamente.

Lo mismo ocurría con las películas.

Con una sola diferencia: uno podía volver a vivirlas, tantas veces como fuera necesario. Pasar el futuro, hacerlo ahora, hacerlo ayer, luego volver a empezar con el mañana.

Qué profesión fantástica, estar a cargo de tres confluencias del tiempo: los mañanas infinitos e invisibles; la estrecha visión del ahora; el gran camposanto de segundos, minutos, horas, años y milenios que brotaban como en un semillero para mantener vivos a los otros dos.

¿Y si a uno no le agradaba ninguno de los tres ríos por los que corría el tiempo?

A coger las tijeras. *Rip*. ¡Ya está! ¿*Mejor*?

Y aquí estaba ella, primero con las manos enlazadas en el regazo, un segundo después sosteniendo una pequeña cámara de ocho milímetros para registrar los rostros sentados a la mesa, uno por uno, con esas manos apacibles y eficientes, hasta que la cámara se detuvo y quedó fija en mí.

Yo le devolví la mirada y recordé un día de 1934 en que la había visto a la entrada del estudio filmando a todos los tontos, los payasos, los locos de los autógrafos, yo incluido.

Quería decir en voz alta: ¿Se acuerda? Pero ¿cómo se iba a acordar?

Hundí la cabeza en los hombros. La cámara zumbó.

En ese preciso instante llegó Roy Holdstrom.

Estaba de pie en la puerta de la cafetería, buscándome. Cuando me encontró, no me hizo una seña con la mano sino que sacudió la cabeza con furia. Luego se dio media vuelta y salió taconeando. Yo me levanté de un salto y me fui corriendo antes de que Fritz Wong pudiera atraparme.

Lo vi desaparecer en el baño de hombres y lo encontré de pie junto al santuario de porcelana blanca rindiendo culto a las *Fuentes de Roma* de Respighi. Me puse a su lado, sin inspiración y con la cañería congelada para todo el invierno.

—Mira. Acabo de encontrar esto en el Estudio 13.

Roy puso una hoja mecanografiada en el estante de azulejos que yo tenía delante.

¡Por fin ha nacido la Bestia!

¡Hoy por la noche en el Brown Derby!

Calle Vine. A las diez.

¡No faltéis, o perderéis *todo*!

—¡No te lo tomarás en serio! —dije asombrado.

—Tan en serio como tú te tomaste *tu* nota y fuiste a ese cementerio maldito. — Roy fijó la mirada en la pared que tenía enfrente. — ¿*Es* el *mismo* papel y tipo de letra que el de *tu* mensaje? ¿Iré al Brown Derby hoy por la noche? Demonios, ¿por qué no?

Cuerpos encaramados a los muros, escaleras desaparecidas, huellas rastrilladas, cadáveres de papel *mâché*, y además Manny enfurecido. Hace cinco minutos me quedé pensando: si Manny y los demás se irritaron con lo del espantapájaros, ¿qué pasaría si de repente desapareciera?

—No lo hiciste desaparecer, ¿no? —dije.

—¿No? —dijo Roy.

Roy se metió la nota en el bolsillo. Luego cogió una cajita de una mesa que había en la esquina y me la dio.

—Alguien nos está usando. Yo también decidí usar un poquito. Tómala. Ve al retrete. Ábrela.

Hice lo que me dijo.

Cerré la puerta.

—No te quedes ahí como un tonto —exclamó Roy—. ¡Ábrela!

—La estoy abriendo.

Abrí la caja y miré adentro.

—¡Dios mío! —exclamé.

—¿Qué ves? —dijo Roy.

—¡Arbuthnot!

—¿No queda bonito en la caja? —dijo Roy.

13

—¿Por qué lo *hiciste*?

—Los gatos son curiosos. Yo soy un gato —dijo Roy, apresurándose.
Estábamos volviendo a la cafetería.

Roy tenía la caja debajo del brazo y una sonrisa triunfante que iba de oreja a oreja.

—Mira —dijo—. Alguien te envía una nota a *ti*. Vas a un cementerio, encuentras un cadáver, pero no informas a nadie, con lo cual echas a perder el juego, sea cual fuere. Se hacen llamadas por teléfono, el estudio manda a buscar el cuerpo y cunde el pánico cuando por fin lo ven. ¿Qué quieres que haga sino saciar una curiosidad extrema? ¿A qué están jugando?, me pregunto. La única manera de averiguarlo es moviendo mi propia pieza en el tablero, ¿no es así? Ya vimos y oímos cómo reaccionaron Manny y sus amiguitos hace una hora. ¿Cómo reaccionarían, me pregunté, vamos a ver, si, después de encontrar el cuerpo, lo perdieran de nuevo y se volvieran locos tratando de averiguar quién lo tiene? ¡*Yo!*

Nos detuvimos delante de la puerta de la cafetería.

—¡No vas a entrar con eso! —exclamé.

—Es el lugar más seguro del mundo. Nadie va a sospechar de una caja que ando llevando en medio del estudio. Pero ten cuidado, chico, nos están observando, en este preciso instante.

—¿Dónde?! —grité, y me di la vuelta en seguida.

—Si lo supiera, todo habría terminado. Vamos.

—No tengo hambre.

—Es extraño —dijo Roy—, ¿por qué tendré la sensación de que podría comerme una vaca entera?

14

Cuando entramos nuevamente a la cafetería vi que la mesa de Manny todavía estaba vacía y a la espera. Me quedé inmóvil, observando su lugar.

—Gran tonto —murmuré.

Roy sacudió la caja a mis espaldas. La caja hizo un ruidito.

—Sin duda —dijo de buen grado—. Anda.

Me senté en mi lugar.

Roy puso su caja especial en el suelo, me guiñó un ojo y se sentó al otro extremo de la mesa, con la sonrisa del perfecto inocente.

Fritz me echó una mirada como si mi ausencia hubiese sido un insulto personal.

—¡Presta atención! —Fritz chasqueó los dedos.— ¡Siguen las presentaciones! — Señaló las personas sentadas a la mesa.— El siguiente es Stanislau Groc, ¡el maquillador del propio Nicolai Lenin, el hombre que preparó el cuerpo de Lenin, le enceró el rostro, puso parafina en el cadáver para que se conservara todos estos años en el muro del Kremlin, en Moscú, en la Rusia Soviética!

—¿El *maquillador* de Lenin? —dije.

—Cosmetólogo. —Stanislau Groc dirigió un saludo con su pequeña mano sobre su pequeña cabeza sobre su pequeño cuerpo.

Era apenas más grande que uno de los Enanos Singer que hacían de Munchkins en *El Mago de Oz*.

—Inclínate y haz una reverencia —me dijo—. Tú *escribes* monstruos. Roy Holdstrom los *construye*. ¡Pero yo le puse *rouge*, enceré y lustré a un gran monstruo rojo, muerto años ha!

—No le hagas caso a ese ruso infeliz —dijo Fritz—. ¡Observa la silla de al lado!

Un lugar vacío.

—¿Para quién? —pregunté.

Alguien tosió. Las cabezas giraron.

Yo contuve el aliento.

Y se produjo la Llegada.

El último en llegar era un hombre tan pálido que parecía que la piel le brillaba con alguna luz interior. Era alto, calculo que de un metro noventa, y tenía el cabello largo y la barba peinada y recortada, y los ojos de una claridad tan espeluznante que a uno le daba la sensación de que podía ver los huesos a través de la carne y el alma dentro de los huesos. Al pasar junto a cada mesa, los cuchillos y tenedores quedaban suspendidos camino a las bocas semiabiertas. Después que pasaba, dejando una estela de silencio, recomenzaba el engranaje de la vida. Daba pasos largos y calculados, como si llevara una túnica y no un abrigo andrajoso y pantalones manchados. Bendecía con un gesto en el aire al pasar al lado de cada mesa, pero sus ojos miraban al frente, como si estuviera contemplando un mundo más allá, no el nuestro. Me miraba a mí, y yo me encogí, pues no podía imaginarme por qué me buscaría a mí en particular, entre todos esos talentos reconocidos e indiscutidos. Y finalmente se detuvo a mi lado, con una gravedad tal en su actitud que me hizo levantar del asiento.

Hubo un largo silencio cuando este hombre de la bella cara alargó un brazo delgado con una muñeca fina que, en su extremo, tenía una mano con los dedos más exquisitamente largos que yo haya visto jamás.

Estiré mi mano para estrechar la suya. Su mano se volvió y vi la marca del clavo en medio de la muñeca. Dio vuelta la otra mano y vi una cicatriz similar en medio de la muñeca izquierda. Sonrió, leyendo mis pensamientos, y con un tono apacible explicó: —La mayoría de la gente cree que los clavos fueron clavados en las palmas. No. Las palmas no podrían soportar el peso del cuerpo. Las muñecas, clavadas, *sí*. Las muñecas. —Luego dio vuelta ambas manos para que yo viera por dónde habían salido los clavos del otro lado.

—J. C. —dijo Fritz Wong—, éste es nuestro visitante de otro mundo, nuestro joven escritor de ciencia ficción...

—Ya lo sé. —El bello extraño asintió con la cabeza y se señaló con la mano.

—Jesucristo —dijo.

Yo me aparté para que pudiera sentarse, luego me desplomé en mi propio asiento.

Fritz Wong pasó entre la gente una pequeña canasta llena de panes. —Por favor —dijo en voz alta—, ¡convierte esto en peces!

Me quedé boquiabierto.

Pero J. C., sacudiendo apenas los dedos, sacó un pez plateado de entre los panes y lo arrojó al aire. Fritz, encantado, lo atrapó provocando la risa y el aplauso de los demás.

La camarera llegó con varias botellas de alcohol barato, que fue recibido con más gritos y aplausos.

—Este vino —dijo J. C— era agua hace diez segundos. ¡Por favor!

Sirvieron el vino y la gente lo probó.

—Sin lugar a dudas... —balbuceé.

Toda la mesa levantó la mirada.

—Quiere saber —dijo Fritz— si tu nombre es realmente el que tú dices que es.

Serio, el hombre alto sacó y mostró su permiso de conducir. Decía:

«Jesucristo. 911 Beachwood Avenue. Hollywood.»

Volvió a meterlo en el bolsillo, esperó a que hubiera silencio en la mesa y dijo:

—Yo llegué a este estudio en 1927, cuando hicieron *Jesús el Rey*. En esa época era carpintero en los talleres. Corté y lustré las tres cruces del Calvario, que todavía siguen en pie. En todos los subsuelos bautistas y remotas congregaciones católicas del país se estaban haciendo concursos. ¡Encontrad a Cristo! Lo *encontraron aquí*. El director preguntó dónde trabajaba. En el taller de *carpinteros*. ¡Por todos los cielos!, exclamó, ¡quiero *ver* ese rostro! ¡Ve a ponerte una *barba*! «Haz que parezca el bendito Jesús», le advertí al maquillador. Volví, vestido con una túnica y con una corona de espinas, toda la santa parafernalia. El director bailó en el Monte y me lavó los pies. Y os digo que al poco tiempo los bautistas se ponían en fila en las verbenas de Iowa cuando yo pasaba levantando polvo en mi cacharro de lata con carteles que decían VIENE EL REY, AQUÍ ESTÁ.

»Yendo de bungalow en bungalow por el país, pasé una década fantástica como Mesías, hasta que la bebida y la venalidad hicieron harapos mis vestiduras. Nadie quiere un Salvador aficionado a las faldas. No era que me la pasara ligando con rameras o calentando a las esposas de otros hombres como si fueran sartenes, no, sino que yo era Él, ¿entiendes?

—Creo que entiendo —dije con amabilidad.

J. C. estiró las largas muñecas y largas manos y largos dedos, como suelen hacer los gatos, esperando que el mundo venga a rendirles culto.

—Las mujeres pensaban que era una blasfemia tan sólo respirar mi mismo aire. Tocarme era terrible. Besarme, un pecado mortal. ¿El propio acto? Lo mismo daría tirarse al pozo en llamas con el fango eterno hasta las orejas. Las católicas, no, las Holy Rollers eran las peores. Cuando viajaba de incógnito, logré llevarme a una o dos a la cama, con desayuno incluido, antes de que *supieran* quién era. Después de un mes sin acróbatas femeninas, me cogió la desesperación. Me afeité y me largué a campo traviesa, haciendo rodar por el suelo aborigen los postes de las cercas, tumbando damas a diestra y siniestra. Derribé más mujeres que árboles un hachero. Corría rápido, con la esperanza de que a los pastores no se les ocurriría contar los hímenes y los himnarios y derribarme con perdigones zorreros. Recé por que a las señoras nunca se les ocurriera pensar que habían gozado de caricias del Invitado principal de la Última Cena. Cuando ya *la pobre* no daba más y yo me emborrachaba como una

cuba, el estudio recogía mis huesos, pagaba a los alguaciles, aplacaba a los curas de North Sty, Nebraska, con nuevas pilas bautismales para el nacimiento de mis futuros hijos y me arrastraba llevándome de vuelta a una celda del estudio del fondo, donde me guardaban como a Juan el Bautista, amenazándome con cortarme las dos cabezas, hasta que terminaban de freír una última partida de pescado en Galilea y hacían otra gira misteriosa al Calvario. Sólo la edad y una virilidad desvencijada lograron que no saliera más a las andadas. Me enviaron a las ligas menores. Lo cual me vino al pelo, pues me moría por ligar. Nunca ha habido en la tierra hombre más predispuesto a las mujeres que esta alma perdida que tienes ante ti. No me merecía hacer de Jesucristo cuando en miles de cines por todo el país había salvado almas y al mismo tiempo había pecado de gula queriendo comer el postre. Durante muchos años me consolé no con cuerpos, sino con botellas. Tengo suerte de que Fritz me haya remozado para esta nueva película, sin demasiadas probabilidades, con un montón de maquillaje. Eso es todo. Con pelos y señales. Fundido a negro.

Aplausos. Toda la mesa aplaudió y elogió el discurso.

Con los ojos cerrados, J. C. inclinó la cabeza a derecha e izquierda.

—Ésa sí que es una anécdota —murmuré.

—No creas ni una palabra de lo que dije —dijo J. C.

La gente dejó de aplaudir. Había llegado alguien más.

Doc Phillips estaba de pie al otro extremo de la mesa.

—Dios mío —dijo J. C. en voz alta y con claridad—. ¡Acaba de llegar Judas!

Pero si el médico del estudio oyó esas palabras, no lo demostró.

Se quedó observando el recinto con desagrado, temiendo cualquier encuentro. Se parecía a uno de esos lagartos que se ven en las cercanías de los bosques prehistóricos; lagartos con ojos centelleantes y movedizos, extremadamente recelosos, husmeando el aire, tocando el viento con garras inseguras, sacudiendo la cola primero para un lado, luego para el otro, la fatalidad al acecho, sin esperanza, respondiendo únicamente a impulsos nerviosos, listos para girar velozmente y correr. Su mirada encontró a Roy y por alguna razón se quedó fija en él. Roy se enderezó en el asiento, tenso, y le sonrió sin demasiada convicción.

Dios mío, pensé, alguien vio cómo Roy robaba la caja. Alguien...

—¿Podemos decir la oración? —dijo Fritz en voz bien alta—. La Oración del Cirujano. ¡Oh Señor, líbranos de los médicos!

Doc Phillips miró hacia otro lado, como si una mosca le hubiese rozado la piel y nada más. Roy se derrumbó contra el respaldo del asiento.

El médico había venido por una cuestión de costumbre. Fuera de los confines de la cafetería, bajo el resplandeciente sol del mediodía, Manny y algunas otras pulgas se retorcían de odio y frustración. Y yo no sabía si el médico había venido aquí para escaparse o para buscar sospechosos.

En todo caso, aquí estaba Doc Phillips, el fabuloso médico de todos los estudios desde la época de las primeras cámaras de manivela, pasando por el advenimiento de

los chillidos y alaridos del sonido hasta llegar a este mismo mediodía en que se sacudió la tierra. Si Groc era el alegre y eterno polichinela, Doc Phillips era el melancólico curandero de egos incurables, una sombra en la pared, un temible entrecejo fruncido que observaba los preestrenos desde la última fila y diagnosticaba las películas enfermas. Era como esos entrenadores de equipos de fútbol que, mirando el juego desde fuera del campo, se niegan a mostrar los dientes acaso un segundo en señal de aprobación. No hablaba con párrafos u oraciones, sino con recortes y tajadas de recetas escritas en taquigrafía. Entre sus sí y sus no no había más que silencio.

Había estado en el hoyo dieciocho cuando el director de los Estudios Skylark dio el último golpecito, embocó y cayó muerto. Decían las malas lenguas que había navegado por la costa de California cuando un editor famoso arrojó fuera de la borda a un director igualmente famoso, que se ahogó «por accidente». Yo había visto fotografías de él en el féretro de Valentino, en la habitación de convaleciente de Jeanne Eagel, en una regata de San Diego en la que una docena de magnates del cine neoyorquino lo llevaron como protección contra la insolación. Se decía que había metido en las drogas a toda una constelación de estrellas de cine y después las había curado en su hospital escondido en algún lugar de Arizona, cerca de Needles.^[2] La ironía del nombre del pueblo no pasó inadvertida. No solía comer en la cafetería; su mirada echaba a perder la comida. Los perros le ladraban como si fuera un cartero venido del infierno. Los bebés le mordían los codos y luego les dolía el estómago.

Todo el mundo retrocedió y se apartó cuando lo vieron llegar.

Doc Phillips posó su mirada en distintas personas del grupo. En cosa de segundos, algunos empezaron a tener tics nerviosos.

Fritz me habló a mí. —Nunca cumple con su deber. Nacieron demasiados bebés antes de tiempo detrás del Estudio 5. Se mueren de ataques al corazón en las oficinas de Nueva York. O descubren a ese actor de Mónaco con su loco amante operístico. Es...

El dispéptico doctor pasó a grandes trancos por detrás de nosotros, susurró algo a Stanislau Groc y dio rápidamente media vuelta y salió de prisa.

Fritz miró con el entrecejo fruncido hacia la salida y luego giró, incinerándome con el monóculo.

—Oh, maestro futurista que todo lo ve, dinos, ¿qué demonios *está* pasando?

Se me subió la sangre a las mejillas. En la boca, la lengua se me había quedado trabada por la culpa. Bajé la cabeza.

—¡Al juego de la silla! —gritó alguien. Groc, de pie, dijo de nuevo, mirándome fijo —: ¡Sillas! ¡Sillas!

Todos rieron. Todos se pusieron en movimiento, y con eso disimulé mi confusión.

Cuando dejaron de ir de aquí para allá, Stanislau Groc, el hombre que había lustrado la frente de Lenin y peinado su perilla para la eternidad, quedó sentado directamente frente a mí, y Roy a mi lado.

Groc sonrió con una gran sonrisa, el amigo del alma.

Yo dije: —¿A qué venía la prisa de Doc? ¿Qué pasa?

—No prestes atención. —Groc echó un vistazo despreocupado a las puertas de la cafetería.— Hoy a las once de la mañana sentí un temblor, como si la parte de atrás del estudio hubiese chocado con un iceberg. Desde ese momento hay locos dando vueltas por todos lados. Me da alegría ver tanta gente trastornada. Me hace olvidar mi melancólica tarea de convertir a los patos de las ciénagas del Bronx en cisnes de Brooklyn. —Dejó de hablar para comer un bocado de la ensalada de frutas.— Vosotros ¿qué opináis? ¿Contra qué iceberg ha dado nuestro querido *Titanic*?

Roy se apoltronó en el asiento y dijo: —Pasa algo grave en el taller de carpintería y decorados.

Yo atravesé a Roy con la mirada. Stanislau Groc se puso incómodo.

—Ah, sí —dijo despacio—. Un pequeño problema con el manatí, la figura de mujer tallada en madera, la que van a poner en el *Bounty*.

Pateé a Roy por debajo de la mesa, pero él se inclinó hacia adelante.

—¿No sería acaso el iceberg que usted mencionó?

—Oh, no —dijo Groc riendo—. No se trata de una montaña de hielo sino de una montaña de imbéciles; están convocando a la oficina de Manny a todos los productores ineptos y a todos los empleados pelotilleros del estudio. Van a despedir a alguien. Y luego... —Groc señaló al techo con sus manitas de muñeco—, ¡se caerán hacia arriba!

—¿Cómo?

—Cuando despiden a alguien de la Warner cae hacia arriba en la MGM. Cuando despiden a alguien de la MGM cae hacia arriba en la Twentieth. ¡Caer *hacia arriba*! ¡La ley inversa de Isaac Newton! —Groc se quedó en silencio un momento y sonrió ante su propio ingenio.— Ah, pero tú, mi pobre escritor, no podrás nunca, después de que te despidan, caer hacia arriba, solamente hacia abajo. Yo...

Se calló porque...

Yo lo miraba con detenimiento, como debo de haber mirado a mi abuelo, muerto para siempre hace treinta años, en su habitación del primer piso. La barba que crecía rala sobre la piel pálida y cerosa de mi abuelo, los párpados que amenazaban con entreabrirse y dejar al descubierto la mirada enojada que había inmovilizado para toda la vida a la abuela, como una reina de las nieves, todo, todo tan nítido y definido como este momento con el necrólogo y cosmetólogo de Lenin sentado frente a mí como un títere, comiendo a mordisquitos, como un ratón, la ensalada de frutas.

—¿Estás buscando —preguntó cortésmente— las marcas de sutura encima de mis orejas?

—¡No, no!

—¡Sí, sí! —replicó divertido—. ¡Todos las buscan! ¡Así que...! —Se inclinó hacia adelante e hizo girar la cabeza a derecha e izquierda, dejando al descubierto la línea donde comenzaba la cabellera y luego las sienes.

—Virgen santa —dije—, qué buen trabajo.

—Bueno no. ¡Perfecto!

Pues las delicadas líneas no eran más que sombras, y si había habido marcas de puntos ínfimos, hacía mucho que habían cicatrizado.

—¿Acaso usted...? —dije.

—¿Me operé a mí mismo? ¿Me saqué mi propio apéndice? ¡Tal vez soy como esa mujer que huyó de Shangri-La y se resecó como una ciruela pasa!

Groc se echó a reír y yo me quedé fascinado con su risa. —No había momento en que no estuviera alegre. Daba la sensación de que si dejaba de reírse quedaría boquiabierto y moriría. Constantemente el ladrido feliz, la sonrisa pegada al rostro.

—¿Sí? —preguntó, viendo que yo le miraba los dientes, los labios.

—¿Qué es lo que es tan divertido? —dije.

—¡Todo! ¿Viste alguna vez una película con Conrad Veidt...?

—¿*El hombre que ríe*?

Eso lo dejó atónito. —¡Imposible! ¡Estás mintiendo!

—Mi madre era una loca del cine. Me venía a buscar después de la escuela, en primero, segundo, tercer grado, para ir a ver a Pickford, a Chaney, a Chaplin. Y... ¡a Conrad Veidt! Los gitanos le acuchillaron la boca para que no dejara de sonreír el resto de su vida, y él se enamora de una muchacha ciega que no puede ver la horrible sonrisa y la engaña con otras mujeres pero, despreciado por una princesa, vuelve humillado a su chica ciega, entre sollozos, para que esas manos que no ven lo consuelen. Y uno está ahí, sentado al lado del pasillo, en la oscuridad del Cine Elite, y solloza. Fin.

—¡Dios mío! —exclamó Groc, casi sin reírse—. Qué niño asombroso eres. ¡Sí! —Sonrió.— Yo soy ese personaje de Veidt, pero no fueron los gitanos los que me tallaron la sonrisa. Fueron los suicidios, los homicidios, los asesinatos. Cuando uno se encuentra atrapado en una fosa común con diez mil cadáveres y lucha por encontrar un poco de aire en medio de la náusea, cuando lo han matado a tiros pero no ha muerto. Desde ese entonces no volví a tocar la carne, pues huele a pozo de cal, a cadáveres y a masacres insepultas. Así que —señaló con las manos— fruta. Ensaladas. Pan, mantequilla fresca y vino. Y, en algún momento, me cosí esta sonrisa. Enfrento el mundo verdadero con una boca falsa. Frente a la muerte, ¿por qué no usar estos dientes, esta lengua lasciva y esta risa? Y en cualquier caso, ¡yo soy el que te ha metido a *ti* en esto!

—¿A mí?

—Le dije a Manny Leiber que contratara a Roy, tu amigo tiranosaurio. Y dije que necesitábamos a alguien que fuera tan bueno para escribir como Roy lo es para soñar. *Voilà! ¡Tú!*

—Gracias —dije lentamente.

Siguió comiendo y pavoneándose, contento de que yo le estuviera observando el mentón, la boca, la frente.

—Usted podría hacer una fortuna... —dije.

—Ya la estoy haciendo. —Cortó una rodaja de piña.— El estudio me paga con creces. Las estrellas viven arrugándose los rostros con la bebida o destrozándose las cabezas por las ventanillas de los coches. Maximus Films vive temiendo que yo me vaya. ¡Tonterías! Me quedaré. Y me volveré más joven cada año, cortando y cosiendo, y cosiendo otra vez, ¡hasta que mi piel esté tan tensa que me saltarán los ojos cuando sonría! ¡Así! —Mostró cómo quedaría.— Pues nunca podré volver. Lenin me echó de Rusia.

—¿Un muerto lo echó?

Fritz Wong se inclinó hacia adelante, escuchando con extrema satisfacción.

—Groc —dijo amablemente—, explícate. Lenin con rosas nuevas en las mejillas. Lenin con dientes sin estrenar, con una sonrisa debajo de la boca. Lenin con nuevos ojos, de cristal, debajo de los párpados. Lenin sin lunar y con la perilla recortada. Lenin, Lenin. Cuenta.

—Muy simple —dijo Groc—, Lenin debía ser un santo milagroso, inmortal en su tumba de cristal.

»¿Pero Groc? ¿Quién era? ¿Fue Groc el que puso *rouge* a la sonrisa de Lenin, el que aclaró su tez? ¡No! ¡Incluso muerto Lenin *se* perfeccionaba! ¿Entonces? ¡Matar a Groc!

»¡Así que Groc huyó! ¿Y dónde está Groc ahora? Cayendo hacia arriba... con *vosotros*.

Al otro extremo de la larga mesa, había vuelto Doc Phillips. No se acercó, sino que le indicó a Groc que lo siguiera con un seco movimiento de cabeza.

Groc se tomó su tiempo, se limpió la bella sonrisa de capullo de rosa dándose unos suaves toquitos con la servilleta, bebió un último sorbo de leche fría, cruzó el cuchillo y el tenedor sobre el plato y se levantó del asiento. Se quedó allí pensando, y de repente dijo: —No es el *Titanic*. Es, más bien, ¡Ozymandias! —Y salió corriendo.

—¿Por qué —dijo Roy después de un rato— habrá inventado todo ese cuento de los manatíes y las tallas en madera?

—Es bueno —dijo Fritz Wong—. Conrad Veidt en pequeño. Usaré a ese maldito cabrón en mi próxima película.

—¿Qué quiso decir con lo de Ozymandias? —pregunté.

16

Roy pasó el resto de la tarde metiendo la cabeza en mi oficina para mostrarme los dedos llenos de arcilla.

—¡Vacíos! —se quejaba—. ¡No hay Bestia!

Yo arranqué de un tirón la hoja de la máquina de escribir. —¡Vacía! ¡Tampoco hay Bestia!

Pero finalmente, a las diez de la noche, fuimos en el coche de Roy al Brown Derby. En el camino leí en voz alta la primera mitad de «Ozymandias».

Encontré a un viajero de una antigua tierra que dijo: Dos grandes piernas de piedra sin tronco se elevan en el desierto... Junto a ellas, en la arena, semihundido, yace un rostro destrozado, cuyo ceño y labios fruncidos y gesto de frío mando muestran que el escultor lee sin duda esas pasiones que, fijas en estos objetos sin vida, aún sobreviven la mano que se burló de ellas, y el corazón que las alimentó.

El rostro de Roy quedó oscurecido por las sombras.

—Lee lo que sigue —dijo.

Leí:

Y en el pedestal se leen estas palabras:

«Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:

¡Mira mi obra, oh Poderoso, y desespera!».

No queda nada más. Alrededor de la ruina de esos restos colosales, infinita y desnuda, llana y solitaria, la arena se extiende hasta el final.

Cuando terminé, Roy dejó pasar dos o tres calles largas y oscuras.

—Date la vuelta. Regresemos —dije.

—¿Por qué?

—Esta poesía parece la descripción del estudio y del cementerio. ¿Alguna vez tuviste una de esas esferas de cristal que se sacuden y adentro la nieve se agita como en una tormenta? Así están mis huesos en este momento.

—Tonterías —fue el comentario de Roy.

Me di vuelta para mirar su grandioso perfil aguileño, que partía en dos el aire nocturno, lleno de ese optimismo que parecen tener sólo los artesanos y que les permite construir un mundo exactamente como lo quieren, sin importar lo que pase.

Recordé que cuando los dos teníamos trece años King Kong cayó del Empire State y aterrizó sobre nosotros. Cuando nos levantamos, ya no éramos los mismos. Nos prometimos que algún día escribiríamos y manejaríamos una Bestia tan genial, tan magnífica y tan bella como Kong, o que, si no, moriríamos.

—Bestia —murmuró Roy—. Ya *llegamos*.

Y estacionamos cerca del Brown Derby, un restaurante que no tenía puesto un Brown Derby^[3] enorme, como un restaurante del Bulevar Wilshire, a ocho kilómetros de allí, rematado con un sombrero hongo tan grande que podría usarlo Dios en Semana Santa, o cualquier jefe del estudio un viernes por la tarde. Lo único que distinguía a ese Brown Derby de cualquier otro eran los 999 retratos caricaturescos que había en cada una de las paredes de adentro. Por fuera era una nada de estilo cuasi español. Nos atrevimos a traspasar la nada y enfrentarnos a los 999 rostros.

El *maître* del Brown Derby levantó la ceja izquierda al vernos entrar. Había sido un enamorado de los perros; ahora sólo le gustaban los gatos. Olíamos raro.

—Por supuesto, no tienen reservas —observó lánguidamente.

—¿Respecto de *este* lugar? —dijo Roy—. Muchísimas.

Eso le erizó la piel del cuello, pero igualmente nos dejó pasar.

El restaurante estaba casi vacío. Había gente sentada en unas pocas mesas, terminando el postre y bebiendo coñac. Los camareros ya estaban haciendo el recambio de servilletas y cubiertos en algunas mesas.

Más adelante se oían risas y vimos a tres mujeres de pie junto a una mesa, inclinadas sobre un hombre que obviamente abanicaba el dinero para pagar la cuenta de la noche. Las muchachas rieron y dijeron que estarían mirando vidrieras mientras él pagaba y, envueltas en un halo de perfume, se dieron media vuelta y pasaron de prisa por donde estábamos Roy y yo; Roy se quedó clavado en el lugar, mirando al hombre del compartimiento.

Stanislau Groc.

—¡Dios mío! —exclamó Roy—. ¡*Usted!*

—¡*Yo?!*

La llama votiva de Groc se consumió de golpe.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —exclamó.

—Nos invitaron.

—Estábamos buscando a una persona —dije.

—Y me encontrasteis a mí y quedasteis pasmadísimos —observó Groc.

Roy se fue alejando poco a poco, pues comenzaba a sentir el síndrome de Sigfrido. Le habían prometido un dragón y se había encontrado con un mosquito. No podía sacarle los ojos de encima.

—¿Por qué me miras de ese modo? —dijo bruscamente el hombrecito.

—Roy —le advertí.

Pues veía que Roy estaba pensando lo mismo que yo. Era todo una broma. Alguien, que sabía que Groc comía aquí de vez en cuando, nos había enviado a la esquina a ver si llovía. Para ponernos en ridículo, y también a Groc. De todos modos, Roy observaba las orejas y la nariz y el mentón del hombrecito.

—No —dijo Roy—, usted no va a *servir*.

—¿Para *qué*? ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya sé! ¿Es la *Búsqueda*? —De su pecho salió una risita sorda y entrecortada que luego hizo erupción en los labios delgados.

»Pero ¿por qué el Brown Derby? La gente que viene aquí no es como para asustaros a vosotros. Pesadillas, sí. ¿Y yo, esta simple pata de mono reconstituida? ¿A quién voy a asustar, *yo*?

—No se preocupe —dijo Roy—. El miedo viene después, cuando me acuerdo de usted a las tres de la madrugada.

Con eso bastó. Groc soltó una carcajada estentórea y nos hizo señas para que nos sentáramos a su mesa.

—Puesto que les han estropeado la noche, ¡a beber!

Roy y yo recorrimos con una mirada nerviosa el restaurante.

No se veía ninguna Bestia.

Después de servir el champán, Groc brindó por nosotros.

—Que nunca tengáis que rizar las pestañas de un muerto, limpiar los dientes de un muerto, encerar su barba o componer sus labios sifilíticos. —Groc se puso en pie y miró hacia la puerta por la que habían salido de prisa las mujeres.

»¿Habéis visto sus rostros? —Groc sonrió recordándolos.— ¡Míos! ¿Sabéis por qué esas muchachas están locamente enamoradas de mí y no me abandonarán nunca? Yo soy el gran lama del Valle de la Luna Azul. Si parten, se cerrará una puerta, la mía, y se les caerán los rostros. También les he advertido que sujeté finos alambres bajo sus mentones y sus ojos. Si se alejan demasiado a demasiada velocidad y se les acaba el alambre... se les deshilará la carne. Y en lugar de tener treinta años, ¡tendrán cuarenta y dos!

—Fafner —gruñó Roy. Apretaba la mesa con los dedos como si en cualquier momento fuera a levantarse de un salto.

—¿Qué?

—Un amigo —dije yo—. Pensamos que tal vez lo veríamos esta noche.

—Esta noche ya pasó —dijo Groc—. Pero quedaos aquí. Terminad mi champán. Pedid más, ponedlo en mi cuenta. ¿Os gustaría comer una ensalada antes de que cierre la cocina?

—No tengo hambre —dijo Roy, con los ojos surcados por esa desilusión irrefrenable que había sentido en el teatro Shrine cuando salimos de ver *Sigfrido*.

—¡Sí! —dije yo.

—Dos ensaladas —dijo Groc, dirigiéndose al camarero—. ¿Condimentadas con queso Roquefort?

Roy cerró los ojos.

—¡Sí! —dije yo.

Groc se volvió hacia el camarero y le metió en la mano una propina innecesariamente exagerada.

—Trátelos como a duques —dijo con una sonrisa. Luego, mirando hacia la puerta por donde se habían ido trotando las mujeres con pasitos de pony, meneó la cabeza—.

Debo irme. Está lloviendo. Toda esa agua en los rostros de mis chicas. ¡Se derretirán! Hasta pronto. *Arrivederci!*

Y se fue. Las puertas de entrada se cerraron en silencio.

—Vámonos de aquí. ¡Me siento un idiota! —dijo Roy.

Se movió en el asiento y derramó el champán. Soltó una maldición y limpió la mesa. Yo le serví otra copa y me quedé mirando cómo la bebía lentamente y se tranquilizaba.

Ocurrió cinco minutos después, al fondo del restaurante.

El jefe de camareros estaba abriendo un biombo y colocándolo alrededor de la mesa más alejada. Se le había resbalado de las manos y vuelto a doblar por la mitad haciendo un ruido seco. El camarero murmuró algo para sus adentros. Luego se oyeron ruidos en el pasillo que daba a la cocina, donde, me di cuenta, un hombre y una mujer habían estado esperando desde hacía un momento. En ese instante, mientras el camarero arreglaba el biombo, salieron a la luz caminando con pasos rápidos y mirando únicamente hacia adelante en dirección al biombo y a la mesa.

—Caray —susurré con voz ronca—. ¿Roy?

Roy levantó la mirada.

—¡Fafner! —susurré.

—No. —Roy se enderezó, echó una mirada y volvió a apoyar la espalda en el asiento, sin dejar de observar a la pareja, que se movía con rapidez.— Sí.

Pero no era Fafner, no era el dragón mitológico, sino una serpiente terrible que se escabulló desde la cocina hasta la mesa, aferrando la mano de la mujer y llevándola a rastras.

Era lo que habíamos estado buscando durante largas semanas y arduos días. Era lo que yo tal vez podría haber garabateado en un papel o escrito a máquina en una hoja, mientras mi cuerpo se congelaba poco a poco, primero los dedos, luego las manos, hasta llegar al cuello.

Era lo que Roy había estado tratando de encontrar cada vez que hundía los largos dedos en la arcilla. Era la burbuja color sangre que surgía en una nube de vapor de una tosca tinaja de barro y se transformaba en un rostro.

Y ese rostro era todos los rostros mutilados, marcados y funerarios de los hombres que habían sido heridos, acribillados y enterrados en las diez mil guerras desde la primera guerra.

Era Quasimodo viejo, abrumado por el peso del cáncer y en un avanzado estado de lepra.

Y detrás de ese rostro había un alma que debía vivir allí para siempre.

¡Para siempre!, pensé. *¡Nunca* podrá escapar!

Era nuestra Bestia.

Todo terminó en un instante.

Pero yo tomé una foto instantánea de la criatura, cerré los ojos y vi el rostro terrible ardiendo en mi retina; ardiendo de tal modo que se me llenaron los ojos de

lágrimas y de mi garganta brotó un sonido involuntario.

Era un rostro donde se hundían dos ojos infernalmente líquidos. Un rostro en el que esos mismos ojos, nadando en el delirio, no podían avistar ninguna orilla, ningún respiro, ningún auxilio. Y al ver que no podían tocar nada sin que fuera censurable, los ojos, brillantes de desesperación, nadaban en el lugar, se mantenían en la superficie de un torbellino de carne, se negaban a hundirse, a darse por vencidos y desaparecer. Se vislumbraba el destello de una última esperanza de que, desplazándose para aquí o para allí, tal vez podrían divisar una ayuda inesperada, algún toque de belleza interna, alguna revelación de que no todo era tan malo como parecía. Así flotaban aquellos ojos, anclados en una lava de carne destrozada, del color del fuego, en un crisol de genes que ninguna alma, por más valiente que fuera, podría sobrevivir. Y todo el tiempo, las aletas de la nariz se inhalaban a sí mismas y la herida de la boca daba la alarma, en silencio, y exhalaba.

Entonces Roy se sacudió bruscamente, primero hacia adelante y luego hacia atrás, como si le hubiesen disparado, y su mano se movió automáticamente y con rapidez hacia un bolsillo.

El maltrecho extraño quedó oculto tras el biombo, y la mano de Roy salió del bolsillo con un pequeño bloc para bosquejos y un lápiz y, sin dejar de contemplar el biombo como si lo pudiera atravesar con rayos X, sin mirar ni una vez hacia la mano mientras dibujaba, Roy dio forma al terror, a la pesadilla, a la carne cruda de la destrucción y la desesperación.

Al igual que Doré mucho antes que él, Roy tenía esa exactitud vertiginosa en los dedos que recorrían, trazaban y bocetaban y no precisaban más que una mirada fugaz a las muchedumbres londinenses para luego, con el grifo abierto, con el vaso dando vuelta, dejar que la memoria pasara por el embudo y saliera a borbotones de sus uñas y se desparramara desde la punta del lápiz mientras cada ojo, cada nariz, cada boca, cada mandíbula, cada rostro, quedaba impreso fresco y completo como salido de una prensa. En diez segundos, la mano de Roy, una araña sumergida en agua hirviendo, bailó y se estremeció en ataques epilépticos de recuerdos e imágenes. Primero, la hoja estuvo vacía. Un segundo después, ¡la Bestia, no toda, no, pero casi completa, estaba allí!

—¡Maldita sea! —murmuró Roy, y arrojó el lápiz.

Miré el biombo y luego el boceto.

El dibujo parecía el trazo, mitad positivo mitad negativo, de un horror apenas percibido.

No podía apartar los ojos del boceto de Roy, ahora que la Bestia estaba oculta y el *maître* tomaba el pedido detrás del biombo.

—Casi —murmuró Roy—. Pero no del todo. Se acabó la búsqueda, chico.

—No.

—Sí.

Por alguna razón me puse en pie. —Buenas noches.

—¿Adónde vas? —Roy estaba perplejo.

—A casa.

—¿Y cómo vas a ir? ¿Vas a pasarte una hora en el autobús? Siéntate. —La mano de Roy siguió recorriendo la hoja a toda velocidad.

—Deja de hacer eso —dije.

Fue lo mismo que dispararle un tiro en plena cara.

—¿Después de haber esperado durante semanas? Ni soñando. ¿Qué bicho te ha picado?

—Voy a vomitar.

—Yo también. ¿Te crees que esto me apetece? —Se quedó reflexionando.— Sí, luego me sentiré mal, pero esto está primero. —Agregó más pesadillas y subrayó el terror.— ¿Y bien?

—Ahora sí que estoy asustado.

—¿Crees que saldrá de atrás del biombo para atraparte?

—¡Sí!

—Siéntate y come la ensalada. Sabes eso que dice Hitchcock, que una vez que el dibujante le hace los bocetos de las escenas, la película está hecha. Nuestra película está hecha. Con *esto* la terminamos. Ya está cocinada.

—¿Y por qué me siento tan avergonzado? —Dejé caer mi peso en el asiento y no volví a mirar el bloc de Roy.

—Porque tú no eres como él ni él es como tú. Gracias a Dios y a todos los santos. ¿Y si rompo todo esto y nos vamos? ¿Cuántos meses más nos pasaremos buscando para dar con algo tan triste y tan terrible?

Tragué saliva. —Toda la vida.

—Exacto. Esta noche no se repetirá. Así que quédate sentado y quieto, come y espera.

—Esperaré pero no me quedaré quieto y me pondré muy triste.

Roy me miró fijo. —¿Ves estos ojos?

—Sí.

—¿Qué ves?

—Lágrimas.

—Lo que demuestra que me afecta tanto como a ti, pero no puedo evitarlo. Trata de calmarte. Bebe.

Sirvió más champán.

—Tiene un gusto horrible —dije.

Roy siguió dibujando y apareció el rostro. Era un rostro que se encontraba en un estado de destrucción total; como si el ocupante, la mente que se ocultaba bajo el engendro, hubiese corrido y nadado mil millas y ahora estuviese hundiéndose hasta morir. Si alguna vez hubo huesos detrás de la carne, se habían astillado y vuelto a soldar como si fueran insectos, extrañas fachadas ocultas tras las ruinas. Si había una mente detrás de los huesos, al acecho en las cavernas de las retinas y los tímpanos,

enviaba señales frenéticas desde los ojos movedizos.

Y, sin embargo, una vez que les llevaron la comida y les sirvieron el champán, a Roy y a mí nos partió en dos el sonido de las carcajadas increíbles que retumbaban en las paredes detrás del biombo. Primero la mujer no respondía, pero luego, a medida que pasaban los minutos, su callada alegría fue enfervorizándose hasta casi alcanzar la de él. Pero la risa del hombre sonaba legítima, mientras que a la de ella poco le faltaba para ser histeria.

Bebí mucho para poder estar quieto. Cuando ya no había más champán en la botella, el *maître* trajo otra e hizo un ademán para hacerme entender que no hacía falta cuando vio que me llevaba la mano al bolsillo buscando mi billetera vacía.

—Groc —dijo, pero Roy no oyó. Estaba llenando hoja tras hoja del bloc y, a medida que pasaba el tiempo y las risas se hacían más fuertes, los dibujos se volvían más grotescos, como si los gritos de pura algarabía guiaran sus recuerdos y llenaran las páginas. Pero por último las risas se acallaron. Se oyeron los movimientos preparatorios de la partida detrás del biombo y el *maître* se quedó junto a nuestra mesa.

—Perdón —murmuró—. Debemos cerrar. ¿Nos harían el favor? —Señaló con la cabeza la puerta y se hizo a un lado, sacando la mesa hacia afuera. Roy se puso en pie. Miró en dirección al biombo.

—No —dijo el *maître*—. Primero deben partir ustedes. El orden es así.

Yo ya casi había llegado a la puerta y tuve que volverme. —¿Roy? —dije. Y Roy me siguió, caminando hacia atrás como si estuviera yéndose de una sala de teatro y la obra todavía no hubiese terminado.

Roy y yo salimos y justo se detuvo un taxi junto a la acera. La calle estaba vacía a excepción de un hombre de estatura media que llevaba un largo abrigo de piel de camello y nos daba la espalda, de pie junto a la calle. La carpeta que llevaba bajo el brazo lo delataba. Yo había visto esa carpeta día tras día en los veranos de mi infancia y de mi juventud frente a los estudios de Columbia, la Paramount, la MGM y todos los demás. Había estado repleta de hermosos retratos dibujados de Garbo, Colman, Gable, Harlow, y en un momento u otro había tenido otros miles, todos firmados con tinta violeta. Todos guardados por un delirante coleccionista de autógrafos que se había vuelto viejo. Vacilé, luego me detuve.

—¿Clarence? —lo llamé.

El hombre se encogió, como si no hubiese querido que lo reconocieran.

—Eres tú, ¿no es cierto? —dije en voz baja, y le toqué el codo—. Clarence, ¿no?

El hombre se quedó quieto, pero finalmente volvió la cabeza. El rostro era el mismo, con el agregado de líneas grises y una palidez ósea que lo hacían más viejo.

—¿Qué? —dijo.

—¿Te acuerdas de mí? —dije—. Seguro que te acuerdas. Yo andaba siempre merodeando por Hollywood con las tres hermanas locas. Una de ellas era la que hacía las camisas hawaianas floreadas que usó Bing Crosby en las primeras películas. Todos

los mediodías del verano de 1934 estuve delante de la puerta de Maximus Films. Tú estabas allí. Cómo iba a olvidarlo. Tenías el único dibujo de Garbo que yo haya visto jamás, firmado...

Mi letanía sólo empeoró las cosas. Con cada palabra, Clarence se encogía dentro del abrigo de piel de camello.

Asintió nerviosamente con la cabeza. Miró nerviosamente hacia la puerta del Brown Derby.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —dije—. Todos se han ido a casa.

—Nunca se sabe. No tengo nada más que hacer... —dijo Clarence.

Nunca se sabe. Douglas Fairbanks, resucitado, podría pasearse por el bulevar, mucho mejor que Brando.

Fred Allen y Jack Benny y George Burns podrían aparecer por la esquina de vuelta del Legion Stadium, donde acababan de terminar las peleas de box y la gente salía contenta, como en los viejos tiempos, que eran más encantadores que esta noche, o que todas las noches por venir.

No tengo nada más que hacer. Sí.

—Sí —dije—. Nunca se sabe. ¿No te acuerdas de mí? ¿El chiflado? ¿El ultrachiflado? ¿El marciano?

Los ojos de Clarence pasaron de mis cejas a mi nariz y luego a mi mentón, pero no se posaron en mis ojos.

—N-no —dijo.

—Buenas noches —dije.

—Adiós —dijo Clarence.

Roy me llevó del brazo hasta su trasto de hojalata y nos subimos; Roy suspiraba impaciente. No habíamos terminado de entrar cuando cogió el bloc y el lápiz y se quedó esperando.

Clarence todavía estaba junto a la acera, al lado del taxi, cuando las puertas del Brown Derby se abrieron y salió la Bestia con su Bella.

Era una noche agradable y cálida como pocas, o lo que ocurrió un segundo después tal vez no habría ocurrido.

La Bestia se quedó allí aspirando grandes bocanadas de aire, sin duda colmado de champán y de olvido. Si tenía conciencia de que la suya era una cara salida de una guerra perdida hacía mucho tiempo, realmente no lo demostraba. Llevaba a la dama de la mano, conduciéndola hacia el taxi, en medio de palabras y de risas. Fue en ese momento cuando noté, por la manera en que ella caminaba y miraba hacia la nada, que...

—¡Es ciega! —dije.

—¿Cómo? —dijo Roy.

—Es ciega. No lo puede ver. ¡Con razón son amigos!

¡La lleva a cenar y nunca le cuenta cómo es en realidad!

Roy se inclinó y observó con detenimiento a la mujer.

—Dios mío —dijo—, tienes razón. Ciega.

Y el hombre riendo y la mujer contagiándose e imitando la risa, como un loro atontado.

Y en ese instante, Clarence, de espaldas, habiendo oído las risas y el parloteo, se volvió lentamente para mirar a la pareja. Con los ojos entrecerrados volvió a escuchar, prestando mucha atención, y un gesto de increíble sorpresa le surcó la cara. De su boca salió disparada una palabra.

La Bestia dejó de reír.

Clarence dio un paso adelante y le dijo algo al hombre. La mujer también dejó de reír. Clarence preguntó algo más. Tras lo cual la Bestia apretó los puños, dio un grito y levantó los brazos en el aire como para asestarle un golpe, clavarlo como si fuera una estaca en el pavimento.

Clarence cayó sobre una rodilla, gimiendo.

La Bestia se abalanzó, con los puños temblorosos y el cuerpo balanceándose de atrás para adelante, perdiendo y recobrando el control.

Clarence pegó un grito, y la ciega, buscando en el aire con el brazo extendido, dijo algo, y la Bestia cerró los ojos y dejó caer los brazos. Inmediatamente, Clarence se puso en pie de un salto y huyó corriendo en la oscuridad. Casi me bajé del coche para seguirlo, aunque no sabía bien por qué. Un segundo después, la Bestia ayudó a su amiga ciega a subir al taxi y el coche se alejó haciendo rugir el motor.

Roy arrancó y nos fuimos rugiendo detrás.

El taxi dobló a la derecha en el Bulevar Hollywood y un semáforo en rojo y unos peatones nos detuvieron la marcha. Roy apretó el acelerador como para abrirse camino, maldijo un poco y, finalmente, cuando la gente terminó de cruzar, pasó con luz roja.

—¡Roy!

—Deja de decir mi nombre. Nadie nos vio. ¡*No podemos perderlo!* ¡Por Dios, lo *necesito!* ¡Tenemos que ver *adónde* va! ¡*Quién* es! ¡Allí están!

A lo lejos vimos el taxi que doblaba a la derecha por Gower. A lo lejos, también, Clarence seguía corriendo, pero no nos vio pasar.

Tenía las manos vacías. Se le había caído la carpeta frente al Derby y la había dejado allí tirada. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se dé cuenta?, me pregunté.

—Pobre Clarence.

—¿Por qué pobre? —dijo Roy.

—Está buscando lo mismo que nosotros. Si no, ¿para qué iba a estar frente al Brown Derby? ¿Pura coincidencia? Qué va. Alguien le dijo que viniera. Por Dios, y ahora ha perdido todos esos retratos maravillosos. Roy, tenemos que volver para recogerlos.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Roy— es seguir por donde vamos.

—Me pregunto —dije— qué le habrían escrito a Clarence. ¿Qué *le* habrán dicho?

—¿Qué le habrán dicho *quiénes*? —dijo Roy.

Roy pasó otro semáforo en rojo en Sunset para poder alcanzar al taxi, que estaba casi llegando al Bulevar Santa Mónica.

—¡Están yendo hacia el estudio! —dijo Roy—. No.

Pues cuando llegó a Santa Mónica el taxi dobló a la izquierda, por delante del cementerio.

Hasta que llegamos a San Sebastián, prácticamente la iglesia católica más insignificante de Los Ángeles. De pronto, el taxi giró a la izquierda y cogió una calle lateral detrás de la iglesia.

Se detuvo a unos cien metros. Roy frenó y se echó a un costado. Vimos a la Bestia llevar a la mujer en dirección a un pequeño edificio blanco oscurecido por la noche. Desapareció sólo un minuto. En algún lugar se abrió y cerró una puerta y luego la Bestia regresó al taxi, que se deslizó hasta la esquina, hizo un rápido giro de ciento ochenta grados y quedó mirando en nuestra dirección. Por suerte no teníamos las luces encendidas. El taxi pasó a nuestro lado como un tiro. Roy largó una maldición, encendió con furia el motor, apretó el acelerador, dio también un calamitoso giro en redondo mientras yo gritaba, y llegamos otra vez al Bulevar Santa Mónica justo a tiempo para ver al taxi que se detenía frente a la iglesia de San Sebastián y descargaba a su pasajero, quien trepó de dos en dos los escalones hasta la entrada iluminada de la iglesia, sin mirar atrás. El taxi se fue.

Roy movió el coche en silencio, con las luces apagadas, hasta otro sitio oscuro debajo de un árbol.

—Roy, ¿qué estás...?

—¿Quieres callarte? —dijo Roy, molesto—. Corazonadas. Las corazonadas lo son todo. Ese tipo tiene tanto que hacer en una iglesia a medianoche como yo en un grupo de coristas...

Pasaron unos minutos. Las luces de la iglesia no se apagaban.

—Ve a *ver* —sugirió Roy.

—¿Ve a *qué*?

—Está bien. ¡Voy *yo*!

Roy salió del coche sacándose los zapatos.

—¡Regresa *aquí*! —grité.

Pero Roy se había ido, en calcetines. Me bajé de un salto, me quité los zapatos y lo seguí. Roy llegó a la puerta de la iglesia en diez segundos, conmigo detrás, y pegamos las orejas a un muro exterior. Escuchamos. Oímos una voz que subía, bajaba, subía.

¡La voz de la Bestia! Que con apremio sacaba a la luz calamidades, compromisos espantosos, errores terroríficos, pecados más oscuros que el cielo de mármol que nos envolvía.

La voz del sacerdote respondía con clemencia de manera concisa e igualmente apremiante, predecía una vida mejor, donde la Bestia tal vez no renacería como la Bella, pero podría gozar de pequeñas y agradables satisfacciones mediante la penitencia.

Susurros, susurros, en las oscuras profundidades de la noche.

Cerré los ojos; me *desvivía* por oír.

Susurros, susurros. Luego... me quedé rígido, sin poder creerlo.

Sollozos. Un lamento continuo que quizá no cesaría nunca.

El hombre solitario dentro de la iglesia, el hombre del rostro horroroso y del alma perdida, dejó salir su terrible tristeza y estremeció el confesionario, la iglesia y a *mí*. Sollozando, suspirando, y volviendo a sollozar.

El sonido me hizo abrir de golpe los ojos. Luego, silencio y... un *movimiento*. Pasos.

Echamos a correr.

Llegamos al coche, entramos de un salto.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Roy en un susurro.

Me empujó la cabeza para abajo y se agazapó. La Bestia había salido y andaba sola por la calle vacía.

Cuando llegó a la puerta del cementerio, giró. Un coche que pasaba la iluminó como con un foco en un escenario. Se quedó allí, inmóvil, aguardó y luego desapareció dentro del cementerio.

Muy adentro, del otro lado de las puertas de la iglesia, se movió una sombra, se apagaron las velas, se cerraron las puertas.

Roy y yo nos miramos.

—Dios mío —dije—. ¿Qué pecados pueden ser tan *inmensos* para que alguien los confiese a *esta* hora de la noche? ¡Y *sollozando*! ¿Lo *oíste*? ¿Crees que... viene a perdonarle a Dios por haberle dado esa cara?

—Esa cara. Sí, oh, sí —dijo Roy—. *Tengo* que averiguar qué tiene entre manos, ¡no puedo *perderlo*!

Y Roy había salido nuevamente del coche.

—¡Roy!

—¿No te das cuenta, tonto? —exclamó Roy—. ¡Ese hombre es nuestra película, nuestro monstruo! ¡¿Y si se nos escapa?! ¡*Mi Dios*!

Y Roy corrió al otro lado de la calle.

¡Iluso!, pensé. ¿Qué está *haciendo*?

Pero me daba miedo gritar a esas altas horas de la noche. Roy saltó la reja del cementerio y se hundió en las sombras como alguien que se ahoga. Yo salté en el asiento con tanta fuerza que choqué con la cabeza contra el techo del coche y me desplomé, blasfemando; Roy, maldición. Maldición, Roy.

Si ahora viene un coche de la policía, pensé, y me preguntan ¿Qué hace aquí?, yo les respondo: Espero a Roy. Está en el cementerio, en seguida sale. *Saldrá*, ¿no? Sin duda, ¡*esperen* y verán!

Esperé. Cinco minutos. Diez.

Y entonces, increíblemente, Roy volvió a salir, moviéndose como si hubiera recibido un choque eléctrico.

Cruzó la calle despacio, como un sonámbulo. Ni siquiera vio cómo su propia mano bajaba la manija de la puerta del coche para abrirla y entrar. Se sentó en el asiento delantero, con los ojos fijos en el cementerio.

—¿Roy?

No me oyó.

—¿Qué acabas de ver allí?

No respondió.

—Él, *esa cosa*, ¿va a salir?

Silencio.

—¡Roy! —Le golpeé el codo.— ¡Habla! ¡Di algo!

—Él —dijo Roy.

—¿Sí?

—Increíble —dijo Roy.

—Yo lo *creeré*.

—No. Calma. Ahora es mío. Dios santo, el monstruo que tendremos, chico. —Se volvió y finalmente me miró, con los ojos como dos farolas y el alma que le ardía en las mejillas y le daba color a los labios.— ¡Compañero, qué película haremos!

—¿La haremos?

—Oh —exclamó con el júbilo de la revelación—. ¡Claro que la haremos!

—¿Es todo lo que dirás? ¿No contarás lo que *ocurrió* en el cementerio, lo que has visto? ¿No dirás más que «Oh, claro que la haremos»?

—Oh —dijo Roy, dándose vuelta para echar otra mirada al cementerio—. Claro que la haremos.

En el patio de baldosas de la iglesia se apagaron las luces. La iglesia estaba oscura. La calle estaba oscura. Las luces en el rostro de mi amigo habían desaparecido. El cementerio estaba lleno de sombras nocturnas camino del amanecer.

—Sí —susurró Roy.

Y regresamos a casa.

—No veo la hora de poner las manos en la arcilla —dijo.

—¡No!

Sorprendido, giró la cabeza para mirarme. Por su rostro corrían como ríos las luces de la calle. Parecía una persona sumergida en el agua, que no se podía tocar, alcanzar, salvar.

—¿Me estás diciendo, sin vuelta de hoja, que *no puedo* usar esa cara para nuestra película?

—No es sólo la cara. Tengo la sensación de que... si lo haces, estamos perdidos. Por Dios, Roy, estoy de veras asustado. Alguien te dijo que vinieras a encontrarlo esta noche, no lo olvides. Alguien quería que lo vieras. ¡Alguien le dijo a Clarence que viniera esta noche aquí también! Todo está pasando demasiado rápido. Haz como que nunca fuimos al Brown Derby.

—¿Cómo podría hacer eso? —preguntó Roy.

Aceleró.

El viento se colaba por las ventanillas y azotaba mi pelo, mis pestañas, mis labios.

Por la frente de Roy corrían sombras que luego descendían por la enorme nariz aguileña hasta la boca triunfante. Parecía la boca de Groc, o la del Hombre que Ríe.

Roy sintió que lo estaba mirando y dijo: —¿Atareado odiándome?

—No. Pensando cómo es que te he conocido todos estos años y aun así no te conozco.

Roy levantó la mano izquierda con todos los dibujos del Brown Derby y los sacó por la ventanilla. Se sacudían y golpeteaban unos contra otros en el viento. —¿Los suelto?

—Tanto tú como yo sabemos que tienes una cámara en la cabeza. Los sueltas y tienes todo un rollo nuevo esperando detrás de tu ojo izquierdo.

Roy los soltó. —Sí. La próxima serie será diez veces mejor. —Las páginas flotaron allí detrás, volando en la noche.

—No me hace sentir mejor —dije.

—A mí sí. La Bestia es nuestra. Nos pertenece.

—Sí, pero ¿quién nos la dio? ¿Quién nos mandó a que viniéramos a ver? ¿Quién está observando cómo la observamos?

Roy estiró la mano y dibujó la mitad de una cara horrible en la ventana empañada.

—En este preciso instante, nada más que mi Musa.

No se habló más. Seguimos sumidos en un silencio frío, hasta que llegamos a casa.

A las dos de la madrugada sonó el teléfono.

Era Peg que llamaba desde Connecticut poco antes del amanecer.

—¿Tenías una esposa llamada Peg —gritó—, que salió de casa hace diez días para ir a un congreso de maestros en Hartford? ¿Por qué no me has *llamado*?

—Te llamé, pero no estabas en tu habitación. Dejé dicho mi nombre. Dios, ojalá estuvieras aquí.

—Ay, querido —dijo ella, pronunciando sílaba por sílaba—. Te dejo solo y en seguida te metes en un berenjenal. ¿Quieres que mamita se tome un avión y vuelva a casa?

—Sí. No. Es siempre lo mismo, ese estudio de porquería —dije sin demasiada convicción.

—¿Por qué cuentas hasta diez? —preguntó Peg.

—Dios santo —dije.

—No hay manera de escaparse de Él o de mí. ¿Has hecho régimen como un buen chico? Ve a poner una moneda en una de esas balanzas que imprimen el peso en tinta rosada y envíame el papel. Y lo digo en serio —agregó—. ¿Quieres que vuelva a casa? ¿Mañana?

—Te amo, Peg —dije—. Vuelve tal como lo habías planeado.

—¿Y si no estás cuando vuelva? ¿Todavía es Halloween?

¡Las mujeres y su intuición!

—Lo alargaron otra semana más.

—Lo adiviné por tu voz. No te metas en los cementerios.

—¿Por qué dijiste *eso*?

Se me vino el corazón a la boca.

—¿Has puesto flores en la tumba de tus padres?

—Me olvidé.

—¿Cómo *pudiste* olvidarte?

—De todos modos, el cementerio en donde están enterrados es mejor.

—¿Mejor que qué?

—Que cualquier otro, porque están allí.

—Pon una flor en mi nombre —dijo—. Te amo. ¡Adiós!

Y en la línea sólo quedó un zumbido.

A las cinco de la mañana, sin un atisbo de sol y con la nube del Pacífico asentada para siempre sobre mi casa, miré el techo, parpadeando, me levanté y, sin las gafas, fui

a tientas hasta la máquina de escribir.

En la oscuridad que precede al amanecer me senté y escribí: «EL RETORNO DE LA BESTIA».

Pero ¿había acaso partido alguna vez?

¿No se me había adelantado durante toda la vida, llamándome entre susurros?

Escribí: «CAPÍTULO UNO».

«¿Qué es lo que hace tan bella a una Bestia perfecta? ¿Por qué los niños y los hombres responden a su llamada?

»¿Qué tienen todas esas Criaturas, Esperpentos, Monstruos, Engendros de la naturaleza que nos hipnotizan durante toda la vida?

»Y ahora, ¡el deseo incontenible de perseguir y atrapar el rostro más terrible del mundo!»

Aspiré hondo y marqué el número de Roy. Su voz sonaba como debajo del agua, muy lejana.

Dije: —Está bien. Lo que *tú* quieras, Roy. Está bien.

Y corté y me tiré de nuevo en la cama.

A la mañana siguiente, frente a la puerta del Estudio 13 de Roy Holdstrom, leí el cartel que había pintado.

ATENCIÓN. ROBOTS RADIATIVOS.

PERROS DEMENTES. ENFERMEDADES INFECCIOSAS.

Pegué la oreja a la puerta del Estudio 13 y me lo imaginé en esa enorme y silenciosa oscuridad de catedral, manipulando la arcilla con los dedos como una araña extraña, atrapado en su propio amor y en los alumbramientos de su amor.

—Ve a buscarla, Roy —murmuré—. Ve a buscarlo, Bestia.

Y, mientras esperaba, caminé por las ciudades del mundo.

Y caminando, pensé: Dios santo, Roy está dando a luz a una Bestia que me asusta. ¿Cómo hago para dejar de temblar y aceptar el delirio de Roy? ¿Cómo la paso a un guión? ¿Dónde la *pongo*? ¿En qué pueblo, qué ciudad, en qué lugar del mundo?

Señor, pensé mientras caminaba, ahora entiendo por qué se han escrito tan pocas historias de misterio situadas en Estados Unidos. Inglaterra, con sus nieblas, lluvias, páramos, casas antiguas, fantasmas londinenses, Jack el Destripador... ¡Sí!

Pero ¿Estados Unidos? No tiene ninguna historia verídica de aparecidos ni de sabuesos. Nueva Orleans, tal vez, con suficientes neblinas, lluvias y mansiones en medio de los pantanos como para que a uno le corran escalofríos y se ponga a cavar tumbas, mientras los santos se van marchando para siempre. Y San Francisco, donde las sirenas de los faros suenan y mueren todas las noches.

Los Ángeles, quizás. Tierra de Chandler y de Cain. Pero...

Había un solo y único lugar en todo Estados Unidos donde se podía esconder a un asesino o perder una vida.

¡Maximus Films!

Riéndome solo, doblé en una calle del estudio y crucé una docena de decorados, tomando notas.

Aquí se ocultaba Inglaterra, al igual que la lejana Gales y la Escocia de los páramos desolados y la lluviosa Irlanda y las ruinas de los viejos castillos y las tumbas donde se guardaban bajo llave las películas oscuras, y los fantasmas bajaban por los muros de las salas de proyección en arroyos que corrían y corrían toda la noche, susurrando mientras los guardianes nocturnos pasaban cantando himnos funerarios, subidos a viejas carrozas de De Mille tiradas por corceles engalanados con penachos grises.

Así iba a ser esta noche, cuando los extras fantasmas marcaran con un estrépito la entrada en acción y la niebla del cementerio empezara a llegar desde el otro lado del muro, esparcida por los rociadores que depositaban frías gotas perladas sobre las tumbas todavía calientes del sol del mediodía. Cualquiera noche uno podía cruzar Londres y encontrarse al Fantasma guardaguías, que con su farol daba la señal para que la locomotora avanzara chillando como un fuerte de hierro y embistiera el Estudio 12 para luego fundirse en las páginas de un viejo número de octubre del *Silver Screen*.

Así pues, me paseé por las calles del estudio, esperando a que el sol se sumergiera y Roy brotara con las manos ensangrentadas de arcilla roja, y exclamara con un grito que había dado a luz.

A las cuatro oí unos disparos de rifle a lo lejos.

Era Roy que le pegaba a una pelota de croquet, ida y vuelta, de un extremo al otro del Estudio 7. Golpeaba la pelota una y otra vez y de pronto se detuvo, intuyendo mi mirada. Levantó la cabeza y me miró, pestañeando. No tenía el semblante de un obstetra sino el de un animal carnívoro que disfruta el sabor de la carne de su presa.

—¡Lo logré, por Dios! —exclamó—. ¡La atrapé! ¡Nuestra Bestia, tu Bestia, la *mía*! ¡Hoy en arcilla, mañana en la pantalla! La gente preguntará: ¡Quién *hizo* eso! ¡Nosotros, hijo, nosotros!

Roy apretó el puño en el aire, los dedos largos y huesudos.

Yo me acerqué despacio, aturdido.

—¿La atrapaste? Dios mío, Roy, todavía no me has *contado*. ¿¡Qué fue lo que viste cuando lo seguiste esa noche!?

—Todo a su tiempo, chico. Mira, terminé hace media hora. Bastará con que le eches un vistazo y no podrás dejar de aporrear tu máquina de escribir. ¡Llamé a Manny! Nos vendrá a ver en veinte minutos. Me volví loco esperando. Tuve que venir a pelotear un poco. ¡Mira! —Pegó otro golpe poderoso y una pelota voló en el aire.— ¡Que alguien me detenga antes de que me convierta en un asesino!

—Roy, tranquilízate.

—No, *nunca* me tranquilizaré. Haremos la mejor película de terror de la historia. Manny estará...

Una voz gritó: —Eh, ¿qué hacéis *aquí*?

El Rolls-Royce de Manny, un teatro blanco itinerante, pasó deslizándose a nuestro lado, ronroneando. El rostro de nuestro jefe salió a relucir a través de una pequeña ventana del teatro.

—¿Tenemos o *no* tenemos una reunión?

—¿Vamos andando o en coche? —dijo Roy.

—¡Andando!

El Rolls se alejó sin hacer ruido.

19

Nos tomamos nuestro tiempo para llegar hasta el Estudio 13.

Durante todo el camino observé a Roy para ver si podía hallar una pista de lo que había estado haciendo durante esa larga noche. Hasta cuando éramos niños rara vez mostraba lo que le pasaba en realidad. Siempre abría las puertas del garaje de par en par para mostrarme su último dinosaurio. Únicamente cuando yo ya no aguantaba más se permitía pegar un grito. Si a mí me encantaba lo que había hecho, no importaba lo que dijera ninguna otra persona.

—Roy —le dije mientras caminábamos—, ¿te sientes *bien*?

Encontramos a Manny Leiber echando chispas delante del Estudio 13.

—¿Dónde demonios *estabais*?! —gritó.

Roy abrió la pesada puerta del Estudio 13, se deslizó dentro y dejó que la puerta se cerrara de golpe.

Manny me miró. Yo me adelanté de un salto y abrí la puerta para dejarlo pasar.

Entramos en la noche.

Era todo oscuridad, a excepción de una única bombilla que colgaba encima del pie que Roy usaba para trabajar la arcilla, colocado a unos veinte metros de distancia en un piso desierto, un paisaje semimarciano, cerca del Cráter del Meteorito envuelto en sombras.

Roy se quitó los zapatos y fue cruzando el paisaje a saltos, como un bailarín de ballet, temiendo aplastar un árbol del tamaño de una uña por aquí, un coche apenas más grande que un dedal por allá.

—¡A quitarse los zapatos! —gritó.

—¡Qué va!

Pero Manny se sacó de un tirón los zapatos y caminó de puntillas por el mundo en miniatura. Habían aparecido muchas cosas nuevas desde la madrugada; nuevas montañas, nuevos árboles, además de lo que aguardaba bajo la tela húmeda, iluminado por la lámpara.

Los dos, en calcetines, llegamos hasta donde estaba el pedestal. —¿Preparados? — Roy nos miró atentamente con ojos encendidos.

—¡Pues *sí*, demonios! —Manny trató de arrancar la toalla húmeda.

Roy le apartó la mano de un golpe.

—No —dijo—. *¡Yo!*

Manny retrocedió, enrojecido de ira.

Roy levantó la toalla húmeda como si fuera un telón para dejar al descubierto el

mayor espectáculo de la tierra.

—¡No es la Bella y la Bestia —exclamó—, sino la Bestia que es Bella!

Manny Leiber y yo nos quedamos mudos.

Roy no había mentido. Era el trabajo más espectacular que había hecho en su vida, lo que seguramente habría bajado de una nave después de viajar durante años luz, un cazador de senderos nocturnos entre las estrellas, un soñador solitario escondido tras la máscara más terrible, horrorosa y espantosa.

La Bestia.

El hombre solitario oculto detrás del biombo del Brown Derby, riendo esa noche, cien noches atrás.

La criatura que se había escapado por las calles oscuras para internarse en un cementerio y quedarse entre las tumbas blancas.

—Oh, Dios santo, Roy. —La sorpresa hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas, tan sinceras como las que habían asomado cuando la Bestia salió y elevó el rostro rasgado en el aire de la noche.— Oh, Dios...

Roy contemplaba con un amor sin límites su labor prodigiosa. Se volvió, muy despacio, para mirar a Manny Leiber. Lo que encontraron sus ojos nos dejó atónitos a los dos.

La cara de Manny estaba blanca como la nieve. Tenía los ojos desorbitados. De su garganta salían graznidos como si lo estuvieran estrangulando con un cable. Se estrujaba el pecho con las manos como si se le hubiese detenido el corazón.

—¡Qué has *hecho!* —estalló—. ¡Por todos los cielos, Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Una treta? ¿Una broma? ¡Cúbrelo! ¡Estás despedido!

Manny arrojó la toalla mojada sobre la Bestia de arcilla.

—¡Es una basura!

Con movimientos tensos y automáticos, Roy cubrió el busto de arcilla.

—No quise...

—¡Pero lo *hiciste!* ¿Quieres que *eso* salga en la pantalla?

¡Sinvergüenza! ¡Empaca tus cosas! ¡*Fuera!* —Manny cerró los ojos, temblando.—
¡Ya!

—¡Usted lo exigió! —dijo Roy.

—¡Pues ahora exijo que lo destruyas!

—¡Mi mejor creación, la más maravillosa! ¡Mírela, maldita sea! ¡Es bellísima! ¡Es *mía!*

—¡No! ¡Es del estudio! ¡Tírala a la basura! La película se acabó. Estáis los dos despedidos. Quiero este sitio vacío en una hora. ¡A moverse!

—¿Por qué reacciona de ese modo? —preguntó Roy con calma.

—¿De qué modo?

Y Manny atravesó como una aplanadora el estudio, con los zapatos metidos debajo del brazo, aplastando las casas en miniatura y desparramando los camiones de juguete al pasar.

Al llegar a la puerta se detuvo, tragó aire y me miró a mí.

—Tú no estás despedido. Te daré otro trabajo. Pero *ese* cabrón... ¡A la calle!

La puerta se abrió, dejó entrar un maravilloso haz de luz de catedral gótica y se volvió a cerrar de golpe, abandonándome allí para presenciar la caída y la derrota de Roy.

—¡Dios mío, qué hemos *hecho*! ¿Qué desastre hemos hecho? —le grité a Roy, a mí mismo, al busto de cerámica roja del Monstruo, la Bestia descubierta y revelada—. ¡Qué!?

Roy estaba temblando. —Demonios. Trabajo la mitad de mi vida para hacer algo que valga la pena. Me entreno, espero, veo, por fin *veo* de verdad. Y sale esto de mis dedos, Dios mío, ¡y de qué manera! ¿Qué significa este busto maldito? ¿Cómo puede ser que esto nazca y *yo* termine muerto?

Roy se estremeció. Alzó los puños, pero no había a quién pegarle. Echó una mirada a sus animales prehistóricos e hizo un amplio ademán, como para abrazarlos y protegerlos a todos.

—¡Volveré! —les gritó con voz ronca, y se alejó caminando.

—¡Roy!

Roy salió tambaleándose a la luz del día y yo fui detrás. Afuera, el sol del atardecer calentaba como una hoguera, y nos deslizamos por un río de fuego.

—¿Adónde vas?

—¡Sólo Dios sabe! Quédate aquí. ¡No tiene sentido que tú también termines como yo! Es tu primer trabajo. Tú me advertiste anoche. Ahora sé que era una locura, pero ¿por qué? ¡Me esconderé en algún lugar del estudio, así por la noche podré escabullirme con mis amigos! —Miró con añoranza la puerta cerrada que lo separaba de sus bestias queridas.

—Te ayudaré —dije.

—No. Que no te vean conmigo. Pensarán que tú me llevaste a hacer esto.

—¡Roy! ¡Manny estuvo a punto de matarte! Voy a llamar a mi detective amigo, Crumley. ¡Tal vez pueda ayudar en algo! Aquí está su número de teléfono. —Lo escribí de prisa en un pedazo de papel arrugado.— Escóndelo. Llámame mañana.

Roy Holdstrom se subió de un salto a la chatarra de Laurel y Hardy y se fue humeando a quince kilómetros por hora hacia el estudio del fondo.

—¡Felicitaciones —dijo alguien—, estúpido cabrón!

Me di vuelta. Fritz Wong estaba de pie en medio de la otra calle.

—Les pegué un par de gritos y por lo menos te han encargado a ti la reescritura de mi horrible película *Dios y Galilea*. Manny acaba de pasarme por encima con su Rolls. Me gritó tu nuevo trabajo. Así que...

—¿Hay algún monstruo en el guión? —Me temblaba la voz.

—Sólo Herodes Antipas. Leiber quiere verte.

Y me empujó hacia la oficina de Leiber.

—Espera —dije.

Pues me quedé mirando por encima del hombro de Fritz hacia el otro lado de la calle del estudio y la calle de afuera del estudio, donde la muchedumbre, el gentío, los animales del circo se juntaban todos los días, para siempre.

—¡Idiota! —dijo Fritz—. ¿Adónde vas?

—Acaban de despedir a Roy —dije sin dejar de caminar—. ¡Ahora debo hacer que lo vuelvan a contratar!

—*Dummkopf*. —Fritz me siguió dando zancadas.— ¡Manny quiere verte *ahora*!

—Ahora, más cinco minutos.

Después de atravesar la puerta del estudio eché una mirada al otro lado de la calle.

¿Estás allí, Clarence?, me pregunté.

20

Y, en efecto, allí estaban.

Los loquitos. Los majaderos. Los idiotas.

Esa caterva de amantes que rendía culto a los santuarios del cine.

Como los viajeros de medianoche que una vez me habían hecho ir con la corriente humana a merodear los cuadriláteros de box del Hollywood Legion Stadium para ver a Cary Grant pasar a su lado a toda velocidad, o a Mae West ondulando a través de las multitudes como una boa de plumas sin huesos, o a Groucho ocultándose al costado de Johnny Weissmuller, que arrastraba detrás a Lupe Vélez como a una piel de leopardo.

Los infelices, yo incluido, con los grandes álbumes de fotografías, las manos manchadas y las tarjetitas garabateadas. Los chiflados que se quedaron allí alegremente, empapados por la lluvia, en el estreno de *Las damas* o de *Andar seductor*, mientras la Depresión seguía su curso aun cuando Roosevelt había dicho que no iba a durar siempre y que volverían los Días Felices.

Los esperpentos, los mercenarios, los demonios, los enemigos, los tristes, los perdidos.

En una época, yo había sido uno de ellos.

Y ahora allí estaban. Mi familia.

Todavía había algunas caras de cuando yo me escondía entre sus sombras.

¡Veinte años después, Dios mío, allí estaban otra vez Charlotte y su mamá! Habían enterrado al papá de Charlotte en 1930 y habían echado raíces frente a seis estudios y diez restaurantes. Ahora, años y años después, allí estaba la mamá a los ochenta, robusta y práctica como un parasol, y Charlotte, a los cincuenta, tan débil y delicada como lo había parecido siempre. Las dos eran unas farsantes. Las dos escondían las mismas frases trilladas tras las sonrisas de marfil.

Traté de encontrar a Clarence en ese extraño ramo de flores de funeral. Pues Clarence había sido el más fanático: iba de estudio en estudio con carpetas de fotos enormes que pesaban diez kilos. Cuero rojo para la Paramount, negro para la RKO, verde para la Warner Brothers.

Clarence, verano e invierno, envuelto en ese abrigo de piel de camello que le sobraba por los cuatro costados, donde guardaba plumas, libretitas y cámaras en miniatura. Sólo en los días más calurosos se sacaba el envoltorio. Entonces Clarence parecía una tortuga a la que le habían quitado el caparazón y le daba pánico la vida.

Crucé la calle y me detuve frente a la muchedumbre.

—Hola, Charlotte —dije—. Qué hay, Mamá.

Las dos mujeres se quedaron mirándome, levemente sorprendidas.

—Soy yo —dije—. ¿Recordáis? Hace veinte años. Yo estaba aquí. El espacio. Los cohetes. El tiempo...

Charlotte quedó pasmada y se llevó la mano a la boca de dientes protuberantes. Se inclinó hacia adelante como si hubiera estado a punto de caerse de la acera.

—¡Mamá! —exclamó—, ¡mira, pero si es el *Loco*!

—El Loco. —Reí en voz baja.

En los ojos de Mamá resplandeció una luz. —Por todos los cielos. —Me tocó el codo.— *Pobrecito*. ¿Qué haces *aquí*? ¿Todavía *coleccionando*...?

—No —dije sin querer decirlo—. Trabajo aquí.

—¿En dónde?

Hice un gesto con la cabeza señalando hacia el costado.

—¿Allí? —gritó Charlotte sin poder creerlo.

—¿En el correo? —preguntó Mamá.

—No —me ardían las mejillas—. Se puede decir... en el departamento de guiones.

—¿*Copias* los guiones en el *mimeógrafo*?

—Ay, por el amor de Dios, mamá. —El rostro de Charlotte se iluminó por completo.— Quiere decir que *escribe*, ¿no es cierto? ¡¿Guiones de películas?!
Esto sí que fue una verdadera revelación. Todos los rostros alrededor de Charlotte y de Mamá se encendieron.

—¡Por Dios y la Virgen! —exclamó la mamá de Charlotte—. ¡*No puede ser*!

—Es —dije casi en un susurro—. Estoy haciendo una película con Fritz Wong. *César y Cristo*.

Hubo un silencio prolongado y molesto. Los pies empezaron a moverse; las bocas, a abrirse.

—¿Podrías darnos...? —preguntó uno.

Pero fue Charlotte la que terminó la frase. —Tu autógrafo. ¿*Por favor*?

—Yo...

Pero todos los brazos se habían estirado, con las plumas y las tarjetas en las manos.

Con mucha vergüenza, cogí la de Charlotte y escribí mi nombre. Mamá leyó el papel al revés, achicando los ojos.

—Apunta el nombre de la película en la que estás trabajando —dijo Mamá—. *Cristo y César*.

—Pon «El Loco» después de tu nombre —sugirió Charlotte.

Escribí «El Loco».

Sintiéndome un perfecto idiota me quedé en la cuneta mientras todas las cabezas se inclinaban y todos los tristes y perdidos extraños entrecerraban los ojos a fin de adivinar mi identidad.

Para ocultar la vergüenza dije: —¿Dónde está Clarence?

Charlotte y Mamá quedaron boquiabiertas. —¿Te acuerdas de él?

—¿Quién podría olvidar a Clarence, sus carpetas y su abrigo? —dije mientras garabateaba mi nombre.

—Todavía no ha llamado —dijo Mamá, irritada.

—¿Llamado? —La miré.

—Llama a ese teléfono de enfrente a esta hora más o menos, para ver si fulano llegó, salió, cosas por el estilo —dijo Charlotte—. Ahorra tiempo. Duerme hasta tarde porque por lo general se queda esperando hasta la medianoche a la salida de los restaurantes.

—Ya sé. —Terminé de firmar la última tarjeta, con una euforia absurda. Todavía no podía mirar a mis nuevos admiradores, que me sonreían como si yo acabara de cruzar Galilea de una sola zancada.

Al otro lado de la calle, sonó el teléfono de la cabina de vidrio.

—¡Es Clarence! —dijo Mamá.

—Permiso. —Charlotte se encaminó hacia el teléfono.

—Por favor —le toqué el codo—. Han pasado años. ¿Sorpresa? —Miré a Charlotte, luego a Mamá y de vuelta a Charlotte.— ¿Sí?

—Bueno, está bien —rezongó Mamá.

—Anda, ve —dijo Charlotte.

El teléfono sonó otra vez. Yo corrí para levantar el auricular.

—¿Clarence? —dije.

—¿¡Quién habla!?! —exclamó, sospechando de inmediato.

Traté de explicarle con cierto detalle pero terminé con la vieja metáfora, «el Loco».

A Clarence no le sonó a nada. —¿Dónde están Charlotte o Mamá? Estoy enfermo.

¿Enfermo?, me pregunté, ¿o, como Roy, asustado de pronto?

—Clarence —dije—, ¿dónde vives?

—¿Por qué?!

—Dame tu número de teléfono, por lo menos...

—*¡Nadie tiene mi número de teléfono! ¡Vendrían a robarme! Mis fotos. ¡Mis tesoros!*

—Clarence —dije rogando—, yo estaba en el Brown Derby ayer por la noche.

Silencio.

—¿Clarence? —grité—. Necesito tu ayuda para identificar a una persona.

Juro que oía su corazón de conejo latiendo a toda velocidad del otro lado de la línea. Oía sus ojitos albinos yendo de un lado a otro, desorbitados.

—Clarence —dije—, ¡por favor! Apunta mi nombre y mi número de teléfono. — Se los di.— Llámame o escíbeme al estudio. Vi al hombre que casi te pega anoche. ¿Por qué? ¿Quién...?

Click. Mmmm.

Clarence, dondequiera que estuviese, se había ido.

Crucé la calle como un sonámbulo.

—Clarence no vendrá.

—¿Qué quieres decir? —dijo Charlotte en tono acusador—. ¡Siempre viene!

—¿¡Qué le *dijiste!*? —La mamá de Charlotte me miró con el ojo izquierdo, el ojo maldito.

—Está enfermo.

Enfermo, como Roy, pensé. Enfermo, como yo.

—¿Alguien sabe dónde vive?

Todos negaron con la cabeza.

—¡Supongo que podrías *seguirlo* y averiguar! —Charlotte se calló y se rió de sí misma.— Quiero decir...

Otra persona dijo: —Lo he visto ir por Beachwood, una vez. A uno de esos bungalows...

—¿Alguien conoce el apellido?

No. Como todos los demás en todos esos años. Nadie tenía apellido.

—Maldición —murmuré.

—Hablando de eso... —Mamá echó una ojeada a la tarjeta que yo había firmado.

— ¿Cuál es *tu* gracia?

Se lo deletreé.

—Hombre, si quieres trabajar en cine —dijo Mamá tomando aire—, más te valdría conseguirte *otro*.

—Me pueden seguir llamando Loco. —Me alejé unos pasos.— Charlotte. Mamá.

—Loco —dijeron—. Adiós.

21

Fritz me estaba esperando arriba, delante de la oficina de Manny Leiber.

—Están totalmente enfurecidos ahí dentro —exclamó—. ¿¡Qué *pasa* contigo!?

—Estaba hablando con las gárgolas.

—¿Qué, *otra vez* bajaron de Notre Dame? ¡Vamos, *entra!*

—¿Qué ocurre? Hace una hora Roy y yo estábamos en la cima del Everest. Ahora él se ha ido al demonio y yo estoy hundido en Galilea. Explícame.

—Tú y tus modales victoriosos —dijo Fritz—. ¿Qué sé yo? Se murió la madre de Manny. O su amante metió en la portería un par de balones que no eran justamente los de él. ¿Estreñimiento? ¿Un enema? Elige lo que más te guste. Roy está despedido. Así que tú y yo haremos las comedias de la Pandilla durante seis años. ¡*Adentro!*

Entramos en la oficina de Manny Leiber.

Manny Leiber estaba de pie y nos observaba con la nuca.

Estaba en medio de una habitación amplia, toda blanca, con paredes blancas, una alfombra blanca, muebles blancos y un enorme escritorio blanco que sólo tenía encima un teléfono blanco. Un soplo diáfano de inspiración de un artista del departamento de diseño escenográfico que había quedado deslumbrado por la nieve.

Detrás del escritorio había un espejo de metro y medio por dos para que uno pudiera verse trabajando si echaba una mirada sobre el hombro. La habitación tenía una sola ventana. Daba al muro del fondo del estudio, que no estaba a más de diez metros de distancia, y a una vista panorámica del cementerio. No podía sacarle los ojos de encima.

Pero Manny Leiber carraspeó. Sin dejar de darnos la espalda dijo: —¿*Se ha* ido ya?

Yo asentí despacio con la cabeza, mirando esos hombros rígidos.

Manny adivinó mi gesto y soltó un suspiro. —No se volverá a mencionar su nombre en este lugar. Nunca se lo mencionó.

Esperé a que Manny se volviera y caminara en círculos a mi alrededor, tratando de apaciguar una pasión que no podía desatar. Su rostro era un manojito de tics. Los ojos no se movían junto con las cejas o las cejas junto con la boca o con la cabeza cuando giraba sobre el cuello. Parecía estar peligrosamente desequilibrado cuando caminaba; como si en cualquier momento fuera a partirse en cuatro. En ese instante se dio cuenta de que Fritz Wong nos estaba observando a los dos, y fue a ponerse a su lado como para hacerlo montar en cólera.

Fritz, sabiamente, hizo lo que a menudo yo había advertido que hacía cuando su mundo se convertía en algo demasiado real. Se quitó el monóculo y lo deslizó dentro

del bolsillo superior de la chaqueta. Era una manera elegante de dejar de prestar atención, un rechazo sutil. Se metió a Manny en el bolsillo junto con el monóculo.

Manny Leiber hablaba y caminaba por la habitación. Yo dije a media voz: —Sí, ¡pero qué hacemos con el *Cráter del Meteoro*!

Fritz me hizo una señal de advertencia con un movimiento de la cabeza: *Cállate la boca*.

—¡Bueno! —Manny hizo como que no había oído—, el siguiente problema, nuestro problema *principal* es... que no tenemos un *final* para *Cristo y Galilea*.

—¿Cómo *has* dicho? —preguntó Fritz con una cortesía matadora.

—¡Que no tenemos un final! —exclamé—. ¿Ha probado con la Biblia?

—¡Biblias *tenemos*! Pero nuestro guionista no alcanza a leer las letritas más pequeñas de los envases de helados. Yo vi ese cuento tuyo en *Esquire*. Era como el *Eclesiastés*.

—Como Job —musité.

—Calla. Lo que necesitamos es...

—¡A Mateo, a Marcos, a Lucas y a *mí*!

Manny Leiber rió socarronamente. —¿Desde cuándo los escritores principiantes rechazan el mejor trabajo del siglo? Lo necesitamos para ayer, así Fritz puede retomar la filmación. ¡Escribe bien y algún día serás dueño de todo *esto*!

Nos mostró el paisaje con un movimiento del brazo.

Yo miré hacia el cementerio. Era un día claro, pero una lluvia invisible mojaba las lápidas.

—Dios —susurré—. Espero que no.

Eso bastó. Manny Leiber palideció. Estaba otra vez en el Estudio 13, en la oscuridad, conmigo, Roy y la Bestia de arcilla.

Corrió al baño en silencio. La puerta se cerró de golpe.

Fritz y yo nos miramos. Del otro lado, Manny vomitaba.

—*Gott* —suspiró Fritz—. ¡Tendría que haber escuchado a Goering!

Manny Leiber salió tambaleándose un rato después, miró a su alrededor como sorprendido de que el sitio no se hubiera hundido, fue hasta el teléfono, marcó y dijo «¡Ven aquí!», y se encaminó hacia afuera.

Lo detuve en la puerta.

—Con respecto al Estudio 13...

Manny se tapaba la boca con la mano como si fuera a vomitar de nuevo. Sus ojos se agrandaron.

—Yo sé que usted mandará que saquen todo de allí —dije rápido—. Pero tengo un montón de cosas en ese estudio. Y quiero dedicar el resto del día a hablar con Fritz de Galilea y Herodes. ¿Podría dejar todo allí tirado, así yo voy mañana y recojo lo que es mío? *Después* podrá sacar todo lo demás.

Los ojos de Manny iban de un lado a otro, pensando. Luego, con la mano sobre la boca, asintió con un movimiento seco de la cabeza, sí, giró y se encontró con un

hombre alto, delgado y pálido que venía en nuestra dirección. Dijeron algo en voz muy baja y luego, sin despedirse, Manny se fue. El hombre alto y pálido era I. W. W. Hope, uno de los que hacían los cálculos de producción.

Me miró, se quedó callado y luego, un poco incómodo, dijo: —Parece, bueno, que no tenemos un final para vuestra película.

—¿Ha probado con la *Biblia*? —dijimos Fritz y yo.

22

Los animales del circo se habían ido, la acera del estudio estaba vacía. Charlotte, Mamá y los demás habían partido hacia otros estudios, otros restaurantes. Debía de haber tres docenas desperdigados por Hollywood. Alguno de ellos conocería el apellido de Clarence.

Fritz me llevó a casa.

En el camino dijo: —Busca en la guantera. El estuche de vidrio. Ábrelo.

Abrí el pequeño estuche negro. Había seis brillantes monóculos de cristal anidados en seis perfectos huecos de terciopelo.

—Mi equipaje —dijo Fritz—. Lo único que salvé y traje a América cuando salí huyendo con mi hocico famélico y mi talento.

—Que era enorme.

—Calla. —Fritz me dio un golpecito en la coronilla.— Insultos solamente, niño cabrón. Te muestro esto... —tocó ligeramente los monóculos— para demostrarte que no todo está perdido. Todos los gatos, y Roy, caen de pie. ¿Qué más hay en la guantera?

Encontré una abultada copia de un guión.

—Lee eso sin vomitar y serás un hombre, hijo mío. Kipling. Ve. Vuelve mañana, a las dos y media, en la cafetería. Hablaremos. Luego, en otro momento, te mostraré una primera edición de *Jesús desempleado* o *Padre, por qué me has abandonado*. Ja?

Me bajé del coche frente a mi casa.

—*Sieg Heil* —dije.

—¡Así está *mejor!* —Fritz se alejó, dejándome solo en una casa tan vacía y silenciosa que pensé: Crumley.

Poco después de la puesta del sol me fui a Venice en bicicleta.

23

Odio andar en bicicleta por la noche, pero quería asegurarme de que no me seguiría nadie.

Además, quería tener tiempo para pensar lo que iba a decirle a mi amigo el detective. Algo así como: ¡Socorro! ¡Salva a Roy! Haz que lo vuelvan a contratar. Resuelve el enigma de la Bestia.

Eso casi me hizo dar media vuelta.

Oía a Crumley largando grandes suspiros mientras yo contaba mi historia imposible, levantando las manos y empujando la cerveza para ahogar su desprecio por mi falta de hechos reales y concretos.

Dejé la bicicleta frente a su bungalow de safari oculto tras arbustos espinosos, a kilómetro y medio del océano, y subí atravesando un bosquecillo de lilas africanas, por un camino que, a uno le daba la impresión, había sido barrido por okapis el día anterior.

Levanté la mano para golpear la puerta y ésta se abrió de golpe.

De la oscuridad asomó un puño con una lata de cerveza espumante. No podía ver al hombre que la sostenía. Se la arrebaté. La mano desapareció. Oí unos pasos que se alejaban hacia el interior de la casa.

Tomé tres sorbos para darme coraje y entrar.

La casa estaba vacía.

No así el jardín.

Elmo Crumley estaba sentado debajo de un espino, con su sombrero de comerciante de bananas, mirando la cerveza que sostenía en la mano bronceada por el sol y bebiendo en silencio.

En una mesa de caña que tenía al costado había un teléfono. Sin quitarme los ojos de encima, con cara de hastiado debajo del casco blanco de cazador, Crumley marcó un número.

Alguien contestó. Crumley dijo: —Otra jaqueca. Me voy a tomar permiso por enfermedad. Te veo en tres días, ¿de acuerdo? De acuerdo. —Y colgó.

—Me imagino —dije— que el dolor de cabeza soy yo.

—Siempre que apareces..., setenta y dos horas de permiso.

Asintió. Me senté. Él se levantó y se quedó de pie junto a su selva privada, donde barritaban los elefantes y bandadas invisibles de avispas gigantes y colibríes y flamencos morían mucho antes de que cualquier ecologista futuro los declarara muertos.

—¿Dónde diablos *estuviste*? —dijo Crumley.

—Casado —dije.

Crumley reflexionó, lanzó un bufido, se acercó despacio, me puso el brazo sobre los hombros y me dio un beso en la frente.

—¡Aceptado!

Y riendo fue a traer a la rastra un cajón entero de cerveza.

Nos sentamos a comer salchichas en la pequeña glorieta que había al fondo del jardín.

—Bien, hijo —dijo finalmente—. Tu padre te ha extrañado. Pero un joven metido entre mantas no tiene oídos. Viejo proverbio japonés. Sabía que volverías algún día.

—¿Me perdonas? —dije, saliendo nuevamente a la superficie.

—Los amigos no perdonan, olvidan. Límpiame la garganta con esto. ¿Peg es una magnífica esposa?

—Hace un año que estamos casados y todavía no hemos tenido ninguna pelea por dinero. —Me sonrojé.— Ella gana casi todo. Pero me han aumentado el sueldo en el estudio: ciento cincuenta a la semana.

—¡Demonios! ¡Diez dólares más de lo que gano *yo*!

—*Solamente* por seis semanas. Dentro de poco voy a volver a escribir para *Dime Mystery*.

—Y a escribir maravillas. Seguí leyendo tus cosas a pesar del silencio...

—¿Recibiste la tarjeta del Día del Padre que te envié? —dije inmediatamente.

Bajó la cabeza rebotante de alegría. —Sí, caramba. —Se enderezó en el asiento.— Pero no fueron los lazos familiares los que te trajeron aquí, ¿*no es así*?

—Se está muriendo gente, Crumley.

—¡*Otra vez!* —exclamó.

—Bueno, casi muriendo —dije—. O están volviendo de la tumba no como vivos, sino como fantechos de papel *mâché*...

—¡Deténte, Newt! —Crumley entró como un tiro a la casa y volvió corriendo con una botella de ginebra, que agregó a su cerveza mientras yo hablaba cada vez a más velocidad. En ese patio de Kenya se puso en marcha el sistema de riego, y al mismo tiempo comenzaron a oírse los gritos de los animales de la estepa africana y los pájaros del interior de la jungla. Por fin terminé de contar todas las horas desde Halloween hasta ese momento. Me quedé en silencio.

Crumley dejó escapar un suspiro de pena. —Así que despidieron a Roy por hacer un busto de arcilla. ¿El rostro de la Bestia era *tan* horrible?

—¡Sí!

—Si se trata de estética, ¡a mal puerto has venido, hijo!

—Debes ayudarme. Roy está todavía *en* el estudio, esperando una oportunidad para sacar a escondidas todos sus modelos prehistóricos. Valen miles de dólares. Pero Roy está allí sin permiso. ¿Me puedes ayudar a averiguar qué diablos *significa* todo este asunto? ¿Y ayudar a Roy a recuperar su trabajo?

—Dios mío —dijo Crumley con un suspiro.

—Sí —dije—. Si lo descubren tratando de sacar las cosas, ¡bendito *sea*!

—Demonios —dijo Crumley. Le agregó más ginebra a la cerveza—. ¿Sabes quién era el tipo del Brown Derby?

—No.

—¿Tienes idea de alguien que *pueda* saberlo?

—El sacerdote de San Sebastián.

Le conté a Crumley lo de la confesión de medianoche, la voz que hablaba, los sollozos, y la respuesta serena del sacerdote.

—No sirve. Ni lo pienses. —Crumley movió la cabeza hacia uno y otro lado.— Los sacerdotes no conocen o no dan a conocer nombres. Si fuera a preguntar me echaría a patadas en el trasero en dos minutos. Otra idea.

—El *maître* del Derby tal vez lo sepa. Y alguien lo reconoció fuera del Derby esa noche. Alguien que conocí cuando era niño e iba a todos lados subido a mis patines. Clarence. Estuve preguntando por ahí cuál era su apellido.

—Sigue preguntando. Si él sabe quién es la Bestia, tendremos alguna pista para seguir adelante. Qué tontería. Roy despedido, tú metido en un nuevo trabajo, todo por un busto de arcilla. Reacciones fuera de lugar. ¿Y por qué se habrá armado todo ese lío por un monigote subido a una escalera?

—Exacto.

—Y yo —dijo Crumley suspirando—, que cuando te vi de pie junto a la puerta creí que me iba a poner contento porque habías vuelto a mi vida.

—¿Y *no* lo estás?

—Pues no, maldita sea. —Suavizó el tono de voz.— Bueno, sí. Pero a decir verdad me habría gustado que vinieras sin ese fardo al hombro.

Entrecerró los ojos para mirar la luna que se elevaba sobre el jardín y dijo: —Vaya... Sí que has hecho que me entrara la *curiosidad*. —Y agregó:— ¡Huele a chantaje!

—¿¡Chantaje!?

—¿Para qué tomarse el trabajo de dejar mensajes, de provocar a inocentes como tú y Roy, de encaramar muñecos en escaleras, de hacer que vosotros reproduzcáis una Criatura, si todo eso no *conduce* a algo?

¿Para qué hacer cundir el pánico si después nadie va a sacar ventaja del alboroto? Debe de haber más mensajes, más cartas, ¿no crees?

—No vi ninguna.

—Sí, pero tú eras la herramienta, el medio para agitar el oleaje. Tú no destapaste la olla. Fue otra persona. Cuánto te apuesto a que esta noche aparece una nota de extorsión en algún lugar, que dirá: «Doscientos mil en billetes de cincuenta sin marcar bastarán para que no resuciten más cadáveres sobre los muros». Así que... háblame del estudio —dijo Crumley por fin.

—¿Maximus? El estudio más exitoso de la historia. Todavía lo es. El mes pasado

Variety hizo un artículo sobre las ganancias del estudio. Cuarenta millones limpios. Ningún otro estudio le sigue de cerca.

—¿Son números *reales*?

—Quítale cinco millones y sigue siendo un estudio riquísimo.

—¿Algún problema grave en los últimos tiempos, líos, escándalos, dificultades? Ya sabes, alguien más que haya sido despedido, películas suspendidas.

—Hace meses que está de lo más apacible.

—Entonces debe de ser eso. ¡Las ganancias!, quiero decir. Todo anda como sobre ruedas y, de pronto, ocurre algo, no tiene aspecto de ser nada importante, aterroriza a todos. Alguien piensa, Dios mío, *un hombre subido a un muro*, ¡se acabó el mundo! Apostaría a que hay gato encerrado en algún lado, algo enterrado... —Crumley se rió. — Justamente, enterrado. ¿Arbuthnot? ¿Crees que alguien desenterró un antiguo escándalo muy sucio, del que nadie había oído hablar antes, y está amenazando sin demasiada sutileza con sacar los trapitos al sol?

—¿Qué escándalo, ocurrido hace veinte años, podría convencer al estudio de que su revelación sería fatal?

—Si seguimos chapoteando en la cloaca lo suficiente, lo averiguaremos. El problema es que las cloacas nunca fueron mi fuerte. Cuando Arbuthnot estaba vivo, ¿era un tipo decente?

—¿Comparado con otros directores de estudio? Sin duda. Era soltero y salía con chicas, pero eso es normal en cualquier tipo solo, y eran todas bellas amazonas de Santa Bárbara, del estilo *Town and Country*, bonitas e inteligentes, se duchaban dos veces al día. Ningún negocio sucio.

Crumley suspiró de nuevo, como si alguien le hubiera repartido cartas que no servían y estuviera a punto de juntarlas y decir paso. ¿Y el accidente de coche de Arbuthnot? ¿*Fue* un accidente?

—Yo vi las fotos de los periódicos.

—¡Las fotos son fotos! —Crumley se quedó mirando su selva casera y observando las sombras.— ¿Y si el accidente no *fue* un accidente? ¿Si fue, digamos, un homicidio? ¿Si estaban todos borrachos como una cuba y terminaron todos en un cajón?

—Acababan de salir de una fiesta del estudio donde había corrido mucho alcohol. Eso fue lo que decían los periódicos.

—Qué te parece esto —musitó Crumley—. Un capitoste de estudio, más rico que Crespo, que le hace ganar a Maximus más pasta que nunca, totalmente fuera de sí por lo que había bebido, juega a las carreras con el otro coche, conducido por Sloane, lo golpea y todos chocan contra el poste de teléfonos. No es el tipo de noticia que uno quiere ver en primera plana. Se hunde la bolsa de valores. Los inversores desaparecen. Las películas mueren. El muchacho de los cabellos plateados se cae del pedestal, etcétera, etcétera, así que se inventan una historia. Ahora, después de todo este tiempo, alguien que estaba allí, o que descubrió este año lo que había pasado, está haciendo temblar el estudio, amenazando con decir algo más que las fotos y las

huellas de los coches. ¿Y si en realidad...?

—¿Si en realidad qué?

—¿Si no fue un accidente ni una borrachera lo que los mandó al otro lado? ¿Y si alguien lo hizo a propósito?

—¿¡Asesinato!?! —dije.

—¿Por qué no? Los directores de estudio de esa estatura, de ese tamaño, de esa magnitud, no tardan en hacerse de un montón de enemigos. A todos los pelotilleros en algún momento se les pelan los cables y empiezan a maquinarse. ¿Quién era el segundo ese año en Maximus?

—¿Manny Leiber? Si no es capaz de matar una mosca. ¡Es pura pompa!

—Pues prueba de darle un matamoscas. Es el jefe del estudio, ¿no es así? ¡Y bien! Un par de cubiertas cortadas, algunos tornillos sueltos, y ¡bum!, ¡tienes a tu disposición el estudio para toda una vida!

—Suena todo muy lógico.

—Pero si pudiéramos encontrar al tipo que lo hizo, él *nos* lo probaría. Bueno, compañero, ¿qué más?

—Supongo que nos fijamos en los periódicos de hace veinte años para ver qué falta. Y si tú pudieras merodear el estudio. Discretamente, vamos.

—¿A este detective le están hablando? Creo que conozco al guardia de la puerta del estudio. Trabajó en la Metro hace años. Me va a dejar pasar sin decir ni a. ¿Qué más?

Le di una lista. El taller de carpintería. El muro del cementerio. Y la casa de Green Town donde Roy y yo teníamos *pensado* trabajar y donde era probable que estuviera Roy.

—Roy sigue allí, aguardando para poder robar las bestias. Y, Crum, si lo que dices es cierto, lo de la carrera de coches por la noche, el homicidio, el asesinato, debemos sacar a Roy de allí ahora mismo. Si la gente del estudio va al Estudio 13 esta noche y encuentra la caja en la que Roy escondió el cuerpo de papel *mâché* que robó, ¡¿qué *no* le harán?!

Crumley gruñó. —Tú quieres que haga que contraten de nuevo a Roy, y además que lo ayude a sobrevivir, ¿no es así?

—¡No *digas* eso!

—¿Por qué no? Vosotros andáis por todo el campo, lanzando balones al aire pretendiendo que yo corra de un lado a otro para atajarlos. ¿Cómo demonios encuentro a Roy? ¿Paseándome por los decorados con una red para cazar mariposas y un poco de comida para gatos? Tus amigos del estudio conocen a Roy, yo *no*. Lo pueden aplastar mucho antes de que yo salga del corral del toro. ¡Dame aunque no sea más que *una* pista para empezar!

—La Bestia. Si averiguamos *quién* es, quizá nos enteremos por qué despidieron a Roy por hacer ese busto de arcilla.

—Sí, sí. ¿Qué más? Con respecto a la Bestia...

—Lo vimos entrar en el cementerio. Roy lo siguió, pero no me quiso decir lo que vio, lo que había hecho la Bestia. Tal vez, ¡tal vez fue la Bestia la que puso la copia de Arbuthnot en papel *mâché* subida al muro del cementerio... y envió mensajes para chantajear a la gente!

—¡Ahora sí que te funciona el cerebro! —Crumley se frotó la calva con ambas manos.— ¡Identifica a la Bestia, pregunta de dónde sacó la escalera y cómo hizo la copia en papel *mâché* del cadáver de Arbuthnot! ¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Crumley, resplandeciente.

Corrió a la cocina a buscar más cerveza.

Mientras bebíamos me echó una mirada paternal. —Estaba pensando... lo bueno que es que estés en casa.

Yo dije: —Demonios, ni siquiera te pregunté por tu novela...

—¿*Regreso de la muerte*?

—¡Ése no es el título que yo te di!

—*Tu* título era demasiado bueno. Te lo devuelvo. *Regreso de la muerte* saldrá publicada la semana que viene.

Pegué un salto para agarrar las manos de Crumley. —¡¡Crumb!! ¡Oh, Dios! ¡Lo lograste! ¡¿Tienes *champán*?!

Ambos fuimos a mirar en el refrigerador.

—¿Si uno bate cerveza y ginebra en una batidora Waring, *sale* champán?

—*Probemos*.

Probamos.

24

Y sonó el teléfono.

—Es para ti —dijo Crumley.

—¡Gracias a Dios! —Agarré el teléfono.— ¡Roy!

Roy dijo: —No quiero vivir más. Oh, es terrible. Ven aquí antes de que me vuelva loco. ¡Estudio 13!

Y colgó.

—¡Crumley! —dije.

Crumley me llevó hasta su coche.

Atravesamos la ciudad. Yo no podía aflojar las mandíbulas para hablar. Me aferraba con tanta fuerza a las rodillas que se me cortó la circulación.

En la puerta del estudio le dije a Crumley: —No esperes. Te llamaré en una hora y te contaré lo que ocurrió...

Comencé a andar y choqué contra la puerta. Encontré una cabina de teléfono cerca del Estudio 13 y pedí que enviaran un taxi a la entrada del Estudio 9, que quedaba a unos cien metros del otro. Luego atravesé las puertas del Estudio 13.

Me interné en la oscuridad y el caos.

Vi diez docenas de cosas que me destrozaron el alma.

Allí cerca, las máscaras, los cráneos, los huesos de las piernas, las costillas flotantes, los rostros calavéricos del Fantasma, habían sido descuartizados y lanzados al aire en un ataque de locura.

Un poco más lejos, una guerra, un exterminio, acababa de consumirse en sus propias cenizas.

Los pueblos de arañas y las ciudades de escarabajos de Roy habían sido apisonados y hundidos en la tierra. Las bestias habían sido evisceradas, decapitadas, reventadas y enterradas en su propia carne de plástico.

Di unos pasos entre las ruinas desamparadas como si un bombardeo nocturno hubiese sembrado la destrucción total en los techos en miniatura, las torrecillas y las figuras liliputienses. Un Atila gigantesco había arrasado Roma. La gran biblioteca de Alejandría no se había incendiado: los pequeños libritos, como las alas de un colibrí, yacían en las dunas arrastrados por la corriente. París ardía. Londres había sido destripada. Un Napoleón desmesurado había aplastado Moscú para siempre. En suma, el trabajo de cinco años, catorce horas por día, siete días por semana, había sido destruido en ¿cuánto? ¿Cinco minutos!

¡Roy, pensé, no debes ver esto!

Pero era tarde.

Al avanzar entre los campos de batallas perdidas y los pueblos devastados vi una sombra en la pared del fondo.

Era una sombra de la película *El Fantasma de la Ópera* de cuando yo tenía cinco años. En esa película unas bailarinas que estaban girando al fondo del escenario dejaron de dar vueltas, se quedaron mirando algo, pegaron un grito y salieron huyendo. Pues allí, colgado como una bolsa de arena de las bambalinas, vieron el cuerpo del sereno que se balanceaba lentamente en lo alto de las vigas. El recuerdo de esa película, esa escena, las bailarinas, el hombre muerto colgando entre las sombras, nunca me abandonó. Y ahora, en un rincón del estudio, un objeto pendía de un largo hilo de tela de araña. Proyectaba una inmensa sombra de casi diez metros en la pared vacía, como una escena de esa antigua y espeluznante película.

—Oh, no —murmuré—. ¡No *puede ser*!

Era.

Me imaginé el momento en que llegó Roy, la sorpresa, la indignación, la desesperación sofocante y luego la ira, a la que siguieron más momentos de

desesperación que debió de ahogar y superar después de llamarme por teléfono. Y luego la frenética búsqueda para encontrar un cordel, una soga, un alambre y, por fin: el sosiego de colgar, flotar en el aire. No podía vivir sin sus maravillosos enanos y miniaturas, sus amigos, sus queridos. Era demasiado grande para reconstruirlo todo.

—Roy —susurré—, ¡es *imposible* que seas tú! Tú siempre quisiste *vivir*.

Pero el cuerpo de Roy se volvió lentamente, colgando allí arriba, en las sombras. *Mis Bestias fueron asesinadas*, dijo.

¡Nunca estuvieron vivas!

Entonces, murmuró Roy, *yo* no estuve nunca vivo.

—Roy —dije—, ¡¿me dejarías *solo* en este mundo?!

Tal vez.

—¡¿Pero no dejarías que alguien te colgara!?

Quizás.

Y si así fuera, ¿cómo puede ser que todavía estés aquí? ¿Por qué no te *bajaron* de allí?

¿Qué quieres decir con eso?

Que acabas de morir. Todavía no te encontraron. ¡Soy el primero que te ve!

¡Me moría por tocarle el pie, la pierna, para *asegurarme* de que era Roy! Por la cabeza me cruzaban los recuerdos del hombre muerto de papel *mâché* en el ataúd.

Acerqué la mano para tocar... pero en ese momento...

Cerca del escritorio estaba el pie sobre el que había tenido oculta su última obra, la más genial, la Bestia, el Monstruo del Derby de medianoche, la Criatura que entraba en la iglesia, que estaba del otro lado de la pared, del otro lado de la calle.

Alguien le había asestado una docena de golpes con un martillo. El rostro, la cabeza, el cráneo, estaban tan golpeados y aplastados que sólo quedaba un montículo informe.

Santo cielo, murmuré.

¿Fue éste el delito final que hizo que Roy se autodestruyera?

¿O el destructor, aguardando en la penumbra, sorprendió a Roy en medio de sus ciudades en ruinas y lo colgó en el aire?

Temblé. Me detuve.

Pues oí la puerta del estudio que se abría de par en par.

Me quité los zapatos y, sin hacer ruido, corrí a esconderme.

26

Era el médico-clínico-cirujano, el de los abortos al mediodía, el hincador de agujas, el depuesto doctor y sumo sacerdote.

Doc Phillips se desplazó hacia la luz, al otro extremo del estudio, mirando a su alrededor, contemplando las ruinas y, luego, cuando encontró el cuerpo colgante, meneó la cabeza como si esa muerte fuera un infortunio cotidiano. Avanzó unos pasos, pateando las ciudades en ruinas como si no fueran más que basura y desechos sin importancia.

Al ver lo que hacía se me escapó un insulto. Me llevé en seguida la mano a la boca y me eché hacia atrás para quedar en la sombra.

Espié a través de una rendija de la pared.

El doctor se había quedado tieso. Como un venado en el claro del bosque, oteó a su alrededor a través de las gafas de armazón de acero, usando tanto la nariz como los ojos. Parecía como si se le movieran las orejas a los costados del cráneo afeitado. Meneó la cabeza. Caminó arrastrando los pies, apartando a París, derribando a Londres, acercándose a examinar la cosa terrible que colgaba en el aire...

En su mano se vio el destello de un bisturí. Agarró un baúl de decorado, lo abrió, lo empujó para que quedara debajo del cuerpo colgado, cogió una silla, se subió y le pegó un tajo a la soga, encima del cuello de Roy.

Se oyó un estruendo espantoso cuando Roy cayó en el baúl.

A mí se me escapó un lamento. Me quedé quieto, seguro de que esta vez me había oído e iba a venir con una sonrisa de acero frío en la mano. Contuve la respiración todo lo que pude.

El médico se agachó para examinar el cuerpo.

La puerta de afuera se abrió de golpe. Se oyó el eco de pasos y de voces.

Habían llegado los hombres de la limpieza, y yo no sabía si ése era su turno regular de trabajo o si él los había llamado para que vinieran.

El médico cerró la tapa de un fuerte golpe.

Me mordí los nudillos y me metí los dedos en la boca para acallar mi desesperación.

Se oyó el ruido del candado del baúl que se cerraba. El médico hizo unos ademanes.

Yo me encogí y retrocedí mientras el equipo de trabajadores atravesaba el estudio con escobas y palas para barrer y arrojar en un gran cubo las piedras de Atenas, los muros de la Alhambra, las bibliotecas de Alejandría y los santuarios de Krishna de

Bombay.

Les llevó veinte minutos limpiar y sacar en carretilla la obra de Roy Holdstrom de toda una vida y, junto con ella, en un crujiente carro, el baúl donde, estrujado e invisible, yacía el cuerpo de mi amigo.

Cuando la puerta se cerró por última vez, yo solté atormentado un grito de angustia contra la noche, la muerte, el maldito médico y los hombres que se iban. Salí corriendo con los puños apretados para golpear el aire y me detuve, cegado por las lágrimas. Sólo después de un rato de haber estado temblando y sollozando, paré y vi algo increíble.

Apoyadas contra la pared norte del estudio había una pila de fachadas para decorados, similares a los umbrales y puertas por los que Roy y yo nos habíamos metido el día anterior.

En el centro de la primera entrada había una caja conocida. Parecía como si la hubieran dejado allí por casualidad. Yo sabía que la habían dejado de regalo.

¡Roy!

Me abalancé, mirando hacia abajo, y *toqué* la caja. *Un susurro... Un golpecito.*

Lo que había dentro *rozó* con algo.

¿Estás allí *adentro*, cuerpo de la escalera apoyada en el muro bajo la lluvia?

Susurro-golpecito-murmullo.

¡Maldita sea!, pensé, ¿¡no podré deshacerme *nunca* de ti!?

Levanté la caja y me fui corriendo.

Llegué a la puerta de entrada y vomité.

Con los ojos cerrados me limpié la boca y luego abrí la puerta despacio. Lejos, calle abajo, vi a los limpiadores que giraban en la esquina hacia el taller de carpintería y el gran incinerador de hierro.

Doc Phillips, que iba detrás, daba instrucciones en silencio.

Sentí un escalofrío. Cinco minutos más y tal vez yo habría estado en el preciso momento en que *él* encontraba el cuerpo de Roy y las destruidas ciudades del mundo. ¡Mi cuerpo hubiese ido a parar al baúl junto con el de Roy!

El taxi me esperaba detrás del Estudio 9.

Cerca de allí había una cabina de teléfono. Me metí dentro a los tumbos, dejé caer una moneda, llamé a la policía. Salió una voz que dijo: —¿Diga? ¡Hola, diga, hola, diga!

Me balanceaba dentro de la cabina como un borracho, mirando el auricular como si fuera una culebra muerta.

¿Qué iba a decir? ¿Que un estudio de rodaje estaba vacío y libre? ¿Que un incinerador probablemente estaba funcionando ahora, mucho antes de que los patrulleros y las sirenas pudieran venir a ayudar?

¿Y después qué? ¿Yo, aquí, solo, indefenso, sin armas, sin pruebas?

¿Despedido y quizás muerto y del otro lado del muro como un préstamo permanente a las tumbas? ¡No!

Pegué un grito. Alguien me martilleó la cabeza hasta que mi cráneo se convirtió en arcilla roja, destrozado como la carne de la Bestia. Luché por salir pero me tiraban de la ropa, y mi propio miedo me sofocó en un ataúd cerrado, aunque yo golpeará y golpeará los vidrios.

La puerta de la cabina se abrió por completo.

—¡Estaba empujando para el *otro* lado! —dijo el taxista.

Me reí como si fuera un loco y dejé que me sacara.

—Se olvidó algo.

Me trajo la caja, que se había caído en la cabina.

Susurro-roce-golpecito.

—Ah, sí —dije—. *Él.*

En el camino hacia la salida del estudio me acosté en el asiento de atrás. Cuando llegamos a la primera esquina de las calles de afuera, el taxista dijo: —¿Hacia dónde doblo?

—A la izquierda. —Me mordí el dorso de la muñeca. El taxista miraba por el espejo retrovisor.

—Dios santo —dijo—, tiene un aspecto terrible. ¿Se va a descomponer?

Yo negué con la cabeza.

—¿Se le murió alguien? —acertó.

—Murió, sí.

—Llegamos. Avenida Western. ¿Ahora doblo hacia el norte?

—Hacia el sur. —Hacia el apartamento de Roy, en la Cincuenta y Cuatro. ¿Y luego qué? Cuando esté adentro, ¿no oleré tal vez la buena colonia del médico suspendida en el corredor como una cortina oculta? ¿Y a sus limpiadores, al fondo de un pasillo oscuro, llevando cosas, esperando cargarme como a un mueble destartado?

Me estremecí, preguntándome si alguna vez iba a crecer y convertirme en un adulto. Me puse a escuchar mi interior y oí:

El ruido de vidrios rotos.

Mis padres habían muerto hacía mucho tiempo y sus muertes parecían naturales.

Pero ¿Roy? Nunca podría haberme imaginado tal torrente de terror, tanta angustia que hasta era posible ahogarse en ella.

Ahora temía volver al estudio. La loca arquitectura de todos esos países clavados uno al otro, que se caían y me aplastaban. Me imaginé cada una de las plantaciones sureñas, cada buhardilla de Illinois repleta de parientes maniáticos y de espejos rotos, y en cada uno de los armarios un amigo colgado de algo.

El regalo de medianoche, la caja de juguete con la carne de papel *mâché* y el rostro enloquecido de muerte, yacía en el suelo del taxi.

Roce-golpecito-susurro.

Un trueno me sacudió el pecho.

—¡No, chófer! —dije—. Doble *aquí*. Hacia el océano. Hacia el mar.

Cuando Crumley abrió la puerta de entrada, observó mi cara con detenimiento y se fue de prisa adonde estaba el teléfono.

—Que sean *cinco* días de permiso —dijo.

Volvió con un vaso alto lleno de vodka y me encontró sentado en el jardín aspirando grandes bocanadas del agradable aire salado y tratando de ver las estrellas, pero llegaba demasiada niebla desde el mar. Miró la caja que tenía sobre el regazo, me tomó la mano, me puso allí el vaso de vodka y luego me llevó la mano a la boca.

—Bebe —dijo en voz baja—, y luego te llevaremos a la cama. Hablaremos por la mañana. ¿Qué es eso?

—Escóndelo —dije—. Si alguien se entera de que está aquí podríamos desaparecer los dos.

—Pero ¿qué es?

—La muerte, supongo.

Crumley cogió la caja de cartón. La caja se movió y zumbó y susurró.

Crumley levantó la tapa y echó un vistazo adentro. Algún objeto extraño de papel *mâché* le devolvió la mirada.

Crumley dijo: —Así que éste es el ex director de los estudios Maximus, ¿eh?

—Sí —dije.

Crumley contempló el rostro unos segundos más y asintió en silencio. —Sí, es la muerte; no hay vuelta que darle.

Cerró la tapa. Dentro de la caja, el peso se movió de lugar y susurró algo parecido a «duérmete» al rozar las paredes.

¡No!, pensé, ¡no me *obligues*!

A la mañana siguiente, hablamos.

Al mediodía, Crumley me dejó frente a la casa donde tenía su apartamento Roy, en Western y la Cincuenta y Cuatro. Me miró la cara con atención.

—¿Cómo te llamas?

—Me niego a identificarme.

—¿Quieres que espere?

—No, sigue. Cuanto antes vayas a merodear el estudio y veas cómo están las cosas, mejor. Además, no es bueno que nos vean juntos. ¿Tienes la lista de lugares que hay que ver y el mapa?

—Aquí mismo. —Crumley se dio unas palmaditas en la frente.

—Estaré allí dentro de una hora. En la casa de la abuela. Arriba.

—La buena de la abuelita.

—¿Crumley?

—¿Sí?

—Te quiero.

—Eso no te hará ir al cielo.

—No —dije—. Pero me permitió llegar hasta hoy a la mañana.

—Tonterías —dijo Crumley, y se alejó en el coche.

Yo entré.

Mi presentimiento del día anterior era acertado.

Si las ciudades en miniatura de Roy habían sido devastadas y su Bestia aporreada hasta convertirla en un montón de arcilla sanguinolenta...

El pasillo olía a la colonia del médico...

La puerta del apartamento de Roy estaba entreabierta.

Habían despanzurrado su apartamento.

—Dios mío —susurré, de pie en medio de las habitaciones, mirando a mi alrededor—. La Rusia soviética. La historia reescrita.

Pues Roy se había convertido en una no-persona. Esa misma noche irían a las bibliotecas a arrancar las páginas de los libros y a volver a coserlos, para que el nombre de Roy Holdstrom desapareciera para siempre, un triste rumor perdido, un producto de la imaginación. Nada más.

No quedaban ni libros, ni cuadros, ni el escritorio, ni papeles en el cesto de la basura. Hasta habían hecho desaparecer el papel higiénico del baño. El botiquín estaba pelado. No había zapatos debajo de la cama. Ni cama. Ni máquina de escribir. Los armarios estaban vacíos. No había dinosaurios. Ni dibujos de dinosaurios.

Horas antes habían pasado la aspiradora por el apartamento, habían fregado el piso y luego lustrado con una muy buena cera.

Un ataque de furia había hecho que en el estudio derribaran Babilonia, Asiria y Abu Simbel.

Un ataque de limpieza había aspirado de este lugar la última mota de polvo del recuerdo, el menor soplo de vida.

—Dios mío, ¿no es espantoso? —dijo una voz a mis espaldas.

En la puerta había un muchacho. Tenía puesto un mono de pintor muy gastado y los dedos y el lado izquierdo del rostro embadurnados con pintura de colores. Parecía que no se había peinado y sus ojos se asemejaban a los de un animal feroz, como una criatura que trabaja en la oscuridad y sólo sale cada tanto al exterior, cuando amanece.

—No te conviene quedarte aquí. Pueden volver.

—Aguarda —dije—. Te conozco, ¿verdad? El amigo de Roy... Tom...

—Shipway. Mejor salgamos. Estaban locos. Vamos.

Acompañé a Tom Shipway fuera del apartamento vacío.

Tom abrió la puerta de su propio apartamento con dos juegos de llaves. —¿Preparados? ¡Listos! ¡Ya!

Entré de un salto.

Tom cerró la puerta de golpe y se quedó apoyado contra ella. —¡La dueña! ¡No debe ver!

—¡¿Ver?! —Miré a mi alrededor.

Estábamos en los aposentos subacuáticos del Capitán Nemo, en los camarotes y salas de máquinas submarinas.

—¡Mi Dios! —exclamé.

Tom Shipway resplandecía de orgullo. —Bonito, ¿verdad?

—¡Bonito, demonios, pero si es increíble!

—Yo sabía que te gustaría. Roy me dio tus cuentos. Marte, la Atlántida. Y lo que escribiste sobre Julio Verne. Genial, ¿verdad?

Me mostraba las cosas y yo caminaba, mirando, tocando. Las maravillosas sillas victorianas, tapizadas con terciopelo rojo y tachuelas de bronce y aseguradas al piso del barco. El periscopio de bronce que bajaba brillando del techo. El enorme órgano en el centro de la escena. Y un poco más atrás, una ventana que había sido convertida en un ojo de buey ovalado, detrás del cual nadaban peces tropicales de diversos tamaños y colores.

—¡Mira! —dijo Tom Shipway—. ¡Adelante!

Me agaché a mirar por el periscopio.

—¡Funciona! —dije—. ¡Estamos debajo del agua! ¡O lo parece! ¿Tú hiciste todo esto? Eres un genio.

—Sí.

—¿La... dueña sabe que has hecho esto con su apartamento?

—Si lo supiera me mataría. Nunca la dejo *entrar*.

Shipway apretó un botón en la pared.

En el mar verde comenzaron a moverse algunas sombras.

Apareció la proyección de una araña gigante que movía las patas.

—¡El Calamar! ¡El adversario de Nemo! ¡Es alucinante!

—¡Pues, *claro*! Siéntate. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Roy? ¿Por qué esas bestias llegaron como perros salvajes y se fueron como hienas?

—¿Roy? Ah, sí. —Volví a sentir el peso de todo lo ocurrido. Me desmoroné en un asiento.— Dios mío, sí. Roy. ¿Qué pasó aquí ayer por la noche?

Shipway caminó por el cuarto en silencio, imitando lo que recordaba.

—¿Viste alguna vez a Rick Orsatti escabullándose en Los Ángeles hace años? ¿El chantajista?

—Era el jefe de una pandilla...

—Sí. Una vez, hace muchos años, a la hora del crepúsculo, en el centro de la ciudad, vi a seis tipos vestidos de negro, con uno que daba las órdenes, salir de un callejón moviéndose como ratas finas con ropas de cuero o de seda, vestidos como para un funeral y con el cabello peinado hacia atrás con brillantina y las caras entalcadas. No, en realidad parecían nutrias, comadreas negras. Silenciosos, huidizos, escurridizos, peligrosos, hostiles, como nubes de humo negro saliendo de la chimenea. Bueno, así fue anoche. Sentí un perfume tan fuerte que se metió por debajo de la puerta.

—¡Doc Phillips!

—... y miré para afuera y esas enormes ratas negras de alcantarilla se deslizaban por el corredor llevando archivos, dinosaurios, cuadros, bustos, estatuas, fotografías. Me miraron con el rabillo del ojo. Yo cerré la puerta y observé por la mirilla cómo pasaban corriendo con esas zapatillas de cuero negro. Los oí rondar allí durante media hora. Luego no se oyeron más voces. Abrí la puerta, vi el pasillo vacío y sentí un gran vaho de esa colonia inmunda. ¿Esos tipos mataron a Roy?

Yo me crispé. —¿Por qué has dicho *eso*?

—Parecían tipos de una funeraria, por eso. Y si acabaron con el apartamento de Roy, bueno, ¿por qué no iban a ocuparse de Roy? Oye... —Shipway calló y me miró a la cara—, no quise decir..., pero, bueno, ¿Roy está...?

—¿Muerto? Sí. No, no. Tal vez. ¡Una persona con tanta vida como Roy no puede morir!

Le conté lo del Estudio 13, las ciudades en ruinas, el cuerpo colgado.

—Roy no haría eso.

—Tal vez alguien se lo hizo *a él*.

—Roy no se dejaría matar por *ningún* maldito cabrón. Caramba. —Y por una de las mejillas de Tom Shipway corrió una lágrima.— ¡Yo lo *conozco* a Roy! ¡Él me ayudó a construir mi primer submarino! ¡*Allí* está!

En la pared había un *Nautilus* en miniatura, de unos setenta y cinco centímetros

de largo, el sueño de un estudiante de bellas artes.

—Roy no puede estar muerto, ¿verdad?

En ese momento sonó el teléfono en algún lugar dentro de los aposentos submarinos de Nemo.

Shipway levantó un gran caparazón de molusco. Yo me reí, luego dejé de reírme.

—¿Sí? —dijo en el teléfono, y luego—: ¿Quién *habla*?

Yo le arrebaté el teléfono de la mano sin pensarlo. Pegué un grito; un grito a la vida. Oí a alguien que respiraba, muy lejos.

—¡Roy!

Click. Silencio. Hmmmmm.

Zarandeeé el auricular para todos los lados, sin saber qué hacer.

—¿Roy? —dijo Shipway.

—Su respiración.

—¡Demonios! ¡Uno no puede saber de quién es una *respiración*! ¿De dónde llamaba?

Dejé de un golpe el teléfono en su lugar y me quedé allí de pie, con los ojos cerrados. Luego lo volví a levantar y traté de marcar en el molusco, pero lo tenía al revés.

—¿Cómo funciona esta porquería? —grité.

—¿A quién quieres llamar?

—A un taxi.

—¿Para ir adónde? ¡Yo te llevo!

—¡A Illinois, por supuesto! ¡A Green Town!

—¡Eso queda a tres mil kilómetros!

—Entonces —dije, aturdido, y volviendo a dejar la concha—, mejor nos ponemos en marcha.

29

Tom Shipway me dejó en el estudio.

Bajé corriendo por Green Town poco después de las dos. Todo el pueblo estaba recién pintado de blanco, esperando a que yo viniera a golpear en las puertas o a espiar por las ventanas con cortinajes de encaje. En el viento flotaba el polen de las flores; doblé en la esquina de la casa de mis abuelos, muertos hacía años. Los pájaros salieron volando del techo cuando subí por la escalera.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al golpear en los vidrios de la puerta de entrada.

Hubo un largo silencio. Me di cuenta de que me había equivocado. Los niños, cuando llaman a otros niños a jugar, no golpean a la puerta. Bajé al jardín, busqué una piedra y la arrojé con fuerza contra la pared del costado.

Silencio. La casa siguió imperturbable bajo los rayos de sol de noviembre.

—¿Qué? —pregunté a la ventana de arriba—. ¿Ha muerto *en serio*?

Y en ese momento se abrió la puerta de entrada. Una sombra, de pie, miraba hacia afuera.

—¡Sí! —grité. Se abrió la puerta de alambre tejido y crucé a los tumbos el porche. Grité de nuevo—: ¿Sí? —Y caí en los brazos de Elmo Crumley.

—Sí —dijo, sosteniéndome—. Si es a mí a quien buscas.

De mi boca salían sonidos inarticulados mientras él me llevaba adentro y cerraba la puerta.

—Eh, cálmate. —Me sacudió por los codos.

Casi no lo veía a través de mis gafas empañadas.

—¿Qué haces *aquí*?

—Tú me dijiste: Paséate, mira, luego ven a encontrarme aquí, ¿no es cierto? No, no lo recuerdas. Por Dios, ¿no tienes nada decente en este lugar?

Crumley hurgó en la nevera y me dio una galleta de mantequilla de cacahuete y un vaso de leche. Me quedé sentado, masticando y tragando y diciendo, una y otra vez: —Gracias por venir.

—Calla —dijo Crumley—. Se ve que estás hecho un desastre. ¿Qué diablos haremos ahora? ¿Como si no hubiera pasado nada? Nadie sabe que tú has visto el cadáver de Roy, o lo que crees que es el cadáver de Roy, ¿verdad? ¿Qué tienes que hacer?

—Debo ir a presentarme para empezar un nuevo proyecto. Me transfirieron. Se acabó la película de la Bestia. Estoy trabajando con Fritz y Jesús.

Crumley se rió. —Ése es el título que deberían ponerle a la película. ¿Quieres que siga paseándome como un turista imbécil?

—Encuétralo, Crumley. ¡Si me termino creyendo realmente que Roy ya no está, me voy a volver loco! Si Roy *no está* muerto, debe de estar oculto, asustado. Tú debes asustarlo aún más, para que salga del escondite antes de que lo liquiden en serio. O, o... si ya está *realmente* muerto, es que alguien lo mató. Él no se ahorcaría, nunca. De modo que el asesino también está aquí. Así que encuentra al asesino. Al tipo que destruyó el busto de arcilla de la Bestia, que aplastó el cráneo rojo y luego tropezó con Roy y lo colgó para que muriera allí. En cualquiera de los casos, Crumley, encuentra a Roy antes de que lo maten. O si Roy está muerto, encuentra al maldito asesino.

—Pues me das muchísimas opciones.

—Prueba en algunas de las agencias de coleccionistas de autógrafos. Tal vez alguno conozca a Clarence, su apellido, su dirección. Clarence. Y luego prueba en el Brown Derby. Ese *maître* no habla con tipos como yo. Él *tiene* que saber quién es la Bestia. Entre él y Clarence podemos desvelar el asesinato, ¡o el asesinato que *puede llegar* a ocurrir en cualquier momento!

—Por lo menos ésas son pistas. —Crumley bajó la voz, con la esperanza de que yo también la bajara.

—Mira —dije—. Alguien ha estado viviendo en este lugar desde ayer. Hay basura que ninguno de los dos tiró cuando Roy y yo estuvimos trabajando juntos aquí. —Abrí la puerta de la mininevera.— Caramelos. ¿Quién más iba a poner chocolate en una nevera?

—¡Tú! —resopló Crumley.

Tuve que reírme. Cerré la puerta de la nevera.

—Sí, seguro, yo. Pero él dijo que se ocultaría. Tal vez, tal vez lo hizo de veras. ¿Y bien?

—Está bien. —Crumley fue hasta la puerta de alambre tejido.— ¿Qué busco?

—Una garza grande y larguirucha de un metro noventa, con brazos largos y dedos largos y delgados y una gran nariz aguileña, con calvicie prematura y corbatas que no pegan con las camisas y camisas que no pegan con los pantalones y... —Me callé.

—Perdón por haber preguntado. —Crumley me dio un pañuelo.— Suénate.

30

Un minuto después abandoné el norte de Illinois, alejándome de la casa de mis abuelos.

En el camino, pasé por delante del Estudio 13. Estaba cerrado con tres candados y precintado. Me imaginé lo que debía de haber sido para Roy entrar y ver que un maniático había destruido su razón de ser.

Roy, pensé, vuelve, construye más Bestias hermosas, vive para siempre.

En ese preciso instante pasó por allí corriendo una falange romana, a paso ligero, un, dos, un, dos, riendo, Los soldados fluían con soltura, un río brillante de cascos con penachos color dorado y carmesí. La guardia del César nunca tuvo mejor aspecto, nunca se movió con más velocidad. Mientras corrían, mis ojos cazaron al vuelo al último hombre. Zarandeaba las enormes y largas piernas. Los codos le salían para afuera. Y algo que se asemejaba a un pico de halcón surcaba el viento. Ahogué un grito.

Las tropas doblaron de prisa en la esquina.

Yo corrí al cruce.

¡¿Roy?!, pensé.

Pero no podía gritar y que la gente se enterara de que corriendo entre ellos había un idiota escondido.

—Maldito imbécil —dije en voz baja—. Tonto —farfullé entrando en la cafetería.

»Estúpido —le dije a Fritz, que estaba sentado bebiendo seis tazas de café en la mesa en donde celebraba sus conferencias.

—¡Basta de elogios! —exclamó—. ¡Siéntate! ¡Nuestro primer problema es que van a sacar a Judas Iscariote de la película!

—¡¿A Judas!? ¿Lo han echado?

—Lo último que supe es que estaba en La Jolla borracho y haciendo ala delta.

—Dios mío.

Y ahí sí que exploté de verdad. Soltaba la risa a borbotones como si mis pulmones fueran volcanes en erupción.

Vi a Judas surcando los vientos salados con su ala delta, a Roy corriendo en la falange romana, a mí empapado por la lluvia mientras el cuerpo caía desde lo alto del muro y, otra vez, a Judas, por encima de La Jolla, ebrio de viento, volando.

Mi risa estentórea alarmó a Fritz. Creyendo que me había ahogado en mi propio vómito, me dio unos golpes en la espalda.

—¿Qué pasa?

—Nada —dije casi sin respirar—. ¡Todo!

Dejé de gritar.

Había llegado el mismísimo Cristo, haciendo crujir la túnica.

—Oh, Herodes Antipas —le dijo a Fritz—, ¿me citaste para un juicio?

El actor, alto como una pintura de El Greco e igualmente cargado de relámpagos azules y nubes de tormenta que iban pasando por su pálida carne, se desmoronó lentamente en una silla, sin reparar si la silla estaba allí o no. El acto de sentarse, para él, era un acto de fe. Cuando su cuerpo invisible llegó a destino, sonrió con orgullo por la precisión de su puntería.

En seguida una camarera le puso delante un pequeño plato de salmón sin salsa y un vaso de vino tinto.

J. C., con los ojos cerrados, masticó un bocado de pescado.

—Viejo director, *nuevo* escritor —dijo por fin—. ¿Me habéis llamado para conversar sobre la Biblia? Preguntad. Yo lo sé *todo*.

—Gracias a Dios, *alguien* sabe —dijo Fritz—. La mayor parte de la película la filmó al otro lado del océano un director hiperflatulento que no podía levantarla ni siquiera con un mecanismo de erección. Maggie Botwin está en la sala de proyección número cuatro. Ve allí en una hora —me apuntó con el monóculo—, para ver todos los restos del naufragio. Cristo cruzó las aguas, pero lo quiero ver cruzando mierda profunda. J. C., vierte aceite dulce en los oídos impíos de este chaval. —Me tocó el hombro.— Y tú, mi niño, resuelve el problema del Judas que nos falta, y escríbele un final a la película que no lleve a las hordas a amotinarse para que les devuelvan el dinero.

Hubo un portazo.

Y me quedé solo, examinado por la mirada de cielos azules sobre Jerusalén de J. C.

J. C., sin prisa, masticaba el pescado.

—Veo —dijo— que te preguntas por qué estoy aquí. Yo soy *el* cristiano. ¿Yo? Yo soy como un zapato viejo.

Cómodo con Moisés, Mahoma y los Profetas. No pienso en eso, soy *eso*.

—¿De modo que siempre has sido Cristo?

J. C. se dio cuenta de que yo hablaba con sinceridad y masticó otro bocado.

—¿Soy Cristo? Bueno, es como ponerse una túnica cómoda para toda la vida, no tener que vestirse bien nunca más, estar siempre a gusto. Cuando me miro las marcas, pienso *sí*. Cuando no me afeito por las mañanas, mi barba es una afirmación. No puedo imaginarme ninguna otra vida. Ah, años atrás, por supuesto, tenía curiosidad. —Masticó otro poco.— Lo probé todo. Estuve en lo del reverendo Violet Greener en el Bulevar Crenshaw. ¿El Templo Agabeg?

—¡Yo estuve en ese lugar!

—Unos artistas fabulosos, ¿no? Sesiones de espiritismo, panderetas. Nunca *funcionó*. Estuve en lo de Norvell. ¿Todavía existe?

—¡Claro! ¿Con esos ojos enormes de vaca asustada y los amiguitos bonitos

pidiendo dinero con las panderetas?

—¡Es como si estuviera hablando *yo*! ¿Astrología? ¿Numerología? ¿Los Holy Rollers? Eso es divertido.

—También estuve en lo de los Holy Rollers.

—¿Te gustaron las luchas en el barro, oírlos hablar en idiomas raros?

—¡Sí! Pero ¿qué me dices de la Iglesia Bautista para Negros, en la Avenida Central? El coro de Hall Johnson salta y canta los domingos. ¡Son un terremoto!

—¡Caramba! ¡Me has seguido las *pisadas*! ¿Cómo has podido estar en *todos* esos sitios?

—¡Quería encontrar respuestas!

—¿Has leído el Talmud? ¿El Corán?

—Llegaron muy tarde a mi vida.

—Te voy a decir lo que *realmente* llegó tarde...

Largué una risotada.

—¿El Libro de los Mormones!?

—¡Dios santo, pero si es eso!

—Yo formé parte de un grupo de teatro de aficionados mormones cuando tenía veinte años. ¡Me quedaba dormido con el Ángel Moroni!

J. C. se rió estrepitosamente y se palmeó las marcas.

—¡Qué aburrimiento! ¿Y qué te parece Aimee Semple McPherson!?

—Unos amigos de secundaria me desafiaron a que subiera al estrado para que me «salvara». Subí y me arrodillé. Me golpeó la frente con la palma de la mano. Que el Señor salve al pecador, gritó. ¡Gloria, Aleluya! ¡Yo trastabillé y caí en los brazos de mis amigos!

—¡Caramba! —dijo J. C.—. ¡Aimee me salvó dos veces! Luego la enterraron. En el verano del cuarenta y cuatro. En ese gran ataúd de bronce. Hicieron falta dieciséis caballos y un tractor para subirla por la colina del cementerio. Si te digo que a Aimee le crecieron alas artificiales, como si fueran naturales. Todavía visito su templo, por nostalgia. Vaya si la extraño. Me tocaba como Jesús, vestida con adornos de Pentecostés. ¡Qué divertido!

—Y ahora, aquí estamos —dije—, haciendo de Cristo para siempre en Maximus Films. Desde la época de oro de Arbuthnot.

—¿Arbuthnot? —A J. C. se le ensombreció el rostro con los recuerdos. Alejó el plato.— Anda. Ponme a prueba. ¡Hazme preguntas! El Viejo Testamento. El Nuevo.

—El libro de Ruth.

Recitó dos minutos de Ruth.

—¿Eclesiastés?

—¡Te lo diré todo! —Dicho y hecho.

—¿Juan?

—¡Excelente! ¡La Última Cena después de la Última Cena!

—¿Qué? —dije, incrédulo.

—¡Cristiano olvidadizo! ¡La Última Cena *no* fue la Última Cena! ¡Fue la *Penúltima* Cena! Días después de la Crucifixión y de la sepultura, Simón llamado Pedro, en el mar de Tiberíades, con los demás discípulos, presenciaron el milagro de los peces. En la orilla vieron algo que se iluminaba pálidamente. Al acercarse, vieron a un hombre junto a un manto de brasas y peces. Le hablaron al hombre y supieron que era Cristo, quien dijo, señalando con las manos: «Llevaos estos peces y dad de comer a vuestros hermanos. Llevaos mi mensaje y recorred las ciudades del mundo y predicad en ellas el perdón del pecado».

—Increíble —murmuré.

—Estupendo, ¿no? —dijo J. C—. La Penúltima Cena primero, la cena Da Vinci, y luego la Última Última Cena Final Final de los pescados hechos a las brasas en las arenas del mar de Tiberíades, tras lo cual Cristo se marchó para permanecer por siempre jamás en su sangre, sus corazones, sus mentes y sus almas. Punto final.

J. C. inclinó la cabeza y agregó: —Ve a reescribir los libros, ¡pero especialmente el de Juan! ¡No me corresponde a mí dar, sólo a ti tomar! ¡Vete, antes de que me arrepienta de haberte dado la bendición!

—¿Me *has* dado la bendición?

—Durante todo el tiempo que estuvimos conversando, hijo. Durante todo el tiempo. Anda.

31

Metí la cabeza en la Sala de Proyección 4 y dije:

—¿Dónde está Judas?

—¡Ésa es la contraseña! —gritó Fritz Wong—. ¡Aquí tienes tres martinis! ¡Bebe!

—Aborrezco los martinis. Y, aparte, primero tengo que sacarme esto de encima.

Señorita Botwin —dije.

—Maggie —dijo ella, gozando en silencio, con la cámara sobre el regazo.

—Hace años que oigo hablar de usted, la he admirado toda la vida. Tengo que confesarle que me da gusto tener esta oportunidad de trabajar...

—Sí, sí —dijo amablemente—. Pero está equivocado. Yo no soy un genio. Soy..., ¿cómo se llaman esas cosas que se deslizan por los estanques en busca de insectos?

—¿Tejedores?

—¡Tejedores! Uno creería que esos bichos de porquería tendrían que hundirse, pero se deslizan sobre una pequeña película que cubre el agua. Tensión superficial. Distribuyen el peso, estiran las patas para no romper nunca la película. Bueno, si yo no soy eso, ¿qué soy? Lo único que hago es distribuir mi peso y estirar las cuatro patas para no romper la película por la que me deslizo. Todavía estoy a la vista, no me he hundido. Pero ni soy la mejor ni es un milagro, sino simple y llanamente suerte temprana. De todos modos, gracias por el elogio, joven, ahora, arriba el mentón y haga lo que Fritz le dice. Los martinis. Ya verá, no he hecho ninguna maravilla en lo que le mostraré. —Volvió su perfil esbelto y se dirigió en voz baja a la sala de proyección.— ¿Jimmy? *Ahora.*

Las luces se oscurecieron, se oyó un susurro en la pantalla y se corrieron las cortinas. La primera copia de la película iluminó la pantalla con música de Miklos Rozsa todavía sin terminar. *Eso me gustó.*

A medida que avanzaba la película, yo echaba miradas a Fritz y a Maggie. Parecía como si estuvieran montados sobre un caballo salvaje. Yo hice lo mismo, empujado hacia el respaldo del asiento por una ola de imágenes.

Mi mano robó uno de los martinis.

—Así se hace —susurró Fritz.

Terminó la película y nos quedamos sentados en silencio mientras se encendían las luces.

—¿Por qué —dije al fin— hay tantas escenas a la hora del crepúsculo o de noche en esta nueva parte?

—No soporto la realidad. —Fritz miraba la pantalla en blanco, y el monóculo

emitió un destello.— La mitad de esta película está programada para filmarse a la puesta del sol. A esa altura se ha roto ya el espíritu diurno. A la hora del crepúsculo suspiro con pasión: ¡sobreviví otro día! Trabajo todos los días hasta las dos de la madrugada, sin tener que enfrentarme con gente verdadera, con luz verdadera. Hace dos años me hice hacer lentillas de contacto. ¡Las tiré por la ventana! ¿Por qué? Veía poros en los rostros de las personas, en el mío. Cráteres lunares. Marcas de viruela. ¡Vamos!, mira mis últimas películas. No hay gente iluminada por el sol. *La dama de la medianoche. La larga oscuridad. Las tres de la madrugada. Asesinatos. Muerte antes del amanecer.* Y ahora, hijo, ¡¿qué me cuentas de esta estupidez galilea de *Cristo en el jardín, César subido a un árbol?*!

Maggie Botwin se movió muy lentamente entre las sombras y sacó la pequeña cámara del estuche.

Yo carraspeé. —¿Y yo tengo que empapelar con mi narración todos los agujeros de este guión?

—¿Cubrirle el trasero al César? ¡Sí! —Fritz Wong se rió y se sirvió otra copa.

Maggie Botwin agregó: —Y te vamos a enviar a que converses lo de Judas con Manny Leiber.

—¿¡¡Por qué!!?

—Tal vez —dijo Fritz— al León Judío le apetezca comerse a un bautista de Illinois. Quizás te escuche mientras te arranca las piernas.

Vacíé el segundo vaso.

—Vaya —dije casi sin aliento—, esto no está nada mal.

Oí un zumbido.

La cámara de Maggie Botwin apuntaba para captar mi momento de incipiente ebriedad.

—¿Lleva su cámara a todas partes?

—Sí —dijo—. No ha pasado ni un día en estos cuarenta años en que alguien no cayera en la trampa. No se atreven a echarme. Empalmaría nueve horas de desfile de tontos de pacotilla y las mostraría en el Chino de Grauman. ¿Tienes curiosidad? Ven a ver.

Fritz me llenó el vaso.

—Listo para el primer plano. —Bebí.

La cámara zumbó.

Manny Leiber estaba sentado en el borde del escritorio, cortando la punta de un gran cigarro con una de esas guillotinas doradas de Dunhill que no cuestan menos de cien dólares. Frunció el entrecejo al ver que yo entraba y me paseaba por la oficina, estudiando los múltiples sofás enanos.

—¿Qué pasa?

—Los sofás —dije—. Son tan bajos que uno no puede levantarse. —Me senté. Quedé a unos treinta centímetros del suelo, mirando a lo alto a Manny Leiber que se erguía allí como César a horcajadas sobre el mundo.

Me levanté farfullando y me puse a juntar almohadones. Puse tres, uno sobre el otro, y me senté.

—¿Qué demonios estás *haciendo*? —Manny salió de detrás del escritorio.

—Quiero mirarlo a los ojos cuando le hablo. No me gusta quebrarme el cuello allí abajo.

Manny Leiber echó pestes, dio un mordisco al cigarro y volvió a sentarse sobre el borde del escritorio. —¿Y bien? —masculló.

—Fritz acaba de mostrarme la primera copia de su película —dije—. Falta Judas Iscariote. ¿Quién lo mató?

—¿¡Qué!?

—Cristo no puede existir sin Judas. ¿Por qué de pronto Judas se convirtió en el discípulo invisible?

Por primera vez vi que Manny Leiber apoyaba su pequeño trasero en el vidrio del escritorio. Chupó el cigarro apagado, me miró fijo y largó el aire.

—¡Yo ordené que quitaran a Judas! ¡No quería hacer una película antisemita!

—¿Cómo! —exploté, poniéndome en pie de un salto—. Van a estrenar la película en Pascua, ¿no es así? Esa semana la verán un millón de bautistas, tal vez dos millones de luteranos.

—Sin duda.

—¿Diez millones de católicos?

—¡Sí!

—¿Dos unitarios?

—¿Dos...?

—Y cuando todos salgan del cine el domingo de Pascua y pregunten «¿Quién quitó a Judas Iscariote de la película?», la respuesta será: ¡*Manny Leiber!*

Hubo un largo silencio. Manny Leiber arrojó el cigarro apagado. Mientras yo

estaba allí petrificado, deslizó la mano hasta el teléfono blanco.

Marcó tres números de una línea interna del estudio, esperó y dijo: —¿Bill?

Aspiró hondo. —... *vuelve a contratar* a Judas Iscariote.

Con odio, me miró mientras yo ponía de vuelta los tres almohadones sobre las tres poltronas. —¿Era todo lo que tenías que decirme?

—Por ahora. —Hice girar el picaporte.

—¿Qué noticias tienes de tu amigo Roy Holdstrom? —dijo de pronto.

—¡Creí que lo sabía! —dije. Ten cuidado, pensé—. El tonto se fue —agregué de prisa—. Sacó todo de su apartamento, se fue de aquí. El muy infeliz. Ya no es más mi amigo. ¡Él y esa maldita Bestia de arcilla!

Manny Leiber me observó con detenimiento. —Está bien que te hayas deshecho de él. Te gustará más trabajar con Wong.

—Sin duda. Fritz y Jesús.

—¿Cómo?

—Jesús y Fritz.

Me fui.

Volví caminando despacio a la casa de mis abuelos, en algún lugar del pasado.

—¿Estás seguro de que era Roy el que pasó corriendo hace una hora? —preguntó Crumley.

—Demonios, no lo sé. Sí, no, quizás. No estoy muy lúcido. Los martinis, durante el día, no son para mí. Y... —sopesé el guión— tengo que cortar un kilo de esto Y agregarle cien gramos. ¡Socorro!

Eché una mirada a la libreta que sostenía Crumley.

—¿Y qué?

—Llamé a tres agencias de autógrafos. Todos conocen a Clarence...

—¡Fantástico!

—No tanto. Todos dijeron lo mismo. Un paranoico. Ni apellido, ni número de teléfono, ni dirección. Les dijo a todos que estaba aterrado. No de que le robaran, no, sino de que lo asesinaran. Y *luego* le robaran. Cinco mil fotos, seis mil autógrafos, los huevos de su nido. De modo que tal vez no reconoció a la Bestia esa noche, sino que tenía miedo de que la Bestia lo conociera a él, supiera dónde vivía y fuera a buscarlo.

—No, no, eso no encaja.

—Clarence, o como quiera que se llame, dijeron en la agencia, cobraba siempre en efectivo, pagaba siempre en efectivo. Ni un cheque, ningún modo de seguirle el rastro por ese lado. Nunca se hizo enviar nada por correo. Aparecía, cada tanto, hacía algún intercambio, y luego desaparecía durante meses. Calle sin salida. El Brown Derby también. Entré, dócil y amable, pero el *maître* me cortó la comunicación. Lo siento, chico. Eh...

En ese preciso instante, siguiendo su horario, volvió a aparecer la falange romana, a lo lejos, a paso redoblado. Se acercaban dando gritos joviales y largando insultos.

Yo me estiré todo lo que pude hacia afuera, conteniendo el aliento.

Crumley dijo: —¿Ése es el grupo que mencionaste, en el que estaba Roy?

—Sí.

—¿Está con ellos *ahora*?

—No lo *veo*...

Crumley explotó.

—¡Maldita sea! ¿Para qué tiene que andar dando vueltas por el estudio ese imbécil? ¡¿Por qué no se larga, no se escapa?! ¿Para qué se queda? ¡¿Para que lo maten?! Tuvo la oportunidad de irse, pero no, nos hace pasar por la tortura a ti y a mí. ¿¡Por qué!?

—Venganza —dije—. Por todos los asesinatos.

—¿¡Qué asesinatos!?

—De todas sus criaturas, todos sus amigos más queridos.

—Tonterías.

—Oye, Crum. ¿Cuánto hace que tienes tu casa de Venice? Veinte, veinticinco años. Plantaste cada seto, cada arbusto, sembraste el césped, construiste la pérgola en el fondo, pusiste el equipo de sonido, los rociadores, agregaste las cañas de bambú y las orquídeas y los melocotoneros, los limoneros, los albaricoqueros. ¿Qué ocurriría si yo entrara una noche a tu casa y destrozara todo, derribara los árboles, pisoteara las rosas, quemara la pérgola, arrojara el equipo de música a la calle? ¿Qué harías?

Crumley se quedó pensando y se ruborizó.

—Exactamente —dije en voz baja—. Yo no sé si Roy se casará algún día. Y acaban de pisotearle los hijos, toda su vida. Han asesinado todo lo que amó alguna vez. Quizás está aquí ahora, examinando las muertes, tratando, como nosotros, de encontrar a la Bestia, y matarla. Quizás Roy se ha ido para siempre. Pero si yo fuera Roy, no te quepa duda, me quedaría, me ocultaría y seguiría buscando hasta enterrar al asesino con los asesinados.

—Mis limoneros, ¿eh? —dijo Crumley mirando hacia el mar—. Mis orquídeas, mi selva tropical. ¿Destrozados por alguien? Bueno.

La falange pasó corriendo bajo el sol de la tarde y se internó en las sombras azules. Entre ellos no había ningún guerrero con aspecto de garza desgarrada.

Los pasos y gritos se perdieron a lo lejos.

—Volvamos a casa —dijo Crumley.

A medianoche, un viento inesperado comenzó a soplar por el jardín africano de Crumley. Todos los árboles del vecindario giraron en sueños.

Crumley me observó. —Tengo la sensación de que va a pasar algo.

Pasó.

—El Brown Derby —dije, estupefacto—. Dios mío, ¿¡cómo no me di cuenta antes!?! La noche que Clarence salió corriendo muerto de miedo. ¡Se le cayó la carpeta, la dejó sobre la acera cerca de la entrada del Brown Derby! Alguien la debe de haber recogido. Tal vez todavía esté allí, esperando a que Clarence se calme y se atreva a volver a buscarla cuando nadie lo vea. *Tiene* que tener apuntada su dirección.

—Buena pista —asintió Crumley—. La seguiré.

Volvió a soplar el viento nocturno, un suspiro muy melancólico que corrió entre los limoneros y los naranjos.

—Y...

—¿Y?

—El Brown Derby, también. Puede ser que el *maître* no nos hable *a nosotros*, pero conozco a alguien que comió en ese sitio durante años, cuando yo era niño...

—Ay, mi Dios —dijo Crumley en un suspiro—, Rattigan. Te comerá vivo.

—¡Mi amor me protegerá!

—Dios santo, si la metieras en una bolsa fertilizaría todo el valle de San Francisco.

—La amistad protege. Tú no me harías daño, ¿verdad?

—No estés tan seguro.

—Debemos hacer algo. Roy está escondido. Si ellos, sean quienes sean, lo encuentran, es hombre muerto.

—Tú también —dijo Crumley—, si juegas al detective aficionado. Es tarde. Medianoche.

—La hora en que se despierta Constance.

—¿Hora de Transilvania? Demonios. —Crumley aspiró hondo.— ¿Te llevo?

De un árbol escondido en el jardín cayó un melocotón. Hizo un ruido fuerte contra el suelo.

—¡Sí! —dije.

34

—Al amanecer —dijo Crumley—, si estás cantando con voz de soprano, no llames.

Y partió en el coche.

La casa de Constance era, al igual que antes, un modelo de perfección, una capilla blanca que resplandecía en la costa. Todas las puertas y ventanas estaban abiertas. Dentro de la sala enorme, blanca y austera se oía música: una vieja melodía de Benny Goodman.

Caminé por la orilla como lo había hecho mil noches antes, inspeccionando el mar. Allí estaba ella, en algún sitio, jugando carreras con los delfines, imitando a las focas.

Miré en la planta baja, donde había, desperdigados por el suelo, cuatro docenas de almohadones de colores circenses, y en las paredes blancas y lisas, a altas horas de la noche, hasta el alba, había espectáculos de sombras, se proyectaban sus viejas películas de cuando yo todavía no había nacido.

Me di vuelta porque una ola, más pesada que las demás, golpeó contra la orilla...

Y trajo consigo, como salida de una alfombra sacudida ante los pies del César...

A Constance Rattigan.

Salió de adentro de la ola como una foca al galope, con el cabello casi del mismo color, marrón satinado y peinado al agua, y su pequeño cuerpo empolvado con nuez moscada y empapado en aceite de canela. Llevaba todos los matices del otoño en las piernas ágiles y los brazos, muñecas y manos salvajes. Tenía los ojos marrones de una pequeña criatura perversa, sabia y alegre. La boca sonriente parecía manchada con aceite de nuez. Era una criatura del agitado oleaje de noviembre, salida de un frío mar pero caliente como castañas asadas.

—¡Tú, cabrón! —gritó.

—¡Tú, hija del Nilo!

Me saltó encima como un perro, para secarse en otro cuerpo, me agarró de las orejas, me besó en la frente, en la nariz, en la boca y luego giró en círculos para mostrar los cuatro costados.

—Estoy desnuda, como siempre.

—Me he dado cuenta, Constance.

—No has cambiado: sigues mirándome las cejas en vez de las tetas.

—Tú no has cambiado. Las tetas se ven firmes.

—Nada mal para una nadadora nocturna, ex reina de la pantalla, de cincuenta y seis años de edad, ¿no? ¡Vamos!

Atravesó corriendo la arena hacia la casa. Cuando yo llegué a la piscina del patio, ya había traído queso, galletas y champán.

—Dios mío. —Descorchó la botella.— Han pasado cien años. Pero yo sabía que un día volverías. ¿Ya te diste el gusto con el matrimonio? ¿Estás listo para una amante?

—No. Gracias.

Bebimos.

—¿Has visto a Crumley en las últimas ocho horas?

—¿Crumley?

—Se te ve en la cara. ¿Quién murió?

—Alguien hace veinte años, en Maximus Films.

—¡Arbuthnot! —exclamó Constance en un ataque de intuición.

El rostro de la mujer se ensombreció. Estiró el brazo para coger una bata de baño y se arropó, quedando de pronto muy pequeña, una niña que se volvió para mirar la orilla, como si no fueran la arena y el mar sino los años mismos.

—Arbuthnot —murmuró—. Dios santo, ¡qué belleza! Qué creador. —Se quedó callada un momento.— Me alegro de que esté muerto —agregó.

—No lo está del todo. —No dije nada más.

Pues Constance había girado como si hubiera recibido un disparo.

—¡No! —exclamó.

—No, algo parecido a él. Algo que pusieron sobre un muro para asustarme, ¡y ahora, tú!

De los ojos le resbalaron lágrimas de alivio. Se quedó boquiabierta, como si le hubieran golpeado en el estómago.

—¡Maldito! Entra —dijo—. Coge la vodka.

Traje la vodka y un vaso. Vi cómo se bebía dos tragos de golpe. De pronto me puse sobrio para siempre, cansado de ver cómo bebía la gente, cansado de tener miedo cuando caía la noche.

No se me ocurría nada que decir, de modo que fui hasta el borde de la piscina, me quité los zapatos y los calcetines, me arremangué los pantalones y sumergí los pies en el agua, mirando hacia abajo, esperando.

Por fin Constance vino y se sentó a mi lado.

—Has vuelto —dije.

—Perdóname —dijo ella—. Los viejos recuerdos son difíciles de olvidar.

—Seguro que sí —dije, esta vez mirando yo hacia la orilla—. En el estudio esta semana andaba todo el mundo asustado. ¿Por qué se arma semejante lío por un fantoche de cera parecido a Arbuthnot que dejan bajo la lluvia?

—¿Es *eso* lo que ocurrió?

Le conté todo lo demás, como se lo había contado a Crumley, y terminé con el Brown Derby y mi necesidad de que ella fuera allí conmigo. Cuando terminé, Constance, más pálida, tomó otra vodka.

—¡Ojalá supiera qué es lo que tengo que temer! —dije—. Quién escribió ese mensaje para que fuera al cementerio, así le presentaba a un mundo expectante un Arbuthnot de mentira. Pero yo no dije en el estudio que había encontrado el muñeco, así que lo encontraron *ellos* y trataron de esconderlo, locos de miedo. El recuerdo de Arbuthnot ¿es tan terrible, tanto tiempo después de su muerte?

—Sí. —Constance posó su mano temblorosa en mi muñeca.— Sí que lo es.

—¿Y ahora qué? ¿Chantaje? ¿Alguien le escribe a Manny Leiber y le pide dinero o habrá más mensajes que revelarán el pasado del estudio, la vida de Arbuthnot? ¿Revelar qué? Un pedazo perdido de película, tal vez de hace veinte años, de la noche en que murió Arbuthnot. ¿Acaso filmado en el lugar del hecho? ¿Que si sale a la luz haría arder Constantinopla, Tokio, Berlín y todo el estudio del fondo?

—¡Sí! —La voz de Constance estaba muy lejos, en algún otro año.— Ahora vete. Corre. ¿Alguna vez soñaste con que un bulldog negro y enorme, de dos toneladas, venía por la noche y te comía? Un amigo mío soñó eso. El bulldog negro y enorme se lo comió. Lo llamamos Segunda Guerra Mundial. Mi amigo se ha ido para siempre. No quiero que *tú* te vayas.

—Constance, no puedo abandonar ahora. Si Roy está vivo...

—Tú no *sabes* si lo está.

—... y lo puedo sacar de allí y ayudarlo a que lo contraten de nuevo, porque es lo único correcto. Tengo que hacerlo. Es todo tan injusto.

—Métete en el agua y discute con los tiburones, te irá mejor. ¿En serio quieres volver a los estudios Maximus después de lo que me acabas de contar? Dios santo. ¿Sabes cuándo fue la última vez que yo estuve allí? La tarde del funeral de Arbuthnot.

Se calló para que yo digiriera bien lo que había dicho. Luego siguió para rematar.

—Era el fin del mundo. Nunca vi tanta gente descompuesta o muriéndose en un solo sitio. Era como ver a la Estatua de la Libertad quebrarse y caer. Demonios. Era el monte Rushmore después de un terremoto. Cuarenta veces más grande, más fuerte y más fantástico que Cohn, Zanuck, Warner y Thalberg juntos. Cuando cerraron la tapa del ataúd en la tumba del otro lado del muro, se resquebrajó la tierra hasta donde está el cartel de Hollywoodland, que cayó rodando. Era Roosevelt, que moría mucho antes de que le tocara el turno.

Constance se calló al oír que me costaba respirar.

Luego dijo: —Oye, ¿tengo o no tengo cerebro? ¿Sabías que Shakespeare y Cervantes murieron el mismo día? ¡Piensa! Es como si talaran todos los bosques de secoyas para que no se acaben nunca los truenos. Como si la Antártida se derritiera en lágrimas. Como si Cristo abriera sus heridas. Como si Dios dejara de respirar. Como si las legiones del César, los fantasmas, diez millones, se levantaran, con Amazonas sangrantes en vez de ojos. Escribí eso cuando tenía dieciséis años y era una boba y me enteré de que Julieta y Don Quijote murieron el mismo día, y lloré toda la noche. Tú eres la única persona que ha oído estos versos tontos. Bueno, así fue cuando se murió Arbuthnot. Yo volví a tener dieciséis años y no podía parar de llorar o escribir

estupideces. Se llevó la luna, los planetas, Sancho Panza, Rocinante y Ofelia. La mitad de las mujeres que estaban en el funeral eran ex amantes suyas. Un club de admiradoras cama adentro, además de sobrinas, primas y tías locas. Cuando abrimos los ojos ese día se produjo la segunda inundación de Johnstown. Dios mío, no paro de hablar. ¿Así que todavía tienen el sillón de Arbuthnot en su antigua oficina? ¿Lo ha ocupado alguien que tenga las nalgas y la cabeza lo suficientemente grandes como para que le quede bien?

Pensé en el trasero de Manny Leiber. Constance dijo:

—Sólo Dios sabe cómo sobrevivió el estudio. Tal vez con la tabla de espiritismo, asesorados por el más allá. No te rías. Estamos hablando de Hollywood, donde se leen los pronósticos para Leo-Virgo-Tauro y no se pisan las uniones entre las baldosas. ¿El estudio? Házmelo ver de punta a punta, así la abuela puede oler los cuatro vientos en las cincuenta y cinco ciudades, tomarle la temperatura a los locos de turno y luego ir a ver al *maître* del Brown Derby. Una vez me acosté con él, hace noventa años. ¿Se acordará de la vieja bruja de la costa de Venice y dejará que nos sentemos a tomar el té con tu Bestia?

—¿Para decirle qué?

Después de una ola larga, una ola corta susurró en la orilla.

—Yo le diré —cerró los ojos—: deja de asustar a mi hijo ilegítimo honorario, escritor de futuros y amante de los dinosaurios.

—Sí —dije—, por favor.

En el comienzo fue la niebla.

Como la Gran Muralla china, serpenteó por la costa y la tierra y las montañas a las seis de la mañana.

Oí que hablaban mis voces matutinas.

Repté por la sala de la casa de Constance, a tientas, buscando mis gafas, que debían de estar en algún lugar debajo de una pila de almohadones del tamaño de un elefante, pero me di por vencido y me puse a buscar una máquina de escribir. Me senté y empecé a aporrear ciegamente las teclas, clavando palabras en el papel para darle un final a *Antipas y el Mesías*.

Y en verdad se produjo un Milagro de los Peces.

Y Simón llamado Pedro vino a la orilla y encontró al Espíritu junto al lecho de brasas y los peces asados que serían repartidos junto con la palabra como la salvación para llegar al bien último y los discípulos reunidos y la hora final aproximándose y la Ascensión cerca y las despedidas que no se borrarían durante más de dos mil años y serían recordadas en Marte y enviadas en naves espaciales a Alfa Centauri.

Y cuando las Palabras salieron de mi máquina no pude verlas y me las acerqué a los ojos cegados por las lágrimas, mientras Constance salía como un delfín de las olas, otro milagro encarnado en un cuerpo extraño, y se ponía a leer sobre mi hombro y a llorar de alegría y de tristeza y a sacudirme como a un cachorro, contenta por mi triunfo.

Llamé a Fritz.

—¡Dónde demonios estás! —gritó.

—Calla —dije suavemente.

Y le leí en voz alta.

Y los peces fueron puestos a cocinar en las brasas que ardían en el viento mientras saltaban sobre la arena unas chispas como luciérnagas y Cristo habló y los discípulos escucharon y la aurora llegó y las huellas de Cristo, como las chispas brillantes, se desdibujaron en el viento y él ya no estaba y los discípulos partieron a cumplir su misión y *sus* caminos fueron borrados por los vientos y *sus* huellas desaparecieron y un Nuevo Día comenzaba verdaderamente y era el fin de la película.

Del otro lado, Fritz no decía nada.

Por fin murmuró: —Tú, pequeño... cabrón...

Y agregó: —¿Cuándo vas a *traerlo*?

—En tres horas.

—Ven en *dos* —exclamó Fritz—, y te besaré los cuatro cachetes. ¡Ahora iré a hacer que Manny se trague sus desmanes y a erosionar la heroicidad de Herodes!

Corté y sonó el teléfono.

Era Crumley.

—Tu Balzac ¿es todavía *Honoré*? —dijo—. ¿O eres el enorme pescado de Hemingway, muerto junto al muelle, con las espinas sin carne?

—Crum —suspiré.

—Llamé a más gente. Pero, si conseguimos todos los datos que tú estás buscando, encontramos a Clarence e identificamos al tipo horrible del Brown Derby, ¿cómo hacemos para que se entere tu amigo, el pájaro idiota, que parece andar dando vueltas por el estudio en togas ajenas, cómo hacemos para que se entere y salga de allí? ¿Uso una red para cazar mariposas gigante?

—Crum —dije.

—Bueno, está bien. Hay buenas noticias y malas noticias. Me quedé pensando en lo de la carpeta, la que se le cayó a Clarence frente al Brown Derby, dije que había perdido una carpeta. ¡Por supuesto, señor Sopwith, dijo la señora, aquí está!

—¡Sopwith! Así que ése es el apellido de Clarence.

—Tenía miedo, dije, de no haber apuntado mi dirección en la carpeta.

—Está aquí, dijo la señora, ¿Beachwood, 1788? Sí, dije. En seguida voy a buscarla.

—¡Crumley! ¡Eres un genio!

—No del todo. *Ahora* estoy hablando desde la cabina pública del Brown Derby.

—¿Y? —Sentí que el corazón se me salía del cuerpo.

—La carpeta desapareció. Alguna otra persona tuvo la misma idea brillante. Alguna otra persona llegó antes que yo. La señora me hizo una descripción. No era Clarence, la imagen que tú me diste. Cuando la señora le pidió que se identificara, el tipo se fue con la carpeta. La señora estaba disgustada, pero no se preocupó demasiado.

—Por todos los cielos —dije—. Eso quiere decir que *conocen* la dirección de Clarence.

—¿Quieres que vaya y le cuente lo que pasó?

—No, no. Le daría un ataque al corazón. A mí me tiene miedo, pero iré de todos modos. Advértele que se oculte. Por Dios, puede pasar cualquier cosa. ¿Beachwood, 1788?

—Eso es.

—Crum, eres brillante.

—Siempre lo fui —dijo—, siempre lo fui. Créase o no, los de la comisaría de Venice me esperaban hace una hora. El forense llamó para decir que se nos descompondría un cliente. Mientras yo trabajo, tú ayuda. ¿Qué otra persona en el estudio podría saber lo que necesitamos saber? Quiero decir, alguien en quien puedas confiar. Alguien que haya vivido la historia del estudio.

—Botwin —dije sin pensarlo, y me quedé parpadeando, perplejo ante mi propia

respuesta.

Maggie y su inquieta cámara en miniatura, atrapando el mundo, día tras día, año tras año, rollo tras rollo.

—¿Botwin? —dijo Crumley—. Ve a preguntar. Mientras tanto, compañero...

—¿Sí?

—Cuídate el trasero.

—Está cuidado.

Corté y dije: —¿Rattigan?

—Ya arranqué el coche —dijo ella—. Está esperando en la calle.

36

Se acababa la tarde y nos fuimos hacia el estudio. Con tres botellas de champán escondidas a bordo, Constance blasfemaba alegremente en todas las esquinas, apoyándose sobre el volante como esos perros que aman el viento.

—¡Abran paso! —gritaba.

Íbamos a toda velocidad por el medio del Bulevar Larchmont, a horcajadas de la línea divisoria.

—¿Qué *haces*? —grité.

—En una época estaban las vías de trolebús a cada lado de la calle. En el medio había una larga línea de postes de luz. Harold Lloyd iba haciendo esos, esquivando los postes, *¡así!*

Constance giró hacia la izquierda.

—¡Y *así!* ¡Y *así!*

Esquivamos media docena de postes fantasmas desaparecidos hacía años, como si nos estuviera persiguiendo el espectro de un trolebús.

—Rattigan —dije.

Vio mi rostro serio.

—¿Avenida Beachwood? —dijo.

Eran las cuatro de la tarde. El último correo del día iba hacia el norte por la avenida. Le hice una seña a Constance. Ella estacionó justo delante del cartero, que andaba con paso cansino bajo el sol todavía cálido. El cartero saludó como si los dos fuéramos turistas de Iowa, bastante alegre, teniendo en cuenta las toneladas de correspondencia que descargaba en cada puerta.

Lo único que quería yo era verificar el nombre y la dirección de Clarence antes de llamar a su puerta. Pero el cartero no dejaba de darme la lata. Me contó cómo caminaba y corría Clarence, cómo era su cara alrededor de la boca: temblorosa. Orejas nerviosas que se movían para arriba y para abajo con el cuero cabelludo. Ojos casi totalmente blancos.

El cartero me clavó el correo en el codo, riéndose.

—¡Una tarta de frutas de Navidad, pero hecha hace diez años! Llega a la puerta de su bungalow metido en un gran abrigo de piel de camello que lo cubre por completo, como el que Adolphe Menjou usaba en 1927, cuando los chavales se iban a mear para no ver las escenas «sensibleras». *Claro*. El pobre Clarence. Un día dije «¡Buuh!» y cerró la puerta de golpe. Apuesto a que se ducha con el abrigo puesto, de miedo a verse desnudo. ¿Clarence el timorato? No golpee demasiado fuerte...

Pero yo me había ido. Doblé rápido al llegar a los apartamentos Villa Vista y busqué el número 1788.

No golpeé la puerta. Rasqué los pequeños paneles de vidrio con las uñas. Había nueve. No los probé todos. Del otro lado, la cortina estaba baja, así que no podía ver adentro. Como no respondían, golpeé con el dedo índice, un poquito más fuerte.

Me pareció oír el corazón de conejo de Clarence latiendo fuerte adentro, detrás del vidrio.

—¡Clarence! —grité. Y esperé—. ¡Sé que estás ahí!

Otra vez me pareció que oía cómo se le aceleraba el pulso.

—¡Lláname, por Dios —grité al fin—, antes de que sea demasiado tarde! Sabes quién soy. ¡El estudio! ¡Clarence, si *yo* puedo encontrarte, también podrán *ellos*!

¿Ellos? ¿Qué quise decir con «ellos»?

Golpeé la puerta con los dos puños. Uno de los paneles de vidrio se quebró.

—¡Clarence! ¡Tu carpeta! ¡Estaba en el Brown Derby!

Eso funcionó. Dejé de golpear, pues oí un sonido que podría haber sido un lamento o un llanto apagado. Crujió una cerradura. Luego crujió otra cerradura y otra más.

Al final la puerta se abrió un poco, hasta donde la dejaba la cadena de bronce que tenía por el lado de adentro.

El rostro perturbado de Clarence me miró a través de un largo túnel del tiempo, cerca pero tan distante que casi creí que oía el eco de su voz.

—¿Dónde? —suplicó—. ¿Dónde?

—En el Brown Derby —dije avergonzado—. Y alguien la robó.

—¿La robó? —Le rodaron lágrimas por las mejillas.— ¿¡Mi carpeta!?! Ay, mi Dios —gimió—. Tú eres el culpable de todo.

—No, no, escucha...

—Si tratan de entrar a la fuerza, me mato. ¡No se las pueden llevar!

Y miró con lágrimas en los ojos por encima del hombro las carpetas amontonadas allí detrás, y las estanterías y las paredes llenas de retratos firmados.

Mis Bestias, había dicho Roy en su propio funeral, mis amadas, mis queridas.

Mis bellezas, decía Clarence, ¡mi alma, mi vida!

—No quiero morir —gimió Clarence, y cerró la puerta.

—¡Clarence! —intenté por última vez—. ¿Quiénes son *ellos*? ¡Si me lo dijeras podría salvarte! ¡Clarence!

Del otro lado del jardín se oyó el ruido seco de una persiana.

Se entreabrió una puerta en otro bungalow.

Agotado, lo único que pude decir a media voz en ese momento, fue: —Adiós...

Volví al coche. Constance estaba sentada dentro, mirando las colinas de Hollywood, tratando de disfrutar del tiempo.

—¿De *qué* hablasteis tanto tiempo? —dijo.

—Un chiflado, Clarence. Otro chiflado, Roy. —Me desplomé en el asiento que

estaba a su lado.— Bueno, llévame a la fábrica de chiflados.

Llegamos como un disparo a la puerta del estudio.

—Dios mío —resopló Constance mirando hacia arriba—. Odio los hospitales.

—¿Los hospitales?!

—Esas habitaciones están llenas de casos sin diagnosticar. En ese lugar se han concebido o han nacido mil bebés. Es una casa cómoda donde a los que no tienen sangre les hacen transfusiones de avaricia. ¿Ese escudo de armas que está encima de las rejas? Un león rampante con el lomo quebrado. Después: un chivo ciego sin testículos. Más adelante: Salomón partiendo por la mitad a un niño vivo. ¡Bienvenidos a la morgue de Green Glades!

Eso hizo que me corriera un sudor helado por la espalda.

Con mi pase pudimos entrar con el coche por la puerta principal. Sin confeti. Sin trompetas ni clarines.

—¿Tendrías que haberle dicho al policía quién eres!

—¿Le viste la cara? *Nació* el día que yo huí del estudio para tomar los hábitos. Di «Rattigan» y se corta el sonido. ¡Mira!

Señaló las bóvedas donde se guardan las películas cuando pasábamos al lado de ellas. —¿Mi tumba! ¡Veinte latas en una cripta! Películas que murieron en Pasadena, que volvieron con tarjetas colgadas del dedo gordo del pie. ¡Y qué!

Frenó en el centro de Green Town, Illinois.

Subí corriendo los escalones y le mostré con un ademán: —La casa de mis abuelos. ¡Bienvenida!

La ayudé a subir los escalones y se sentó en el columpio del porche, dejándose llevar por el movimiento.

—¿Dios mío! —dijo respirando hondo—, ¡hacía años que no me subía a algo así! Tú, desgraciado —murmuró—, ¿qué le estás haciendo a esta vieja?

—Anda, no sabía que los cocodrilos lloraban.

Me miró fijo. —Realmente eres un caso. ¿Te crees toda esa basura que escribes? ¿Marte en el 2001, Illinois en el 28?

—Sí.

—Qué suerte tienes de estar bajo esa piel, tan increíblemente inocente. No cambies nunca. —Constance me tomó de la mano.— Nosotros somos unos pedazos de fatalistas idiotas, unos cínicos, unos bromistas monstruosos, pero te necesitamos. Si no, Merlín se muere, o el carpintero que arregla la Tabla Redonda la corta torcida con la sierra, o el tipo que aceita las armaduras les pone, en vez de aceite, pis de gato. Vive para siempre. ¿Prometido?

Adentro, sonó el teléfono.

Constance y yo pegamos un salto. Yo corrí y levanté el auricular.

—¿Sí? —Esperé.— ¡¿Hola?!

Pero lo único que se oía era el ruido del viento soplando desde lo que parecía ser un lugar elevado. En la nuca, sentí cómo la carne se deslizaba hacia arriba y luego

hacia abajo, como una oruga.

—¿Roy?

Dentro del teléfono soplaba el viento, y en algún sitio crujieron unas maderas.

Mi mirada subió por instinto hacia el cielo.

A unos cien metros. Notre Dame. Con las torres gemelas, los santos esculpidos, las gárgolas.

En las torres soplaba el viento. Volaba alto el polvo y flameaba la bandera roja de los trabajadores.

—¿Es una línea del estudio? —dije—. ¿Estás donde creo que estás?

Arriba de todo, en la punta, me pareció ver que se movía una de las... gárgolas.

Ay, Roy, pensé, si eres tú, olvídate de la venganza. Baja.

Pero el viento paró, la respiración se detuvo y se cortó la comunicación.

Solté el teléfono y me quedé mirando las torres. Constance me echó una mirada y buscó las mismas torres, donde un nuevo viento hacía que los remolinos de polvo bajaran y se esparcieran en ráfagas.

—¡Bueno, basta de bromas!

Constance volvió a salir al porche y levantó el rostro hacia Notre Dame.

—¡Qué demonios *pasa* aquí! —gritó.

—¡Shh! —dije.

Fritz estaba en medio de un remolino de extras, gritando, dando órdenes, pegando patadas en el polvo. Tenía una fusta bajo el brazo, pero nunca se la vi usar. Las cámaras —había tres— estaban casi listas, y los asistentes de dirección reacomodaban a los extras a lo largo de la calle estrecha que daba a la plaza donde Cristo tal vez aparecería en algún momento, de aquí al amanecer. En el revuelo, Fritz nos vio a mí y a Constance, que acabábamos de llegar, y le hizo señas a su secretario. El secretario vino corriendo, le entregué las cinco páginas del guión y se escurrió entre la muchedumbre.

Vi a Fritz hojear la escena que yo había escrito, dándome la espalda. Vi cómo, de pronto, se le hundía la cabeza dentro del cuello. Después de un rato largo, Fritz se volvió y, sin mirarme, levantó un megáfono. Gritó. Inmediatamente se hizo silencio.

—Acomodaos todos. Aquellos que podáis sentaros, hacedlo. Los demás, quedaos de pie cómodos. Mañana, Cristo habrá venido y se habrá ido. Y así es como lo veremos cuando hayamos terminado y nos hayamos ido a casa. Escuchad.

Y leyó las páginas de mi última escena, palabra por palabra, hoja por hoja, con voz pausada pero clara, y ninguna cabeza giró, ningún pie se movió. No podía creer lo que estaba sucediendo. Todas las palabras que había escrito sobre el mar al alba y el milagro de los peces y el extraño y pálido espíritu de Cristo en la orilla y los peces haciéndose en las brasas, que estallaban en chispas cálidas sopladas por el viento, y los discípulos en silencio, escuchando, los ojos cerrados, y la sangre del Salvador que, mientras se despedía en voz baja, brotaba de las heridas de sus muñecas y caía sobre las brasas que cocinaban la Cena después de la Última Cena.

Y por fin Fritz Wong leyó mis últimas palabras.

Y no se oyó ni un susurro entre el gentío, la muchedumbre, la falange, y en medio de ese silencio Fritz se abrió paso hasta llegar a mi lado; para ese entonces yo ya estaba medio ciego de la emoción.

Fritz miró sorprendido a Constance, la saludó con un movimiento rápido de la cabeza, se quedó así un momento y luego levantó la mano, se sacó el monóculo del ojo, cogió mi mano derecha y depositó la lente, como un premio, una medalla, en la palma. Me cerró los dedos cubriéndola.

—Después de esta noche —dijo con calma—, serás mis ojos.

Era una orden, un mandato, una bendición.

Luego se alejó a pasos rápidos. Me quedé observándolo, con el monóculo atrapado en el puño tembloroso. Cuando llegó al centro de la muchedumbre

silenciosa, tomó el megáfono y gritó: —Y bien, ¡*haced* algo!

No volvió a mirarme.

Constance me tomó del brazo y me sacó de allí.

Camino al Brown Derby, Constance, conduciendo despacio, miró las calles iluminadas por la luz del crepúsculo y dijo: —Dios mío, te crees todo, ¿verdad? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es simple —dije—. Porque no hago nada que aborrezca o en lo que no crea. Si me ofrecieras un trabajo como, supongamos, una película sobre prostitución o alcoholismo, no podría hacerlo. No le pagaría a una prostituta y no entiendo a los borrachos. Hago lo que me gusta. En este preciso momento, gracias a Dios, es Cristo en Galilea cuando se despide al amanecer y deja sus huellas a lo largo de la costa. Soy un cristiano imperfecto, pero cuando encontré esa escena de Juan, o mejor dicho J. C. la encontré por mí, me vi perdido. ¿Cómo iba a *dejar* de escribirla?

—Sí. —Constance me miraba, así que tuve que bajar la cabeza y recordarle, señalándole con un movimiento, que todavía estaba conduciendo.

—Caramba, Constance, el dinero no es lo que me interesa. Si me ofrecieras *Guerra y paz*, la rechazaría. ¿Tolstoi es malo? No. Pero yo no lo entiendo. *Yo* soy el desafortunado. Pero por lo menos sé que no puedo hacer el guión, porque no estoy enamorado. Tú malgastarías tu dinero contratándome a mí. Fin del discurso. Y aquí —dije cuando nos pasamos y tuvimos que dar la vuelta—, ¡está el Brown Derby!

Era una noche de poco movimiento. El Brown Derby estaba casi vacío y no habían puesto ningún biombo en el fondo.

—Maldita sea —farfullé.

Pues mis ojos se habían deslizado hacia un compartimiento a mi izquierda. En el compartimiento había una división más pequeña para el teléfono, donde se tomaban las reservas. Había una pequeña lámpara de lectura encendida sobre un pupitre, en el que sólo unas horas antes probablemente se había hallado el álbum de fotos de Clarence Sopwith.

Allí, esperando que alguien viniera a robarlo, encontrara la dirección de Clarence y...

Dios santo, pensé, ¡no!

—Hijo mío —dijo Constance—, ¡es mejor que bebas algo!

El *maître* estaba entregándole la cuenta a los últimos clientes. Nos vio con el ojo de la nuca y se dio vuelta. La cara se le encendió de gusto al ver a Constance. Pero casi inmediatamente, cuando me vio a mí, se le apagó. Después de todo, mi presencia traía malos augurios. Yo había estado allí afuera la noche que Clarence abordó a la Bestia.

El *maître* sonrió nuevamente y vino a la carga por la habitación como si fuera a

descoyuntarme, y besó uno por uno los dedos de Constance, con apetito. Constance echó hacia atrás la cabeza y rió.

—No vale la pena, Ricardo. ¡Hace años que vendí mis anillos!

—¿Se acuerda de mí? —le preguntó el *maitre*, asombrado.

—Ricardo López, ¿también llamado Sam Kahn?

—Pero entonces, ¿quién era Constance Rattigan?

—Quemé mi certificado de nacimiento junto con las bragas. —Constance me señaló.— Te presento a...

—Ya sé, ya sé. —López me ignoró.

Constance rió otra vez, pues él todavía la tenía tomada de la mano. —Ricardo era el guardián de la piscina de la MGM. Se ahogaban diez chicas por día para que él las resucitara dándoles aire. Ricardo, llévanos a nuestra mesa.

Nos sentamos. No podía quitar la vista de la pared del fondo del restaurante. López se dio cuenta e hizo girar con violencia el sacacorchos con que estaba abriendo la botella de vino.

—Yo era parte del público, nada más —dije en voz baja.

—Sí, sí —farfulló, mientras le servía a Constance para que probara—. Fue ese otro estúpido.

—El vino es exquisito —dijo Constance sorbiendo—, como tú. —Ricardo López se ablandó. Estuvo a punto de soltar una risa incontenible.

—¿Y quién era ese otro estúpido? —preguntó Constance, aprovechando la oportunidad.

—No fue nada. —López trató de recobrar su viejo aire de dispepsia.— Gritos y casi terminan a golpes. Mi mejor cliente y un mendigo.

Dios santo, pensé. Pobre Clarence, que se pasó toda la vida mendigando por llegar a las luces y la fama.

—¿Tu *mejor* cliente, mi querido Ricardo? —dijo Constance, parpadeando.

Ricardo miró hacia la pared del fondo, donde estaba el biombo, plegado.

—Lo que pasó me ha destruido. Las lágrimas no vienen con facilidad. Siempre tuvimos mucho cuidado. Durante años. Siempre venía tarde. Esperaba en la cocina hasta que yo me cercioraba de que no había nadie que él conociera. Era difícil, ¿no? Después de todo, yo no conozco a todas las personas que conoce él, ¿no es así? Y ahora, por una equivocación estúpida, por un idiota insignificante que pasaba por aquí, mi Grande probablemente no regresará nunca más. Encontrará otro restaurante, más tarde, más vacío.

—Ese Grande... —Constance deslizó una copa de vino hacia donde estaba Ricardo y le indicó por señas que se la llenara para él—, ¿tiene nombre?

—No. —Ricardo se sirvió el vino, otra vez sin llenar mi copa.— Y *nunca* pregunté. Vino durante muchos años, por lo menos una noche al mes, y pagaba en efectivo las comidas más exquisitas, los mejores vinos. Pero, en todos estos años, nunca intercambiamos más que unas pocas palabras cada noche.

»Leía el menú en silencio, señalaba con el dedo lo que quería, detrás del biombo. Luego él y su dama hablaban y bebían y reían. Claro, si venía con alguna dama. Mujeres extrañas. Mujeres solitarias...

—Ciegas —dije.

López me echó una mirada.

—Tal vez. O peor aún.

—¿Qué puede ser peor?

López miró la copa de vino y la silla vacía que tenía al lado.

—Siéntate —dijo Constance.

López paseó la vista nerviosamente por el restaurante vacío. Finalmente se sentó, tardó un rato en tragar el sorbo de vino y asintió con la cabeza.

—Afligidas sería la palabra —dijo—. Las mujeres. Extrañas. Tristes. ¿*Heridas*? Sí, gente herida que no podía reírse. Él las *hacía* reír. Era como si para poder curar su vida silenciosa y terrible debiera levantar el ánimo a los demás con una alegría peculiar. ¡Les demostraba que la vida era una broma! ¡Imaginaos! *Mostrar* semejante cosa. Y luego las risas y él salían a la noche oscura con la mujer sin ojos, o sin boca, o sin cabeza, que a pesar de eso se consideraba alegre, y cogían una noche un taxi, otra una limusina, cada vez una empresa de limusinas diferente, siempre pagando en efectivo, nada de tarjetas de crédito, ninguna identificación, y así se alejaban rumbo al silencio. Nunca oí nada de lo que decían. Si levantaba la vista y me veía a menos de cinco metros del biombo: ¡*desastre*! ¿La propina? ¡Una sola moneda de plata de diez centavos! A la vez siguiente me quedaba a diez metros. ¿La propina? Doscientos dólares. Y bueno, brindemos por el hombre triste.

Una repentina ráfaga de viento sacudió las puertas del restaurante. Nos quedamos helados. Las puertas se abrieron de par en par, se volvieron a cerrar y dejaron de moverse.

Ricardo se enderezó. Miró la puerta y después me miró a mí, como si yo fuera el culpable de que no hubiese allí nadie más que el viento nocturno.

—Ay, maldita, maldita sea —dijo en voz baja—. Ha ido a esconderse.

—¿La Bestia?

Ricardo me miró. —¿*Así* la llamáis? Bueno... —Constance señaló mi vaso con un movimiento de la cabeza. Ricardo se encogió de hombros y me sirvió un dedo.— ¿Por qué es tan importante ese tipo y vienen aquí a arruinarme la vida? Hasta la semana pasada yo era rico.

Inmediatamente, Constance metió la mano en la cartera que tenía sobre el regazo. La mano, como un ratoncito, se deslizó por encima de la silla que tenía a su derecha y dejó algo sobre el asiento. Ricardo se dio cuenta de lo que pasaba y movió la cabeza negativamente.

—Ah no, no de usted, querida Constance. Es cierto, *él* me hizo rico. Pero en otros tiempos, hace años, usted me hizo el hombre más feliz de la tierra.

Constance le dio unas palmaditas en la mano y le brillaron los ojos. López se puso

en pie y se fue a la cocina por unos dos minutos. Nosotros nos quedamos bebiendo el vino y esperando, mirando la puerta de entrada, que se entreabría con el viento y se volvía a cerrar despacio dejando la noche afuera. Cuando López volvió, recorrió con la mirada las mesas y sillas vacías, como si fueran a criticarle los malos modales cuando se sentara. Con delicadeza, nos puso delante una pequeña fotografía. Mientras la mirábamos, terminó el vino que le quedaba en la copa.

—La sacaron con una cámara Land el año pasado. Uno de los estúpidos ayudantes de cocina quería divertir a sus amigos. Sacó dos fotos en tres segundos. Se cayeron al suelo. La Bestia, como la llamáis vosotros, destruyó la cámara, rompió una foto, creyendo que era la única, y le dio un golpe a nuestro camarero, al que yo eché inmediatamente. No le trajimos la cuenta y le ofrecimos la última botella de nuestro mejor vino. Todo se arregló. Más tarde encontré la segunda foto debajo de una mesa, adonde había ido a parar cuando el hombre se enfureció y empezó a dar golpes. ¿No es una lástima?

A Constance le caían las lágrimas.

—¿Este aspecto tiene?

—Dios mío —dije—. Sí.

Ricardo asintió: —Muchas veces quise decirle: Señor, ¿para qué vive? ¿Tiene pesadillas en las que sueña que es bello? ¿Quién es su mujer? ¿De qué vive, y es eso vivir en realidad? Nunca dije nada. Sólo le miraba las manos, le daba el pan, le servía el vino. Pero algunas noches me obligaba a mirarle el rostro. Cuando me daba la propina esperaba que yo levantara la mirada. Y entonces sonreía con esa sonrisa cortada con navaja. ¿Alguna vez vieron una pelea en la que un hombre acuchilla a otro y la carne se abre como una boca roja? Esa boca, pobre monstruo, cuando me daba las gracias por el vino y levantaba alto la propina para que yo tuviera que verle los ojos atrapados en ese matadero que tenía por cara, ansiosos por que los liberaran, ahogándose en la desesperación.

Ricardo parpadeó rápido y se metió la foto en el bolsillo.

Constance se quedó con los ojos clavados en el mantel, donde había estado la foto. —Vine a ver si lo conocía. Gracias a Dios, no lo conozco. Aunque ¿su voz? ¿Tal vez alguna otra noche...?

Ricardo largó un resoplido. —No, no. Se acabó. Ese fanático estúpido de la otra noche. Un encuentro así, la única vez, en años. En general, a esa hora, la calle está vacía. Ahora, estoy seguro de que no volverá. Y yo tendré que volver a un apartamento más pequeño. Perdón por el egoísmo. Pero cuesta renunciar a propinas de doscientos dólares.

Constance se sonó la nariz, se puso en pie, cogió la mano de López y le deslizó algo. —¡No pelees! —dijo—. El 28 fue un año fantástico. Es hora de que le pague a mi querido gigoló. ¡Alto! —López trataba de devolver el dinero.— ¡A mi lado!

Ricardo sacudió la cabeza y se llevó la mano de Constance a la mejilla.

—¿Fue La Jolla, el mar y el buen tiempo?

—¡El dejarnos llevar por las olas todos los días!

—Ah, sí. Los cuerpos, las cálidas olas.

Ricardo besó uno por uno los dedos de Constance.

Ella dijo: —¡Empieza a tener gusto a partir del codo!

Ricardo soltó una risita. Constance le dio un pequeño golpe en la mandíbula y se fue corriendo. La dejé salir.

Luego me di la vuelta y miré hacia donde estaba el compartimiento con la pequeña lámpara, el escritorio y el armario.

López se dio cuenta de adónde estaba mirando yo, y miró en la misma dirección.

Pero la carpeta de fotos de Clarence no estaba, se había ido esa noche, en manos de quien no debía.

Quién protegerá ahora a Clarence, me pregunté. ¿Quién lo salvará de la oscuridad y lo mantendrá vivo hasta el amanecer?

¿Yo? ¿El pobre tonto que ni siquiera podía ganarle a la prima un pulso?

¿Crumley? ¿Me atrevería a pedirle que se quedara toda la noche esperando frente al bungalow de Clarence? ¿Que fuera a gritar a la puerta de Clarence? Estás perdido. ¡Corre!

No llamé a Crumley. No fui a gritar frente al porche del bungalow de Clarence Sopwith. Saludé a Ricardo López con un movimiento de la cabeza y salí a la oscuridad. Constance estaba afuera, llorando. —Larguémonos de aquí —dijo.

Se secó los ojos con un pañuelo de seda que no era muy útil para la ocasión. —Ese desgraciado de Ricardo. Me hizo sentir vieja. Y esa fotografía del pobre desdichado.

—Sí, ese rostro —dije, y agregué—... Sopwith.

Pues Constance estaba en el mismo lugar en donde Clarence Sopwith había estado un par de noches antes.

—¿Sopwith? —dijo.

Constance conducía y cortaba el viento con la voz: —La vida es como las bragas, habría que cambiarlas dos veces al día. La noche se acabó, y he decidido olvidarme de ella.

Se sacudió las lágrimas de los ojos y miró hacia el costado para ver cómo se las llevaba el viento.

—Me olvido, así de simple. Allí van mis recuerdos. ¿Ves qué fácil?

—No.

—Tú viste las *mamacitas* del último piso, en donde viviste hace unos años, ¿verdad? Cómo después de la gran juerga de la noche del sábado arrojaban los vestidos nuevos desde la azotea para demostrar lo ricas que eran y cómo no les importaba, porque podían comprarse uno nuevo al otro día. Qué gran mentira, quitarse los vestidos y arrojarlos y quedarse ahí de pie en la azotea, a las tres de la mañana, con los culos grandes o pequeños, mirando el jardín de vestidos como pétalos de seda que revoloteaban en el viento y se depositaban en los terrenos baldíos y callejuelas. ¿Sí?

—¡Sí!

—Así soy yo. Esta noche, el Brown Derby, ese pobre cabrón, mis lágrimas; tiro todo junto.

—Esta noche todavía no se acabó. No puedes olvidar ese rostro. ¿Reconociste o no a la Bestia?

—Por Dios. Estamos a punto de tener nuestra primera pelea de peso pesado. No sigas.

—¿Lo reconociste?

—Era irreconocible.

—Tenía ojos. Los ojos no cambian.

—¡No sigas! —gritó.

—Está bien —refunfuñé—. No sigo.

—Eso es. —Salieron volando más lágrimas como pequeños cometas.— Ahora te amo de nuevo. —Sonrió con una sonrisa barrida por el viento, con el cabello que iba y venía azotado por las corrientes de aire frío que se colaban por encima del parabrisas.

Todos los huesos de mi cuerpo se desmoronaron ante esa sonrisa. Por Dios, pensé, ¿siempre se salió con la suya, cada día, toda su vida, con esa boca y esos dientes y esos maravillosos ojos de inocente?

—¡Sí! —rió Constance, leyendo mis pensamientos—. Y mira —dijo.

Se detuvo de golpe frente a las puertas del estudio. Miró hacia arriba durante un rato largo.

—Ay, Dios —dijo por fin—. Eso no es un hospital. Es el lugar adonde van a morir las grandes ideas elefantinas. Un cementerio para lunáticos.

—Eso está al otro lado del muro, Constance.

—No. Primero uno muere *aquí*, después *allí*. Entre los dos... —Se llevó las manos a las sienes como para impedir que la cabeza le estallara.— La locura. No entres allí, chico.

—¿Por qué?

Constance se levantó despacio, y de pie ante el volante comenzó a vociferar hacia la puerta que todavía no había abierto y las ventanas nocturnas cerradas con celosías y los muros lisos que no se inquietaban por nada.

—Primero te vuelven loco. Luego, cuando ya te falta un tornillo, te persiguen por ser un charlatán al mediodía y un histérico al atardecer. El hombre lobo desdentado cuando sale la luna.

»Cuando alcanzas el momento exacto de demencia, te echan y hacen correr el rumor de que no eres razonable, no cooperas y no eres creativo. A cada estudio le envían papel higiénico con tu nombre escrito en él para que los grandes puedan entonar tus iniciales cuando ascienden al trono papal.

»Cuando te mueres te sacuden para despertarte y volverte a matar. Luego cuelgan tu cadáver en Bad Rock, OK Corral o Versalles en el estudio 10, te ponen en un tarro de vidrio con vinagre como a los fetos de mentira de las películas malas, te compran una cripta barata en la casa de al lado, cincelan tu nombre mal escrito en la tumba y lloran con lágrimas de cocodrilo.

Y luego viene el desaire final: nadie recuerda tu nombre en todas las películas que hiciste durante los años buenos. ¿Quién recuerda a los guionistas de *Rebeca*? ¿Quién se acuerda de quien escribió *Lo que el viento se llevó*? ¿Quién ayudó a Welles a convertirse en Kane? Pregúntale a cualquiera en la calle. Qué va, ni siquiera saben quién era el presidente durante el gobierno de Hoover.

»Así que ésa es la situación. Olvidado un día después del preestreno. Con miedo a irse de viaje entre dos películas. ¿Quién oyó hablar de algún escritor de películas que haya visitado París, Roma o Londres? Todos tienen muchísimo miedo de que, si se van por un tiempo, los grandes magnates vayan a olvidarse de ellos. Olvidarse, ja, si nunca los *conocieron*. Contrata a... ¿cómo se llama ése? Dame el nombre de... ¡ese tipo! ¿El nombre que está arriba del título? ¿El productor? Sin duda. ¿El director? Tal vez. Recuerda que es *Los Diez Mandamientos* de De Mille, no de Moisés. Pero ¿*El Gran Gatsby* de F. Scott Fitzgerald? Fúmatelo en el baño de hombres. Aspíralo con tu nariz ulcerosa. ¿Quieres que tu nombre aparezca con letras grandes? Mata al amante de tu mujer, rueda por la escalera con su cadáver. Como digo yo, eso es el cine, la pantalla de plata. Recuerda, tú no eres más que los espacios en blanco que hay entre cada orificio al pasar el rollo por el proyector. ¿Te has fijado en todas esas pértigas

apoyadas contra el muro del fondo del estudio? Es para ayudar a los que saltan a cruzar al otro lado, a la cantera de piedra. Se los contrata y se los echa a diez centavos la docena. Los consiguen porque *ellos* aman el cine, *nosotros* no. Eso nos vuelve poderosos. Haz que beban, luego coge la botella, contrata el coche fúnebre, pide prestada una pala. Maximus Films, como dije. Un cementerio. Y, eso sí, para lunáticos.

Constance acabó su discurso y se quedó de pie como si las paredes del estudio fueran una ola a punto de romperse.

—No entres —concluyó.

Se oyó un aplauso sordo.

El policía nocturno sonreía y aplaudía detrás de las ornamentadas rejas de hierro.

—No me quedaré mucho, Constance —dije—. Un mes más quizás, y luego iré al sur a terminar mi novela.

—¿Puedo ir contigo? Un viaje más a Mexicali, Calexico, al sur de San Diego, casi hasta Hermosillo, para bañarse desnudos a la luz de la luna, ah, no, *tú* con unos *shorts* gastados.

—Me gustaría mucho. Pero ahora somos yo y Peg, Constance, Peg y yo.

—Ah bueno, qué más da. Bésame.

Yo titubeé y ella me estampó un beso capaz de vaciar el tanque de agua de una casa de vecindad y hacer que el agua fría se convirtiera en caliente.

Se estaba abriendo la puerta.

Entramos, como dos lunáticos a medianoche.

Estacionamos cerca de una gran plaza llena de soldados y vendedores que iban de un lado a otro, y Fritz Wong vino dando grandes trancos hacia nosotros. —¡Maldita sea! Estamos listos para hacer tu escena, y ese borracho bautista unitario ha desaparecido. ¿No sabes dónde se esconde el muy cabrón?

—¿Has llamado a lo de Aimee Semple McPherson?

—¡Está muerta!

—O a los Holy Rollers. O a los universalistas de Manly P. Hall. O...

—Por Dios —dijo Fritz, enfurecido—. ¡Es medianoche! Esos lugares están cerrados.

—Te fijaste en el Calvario —dije—. Él *va* a ese lugar.

—¡El Calvario! —Fritz se fue como un torbellino.— ¡Fijarse en el *Calvario*! ¡Getsemaní! —Fritz suplicó a las estrellas.— Dios, ¿por qué este vino de porquería? ¡Que alguien vaya a alquilar dos millones de langostas para la plaga de mañana!

Asistentes varios corrían hacia los cuatro costados. Yo también me puse en marcha, pero Constance me asió del codo.

Mi mirada se paseó por el frente de Notre Dame.

Constance se dio cuenta de adónde estaba mirando.

—No subas allí —susurró.

—Es un lugar perfecto para J. C.

—Ese sitio no tiene fondo, es pura fachada. Si tropiezas con algo caerás como las piedras que el jorobado arrojaba a la muchedumbre.

—¡Eso era una película, Constance!

—¿Y tú te crees que esto es *real*?

Constance se estremeció. Yo deseaba que aquélla fuera la vieja Rattigan de antes, la que vivía riéndose. —Acabo de ver algo, allí arriba en el campanario.

—Quizás sea J. C. —dije—. ¿Qué te parece si echo un vistazo mientras los demás registran el Calvario?

—Pensé que tenías miedo a las alturas.

Vi cómo las sombras subían por la fachada de Notre Dame.

—Tonto. Anda. Trae a Jesús —le murmuró Constance—, antes de que se convierta en una gárgola. Salva a Jesús.

—¡Está salvado!

A unos treinta metros miré para atrás. Constance ya se estaba calentando las manos en un fogón de legionarios romanos.

40

Me quedé un rato fuera de Notre Dame, con miedo de hacer dos cosas: entrar y subir. Luego giré, asombrado, y olí el aire. Tomé más aire y lo dejé salir. —Demonio. ¡Incienso! ¡Y humo de vela! Alguien ha estado... ¿J. C.?

Atravesé la entrada y me detuve.

Arriba, en los andamios, se movió algo grande.

Miré entre las lonas, los frentes de madera terciada, las sombras de las gárgolas, para ver si se movía algo allí arriba, en la oscuridad de la catedral.

Pensé: ¿Quién encendió el incienso? ¿Cuánto hace que el viento apagó las velas?

En el aire se veían finas partículas de polvo.

¿J. C.? Si te caes, pensé, ¿quién salvará al Salvador?

Un silencio respondió a mi silencio.

Así que...

El cobarde número uno debió trepar en la oscuridad, peldaño tras peldaño, con miedo de que en cualquier momento las enormes campanas comenzaran a tronar y me hicieran soltar las cuerdas y caer. Cerré los ojos con fuerza y subí.

Cuando llegué a lo alto de Notre Dame me quedé un rato largo con las manos apretadas contra el corazón, arrepentido hasta la médula de estar allí arriba y deseando estar abajo, donde el gran despliegue de romanos, bien iluminados y llenos de cerveza, iba y venía por las calles para sonreírle a Rattigan, la reina visitante.

Si me muero ahora, pensé, nadie lo oirá.

—J. C. —dije en voz baja entre las sombras.

Silencio.

Pasé al costado de una larga plancha de madera. Había alguien allí, a la luz de las estrellas, una figura en penumbras sentada con las piernas colgando sobre la fachada esculpida de la catedral, exactamente en el sitio donde el campanero deforme se había sentado hacía media vida.

La Bestia.

Miraba hacia la ciudad, a los millones de luces que se extendían a lo largo y a lo ancho de novecientos kilómetros cuadrados.

Cómo llegaste aquí, me pregunté. Cómo no te detuvo el guardia de la puerta o, no, ¡claro!, ¡por encima del muro! Sí. ¡Una escalera y el muro del cementerio!

Oí el golpe de un martillo curvo. Oí cómo arrastraban un cuerpo. La tapa de un baúl que se cerraba. Un fósforo que se encendía. El estruendo de un incinerador.

Tragué aire con la boca abierta. La Bestia se volvió para mirarme.

Trastabillé y casi me caí de la cornisa de la catedral. Me así a una de las gárgolas.

La Bestia dio un brinco.

Su mano asió la mía.

Durante un minúsculo instante nos balanceamos sobre la cornisa. Leí sus ojos, que me tenían miedo. Él leyó los míos, que le tenían miedo a él.

Luego retiró la mano, como si de pronto la sorpresa se la estuviera quemando. Retrocedió con rapidez y se quedó allí medio agachado.

Miré ese rostro terrible, los ojos aterrados y prisioneros para siempre, la boca herida, y pensé: ¿Por qué? ¿Por qué no me dejaste caer? ¿Por qué no me *empujaste*? Tú *eres* el que tiene el martillo, ¿no es así? El que vino a buscar y destruir el terrible busto de Roy.

¡Ninguna otra persona podría haberse vuelto tan loca! ¿Por qué me salvaste? ¿Por qué *estoy vivo*?

No podía haber una respuesta. Abajo se oyó un ruido. Alguien subía por la escalera.

La Bestia dejó escapar un enorme suspiro: —¡No!

Y corrió pasando por delante del alto pórtico. Los pies hacían un ruido sordo en las planchas de madera flojas. El polvo caía como una espesa lluvia en la oscuridad de la catedral.

Volvieron a oírse ruidos: alguien subía. Seguí a la Bestia hasta la escalera del otro extremo. La Bestia miró hacia atrás una última vez. ¡Esos ojos! ¿Qué tenían? ¿Qué pasaba con esos ojos?

Eran al mismo tiempo diferentes e idénticos, aterrados y resignados, a veces decididos y a veces confundidos. Alzó la mano en la oscuridad. Por un instante creí que me llamaría, me gritaría, me chillaría. Pero lo único que salió de sus labios fue un suspiro ahogado. Luego oí sus pasos, que bajaban la escalera peldaño a peldaño, alejándose del mundo irreal de aquí arriba para internarse en un mundo mucho más irreal allí abajo.

Trastabillé persiguiéndolo. Con los pies levantaba polvo y yeso que volvían a caer como en un inmenso reloj de arena y se amontonaban allí abajo, lejos, cerca de la pila bautismal. Las tablas que pisaba crujían y se hundían. Un viento hizo flamear a mi alrededor todas las lonas de la catedral, como una enorme migración de alas, y yo llegué a la escalera y bajé a saltos y a cada salto tenía que cerrar bien los dientes para no dejar escapar un grito o un insulto. Dios mío, pensé, yo y él, esa cosa, en la escalera, ¿huyendo de *qué*?

Miré hacia arriba y ya no vi las gárgolas; estaba solo, bajando en la oscuridad, pensando: ¿Y si me espera allí abajo?

Sentí que me paralizaba. Miré hacia abajo.

Si me caigo, pensé, pasará un año antes de que llegue al suelo. Conocía solamente a un santo. Mis labios soltaron su nombre: —¡*Crumley*!

Agárrate fuerte, murmuró Crumley, muy lejos. Aspira hondo seis veces.

Aspiré, pero el aire se resistía a volver a salir de mi boca. Sofocado, eché una mirada a las luces de Los Ángeles que se extendían en un manto de novecientos kilómetros cuadrados de focos y de coches, con toda esa gente hermosa y nadie que me ayudara a bajar, ¡y las luces!, calle por calle, ¡las luces!

A lo lejos, en el confín del mundo, creí ver una larga ola oscura que se acercaba a una orilla intocable.

Dejamos llevar por las olas, susurró Constance.

Eso fue suficiente. Pegué un salto hacia abajo y seguí descendiendo con los ojos cerrados, sin mirar más al abismo, hasta que llegué al suelo y allí me quedé, esperando a que la Bestia, con las manos extendidas para matar, no para salvar, me atrapara y me destruyera.

Pero no estaba la Bestia. Sólo estaba la pila bautismal, con unos gramos de polvo de la catedral, y las velas apagadas y el incienso perdido.

Miré hacia arriba por última vez, siguiendo la media fachada de Notre Dame. Quienquiera que fuese el que estaba subiendo, había llegado a la cima.

A medio continente de distancia, la muchedumbre del Calvario se dispersó como después de un partido de fútbol un sábado por la tarde.

J. C., pensé, si no estás aquí, ¿dónde estás?

Quienesquiera que fuesen los que habían mandado a mirar en el Calvario, no habían mirado bien. Habían venido y se habían ido y el monte estaba vacío bajo las estrellas. Soplaban un viento que empujaba el polvo alrededor de los pies de las tres cruces que, por su sola presencia, parecían haber crecido en ese lugar mucho antes de que construyeran el estudio alrededor.

Corrí al pie de la cruz. No vi nada en la parte superior, la noche era oscura. Sólo llegaban intermitentes destellos de luz desde aquel sitio lejano donde gobernaba Antipas, Fritz Wong se enfurecía y los romanos marchaban en una gran nube de cerveza entre los pabellones de maquillaje y la Plaza de Tribunales.

Toqué la cruz, me incliné y llamé, sin saber adónde: —¡J. C!

Silencio.

Probé otra vez; me temblaba la voz.

A mi lado pasó una planta rodadora.

—¡J. C.! —dije casi gritando.

Y, por fin, bajó una voz del cielo.

—No hay nadie con ese nombre en esta calle, en este monte, en *esta* cruz — murmuró con tristeza la voz.

—¡Sea quien sea, demonios, *baje* de ahí!

A tientas, traté de encontrar un travesaño, asustado de la oscuridad que me rodeaba. —¿Cómo se *sube* allí arriba?

—Hay una escalera y yo no estoy clavado. Me aferro a los travesaños y también hay un pequeño escalón. Se está muy tranquilo aquí arriba. A veces me quedo nueve horas ayunando por mis pecados.

—¡J. C.! —grité—. No me puedo quedar. ¡Tengo miedo! ¿Qué estás haciendo?

—Recordando todos los heniles y las plumas de gallina en los que me revolqué — dijo la voz de J. C. en el cielo—. ¿Ves las plumas que caen como copos de nieve? ¡Cuando salgo de aquí voy a confesarme *todos* los días! Tengo que deshacerme de diez mil mujeres. Doy las medidas exactas, de espalda, de pecho, de tierna y de pierna, ¡hasta que el cura se aprieta los brazos contra las axilas en llamas! Si no puedo escalar una media de seda, por lo menos le hago subir el pulso a un clérigo de tal manera que termina rasgándose el cuello almidonado. Pero, de todos modos, aquí me ves, en lo alto, a salvo del daño. Mirando la noche que me mira.

—También me mira a mí, J. C. Le temo a la oscuridad de las calles y de Notre Dame, de allí vengo.

—No te acerques a ese lugar —dijo J. C. con dureza inusitada.

—¿Por qué? ¿Has observado las torres esta noche? ¿Ves algo?

—No te acerques a ese lugar, eso es todo. Es peligroso.

Ya lo sé, pensé. Mirando de pronto alrededor dije:

—¿Qué más ves allí arriba, J. C., de noche o de día?

J. C. echó un rápido vistazo a las sombras.

—¿Qué se puede ver —dijo en voz baja— en un estudio vacío, tarde por la noche?

—¡Mucho!

—¡Sí! —J. C. giró la cabeza de sur a norte y viceversa.— ¡*Mucho!*

—La noche de Halloween... —dije apostándolo todo—, ¿no viste acaso —señalé con un movimiento de la cabeza un punto a unos cincuenta metros— una escalera subida a ese muro? ¿Y a un hombre que trataba de trepar por ella?

J. C. contempló el muro. —Esa noche llovía. —J. C. levantó el rostro al cielo para sentir la tormenta.— ¿Quién iba a estar tan chiflado como para subir allí una noche de tormenta?

—Tú.

—No —dijo J. C—. ¡Ni siquiera estoy aquí *ahora!*

Extendió los brazos, asió los travesaños, inclinó la cabeza hacia adelante y cerró los ojos.

—J. C. —dije—. ¡Están esperando en el plató número siete!

—Que esperen.

—¡Cristo no llegó tarde! El mundo lo llamó. ¡Y Él vino!

—Tú no crees todos esos disparates, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —Me asombró la vehemencia de mi exclamación, que subió desde las extremidades inferiores de J. C. hasta la cabeza coronada de espinas.

—Tonto.

—¡No, no soy un tonto! —Traté de pensar qué habría dicho Fritz si hubiese estado allí, pero el único que estaba allí era yo, así que dije:

—*Nosotros* vinimos, J. C. Nosotros, los pobres y estúpidos humanos. Pero que hayamos venido nosotros, o Cristo, da lo mismo. El mundo, o Dios, nos necesitaba, para ver el mundo y conocerlo. ¡De modo que vinimos! Pero nos confundimos, nos olvidamos de lo increíbles que éramos y no pudimos perdonarnos por haber armado tantos líos. Así que llegó Cristo, después de nosotros, para decir lo que nosotros tendríamos que haber sabido: *perdonar*. No abandonar la tarea. De modo que la llegada de Cristo es tan sólo *nosotros* de nuevo. Y seguimos llegando durante dos mil años, cada vez más, casi todos con necesidad de autoperdón. Yo no podría moverme nunca más si no pudiera perdonarme todas las cosas estúpidas que he hecho en mi vida. En este preciso instante estás subido a un árbol, odiándote, de modo que te quedas clavado a una cruz porque eres un pobre diablo actor, un tonto cabeza de burro que se tiene lástima. ¡Y ahora bájate de allí antes de que yo suba a morderte los sucios tobillos!

Se oyó algo así como el ladrido de muchas focas en medio de la noche. J. C., con la cabeza echada hacia atrás, tomó aire para poder seguir riendo.

—¡Bonito discurso para un cobarde!

—¡No me temas, compañero! ¡Cuídate de ti mismo, bendito Jesucristo!

Sentí el golpe de una única gota de lluvia en la mejilla.

No. Me toqué la mejilla, y me chupé la punta del dedo. Sal.

Arriba, J. C. se inclinó para mirar hacia abajo.

—Dios. —Estaba perplejo de verdad.— ¡Te *preocupas*!

—Exactamente. Y si *yo* me voy, ¡vendrá Fritz Wong con el látigo!

—No me asusta su llegada. Pero sí *tu* partida.

—¡Muy *bien*! Entonces, baja. ¡Por *mí*!

—¿¡Por ti!? —exclamó suavemente.

—Ya que estás allí arriba, ¿qué ves en el plató número siete?

—Fuego, creo. Sí.

—Es el lecho de brasas, J. C. —Me estiré para tocar la base de la cruz y hablar con suavidad hacia arriba, a esa figura con la cabeza en alto.— Y ya casi está amaneciendo y el bote se acerca a la orilla después del milagro de los peces y Simón llamado Pedro camina arrastrando los pies por la arena hacia las brasas donde se asan los peces, acompañado por Tomás y Marcos y Lucas y todos los demás. La...

—... Cena después de la Última Cena —murmuró J. C. allí arriba, contra las constelaciones otoñales. Veía el hombro de Orión sobre su hombro—. ¿¡Lo *hiciste*!?

Se movió. Continuó en voz baja: —¡Y eso no es *todo*! Tengo un verdadero final, para ti, un final que nunca se filmó. La Ascensión.

—No se puede hacer —murmuró J. C.

—Escucha.

Y dije:

—Cuando llega el momento de la Partida, Cristo toca a cada uno de los discípulos y luego se va caminando por la orilla, alejándose de la cámara. Pon la cámara a ras del suelo, sobre la arena, y parece como si estuviera subiendo una colina larga y lenta. Y mientras el sol sale y Cristo se aleja hacia el horizonte, la arena arde de ilusión. Como las carreteras o los desiertos, cuando el aire se disuelve en espejismos y hay ciudades imaginarias que aparecen y desaparecen. Bueno, cuando Cristo ha llegado casi a la cima de una duna de arena, el aire vibra con el calor. Su figura se funde y se convierte en átomos. Y Cristo desaparece. Las huellas que dejó en la arena se dispersan con el viento. Es la segunda Ascensión que sigue a la Cena después de la Última Cena. Los discípulos sollozan y se marchan a todas las ciudades del mundo para predicar el perdón de los pecados. Y cuando comienza el nuevo día, *sus* huellas se dispersan en el viento del amanecer. FIN.

Esperé, escuchando mi propia respiración y los latidos de mi corazón.

J. C. también esperó, y por último dijo, asombrado, con suavidad: —Voy a bajar.

Del plató de exteriores, donde esperaban los extras, el lecho de brasas con los peces y el Loco Fritz, salía un enorme resplandor.

Al acercarnos, vimos a una mujer de pie en la boca del callejón. Era una silueta a contraluz, una forma oscura.

Cuando nos vio, corrió en nuestra dirección y se detuvo frente a J. C.

—Santo cielo —dijo J. C.—. ¡Es la Rattigan!

Los ojos de Constance iban casi sin parar de J. C. a mí y de mí a J. C.

—Y ahora ¿qué hago? —dijo.

—Qué...

—Ha sido una noche tan loca. Hace una hora me puse a llorar por una foto terrible y ahora... —miró a J. C. y los ojos no podían quedarse fijos en un lugar— tú, a quien siempre quise conocer, estás aquí.

El peso de sus palabras hizo que se fuera hundiendo despacio y terminara de rodillas. —Bendíceme, Jesús —murmuró.

J. C. retrocedió como si estuviera llamando a los muertos de sus tumbas. — ¡Levántate, mujer! —exclamó.

—Bendíceme, Jesús —dijo Constance. Y siguió, hablando casi para sí—: Oh, Señor, vuelvo a tener siete años y llevo puesto el vestido blanco de la primera comunión y es Domingo de Pascua y el mundo es bueno antes de que el mundo se echara a perder.

—Levántate, joven mujer —dijo J. C. en tono aún más bajo.

Pero ella no se movió y cerró los ojos, esperando.

Se le movían los labios, diciendo Bendíceme.

Finalmente J. C. se acercó, muy despacio, obligado a aceptar y aceptando bondadosamente poner la mano sobre la cabeza de la mujer. La suave presión hizo que a ella le brotaran más lágrimas a los ojos y que le temblaran los labios; sus manos se posaron rápidamente sobre las de él para retenerlas sobre la cabeza un momento más.

—Niña —dijo J. C. en voz baja—, estás bendecida.

Y al ver a Constance Rattigan allí de rodillas pensé: Ah, la ironía de este mundo perdido. La culpa católica sumada a la extravagancia de la teatralidad.

Constance se puso en pie y, con los ojos todavía a medio cerrar, se volvió hacia la luz y se alejó hacia el lecho de brasas resplandecientes.

No tuvimos más remedio que seguirla.

Había un montón de gente reunida. Todos los extras que habían aparecido en otras escenas en el curso de la noche, más los ejecutivos del estudio y los que siempre andan rondando. Nos acercamos y Constance se hizo a un lado con la gracia de quien acaba de perder veinte kilos. Me pregunté durante cuánto tiempo seguiría sintiéndose una niña.

Pero en ese momento vi acercarse hacia la luz, cruzando el plató al aire libre, del otro lado de las brasas, a Manny Leiber, a Doc Phillips y a Groc. Tenían los ojos tan fijos en mí que me eché hacia atrás, por miedo a que me adjudicaran el haber encontrado al Mesías, salvado al Salvador y ahorrado parte del presupuesto de la noche.

Los ojos de Manny destilaban recelo y desconfianza; los de Doc, malicia, y los de Groc, los efluvios de un buen coñac. Tal vez habían venido a ver cómo nos asaban a Cristo y a mí. En cualquier caso, J. C. se acercó sin vacilar hasta las brasas y Fritz, recuperándose del ataque que acababa de tener, lo miró abriendo y cerrando los ojos miopes y gritó: —Ya era hora. Estábamos a punto de suspender la barbacoa. ¡Monóculo!

Nadie se movió. Todos miraron alrededor.

—¡Monóculo! —repitió Fritz.

Y me di cuenta de que quería que le prestara la lente que me había dado con tanta solemnidad hacía unas horas.

Me acerqué, planté la lente en la palma extendida y retrocedí de un salto mientras él se la encajaba en el ojo como si fuera una bala. Atravesó a J. C. con la mirada y largó todo el aire que tenía en los pulmones.

—¿Y esto es Cristo? Pero si parece Matusalén. A cubrirle el rostro con base color treinta y tres y a acentuarle el perfil de la mandíbula. Por todos los cielos, es hora de cortar para la cena. Más cosas que salen mal, más retrasos. ¡Cómo te atreves a llegar tarde! ¡Quién demonios te crees que eres?

—Cristo —dijo J. C. con la modestia indicada—. Y que no se te olvide.

—¡Quitádmelo de la vista! ¡Maquillaje! ¡Corte para cenar! ¡Volved en una hora! —gritó Fritz, y casi me lanzó la lente, mi medalla, a las manos, para quedarse mirando con amargura el carbón encendido, como si estuviera a punto de arrojarse al pozo e incinerarse.

Y todo el tiempo, del otro lado del fuego, la manada de lobos: Manny, que contaba los dólares que había perdido con cada momento que se escurría como si fueran ráfagas de billetes que irían a parar a las llamas, y el querido Doc, a quien le quemaba el bisturí que tenía aferrado en el puño dentro del bolsillo, y el cosmetólogo de Lenin, con la sonrisa de Conrad Veidt clavada para siempre en la pálida y delgada carne que le rodeaba el mentón. Pero los ojos de los tres ya no me miraban a mí; se habían posado en J. C., a quien juzgaban y condenaban terrible e inexorablemente.

Era como un escuadrón de la muerte que soltaba una descarga interminable.

J. C. se sacudió y se torció como si hubieran dado en el blanco.

Los maquilladores asistentes de Groc estaban a punto de llevarse a J. C. cuando...
Ocurrió.

Se oyó un tenue silbido: algo similar a una sola gota de lluvia había chocado contra el lecho de carbón encendido.

Todos miramos hacia abajo y luego hacia arriba...

A J. C., cuyas manos se hallaban extendidas sobre las brasas. Observaba sus propias muñecas con gran curiosidad.

Estaban sangrando.

—¡Dios santo! —dijo Constance—. ¡*Haced* algo!

—¿Qué? —gritó Fritz.

J. C. dijo con calma: —Filmad la escena.

—¡Demonios, no! —gritó Fritz—. ¡Juan el Bautista, con la cabeza cortada, tenía mejor aspecto que tú!

—Entonces —J. C. señaló con la cabeza hacia el otro extremo del decorado, donde Stanislau Groc y Doc Phillips permanecían uno al lado del otro como el divertido Bufón y el oscuro Apocalipsis—, que me cosan y me venden hasta que estemos listos.

—¿Cómo *haces* eso? —Constance le miraba las muñecas.

—Viene con el texto.

—Ve a hacer algo útil —me dijo J. C.

—Y llévate a esa mujer contigo —ordenó Fritz—. ¡No la conozco!

—Sí que me conoces —dijo Constance—. Laguna Beach, 4 de julio de 1926.

—Eso fue en otro país, en otra época. —Fritz cerró de golpe una puerta invisible.

—Sí. —Constance se quedó en silencio. El suelo le faltaba bajo los pies.— Sí, fue en otra época.

Doc Phillips llegó a la muñeca izquierda de J. C. Groc llegó a la derecha.

J. C. no los miró; se quedó contemplando la niebla que flotaba allá arriba en el cielo.

Luego dio vuelta las muñecas y extendió los brazos para que vieran cómo se le escurría la vida por los estigmas recién abiertos.

—Con cuidado —dijo.

Yo me alejé de la luz. Me siguió una niña, que en el camino se convirtió en mujer.

—¿Adónde vamos? —dijo Constance.

—¿Yo? Al pasado. Y sé quién maneja la moviola para poder hacerlo. ¿Tú? Tú te quedas aquí mismo, con café y buñuelos. Siéntate. Ya vuelvo.

—Si no estoy aquí —dijo Constance, sentada en una de las mesas de picnic de los extras y blandiendo un bollo—, búscame en el gimnasio de hombres.

Me alejé en la oscuridad. Ya me quedaban pocos lugares para ir, para buscar. Me dirigí a un sitio del estudio donde no había estado nunca. Ese lugar guardaba días del pasado. En ese lugar se ocultaba el fantasma cinematográfico de Arbuthnot y tal vez yo mismo, cuando era pequeño y merodeaba el estudio a mediodía.

Caminé.

Y de pronto lamenté haber dejado lo que quedaba de la risa de Constance Rattigan.

Tarde por la noche los estudios de cine se hablan a sí mismos. Si uno camina por las calles oscuras y pasa por delante de los pabellones donde las salas de edición de los pisos superiores susurran y rebuznan y rugen y parlotean hasta las dos o tres o cuatro de la madrugada, se oyen carrozas que pasan a toda marcha, o arena que vuela por el desierto de Beau Geste, poblado de fantasmas, o un mundo de automóviles que recorre los Campos Elíseos en un frenesí de bocinazos e insultos, o el Niágara que se derrama desde la torre del estudio en las bóvedas donde se guardan las películas, o a Barney Oldfield en su última carrera, acelerando a fondo el coche en Indianápolis y vitoreado por la muchedumbre anónima, mientras que más adelante, a medida que uno se interna en la oscuridad, alguien da la orden de soltar los perros de la guerra y se oyen las heridas del César que se abren como capullos de rosa bajo su capa, o a Churchill alentando a las multitudes en la radio mientras el Sabueso aúlla en los páramos y las gentes de la noche siguen trabajando a esas horas sombrías porque prefieren la compañía de las moviolas y las pantallas centelleantes y los amantes de primeros planos a las gentes varadas al mediodía, atontadas por la realidad del otro lado de los muros. Es un choque, mucho después de medianoche, de voces enterradas y músicas perdidas atrapadas en una nube de tiempo entre los pabellones, que salen de las puertas o ventanas abiertas mientras las sombras de los montadores-editores se proyectan en los techos pálidos, inclinadas sobre hechizos. Solamente al amanecer se acallan las voces y mueren las músicas, cuando los sonrientes dueños de las cuchillas vuelven a sus casas para evitar la primera oleada de realistas que llega a las seis de la mañana. Y solamente al ponerse el sol comenzarán a oírse nuevamente las voces y se

elevantarán los suaves compases o el alboroto musical, mientras la luz de luciérnaga de las moviolas cubre los rostros de los espectadores, iluminándoles los ojos y haciéndoles blandir navajas entre los dedos.

En una de esas calles, entre pabellones, sonidos y músicas, corría yo perseguido por la nada, levantando la mirada, mientras Hitler deliraba en el este y un ejército ruso cantaba en los vientos suaves de la noche, hacia el oeste.

Me detuve de golpe y miré arriba hacia..., hacia la sala de edición de Maggie Botwin. La puerta estaba abierta.

Grité. —¡Maggie!

Silencio.

Subí los escalones acercándome a la luz intermitente y al parloteo entrecortado de la moviola, con las sombras que parpadeaban en el techo alto.

Me quedé durante un rato en la oscuridad, contemplando el único sitio de este mundo donde la vida era cortada en trozos, empalmada y vuelta a despedazar. Donde uno hacía y rehacía la vida hasta que le salía bien. Con la vista fija en la pequeña pantalla de la moviola, uno pone en marcha el motor y se lanza acompañado de un claqueteo furioso mientras la película corre, se detiene, se define y continúa su camino. Después de tener la vista clavada en la moviola durante medio día, en las tinieblas subterráneas, uno casi cree que al salir al exterior la vida misma va a empalmarse de otro modo, a dejar de lado las ridículas incoherencias y a prometer que se portará bien. Manejar la moviola durante unas horas aumenta el optimismo, pues uno puede poner de nuevo en movimiento las estupideces cometidas y cortarles las patas. Pero, después de un tiempo, uno empieza a tentarse con no volver a salir a la luz del día.

Y ahora, frente a la puerta de Maggie Botwin, con la noche a mis espaldas y su fresca caverna esperándome, observé a esa mujer sorprendente inclinada sobre la máquina como una costurera que cose pedazos de luces y sombras mientras la película se le deslizaba entre los dedos delgados.

Rasqué con las uñas la puerta de alambre tejido.

Maggie levantó la vista del brillante pozo de los deseos, frunció el entrecejo tratando de ver a través del tejido y pegó un grito de alegría.

—¡Vaya, vaya! Es la primera vez en cuarenta años que un escritor sube a este sitio. Lo más lógico sería pensar que a esos papanatas les interesaría ver cómo les corto el pelo o les acorto el dobladillo. ¡Espera!

Destrabó el pestillo de la puerta y me hizo pasar. Como un sonámbulo, me acerqué a la moviola y miré pestañeando la imagen.

Maggie me puso a prueba. —¿Te acuerdas de él?

—Erich Von Stroheim —dije, pasmado—. Hicieron la película aquí en el año 21. Estaba perdida.

—¡Yo la encontré!

—¿Se enteraron los del estudio?

—¿Esos *hijos de perra*? ¡No! ¡Nunca supieron apreciar lo que *tenían*!

—¿La tiene entera?

—¡Sí! Irá a parar al Museo de Arte Moderno cuando estire la pata. ¡Mira!

Maggie Botwin puso en marcha un proyector montado en la moviola para que proyectara las imágenes en la pared. Von Stroheim se contoneaba y se movía como una veleta contra el friso.

Maggie cortó a Von Stroheim y se dispuso a colocar otro rollo.

Al apartarse ella, yo de pronto me eché hacia adelante. Vi una pequeña lata de película verde brillante sobre la mesa, que se diferenciaba de las otras dos docenas de latas que había allí.

No tenía ninguna etiqueta. Sólo un dibujo de un dinosaurio muy pequeño en el frente, hecho con un sello de tinta.

Maggie vio adónde estaba mirando yo. —¿Qué pasa?

—¿Cuánto hace que tiene esa película?

—¿La quieres? Es la prueba que tu amigo Roy trajo hace tres días para revelar.

—¿La ha visto ya?

—¿Y tú no? Los del estudio están chiflados si lo echan. ¿De qué se trata? Nadie lo ha dicho. Hay tan sólo treinta segundos en esa lata. Pero es el mejor medio minuto que yo haya visto en mi vida. Supera a *Drácula* o a *Frankenstein*. Pero, claro, ¿quién soy *yo* para decir algo?

Me temblaba el pulso y la película se sacudió dentro de la lata cuando me la metí en el bolsillo de la chaqueta.

—Un hombre encantador, ese Roy. —Maggie enhebró la nueva película en la moviola.— Si me dieran un cepillo le lustraría los zapatos. Bueno. ¿Quieres ver la única copia *intacta* que queda de *Capullos rotos*? ¿Las tomas que faltaban en *El circo*? ¿El rollo censurado de *Bienvenido el peligro* de Harold Lloyd? Y, vamos, hay mucho más. Yo...

Maggie Botwin se calló, ebria de su pasado cinematográfico y de mi atención.

—Sí, creo que se puede confiar en ti. —Y se interrumpió.— Aquí estoy, parlotando sin parar. Tú no viniste aquí para oír cómo una vieja gallina pone huevos de hace cuarenta años. ¿Por qué eres el único escritor que subió esa escalera?

Arbuthnot, Clarence, Roy y la Bestia, pensé, pero no pude decirlo.

—¿Te comió la lengua el gato? Esperaré. ¿Dónde había quedado? ¡Ah!

Maggie Botwin descorrió la puerta de un armario enorme. Había por lo menos cuarenta latas de películas apiladas en cinco estantes, con los títulos pintados en el borde.

Me puso una lata en las manos. Miré las letras enormes. Decía: *Locas juventudes*.

—No, mira las letras *pequeñas* que están en la etiqueta *pequeñita* del lado *chato* —dijo Maggie.

—*¡Intolerancia!*

—Mi versión, *sin cortes* —dijo Maggie Botwin riéndose—. Ayudé a Griffith. Había

cortado unas partes fantásticas. Yo, sola, volví a copiar lo que faltaba. ¡Es la única versión completa de *Intolerancia* que existe! ¡Y está *aquí*!

Riéndose alegremente como una niña en una fiesta de cumpleaños, extrajo del estante y dejó sobre la mesa *Huérfanos de la tormenta* y *Londres después de medianoche*.

—Yo hice de asistente en esas películas, o me llamaron para que tomara el trabajo que habían abandonado otros. Por la noche, muy tarde, hacía copias de las escenas que no se habían usado ¡sólo para mí! ¿Estás listo? ¡Aquí van!

Me arrojó a las manos una lata con el título de *Avaricia*.

—¡Ni Von Stroheim tiene esta versión de veinte horas!

—¿Por qué a otros montadores no se les ocurrió hacer lo mismo?

—Porque ellos son gallinas y yo soy cuco —cacareó Maggie Botwin—. El año que viene las mandaré al museo, con una carta que diga que se las dono. Los estudios probablemente me hagan un juicio. Pero las películas estarán seguras dentro de cuarenta años.

Me senté en la oscuridad, anonadado, mirando rollo tras rollo.

—Dios santo —decía una y otra vez—, ¿cómo *hizo* para burlar a esos cabrones?

—¡Muy fácil! —dijo Maggie, con la tajante honestidad de un general que habla de igual a igual a sus tropas—. Ellos se cagan en los directores, escritores, en todo el mundo. Pero han de tener a *una* persona con la palita para levantar la casa que dejan una vez que encuentran el lugar apropiado para hacer lo suyo. Así que, mientras ensuciaban los sueños de todos los demás, a mí nunca me levantaron la mano. Pensaban que con el amor era suficiente. Y, madre santa, *sí* que amaban ésos. Mayer, los Warner, Goldfish/Goldwyn comían y dormían películas. No era suficiente. Yo trataba de hablar con ellos; discutía, me peleaba, daba portazos. Salían corriendo a buscarme, porque sabían que yo amaba más de lo que podían amar ellos. Perdí tantas batallas como las que gané, así que decidí que las ganaría *todas*. Una a una, guardé todas las escenas perdidas. No todo. A la mayoría de las películas deberían darles como premio cajas de serrín para gatos. Pero cinco o seis veces al año aparecía un escritor que escribía o un Lubitsch que ponía su «toque», y eso lo guardaba. De modo que a lo largo de los años...

—¡Guardó obras maestras!

Maggie se rió. —No exageres. Películas decentes, nada más, algunas divertidas, algunas que te hacen saltar las lágrimas. Y están todas aquí esta noche. Te están rodeando —dijo Maggie en voz baja.

Me dejé embeber por su presencia, sentí sus «fantasmas» y tragué saliva.

—Ponga en marcha la moviola —dije—. No quiero volver a casa nunca más.

—Está bien. —Maggie recorrió otras puertas más que estaban sobre su cabeza.—
¿Tienes hambre? ¡Come!

Miré y vi:

La marcha del tiempo, 21 de junio de 1933.

La marcha del tiempo, 20 de junio de 1930.

La marcha del tiempo, 4 de julio de 1930.

—No —dije.

Maggie alzó la cabeza.

—No hubo *La marcha del tiempo* en 1930 —dije.

—¡Bingo! ¡El chico es un experto!

—No son rollos de *La marcha* —agregué—. Es para ocultar algo. ¿Qué?

—Mis propias películas caseras. Las que filmé con una cámara de ocho milímetros y amplié a treinta y cinco y oculté tras el título de *La marcha del tiempo*.

Traté de no ser muy obvio. —¿Entonces tiene filmada la historia completa de este estudio?

—1923, 1927, 1930, ¡lo que quieras! F. Scott Fitzgerald borracho en la cafetería. El día en que G. B. Shaw regentó el lugar. Lon Chaney en el pabellón de maquillaje la noche en que les mostró a los hermanos Westmore cómo hacer máscaras. Murió un mes después. Gran hombre; muy cálido. William Faulkner, un triste escritor de guiones, borracho pero gentil, pobre infeliz. Películas pasadas. Historia pasada. ¡Escoge una!

Mis ojos recorrieron las filas y se detuvieron. Oía la corriente de aire que salía de mi nariz.

15 de octubre de 1934. Dos semanas antes de que mataran a Arbuthnot, el director del estudio.

—Ésa.

Maggie titubeó, la sacó del estante, metió la película en la moviola y puso en marcha la máquina.

Se veía la entrada principal de Maximus Films en una tarde de octubre de 1934. Las puertas estaban cerradas, pero se veían sombras a través del vidrio. Entonces se abrieron las puertas y salieron dos o tres personas. En medio iba un hombre alto, corpulento, que reía con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, hacia el cielo, los hombros que se sacudían con la risa. Los ojos no eran más que rendijas, tan feliz estaba. Inspiró hondo, casi por última vez.

—¿Sabes quién es? —preguntó Maggie.

Bajé la vista en esa pequeña cueva semioscura, semiclara, cavada en la tierra.

—Arbuthnot.

Toqué el vidrio como si fuera una bola de cristal en la que no se veía el futuro sino pasados descoloridos por el paso del tiempo.

—Arbuthnot. Muerto el mismo mes en que fue filmada esta película.

Maggie volvió la película para atrás y la pasó otra vez. Los tres hombres salieron riendo de nuevo y Arbuthnot terminó haciendo muecas delante de la cámara en ese mediodía increíblemente alegre, perdido en la memoria.

Maggie vio algo en mi rostro. —¿Y bien? Habla de una vez.

—Lo vi esta semana —dije.

—Vaya tontería. ¿Has estado fumando uno de esos cigarrillos raros?

Maggie pasó otros tres cuadros. Arbuthnot levantó la cabeza más alto todavía, hacia un cielo cargado de lluvia.

Y ahora Arbuthnot llamaba y hacía señas a alguien fuera de la pantalla.

Me arriesgué. —En el cementerio, la noche de Halloween, había un espantapájaros de alambre y papel *mâché*, con el rostro de Arbuthnot.

Ahora se veía el Duesenberg de Arbuthnot junto a la acera. Dio la mano a Manny y a Groc, prometiéndoles años felices. Maggie no me miraba a mí sino a las imágenes claroscuras que saltaban a la sogá allí delante.

—No hay que creer nada en la noche de Halloween.

—Hubo otra gente que también lo vio. Algunos huyeron asustados. Manny y algunos otros hace días que andan como por un campo minado.

—Más tonterías. —Maggie lanzó un bufido.— ¿Y eso te asombra? Tal vez hayas notado que yo me quedo en la sala de proyección o aquí arriba, donde el aire es tan diáfano que les sangra la nariz cuando suben. Por eso me gusta el loco de Fritz. Él filma hasta la medianoche, yo edito hasta el alba. Luego nos vamos a hibernar. Todos los días a las cinco, cuando termina el largo invierno, nos levantamos y nos ponemos en sincronía con la puesta del sol. Una o dos veces a la semana, como habrás notado, hacemos nuestro peregrinaje y almorzamos en la cafetería para demostrarle a Manny Leiber que estamos vivos.

—¿De veras es él quien maneja el estudio?

—¿Quién si no?

—No tengo idea. Pero la oficina de Manny me produce una sensación extraña. Los muebles parecen sin usar. El escritorio está siempre limpio. Hay un gran teléfono blanco en el centro del escritorio, y una silla detrás del escritorio que es dos veces más grande que el trasero de Manny. Sentado ahí, él se parecería a Charlie MacCarthy.

—Es verdad que se comporta como un empleado a sueldo. Supongo que es por ese teléfono. Todo el mundo cree que las películas se hacen en Hollywood. No, no. Ese teléfono es la línea directa con Nueva York y las arañas. Las telas de esas arañas cruzan todo el país para atrapar a las moscas aquí. Las arañas nunca vienen para el oeste. Tienen miedo de que nos demos cuenta de que son todos pigmeos. De la talla de Adolph Zukor.

—El problema es que —dije—, yo estaba al pie de la escalera, en el cementerio, con ese muñeco, ese monigote, lo que fuera, en la lluvia.

La mano de Maggie Botwin sacudió bruscamente la palanca. Arbuthnot saludó con un movimiento demasiado rápido del otro lado de la calle. La cámara se movió de costado y se vieron: las criaturas de otro mundo, la multitud desordenada de coleccionistas de autógrafos. La cámara recorrió los rostros.

—¡Espere un momento! —exclamé—. ¡Mire allí!

Maggie hizo pasar dos cuadros más para acercar la imagen de un muchacho de trece años en patines.

Toqué la imagen, una caricia extraña y cariñosa.

—Ése no eres tú. No puedes ser tú —dijo Maggie Botwin.

—Allí me tiene, buenecito y regordete.

Maggie Botwin desvió la mirada hacia mí por un momento y la volvió a posar en la imagen de hacía veinte años, una tarde de octubre que amenazaba con llover.

Allí estaba el rey de los tontos, el rey de los chiflados, el rey de los locos, perdiendo el equilibrio hasta el cansancio en esos patines, condenado a caerse en cualquier momento, hasta sobre las mujeres que pasaban por la calle.

Maggie rebobinó la película. Arbuthnot me saludaba otra vez, sin que yo lo viese, una tarde de otoño.

—Arbuthnot —dijo ella en voz baja—, y tú... ¿casi juntos?

—¿El hombre de la escalera en la lluvia? Sí, por supuesto.

Maggie soltó un suspiro e hizo correr la película.

Arbuthnot se subió al coche y se alejó rumbo a un accidente a pocas semanas de distancia.

Miré cómo se iba el coche, de la misma manera en que debía de haber mirado ese año mi yo más joven al otro lado de la calle.

—Repíteme conmigo —dijo Maggie Botwin con calma—. No había nadie subido a ninguna escalera, ni lluvia, y tú no estuviste nunca allí.

—... nunca allí —murmuré.

Los ojos de Maggie se entrecerraron. —¿Quién es el payaso extraño que está a tu lado, con ese abrigo grande de piel de camello y el pelo enmarañado y ese enorme álbum de fotos en las manos?

—Clarence —dije, y agregué—: me pregunto, en este preciso instante, esta noche, si... todavía estará vivo.

Sonó el teléfono.

Era Fritz en la fase terminal de la histeria.

—Ven aquí. Los estigmas de J. C. todavía están abiertos. ¡Tenemos que terminar antes de que se muera desangrado!

Fuimos en coche hasta el plató.

J. C. esperaba junto al largo brasero. Al verme cerró los bellos ojos, sonrió y me mostró las muñecas.

—¡Mira! ¡Esa sangre parece casi verdadera! —exclamó Maggie.

—Da esa sensación —dije.

Groc se había ocupado de cubrir con maquillaje el rostro del Mesías. Groc dio unos últimos toques de polvo en los párpados cerrados y se alejó para sonreír triunfalmente ante su obra maestra; J. C. parecía treinta años más joven.

Miré el rostro de J. C., sereno junto al fuego de las brasas; un líquido espeso, lento y oscuro le bajaba de las muñecas a las palmas. ¡Una locura!, pensé. ¡Morirá durante la escena!

¿Pero para no pasarse del presupuesto? ¿Por qué no? De nuevo se estaba

reuniendo el gentío y Doc Phillips se acercó a zancadas para inspeccionar la sangre sagrada y darle el sí con la cabeza a Manny. Todavía había vida en estas extremidades santas, todavía quedaba algo de savia: ¡A filmarla!

—¿Listos? —gritó Fritz.

Groc retrocedió unos pasos, en el viento iluminado por las brasas, entre dos extras que hacían de vírgenes vestales. Doc estaba de pie como un lobo erguido sobre las patas traseras, con la lengua entre los dientes, los ojos que revoloteaban y hervían mirando a derecha e izquierda.

¿Doc?, pensé. ¿O Groc? ¿Son ellos los verdaderos jefes del estudio? ¿Son ellos los que se sientan en el sillón de Manny?

Manny tenía la vista clavada en el brasero, como si ansiara cruzarlo y demostrar que era el Rey.

J. C. estaba solo en medio de nosotros, muy lejos, dentro de sí mismo, con el rostro tan pálido y encantador que sentí un desgarró en el pecho. Sus labios delgados se movían, memorizando las hermosas palabras que Juan me dio para que le diera a él para que predicara esa noche.

Y justo antes de hablar, J. C. elevó la mirada sobre las ciudades del mundo del estudio, y recorrió la fachada de Notre Dame, hasta la punta misma de las torres. Yo le seguí los ojos, luego desvié la mirada rápidamente y vi:

A Groc, pasmado, con los ojos puestos en la catedral. A Doc Phillips con la misma expresión. Y a Manny entre los dos, mirando primero a uno, después a otro, luego a J. C. y por último a donde mirábamos unos pocos, hacia arriba, entre las gárgolas...

Donde no se movía nada.

¿O acaso J. C. vio un movimiento secreto, una señal?

J. C. vio algo. Los demás lo notaron. Lo único que vi yo fueron luces y sombras en la fachada de falso mármol.

¿La Bestia todavía estaría allí? ¿Vería el brasero de carbón encendido? ¿Oiría las palabras de Cristo y se emocionaría y vendría a contarnos lo que pasó la semana pasada para calmar nuestros corazones?

—¡Silencio! —gritó Fritz.

Silencio.

—Acción —susurró Fritz.

Y finalmente, a las cinco y media de la mañana, en los minutos que faltaban para que llegase el alba, filmamos la Última Cena después de la Última Cena.

Soplaron las brasas, colocaron los peces y, mientras empezaba a clarear por el este de Los Ángeles, J. C. abrió despacio los ojos con una mirada tan compasiva que apaciguó por igual a seguidores y traidores y les dio sustento mientras ocultaba las heridas y se alejaba por una orilla que sería filmada, días mis tarde, en otra parte de California; y salió el sol, y se terminó la escena sin fallos, y no quedaba ojo seco en todo el plató de exteriores, tan sólo silencio, hasta que finalmente J. C giró y, con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¿Nadie va a gritar «¡corten!»?

—Corten —dijo Fritz Wong sin levantar la voz.

—Te acabas de ganar un enemigo —dijo Maggie Botwin a mi lado.

Mire hacia el otro extremo del plató. Allí estaba Manny Leiber, observándome. De pronto dio media vuelta y se alejó a grandes trancos.

—Ten cuidado —dijo Maggie—. Cometiste tres errores en cuarenta y ocho horas. Hiciste que contratasen de nuevo a Judas. Resolviste el final de la película. Encontraste a J. C. y lo trajiste de vuelta a la filmación. Imperdonable.

—Dios mío —suspiré.

J. C. se alejó entre el grupo de extras, sin esperar elogios. Lo alcancé.

¿Adónde vas?, dije en silencio.

A descansar un rato, contestó él, tan silenciosamente como yo.

Le miré las muñecas. Habían parado de sangrar. Cuando llegamos a un cruce de calles en el estudio, J. C. me tomó de las manos y miró hacia el estudio del fondo.

—¿Chico...?

—¿Sí?

—Ese asunto del que hablamos. ¿La lluvia? ¿Y el hombre subido a la escalera?

—¿¡Sí!»?

—Lo vi —dijo J. C.

—¿Dios mío, J. C.! ¿Y cómo era? ¿Qué...?

—¡Shh! —agregó, llevándose el índice a sus labios serenos.

Y regresó al Calvario.

Constance me llevó de vuelta a casa poco después del amanecer.

En la calle no parecía haber ningún coche extraño con espías esperando dentro.

Constance se empecinó en pasearse por todo mi cuerpo en la puerta de entrada.

—¿Constance! ¿Los vecinos!

—¿Al diablo con los vecinos! —Me besó con tal fuerza que se me paró el reloj.—

¡Cuánto te apuesto a que tu mujer no te besa así!

—¡Me habría muerto hace seis *meses*!

—¡Aférrate a lo que importa, que cierro la puerta!

Cogí lo que importaba y me aferré. Ella cerró la puerta y partió. Casi inmediatamente me sentí completamente solo. Era como una Navidad que se iba para siempre.

En la cama pensé: ¡Vete al infierno, J. C.! ¿Por qué no me dijiste nada más?

Y luego: ¡Clarence! ¡Espérame!

¡Ya vuelvo!

¡Un último intento!

Al mediodía fui a la Avenida Beachwood.

Clarence no había esperado.

Lo supe cuandoforcé la puerta entreabierta de su apartamento. Era una nevada de papel roto, de libros destrozados y de fotos acuchilladas, muy parecida a la masacre del Estudio 13, donde habían pateado y pisado y arruinado los dinosaurios de Roy.

—¿Clarence?

Abrí la puerta un poco más.

Era la pesadilla de un geólogo.

Había una capa de treinta centímetros de espesor de cartas y esquelas firmadas por Robert Taylor y Bessie Love y Ann Harding allá por 1935 o antes. Ése era el estrato superior.

Más abajo, desparramadas como una alfombra brillante, había miles de fotografías que Clarence había tomado de Al Jolson, John Garfield, Lowell Sherman y Madam Schumann-Heink. Me miraban diez mil rostros. La mayoría estaban muertos.

Debajo de más capas había libretas de autógrafos, historias del cine, carteles de diez docenas de películas, empezando por las de Bronco Billy Anderson y Chaplin y atravesando esos años en que el ramo de azucenas conocido como las Gish Sisters pasó sin pena ni gloria por la pantalla para enternecer hasta las lágrimas a los corazones inmigrantes. Y, por último, debajo de *Kong*, *El mundo perdido*, *Ríe payaso ríe* y debajo de todos los reyes de las arañas, entalcadas bailarinas de ballet y ciudades perdidas vi:

Un zapato.

El zapato era de un pie. El pie, torcido, estaba unido a un tobillo. El tobillo llevaba a una pierna. Y así seguí recorriendo un cuerpo hasta que vi un rostro de histeria final. Clarence, tumbado y archivado entre unas cien mil caligrafías, ahogado en mares de publicidad antigua y pasiones ilustradas que podrían haberlo aplastado y ahogado, si no hubiera estado ya muerto.

Por el aspecto que tenía, tal vez había muerto de un paro cardíaco, la forma de muerte más sencilla. Los ojos le sobresalían como en una foto tomada con flash, y tenía la boca abierta: *¿Qué le estáis haciendo a mi corbata, a mi garganta, a mi corazón?! ¿Quiénes sois?*

En algún sitio yo había leído que, al morir, la retina de la víctima fotografía al asesino. Si se pudiera extirpar y embeber en emulsión esa retina, la cara del asesino surgiría de la oscuridad.

Los ojos desorbitados de Clarence rogaban por que los extirpasen. En cada uno había quedado congelado el rostro de su destructor.

Me quedé de pie en medio de ese mar de basura, mirando. ¡Era demasiado! Habían dado vuelta cada uno de los archivos, masticado cientos de fotos. Habían roto los carteles de las paredes, reventado las bibliotecas. A Clarence le habían arrancado los bolsillos. Ningún ladrón había cometido nunca esas brutalidades.

Clarence, que tenía miedo de que lo mataran los coches y esperaba hasta que la calle estaba totalmente vacía para cruzar corriendo sin poner en peligro a sus verdaderos amigos, las mascotas que eran para él los álbumes de retratos.

Clarence.

Giré en redondo, esperando con todas las fuerzas encontrar alguna clave para dársela a Crumley.

Habían sacado los cajones del escritorio de Clarence y despanzurrado lo que había dentro.

En las paredes quedaban algunas fotos. Las recorrí con los ojos, que se clavaron en una.

Jesucristo en el estudio del Calvario.

Estaba firmado «A Clarence, PAZ, del único y verdadero J. C.».

Le quité el marco y me la metí en el bolsillo.

Di vuelta para salir corriendo, con el corazón que me latía con fuerza, cuando vi una última cosa. La cogí.

Una caja de fósforos del Brown Derby.

¿Algo más?

Yo, dijo Clarence, todo frío. *Ayúdame.*

Ay, Clarence, pensé, ¡si pudiera!

Mi corazón retumbaba. Temiendo que alguien pudiera oír, me zambullí por la puerta.

Me alejé corriendo de la casa.

¡No! Me detuve.

Si te ven corriendo, ¡serás *tú* el que lo hizo! Camina despacio, quédate donde estás. Vomita. Traté, pero lo único que salía a la superficie eran espasmos secos y recuerdos del pasado.

Una explosión. 1929.

Cerca de mi casa un hombre salió arrojado de un coche destrozado, chillando: — ¡No quiero morir!

Y yo en el porche, con mi tía, la cabeza apretada contra su pecho para no oír.

O cuando tenía quince años. Un coche que se estrellaba contra un poste de teléfono y la gente que reventaba contra las paredes, las bombas de agua, un rompecabezas de cuerpos retorcidos y carne desperdigada...

O...

Los restos de un coche quemado, con una figura calcinada, grotescamente

sentada, muy erguida detrás del volante, metida en esa arruinada máscara de carbón, las manos resecaas como un higo y fundidas con el volante...

O...

De pronto me asfixié en un montón de libros y fotografías y tarjetas firmadas.

Choqué sin darme cuenta con una pared y anduve a tientas en una calle despoblada, dándole gracias a Dios por el vacío, hasta que encontré lo que creí era una cabina de teléfono y estuve dos minutos buscando en los bolsillos una moneda que siempre llevaba allí. La deslicé por la rendija y marqué el número.

Fue mientras estaba llamando a Crumley cuando llegaron los hombres de la limpieza. Se trataba de dos camionetas del estudio y un viejo Lincoln desvencijado que pasaron despacio hacia la Avenida Beachwood. Giraron en la esquina que daba a la casa de Clarence. De sólo verlos me encogí como un acordeón en la cabina. El hombre del Lincoln desvencijado podía haber sido Doc Phillips, pero yo estaba tan ocupado ocultándome, hundiéndome hasta las rodillas, que no pude verlo realmente.

—Déjame adivinar —dijo la voz de Crumley en la línea—. ¿Alguien murió de verdad?

—¿Cómo lo *supiste*?

—Tranquilízate. ¿Cuando llegue ya va a ser tarde, van a haber destruido todas las pruebas? ¿Dónde estás? —Se lo dije.— Hay un bar irlandés al final de la calle. Ve y siéntate. No quiero que estés afuera si las cosas andan tan mal como dices. ¿Estás bien?

—Me estoy muriendo.

—¡No te mueras! Si no, ¿cómo voy a llenar mis días?

Al cabo de media hora Crumley me encontró al lado de la puerta del bar irlandés y me miró con profunda desesperación y afecto paternal, una expresión que fue y vino por su rostro como nubes en un paisaje estival.

—Y bien —gruñó—, ¿dónde está el cadáver?

Encontramos la puerta del bungalow de Clarence entreabierta, como si alguien la hubiese dejado sin llave a propósito.

La empujamos.

Y nos quedamos de pie en medio del apartamento de Clarence.

Pero no estaba vacío, despanzurrado como habían dejado la casa de Roy.

Todos los libros estaban en sus estantes, el piso se veía limpio, no había cartas rotas. Hasta las fotos enmarcadas, la mayoría, estaban de vuelta en las paredes.

—Muy bien —dijo Crumley en un suspiro—. ¿Dónde está toda la basura de la que me hablaste?

—Espera.

Abrí un cajón de un archivo. Había fotos, maltrechas y rasgadas, metidas a la fuerza para que entraran todas.

Abrí seis carpetas para demostrarle a Crumley que no había soñado.

En cada una habían vuelto a poner las cartas pisoteadas.

No faltaba más que una cosa.

Clarence.

Crumley me echó una mirada.

—¡Ni se te ocurra! —dijo—. Estaba ahí tendido, en el mismo sitio donde estás tú ahora.

Crumley caminó sobre el cadáver invisible. Miró los demás archivos, como había hecho yo, y vio las tarjetas rotas, las fotos destripadas, aporreadas y escondidas. Dejó escapar un suspiro largo y apesadumbrado y movió la cabeza de un lado a otro.

—Algún día —dijo—, te topará con algo coherente. El cuerpo no está. Entonces ¿qué puedo hacer yo? ¿Cómo sabemos que no se fue de vacaciones?

—No volverá nunca.

—¿Quién sabe? ¿Quieres ir a la comisaría más cercana y hacer una denuncia? Vendrán a mirar los papeles destrozados de los cajones, se encogerán de hombros, dirán que es otro loco salido del manicomio de Hollywood, se lo contarán al dueño del apartamento y...

—¿Al dueño? —dijo una voz a nuestras espaldas.

Había un viejo de pie junto a la puerta.

—¿Dónde está Clarence? —dijo.

Yo hablé con rapidez. Desvarié, divagué y describí todo 1934 y 1935 y yo recorriendo las calles en mis patines, perseguido por un W. C. Fields maniático, blandiendo un bastón, y besado en la mejilla por Jean Harlow delante del restaurante Vendôme. Con el beso, los cojinetes se me salieron de los patines. Volví a casa cojeando, sin mirar el tránsito, sin oír a mis compañeros de escuela.

—¡Está bien, está bien, ya me lo imagino! —El viejo echó una mirada por toda la habitación.— Ustedes no parecen pillos. Pero Clarence vive como si una banda de ladrones de fotografías fuera a violarlo. Así que...

Crumley le dio su tarjeta. El viejo la miró parpadeando y se sostuvo la dentadura postiza con las encías.

—No quiero ningún lío aquí —gimoteó.

—No se preocupe. Clarence nos llamó, asustado. Por eso vinimos.

Crumley recorrió la habitación con la mirada.

—Que Sopwith me llame, ¿entendido?

El viejo miró la tarjeta entrecerrando los ojos. —¿Policía de *Venecia*? ¿Cuándo los van a limpiar?

—¿Qué cosa?

—¡Los canales! La basura. ¡Los canales!

Crumley me sacó de allí del brazo.

—Veré qué puedo hacer.

—¿Con qué? —preguntó el viejo.

—Los canales —dijo Crumley—. La basura.

—Ah, sí —dijo el viejo.

Y nos fuimos.

Nos quedamos en la acera observando la casa como si de repente fuera a rodar por la calle, como un barco que se desliza hacia el mar.

Crumley no me miró. —Siempre la misma relación desequilibrada. Tú estás hecho polvo porque *viste* un cadáver. Yo, porque *no* lo vi. Qué porquería. Supongo que podríamos esperar a que volviera Clarence. —¿Muerto?

—¿Quieres ir a denunciar una desaparición? ¿Qué pruebas tienes?

—Dos. Alguien pisoteó los animales en miniatura de Roy y destruyó su escultura de arcilla. Alguien limpió todo. Alguien mató de un susto o estranguló a Clarence. Alguien *más* limpió todo. De modo que hay dos grupos, o dos individuos: uno que destruye, el otro que trae los baúles, los cepillos y las aspiradoras. En este momento, lo único que se me ocurre es que la Bestia saltó el muro, destrozó a patadas las cosas de Roy y huyó, dejando las cosas para que las encontraran, las limpiaran o las ocultaran. Lo mismo ocurrió aquí. La Bestia bajó de Notre Dame...

—¿Bajó?

—Lo vi. Cara a cara.

Por primera vez Crumley palideció un poco.

—Finalmente te vas matar, demonios. No te subas a lugares altos. Y a propósito, ¿no tendríamos que ir a hablar a otro lado, en vez de estar aquí en pleno día? El personal de la limpieza podría regresar de pronto.

—Es cierto —me puse en movimiento.

—¿Quieres que te lleve?

—El estudio queda a sólo una calle.

—Voy al centro, a la morgue del periódico. Debe de haber algo allí sobre Arbuthnot y 1934 que nosotros no sabemos. ¿Quieres que busque a Clarence por el camino?

—Crum —dije dándome la vuelta—. Los dos lo sabemos. A esta altura ya lo deben de haber quemado y convertido en cenizas y quemado las cenizas. Y ¿cómo hacemos para entrar y sacudir los ladrillos del incinerador? Me voy al Jardín de Getsemaní.

—¿No correrás peligro allí?

—Es más seguro que el Calvario.

—Entonces quédate allí. Llámame.

—Me oirás, del otro lado de la ciudad —dije—, sin necesidad de usar el teléfono.

Pero primero me detuve en el Calvario.

Las tres cruces estaban vacías.

—J. C. —murmuré, tocando la foto que tenía de él doblada en el bolsillo, y de pronto me di cuenta de que una densa presencia me había estado siguiendo desde hacía un rato.

Me volví y miré el cúmulo neblinoso de Manny, su Rolls-Royce grisáceo de funeral chino que reptaba a mis espaldas. Oí cómo la puerta de atrás se succionaba las encías de goma al abrirse en silencio y exhalaba una bocanada de aire refrigerado. No mucho más grande que un helado de vainilla cubierto de chocolate, Manny Leiber echó un vistazo desde su elegante nevera. —Oye, tú —dijo.

Hacía calor. Me incliné hacia la cabina refrigerada del Rolls-Royce y me refresqué la cara al mismo tiempo que ponía en orden mis pensamientos.

—Tengo novedades para ti. —Veía el aliento de Manny en el aire frío artificial.— Vamos a cerrar el estudio durante dos días. Limpieza general. Unas manos de pintura. Un trabajo relámpago.

—¿Cómo es que lo hacen? El gasto...

—Pagaremos a todos como si estuvieran trabajando a tiempo completo. Tendríamos que haberlo hecho hace años. Así que vamos a cerrar...

¿Para qué?, pensé. Para hacer salir a todos. ¿Porque saben o sospechan que Roy todavía está vivo y alguien les dijo que lo encontrarán y lo liquidarán?

—Es la cosa más estúpida que oí en mi vida —dije.

Me di cuenta de que insultar era la mejor manera de responder. Nadie sospechaba si uno era lo bastante tonto como para insultar.

—¿Quién tuvo esa idea brillante? —dije.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Manny, metiéndose de nuevo en su nevera. El aliento salía como chorros de escarcha en el aire—. ¡Yo!

—Usted no es tan tonto —insistí—. Usted no haría semejante cosa. A usted le preocupa demasiado el dinero. Alguien tiene que haberle dicho que haga eso. ¿Alguien con más autoridad que usted?

—¡No hay nadie con más autoridad que yo! —Pero no pudo sostener la mirada cuando dejó salir la mentira.

—¿Usted se hace único responsable de todo esto, que tal vez cueste medio millón en una semana?

—Bueno... —Manny se puso tenso.

—Tiene que ser Nueva York —espeté—. Esos enanos que llaman por teléfono desde Manhattan. Esos monos dementes. Le faltan sólo dos días para terminar *César y Cristo*. ¿Qué pasa si J. C. agarra otra borrachera mientras usted está pintando los estudios...?

—La escena del brasero fue su última escena. Lo vamos a borrar de nuestra Biblia. Tú lo vas a borrar. Y una cosa más, en cuanto el estudio abra nuevamente las puertas, vuelves a *Los muertos corren rápido*.

Las palabras que salían con su aliento me congelaron la cara. El frío me bajó por la espalda.

—No puedo hacerlo sin Roy Holdstrom. —Decidí hacerme todavía más el idiota e inocente.— Y Roy está muerto.

—¿Qué? —Manny se inclinó hacia adelante, trató de controlarse, luego me miró con los ojos entrecerrados.— ¿Por qué dices eso?

—Se suicidó —dije.

Eso despertó aún más sospechas en Manny. Me lo imaginaba escuchando el informe de boca de Doc Phillips: Roy colgado en el Estudio 13, descolgado, llevado en una carreta e incinerado.

Yo seguí lo más inocentemente que pude: —¿Usted tiene todavía todos los animales encerrados en el Estudio 13?

—Bueno, sí —mintió Manny.

—Roy no puede vivir sin sus Bestias. Y fui a su apartamento el otro día. Estaba vacío. Alguien había robado todas las cámaras y miniaturas de Roy. Roy no podría haber sobrevivido sin eso tampoco. Y no era capaz de irse así. Sin decirme nada, después de veinte años de ser amigos. Por lo tanto, qué demonios, Roy está muerto.

Manny observó con detenimiento mi rostro para ver si podía creerme. Yo me esforcé por poner mi cara más triste.

—Encuétralo —dijo Manny finalmente, sin parpadear.

—Pero le acabo de decir...

—Encuétralo —dijo Manny—, o te daré una patada en el trasero y no volverás a trabajar en ningún otro estudio en tu vida. Ese estúpido imbécil no está muerto. Ayer lo vieron en el estudio, quizás merodeando para poder entrar en el Estudio 13 y recuperar sus malditos monstruos. Dile que le perdonamos todo. Que vuelve con un aumento de sueldo. Es hora de admitir que nos equivocamos y que lo necesitamos. Encuétralo y también te aumentaremos el sueldo a ti. ¿Entendido?

—¿Eso quiere decir que Roy va a poder usar ese rostro, el busto que hizo en arcilla?

A Manny se le fue el color de la cara. —¡Por Dios, no! Tendrá que empezar a buscar otra vez. Pondremos avisos.

—No creo que Roy vuelva si no puede crear su *propia* Bestia.

—Volverá, si sabe lo que le conviene.

¿Y terminar muerto una hora después de haber marcado la hora de entrada en el

reloj?, pensé.

—No —dije—. Está muerto sin vueltas... para siempre.

Clavé todos los clavos en el ataúd de Roy con la esperanza de que Manny lo creería y no cerraría el estudio para poner fin a la búsqueda. Una idea tonta. Pero lo que ocurre es que los dementes son siempre tontos.

—Encuétralo —dijo Manny, y se echó hacia atrás en el asiento, congelando el aire con su silencio.

Cerré la puerta de la nevera. El Rolls se alejó flotando en el murmullo de su propio escape, como una sonrisa fría que se desvanece.

Temblando, emprendí la Gran Gira. Crucé Green Town hasta la ciudad de Nueva York, pasé por la Esfinge de Egipto y llegué al Foro Romano. No había más que moscas zumbando en la puerta de la casa de mis abuelos. Sólo el polvo rozaba las pezuñas de la Esfinge.

Me quedé al lado de la gran roca que habían llevado hasta delante de la tumba de Cristo.

Fui a la roca a esconder la cara.

—Roy —murmuré.

Al tocarla, la roca se estremeció.

Y la roca gritó: No hay donde ocultarse.

Por Dios, Roy, pensé. Te *necesitan*, por fin, aunque no sea más que por diez segundos antes de hacerte polvo.

La roca estaba callada. Un remolino de polvo atravesó un falso pueblo de Nevada, se estiró como un gato en llamas y se fue a dormir junto a un viejo bebedero para caballos.

Una voz gritó en el cielo: —¡Ése no es el sitio! ¡Es aquí!

Miré a unos cien metros de distancia, otra colina que bloqueaba la vista de la ciudad, un pequeño monte que ondulaba grácilmente cubierto de un falso césped tupido que no cambiaba de verde durante las cuatro estaciones.

Allí, con el viento que le hacía flamear la blanca túnica, había un hombre de barba.

—J. C.! —Subí por la colina dando trompicones, jadeando.

—¿Te gusta? —Con una sonrisa grave y triste, J. C. me ayudó a terminar de subir el último tramo.— El Monte del Sermón. ¿Quieres oír?

—No hay tiempo, J. C.

—¿Cómo puede ser que esa otra gente de hace dos mil años siempre escuchara y se quedara callada en su lugar?

—No tenían relojes, J. C.

—Es cierto. —Observó el cielo.— Lo único que tenían era el sol que se movía despacio y todos los días del mundo para decir las cosas necesarias.

Asentí. Tenía atragantado el nombre de Clarence.

—Siéntate, hijo. —Cerca había una piedra grande y lisa y J. C. se sentó y yo me

acuclillé como un pastor a sus pies. Mirándome desde allí arriba, casi con dulzura, dijo:— Hoy no he bebido nada.

—¡Fantástico!

—Hay días así. Señor, me pasé casi todo el día aquí arriba, disfrutando de las nubes, con deseos de vivir para siempre, por lo que pasó anoche, por las palabras, y por ti.

Intuyendo quizá que yo había tragado saliva, miró hacia abajo y me tocó la cabeza.

—Oh, *oh* —dijo—. ¿Me vas a decir que algo me hará volver a la bebida?

—Espero que no, J. C. Se trata de tu amigo Clarence. Quitó inmediatamente la mano de mi cabeza, como si se hubiese quemado.

Una nube cubrió el sol y cayó una breve llovizna, verdadera sorpresa en un día soleado. Dejé que la lluvia me tocara sin moverme del lugar, al igual que J. C., que levantó el rostro para sentir el fresco.

—Clarence —murmuró—. Lo conozco de toda la vida. Ya existía cuando todavía había indios verdaderos. Clarence estaba a la entrada, cuando apenas tenía nueve o diez años, con los cuatro ojos enormes y el pelo rubio y el rostro radiante y el gran libro de dibujos o fotos que hacía firmar. Estaba allí, a la madrugada el día que yo llegué, y a medianoche cuando me fui. ¡Yo era uno de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis!

—¿La Muerte?

—Qué pillo —dijo J. C. riendo—. La Muerte. Con mi culo huesudo subido a un caballo esquelético.

J. C. y yo miramos al cielo para ver si su Muerte seguía allí galopando.

Paró de llover. J. C. se secó la cara y siguió:

—Clarence. Un pobre estúpido, dependiente, solitario, sin vida y sin mujer. Ni mujer, ni amante, ni chico, ni hombre, ni perro, ni cerdo, ni fotos de muchachas, ni revistas de levantadores de pesas. ¡Absolutamente nada! ¡Ni siquiera usa calzoncillos *Jockey*! ¡Calzoncillos largos, todo el verano! Clarence. Dios mío.

Por fin sentí que mi boca cobraba vida.

—¿Has tenido noticias de Clarence... últimamente? —Me llamó por teléfono ayer...

—¿A qué hora?

—A las cuatro y media. ¿Por qué?

Justo después de que yo tocara a su puerta, pensé. —Me llamó, estaba fuera de sí. «¡Se acabó!», decía. «Vienen a buscarme. ¡No empieces con los sermones!», gritaba. Se me heló la sangre. Sonaba como diez mil extras despedidos del trabajo, cuarenta suicidios de productores, noventa y nueve jóvenes estrellas violadas, los ojos cerrados, arreglándoselas como mejor podía. Sus últimas palabras fueron «¡Ayúdame! ¡Sálvame!». Y allí estaba yo, Jesús, al otro lado de la línea, Cristo que ya no daba más. ¿Cómo iba a ayudar a nadie cuando yo era la causa, no la cura? Le dije a Clarence que se tomara dos aspirinas y me llamara por la mañana. Tendría que haber salido

corriendo para allí. ¿Tú habrías salido corriendo si hubieras estado en mi lugar?

Recordé a Clarence tirado en esa inmensa tarta de bodas, capas de libros sobre capas de tarjetas, fotos y sudor de histeria, pegadas una a otra.

J. C. me vio sacudir la cabeza.

—Murió, ¿no es cierto? *Tú* —agregó—, ¿sí fuiste corriendo?

Asentí.

—¿No fue muerte natural?

Moví la cabeza negativamente.

—¡Clarence!

Era un grito para espantar a los animales y a los pastores dormidos. Era el comienzo de un sermón acerca de las tinieblas.

J. C. se puso en pie de un salto, con la cabeza echada hacia atrás. Le saltaban lágrimas de los ojos.

—... Clarence...

Y caminó, con los ojos cerrados, bajando del Monte, dejando los sermones perdidos, rumbo a la otra colina, el Calvario, donde lo esperaba su cruz. Lo seguí.

Mientras avanzaba a grandes pasos, J. C. preguntó: —¿Estás seguro de que no llevas nada encima? Alcohol, algo fuerte. ¡Demonios! ¡Iba a ser un día tan *agradable*! ¡Clarence, idiota!

Llegamos a la cruz y J. C. buscó algo atrás y soltó una amarga risa de alivio, mientras sacaba una bolsa que hacía ruidos líquidos.

—La sangre de Cristo en una bolsa de papel madera en una botella sin etiqueta. ¿A *qué* ha llegado la ceremonia? —Bebió y volvió a beber.— ¿Y ahora qué hago? ¿Subir, clavarme y esperarlos a *ellos*?

—¿*A ellos*!?

—Por Dios, hijo, ¡es sólo cuestión de tiempo! ¡Luego me clavarán las muñecas, me colgarán de las balísticas! ¡Clarence está *muerto*! ¿Cómo?

—Asfixiado bajo sus fotografías.

J. C. se quedó tieso. —¿Quién te lo *contó*?

—*Yo* lo vi, J. C., pero no lo conté a nadie. Él sabía algo y lo mataron. Y tú, ¿*tú* qué sabes!?

—¡Nada! —J. C. sacudió la cabeza con fuerza.— ¡No!

—Hace dos noches, frente al Brown Derby, Clarence reconoció a un hombre. ¡El hombre lo amenazó con golpearlo! ¡Clarence se fue *corriendo*! ¿Por qué?

—¡No trates de averiguarlo! —dijo J. C.—. Apártate. No quiero que te arrastren conmigo. No puedo hacer nada sino esperar... —Se le quebró la voz.— Ahora que Clarence está muerto, no van a tardar mucho en pensar que fui *yo* el que le dijo que fuera al Brown Derby...

—¿*Y fuiste* tú!?

¿Y a mí?, pensé. ¿*También* me dejaste un mensaje a mí para decirme que fuera allí!?

—¿Quién fue, J. C.? ¡Ellos, ¿quiénes son ellos?! Andan matando gente por todos lados. ¡Incluso a mi amigo Roy, tal vez!

—¿Roy? —J. C. se quedó en silencio, como guardando un secreto.— ¿Muerto? Tiene suerte. ¿Escondido? No tiene sentido. ¡Lo encontrarán! Como a mí. Supe demasiado durante muchos años.

—¿Desde hace cuánto?

—¿Para qué quieres saber?

—Tal vez me maten a mí también. Tropecé con algo pero no sé qué es. Roy tropezó con algo y lo mataron o se escapó. Dios mío, alguien mató a Clarence porque él tropezó con algo. Es cuestión de tiempo antes de que se pongan a pensar: qué demonios, tal vez yo conozco a Clarence *demasiado* bien, y me matan, para quedarse tranquilos. J. C., Manny va a cerrar el estudio durante dos días. Para limpiar, pintar. Por Dios, no. ¡Es por Roy! ¡Imagínate! Decenas de miles de dólares tirados por la ventana para encontrar a un bobo demente cuyo único delito fue vivir en un mundo de hace diez millones de años, que se obsesionó con una bestia de arcilla y ahora tiene precio puesto a su cabeza. ¿Por qué Roy es tan importante? ¿Por qué, como Clarence, tiene que morir? Tú. La otra noche. Dijiste que estabas en el Calvario. Viste el muro, la escalera, el cuerpo en la escalera. ¿Viste la cara de ese cuerpo?

—Estaba demasiado lejos. —A J. C. le tembló la voz.

—¿Viste la cara del hombre que subió el cuerpo a la escalera?

—Estaba oscuro...

—¿Era la Bestia?

—¿La qué?

—El hombre de la cara de cera rosa derretida, con el ojo derecho tapado por su propia carne y la boca espantosa. ¿Fue él quien arrastró el falso cadáver y lo subió a la escalera para asustar al estudio, asustarte a ti, asustarme a mí, y chantajear a todo el mundo de alguna manera, por alguna razón? Si me toca morir, J. C., ¿por qué no puedo saber la razón? Dime quién es la Bestia, J. C.

—¿Y hacer que te maten *de verdad*? ¡No!

Por la esquina del plató del fondo del estudio dobló un camión. Pasó por el Calvario, levantando polvo, tocando la bocina.

—¡Cuidado, imbécil! —grité.

El camión se alejó en la polvareda.

Y J. C. corrió detrás.

Un hombre que me llevaba treinta años, corriendo a toda velocidad. ¡Grotesco! J. C. al galope, con la túnica flameando en el aire polvoriento, como si fuera a despegar, a volar, gritando al cielo cosas ininteligibles.

¡No vayas a casa de Clarence!, estuve a punto de gritar.

Tonto, pensé. Clarence se adelantó demasiado. ¡No lo alcanzarás nunca!

Fritz Wong esperaba con Maggie en la Sala de Proyección 10.

—¿Dónde has estado? —exclamó—. ¿Sabes lo que pasó? ¡Ahora a la película le hace falta *el medio!*

Me venía bien hablar de algo tonto, necio, ridículo, una locura que sanase mi creciente locura. Dios mío, pensé, hacer películas es como hacer el amor con las gárgolas. Uno se despierta y se da cuenta de que está aferrado al espinazo de una pesadilla de mármol y piensa: ¿Qué *hago* aquí? Diciendo mentiras, poniendo caras. Para hacer una película a la que irán o de la que huirán veinte millones de personas.

Y todo hecho en las salas de proyección por engendros que se desviven por personajes que nunca vivieron.

Qué agradable era, pues, esconderse en ese lugar con Fritz y Maggie, gritar disparates y hacernos los tontos.

Pero los disparates no sirvieron.

A las cuatro y media pedí que me disculparan y corrí al aseo de hombres. En el vomitorio perdí el color de las mejillas. El vomitorio. Así llaman todos los escritores a los retretes después de haber oído las brillantes ideas de los productores.

Traté de que me volviera el color a la cara restregándola con agua y jabón. Me quedé inclinado sobre el lavabo durante cinco minutos, dejando que la tristeza y el miedo se escurrieran por la cañería. Tras una última arcada seca, me lavé de nuevo y volví tambaleándome a enfrentarme con Maggie y Fritz, agradeciendo que la sala de proyección estuviera a oscuras.

—¡Tú! —dijo Fritz—. Cambias una escena y arruinas el resto. Le mostré a Manny tu última última cena al mediodía. Ahora, por tu maldito final de maravillas, dice que, mal que le pese, debemos volver a filmar algunas de las escenas del principio, o la película va a parecer una víbora muerta con una cola viva. Él no te lo va a decir personalmente; cuando me lo dijo sonaba como si se estuviera comiendo sus propias entrañas, o tus tripas a la cacerola. Te llamó cosas que yo no oso pronunciar, pero finalmente dijo: Haz que ese cabrón se ponga a trabajar en las escenas nueve, catorce, diecinueve, veinticinco y treinta. Hopscotch reescribe y vuelve a filmar las escenas. *Si* hacemos nuevas tomas de una de cada dos escenas, tal vez le hagamos creer a la gente que tenemos una buena película mediocre.

Sentí que me volvía a la cara el viejo y cálido color.

—¡Es un trabajo muy importante para un escritor novel! —exclamé—. ¡Hay que pensar en el tiempo!

—¡En los próximos tres días! Ya hemos avisado a los actores. Voy a llamar a Alcohólicos Anónimos para que le sigan los pasos a J. C. durante setenta y dos horas, ahora que sabemos dónde se oculta...

Lo miré en silencio, y no pude decirles que por mi culpa J. C. había huido asustado del estudio.

—Parece que soy el responsable de muchas cosas malas esta semana —dije al fin.

—¡Sísifo, quédate! —Fritz se inclinó para posarme las manos en los hombros.— Hasta que te encuentre una roca más grande para empujar cuesta arriba. No eres judío; no *trates* de sentir culpa. —Me arrojó unas hojas.— Escribe, reescribe. ¡Re-reescribe!

—¿Estás seguro de que Manny quiere que haga esto?

—En realidad *él* preferiría atarte entre dos caballos y disparar un tiro, pero así es la vida. Primero un poco de odio. Luego mucho odio.

—¿Y *Los muertos corren rápido*? ¡Manny quiere que vuelva a trabajar en esa película!

—¿Desde cuándo? —Fritz se había puesto en pie.

—Desde hace media hora.

—Pero no puede hacer eso sin...

—Claro. Sin Roy. Y Roy no está. Y se supone que tengo que encontrarlo. Y van a cerrar el estudio durante cuarenta y ocho horas para reconstruir y repintar lo que no necesita pintura nueva.

—Imbéciles. Idiotas. Nadie me dice nada. Bueno, no necesitamos este maldito estudio. Podemos reescribir a Jesús desde mi casa.

Sonó el teléfono. Fritz estuvo a punto de estrangularlo con la mano, luego me lo pasó a mí.

Era una llamada del Templo del Ángelus de Aimee Semple McPherson.

—Discúlpeme, señor —dijo una voz de mujer que apenas se podía dominar—, pero ¿conoce usted a un hombre que dice llamarse J. C.?

—¿J. C.?

Fritz cogió el teléfono. Yo se lo quité. Compartimos el auricular:

—Dice ser el espíritu de Cristo renacido y nuevamente arrepentido...

—¡Déjame a mí! —gritó otra voz, de hombre—. ¡Habla el reverendo Kempo! ¿Conocen ustedes a este horrible anticristo? ¡Vamos a llamar a la policía, pero si los periódicos se enteraran de que Jesús fue echado de nuestra iglesia, ¡ya saben! ¡Tienen treinta minutos para venir a salvar a este sinvergüenza de la ira de Dios! ¡Y de la mía!

Dejé caer el teléfono.

—Cristo —le dije a Fritz con un gemido— ha resucitado.

49

El taxi me dejó delante del Templo del Ángelus en el mismo momento en que los últimos rezagados de algunas clases nocturnas sobre la Biblia salían del edificio por numerosas puertas.

El reverendo Kempo esperaba afuera, retorciéndose las manos ásperas y caminando como si le hubieran metido una vara de dinamita en el trasero.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, acercándose de prisa. Se detuvo de pronto, temeroso—. Usted *es* el joven amigo de esa criatura que está allí dentro, ¿verdad?

—¿J. C.?

—¡J. C.! ¡Qué abominación más criminal! ¡Sí, J. C.!

—Yo soy su amigo.

—Qué pena. ¡Rápido, vamos!

Y me hizo entrar a la iglesia arrastrándome del codo y me llevó por el pasillo de la nave central. Estaba desierta. Del cielo llegaba el suave sonido de plumas, una bandada de alas de ángeles. Alguien estaba probando el equipo de sonido con diversos susurros celestiales.

—¿Dónde está...? —Me quedé callado.

Pues allí, en medio del escenario, en el resplandeciente trono de Dios de veinticuatro quilates, estaba sentado J. C.

Estaba sentado con rigidez, los ojos mirando a través de las paredes de la iglesia, las manos, palmas para arriba, descansando en los dos apoyabrazos.

—J. C. —Fui al trote por el pasillo y me detuve otra vez.

Pues sangre fresca goteaba de cada una de las cicatrices de las muñecas expuestas.

—¿No es espantoso? ¡Ese hombre terrible! ¡Que se vaya! —gritó el reverendo a mis espaldas.

—¿Ésta es una iglesia cristiana? —pregunté.

—¿Cómo se *atreve* a preguntar semejante cosa!

—¿No cree que en un momento como éste —pregunté— el propio Cristo mostraría misericordia?

—¿¡Misericordia!?! —exclamó el reverendo—. Nos interrumpió cuando estábamos oficiando el servicio, gritando: «¡Soy el verdadero Cristo! ¡Temo por mi vida! ¡Abran paso!». Corrió hasta el estrado para mostrar las heridas. Habría sido lo mismo que *mostrara* sus partes. ¿*Perdonarle*? La gente primero no supo qué hacer de la sorpresa y luego casi se arma un tumulto. Quizá nuestra congregación no vuelva nunca. Si hablan, si empiezan a llamar los periódicos, ¿entiende lo que le digo? ¡Nos hizo

quedar como unos ridículos, su amigo!

—Mi amigo... —Pero a mi voz le faltó brillo mientras subía hacia donde estaba el actorcillo shakespeariano.— J. C. —le grité, como si estuviera al otro lado de un abismo.

Los ojos de J. C., fijos en la eternidad, parpadearon, volvieron a enfocarse.

—Ah, hola, chico —dijo—. ¿Qué hay?

—¡¿Qué *hay*?! —exclamé—. ¡Acabas de meterte en un lío tremendo!

—¡Oh, no, no! —J. C. vio de repente dónde estaba y levantó las manos. Se quedó mirando como si alguien le hubiera arrojado dos tarántulas gemelas.— ¿Han vuelto a hostigarme? ¿Me han seguido? Es el fin. ¡Protégeme! ¿Has traído una botella?

Me palpé los bolsillos como si fuera mi costumbre llevar ese tipo de cosas. Me volví para mirar al reverendo, que, lanzando una catarata de improperios, se escabulló detrás del trono y me pasó bruscamente un poco de vino tinto.

J. C. se abalanzó sobre la botella, pero yo la aparté y la sostuve como un señuelo.

—Por aquí. Luego la descorcharemos.

—¡Te *atreves* a hablarle a Cristo de ese modo!

—¿¡Y usted se atreve a ser Cristo!? —gritó el reverendo.

J. C. dio media vuelta. —No es que me atreva, señor. Lo *soy*.

Ensayó un gesto altivo y cayó rodando los escalones.

El reverendo gruñó, como si el corazón le hubiera indicado a las manos que era hora de asesinar.

Ayudé a J. C. a ponerse en pie y, mostrándole la botella, lo conduje sin dificultades por el pasillo hasta la calle.

El taxi todavía estaba esperando. Antes de subirse, J. C. se volvió y miró al reverendo, que se había quedado en la puerta del templo con el rostro encendido de odio.

J. C. levantó las dos garras carmesí.

—¡Refugio! ¿Sí? ¿*Refugio*?

—¡Ni el infierno, señor —gritó el reverendo—, lo admitiría a usted!

¡*Slam!*

Dentro del templo, imaginé mil alas de ángeles liberadas, tamizando el aire ahora impuro.

J. C. entró tambaleándose en el taxi, cogió el vino y se inclinó hacia adelante para susurrarle al conductor:

—¡Getsemaní!

Nos pusimos en marcha. El conductor miraba con un ojo la guía de las calles.

—Getsemaní —dijo entre dientes—. ¿Es una calle? ¿Una avenida? ¿O un *lugar*?

50

—Ni la cruz es segura, ya ni la cruz es segura —balbuceó J. C. mientras atravesábamos la ciudad, mirando fijamente las muñecas lastimadas como si no pudiera creer que estaban unidas a los brazos—. ¿Adónde irá a parar el mundo?

J. C. miró por la ventana las casas que se sucedían a nuestro paso.

—¿Cristo sería un maníaco-depresivo? ¿Como yo?

—No —dije sin convicción—, no le faltaba un tornillo. Pero a ti no sólo te falta eso sino también la rosca y la arandela. ¿Qué fue lo que te puso en este estado?

—Me perseguían. Me están buscando. Soy la Luz del Mundo. —Pero dijo esto último en un tono muy irónico.— Por Cristo, ojalá no supiera todo lo que sé.

—Cuéntame. Desembucha.

—¡Y te perseguirán a *ti* también! Clarence —murmuró—, él tampoco corrió con suficiente rapidez, ¿verdad?

—Yo también conocí a Clarence —dije—. Hace años...

Eso asustó aún más a J. C. —¡No se lo digas a nadie! No lo sabrán de mi boca.

J. C. bebió la mitad de la botella de vino de un trago, guiñó un ojo y dijo: —Cierra el pico.

—¡No, J. C.! Tienes que decirme, por si acaso...

—¿... no llego vivo a mañana? ¡No *llegaré!* Pero no quiero que nos maten a los dos. Tú eres un pelmazo simpático. Que los niños vengan a mí y, Dios santo, ¿quién aparece? ¡*Tú!*

Tomó un sorbo y se pasó la mano por la boca, quitándose la sonrisa.

Nos detuvimos en el camino. J. C. se empecinó en salir del coche para comprar ginebra. Lo amenacé con golpearlo y fui a comprarla yo mismo.

El taxi entró en el estudio y aminoró la marcha cerca de la casa de mis abuelos.

—¡Oye! —dijo J. C.—, ¡si parece la Iglesia Bautista para Negros de la Avenida Central! ¡No puedo entrar en ese lugar! No soy ni negro ni bautista. Soy sólo Cristo, ¡y judío! ¡Dile adónde *ir!*

El taxi se detuvo en el Calvario a la puesta del sol. J. C. miró hacia su vieja y conocida percha. —¿Es ésa la *verdadera* cruz? —Se encogió de hombros.— Tanto como yo soy el verdadero Jesús.

Miré la cruz. —No puedes esconderte allí, J. C. Ya todo el mundo sabe que ése es tu lugar. Debemos encontrar un sitio realmente secreto para que te quedes si llaman para rehacer las tomas.

—No comprendes —dijo J. C.—. El Cielo está cerrado, y también el Infierno. Me

encontrarían en un nido de ratas o en el trasero de un hipopótamo. El Calvario, más el vino, es el único lugar. Ahora, quita tu pie de mi toga.

Se echó lo que quedaba del vino al colete, salió y comenzó a subir la cuesta.

—Gracias a Dios, he terminado todas las escenas importantes —dijo J. C—. Se acabó, hijo. —J. C. me tomó de las manos. Ahora, después de bajar de las alturas a las profundidades y de haberse estabilizado luego a mitad de camino, se lo veía muy tranquilo.— No tendría que haber huido. Y tú no deberías dejar que te vieran aquí hablando conmigo. Traerán más martillos y clavos y te harán actuar representando el papel de otro ladrón más a mi izquierda. O el de Judas. Traerán una cuerda y de pronto te convertirás en Iscariote.

Se volvió y puso las manos en la cruz y un pie en la pequeña clavija que había en el costado.

—¿Una última cosa? —dije—. ¿Conoces a la Bestia?

—Dios mío, ¡yo estaba allí la noche en que *nació!*

—¿En que nació?

—En que nació, claro, ¿qué entendiste?

—Explícame, J. C., ¡tengo que saber!

—Y morir por saber, pobre de ti —dijo J. C.—. ¿Para qué quieres morir? *Jesús* salva, ¿no es así? Pero si yo soy Jesús y estoy perdido, ¡todos vosotros estáis perdidos! Mira a Clarence, el pobre desgraciado. Los tipos que acabaron con él están muy asustados. Y cuando se asustan, se vuelven locos, y cuando se vuelven locos, odian. ¿Alguna vez has oído hablar del odio *verdadero*, chico? Es así: no hacen trabajos mal hechos ni les reducen la pena por buena conducta. Alguien dice: a matar, y es a matar. Y tú andas por allí con tus ideas infantiles acerca de la gente. Por Dios, no podrías distinguir a una puta de verdad si te mordiera o a un asesino de verdad si te clavara un cuchillo. Te morirías y, al morir, dirías: ah, es *así*, pero es demasiado tarde. Así que escucha al viejo Jesús, tonto.

—Un tonto conveniente, un idiota útil. Eso es lo que dijo Lenin.

—¿¡Lenin!?! ¡Te das cuenta! En un momento como éste, cuando yo grito: ¡Allí están las cataratas del Niágara!, ¿¡dónde tienes tu barril!?, tú te arrojas desde el despeñadero sin paracaídas. ¿¡Lenin!?, ¡ahhh! ¿Para dónde queda el manicomio?

J. C. terminó el vino, temblando.

—Idiota —tragó saliva—, útil.

—Ahora escúchame —dijo, pues le estaba haciendo efecto el alcohol—. No te lo diré otra vez. Si te quedas conmigo, te aplastarán. Si supieras lo que yo sé, te enterrarían en diez tumbas diferentes del otro lado del muro. Cortado en pedazos bien iguales, uno en cada parcela. Si tu mamá y tu papá estuvieran vivos, los quemarían. Y a tu mujer...

Me abracé los codos. J. C. suavizó el tono.

—Perdón. Pero es que eres vulnerable. Dios, todavía estoy sobrio. Dije «vulnerable». ¿Cuándo vuelve tu mujer?

—Pronto.

Y fue como un gong fúnebre tocado en pleno mediodía.

Pronto.

—Entonces presta atención al último libro de Job. Se acabó. No pararán hasta que nos hayan matado a todos. Esta semana se les fueron las cosas de las manos. Ese cuerpo sobre el muro que viste. Lo pusieron allí para...

—¿Chantajear al estudio? —dije citando a Crumley—. ¿Acaso están asustados de Arbuthnot, después de tanto tiempo?

—¡Asustados hasta el tuétano! A veces los muertos que están bajo tierra tienen más poder que los vivos sobre ella. Mira si no a Napoleón, ¡muerto hace ciento cincuenta años, y todavía vivo en doscientos libros! ¡Hay calles y niños que llevan su nombre! ¡Perdió todo lo que tenía, ganó con haber perdido! ¿Hitler? Nos acompañará durante diez mil años. ¿Mussolini? ¡Colgará cabeza abajo en esa estación de servicio el resto de nuestras vidas! ¡Incluso Jesús! —Se miró las marcas.— No estuve tan mal. Aunque ahora tengo que morir de nuevo. Pero ni por asomo me voy a llevar a rastras a un pobre infeliz como tú. Ahora, cállate la boca. ¿Hay otra botella?

Saqué la ginebra.

Me la quitó de la mano. —¡Ayúdame a subir a la cruz y lárgate de una vez!

—No te puedo dejar aquí, J. C.

—No hay ningún otro sitio para *dejarme*.

Se tomó casi toda la botella.

—¡Esa cosa te matará! —protesté.

—Lo que esto mata es el *dolor*, chico. Cuando vengan a buscarme, ni siquiera estaré aquí.

J. C. comenzó a subir.

Arañé la madera gastada de la cruz, luego la golpeé con los puños, con el rostro mirando hacia arriba.

—¡J. C.! Demonios, si ésta es tu última noche en la tierra... ¡al menos sal de aquí *limpio*!

J. C. dejó de trepar. —¿Qué?

Me salió como un disparo de la boca: —¿¡Cuándo te confesaste por última vez!? ¿Cuándo, *cuándo*?

Sacudió la cabeza de sur a norte, de modo que quedó mirando al muro del cementerio y más allá.

Me sorprendí a mí mismo: —¿Dónde? ¿*Dónde* te confesaste?

Tenía el rostro fijo hacia el norte, como hipnotizado, lo cual me hizo pegar un salto y encaramarme, aferrándome a las clavijas, tanteando con los pies.

—¿Qué *haces*? —gritó J. C.—. ¡Éste es *mi* lugar!

—Ya no, ¡mira lo que hago!

Rodeé la cruz y me quedé a sus espaldas, de modo que tuvo que darse vuelta para gritar: —¡Baja!

—¿Dónde te confesaste, J. C.?

Me miraba, pero sus ojos se desviaron hacia el norte. Deslicé la vista y la posé en el largo travesaño donde se podrían clavar un brazo y una muñeca y una mano.

—¡Dios, claro! —dije.

Pues, alineados como en la mira de un rifle, estaban el muro y el lugar en el muro donde habían puesto el muñeco de cera y papel *mâché* y, más adelante, detrás de un prado de piedras, ¡la fachada y las puertas acogedoras de la iglesia de San Sebastián!

—¡Claro! —dije, agitado—. Gracias, J. C.

—¡Baja!

—Ahora bajo. —Y aparté la mirada del muro no sin antes ver el rostro de J. C., que una vez más se volvía hacia el país de los muertos y la iglesia situada detrás.

Bajé.

—¿¡Adónde vas!?! —dijo J. C.

—Adonde tendría que haber ido hace días...

—Eres un imbécil. ¡No te acerques a esa iglesia! ¡Es peligrosa!

—¿Una iglesia peligrosa? —Interrumpí el descenso y miré hacia arriba.

—¡Sí, esa iglesia sí! ¡Está del otro lado del cementerio, y tarde por la noche queda abierta para que pueda entrar cualquier tonto que lo desee!

—Él va a esa iglesia, ¿no es así?

—¿Él?

—Demonios. —Sentí un escalofrío.— Antes de ir al cementerio por la noche, entra a confesarse, ¿no es así?

—¡Maldita sea! —chilló J. C.—. ¡Ahora sí que *estás* perdido! —Cerró los ojos, gruñó, y empezó a acomodarse en el poste oscuro; era pleno ocaso, se acercaba la noche—. ¡Adelante! ¿Quieres terror? ¿Quieres espanto? Ve a escuchar una confesión de verdad. Escóndete, y cuando él llegue tarde por la noche, sí, muy tarde, y tú escuches, ¡el alma se te marchitará, arderá y morirá!

Lo cual hizo que me aferrara al poste con tanta fuerza que se me clavaron astillas en las palmas de las manos. —¿J. C.? Tú sabes todo, ¿verdad? En nombre de Jesucristo, J. C., cuéntamelo antes de que sea demasiado tarde. Tú sabes por qué subieron el cadáver al muro. ¿Acaso la Bestia lo subió para asustar a la gente? ¿Quién es la Bestia? Cuéntame. Cuéntame.

—Qué niño cabrón inocente y estúpido eres. Por Dios, hijo. —J. C. me miró.— Vas a morir y ni siquiera sabrás por qué.

Extendió los brazos, uno hacia el norte y el otro hacia el sur, para asir el travesaño, como si fuera a salir volando. Pero en cambio se le cayó una botella vacía que se rompió a mis pies.

—Pobre cabrón —murmuró hacia el cielo.

Dejé la cruz y salté el último metro. Cuando llegué al suelo le grité una vez más, agotado: —¿J. C.?

—Vete al infierno —dijo él, con tristeza—. Porque si algo no sé es dónde queda el

Cielo...

Oí coches y gente que se acercaba.

—Corre —susurró J. C. desde el cielo.

No pude correr. Me alejé caminando despacio.

51

Me encontré con Doc Phillips, que salía de Notre Dame. Llevaba una bolsa de plástico y tenía el semblante de esos tipos que recorren las plazas públicas con pinchos, clavando la basura para luego meterla en bolsas y quemarla. Me miró confundido, pues yo tenía un pie en los escalones como si estuviera yendo a misa.

—Vaya, vaya —dijo, demasiado apresurada y sinceramente—. ¡Aquí está el niño prodigio que le enseña a Cristo a caminar sobre el agua y pone a Judas Iscariote de vuelta en la rueda de presos!

—Yo no —protesté—. Los cuatro apóstoles. Lo único que hago yo es seguirles los pasos.

—¿Qué haces aquí? —dijo, cortante, mirándome de arriba abajo y apretando con los dedos la bolsa de basura. Olí incienso, y su colonia.

Decidí arriesgarme.

—La puesta del sol. Es la mejor hora para pasear. Dios mío, cómo me gusta este lugar. Tengo la intención de comprarlo algún día. No se preocupe, a usted lo conservaré. Cuando llegue ese momento, echaré abajo las oficinas y haré que todo el mundo viva realmente la historia. ¡Que Manny trabaje en la Décima Avenida, en Nueva York, eso! ¡Y Fritz en Berlín, eso! Yo, en Green Town. ¿Y Roy? Si vuelve alguna vez, el chiflado, que le construyan una granja de dinosaurios más allá. ¡Haré disparates! En lugar de cuarenta películas por año, haré doce, ¡todas obras maestras! Nombraré a Maggie Botwin vicepresidente del estudio, por lo inteligente que es esa mujer, y pondré de nuevo a Louis B. Mayer a trabajar. Y...

Se me acabaron las fuerzas.

Doc Phillips estaba allí con el labio inferior colgando como si yo le hubiera dado una granada a punto de estallar.

—¿A alguien le importaría si entro en Notre Dame? Me gustaría subir e imaginarme que soy Quasimodo. ¿Es peligroso?

—¡Sí! —dijo Doc con demasiada presteza, caminando a mi alrededor como un perro alrededor de un árbol—. Sí que es peligroso. Estamos reparando algunas cosas. Estamos pensando en derribar toda la estructura.

Dio media vuelta y se alejó caminando. —Chiflado. ¡Estás *chiflado*! —exclamó y desapareció dentro de la catedral.

Miré la puerta abierta durante unos diez segundos y de pronto me quedé paralizado.

Porque oí que de adentro salía una especie de gruñido y luego un quejido y luego

un sonido parecido al de un cable o una soga que pegaba contra las paredes.

—¿¡Doc!?

Avancé un paso, pero no vi nada.

—¿Doc?

Una sombra subió corriendo a las alturas de la catedral. Era como un gran saco de arena arrastrado hacia arriba en la oscuridad.

Me hizo recordar el cuerpo de Roy que colgaba balanceándose en el Estudio 13.

—¿¡Doc!?

Se había ido.

Mirando hacia arriba en la oscuridad vi algo que se asemejaba a las suelas de sus zapatos que se deslizaban cada vez más hacia lo alto.

—¡Doc!

Entonces ocurrió.

Algo dio contra el piso de la catedral.

Un zapato negro.

—¡Cristo! —grité.

Retrocedí y vi una larga sombra que se recortaba en el cielo de la catedral.

—¿Doc? —dije.

—¡Atrápelo!

Crumley le arrojó un billete de diez dólares al conductor de mi taxi, que protestó y se marchó.

—¡Igual que en el cine! —dijo Crumley—. Los tipos le arrojan dinero a los taxistas y nunca reciben el cambio. Da las gracias.

—¡Gracias!

—Dios mío. —Crumley me estudió la cara.— Métete adentro. Métete *eso* adentro. —Crumley me alcanzó una cerveza.

Mientras bebía le conté a Crumley lo de la catedral, lo de Doc Phillips, que había oído algo parecido a un llanto, que había visto una sombra que se deslizaba hacia arriba en la oscuridad y que un zapato negro había caído al suelo polvoriento de la catedral.

—Vi todo eso. Pero ¿quién sabe? —concluí—. El estudio está cerrando sus puertas con clavos. Yo pensé que Doc era un bandido. Uno de los otros bandidos debe de haberlo matado. A esta altura ya no debe de quedar ni el cadáver. Pobre Doc. Pero, ¿qué digo? ¡Si ni siquiera me *caía bien*!

—Dios todopoderoso —dijo Crumley—, tú me traes las palabras cruzadas del *New York Times* cuando *bien sabes* que las únicas que puedo hacer son las del *Daily News*. Arrastras cadáveres por mi casa como un gato orgulloso de su presa, sin motivo ni razón. Cualquier abogado te arrojaría por la ventana. Cualquier juez te aplastaría los sesos con su mazo. Los psiquiatras se negarían a otorgarte el privilegio del electroshock. Podrías pasearte en coche por el Bulevar Hollywood con todas esas pruebas irrisorias y no te detendrían por contaminar el aire.

—Sí —dije, hundiéndome en la depresión.

Sonó el teléfono.

Crumley me lo alcanzó.

Una voz dijo: —Lo buscan por aquí, lo buscan por allá, buscan al bandido por todas partes. ¿Está en el cielo, está en el infierno...?

—¡Ese maldito y escurridizo Pimpinela! —dije pegando un alarido.

Dejé caer el teléfono como si lo hubiera destrozado una bomba. Lo volví a recoger.

—¿Dónde *estás*? —grité.

Hmmm. Bzzz.

Crumley se llevó el auricular a la oreja, sacudió la cabeza.

—¿Roy? —dijo.

Asentí, tambaleante.

Me mordí un nudillo, tratando de levantar un muro en el cerebro para evitar lo que venía.

Me saltaron las lágrimas.

—Está vivo, ¡vivo *de verdad!*

—Tranquilo. —Crumley me puso otro vaso de cerveza en la mano.— Baja la cabeza.

Me incliné para que pudiera hacerme unos masajes en la nuca. Me goteaba la nariz. —Está vivo. Gracias a Dios.

—¿Por qué no llamó antes?

—Tal vez tenía miedo. —Hablé a ciegas hacia el piso.— Como dije: están cerrando, clausurando el estudio. Quizá quería que pensara que estaba muerto, así no me tocarían. Quizá sabe más de la Bestia que nosotros.

Meneé la cabeza.

—Los ojos cerrados. —Crumley me masajeaba el cuello.— La boca cerrada.

—Dios mío, está atrapado, no puede salir. O no quiere. Oculto. ¡Debemos *rescatarlo!*

—Rescatarlo, un pepino —dijo Crumley—. ¿En qué ciudad está? ¿En Boston o en el estudio del fondo? ¿En Uganda o en el patio de atrás? ¿En el Teatro Ford? Nos matarán a tiros. Hay noventa y nueve malditos lugares en los que podría ocultarse, ¿y nosotros vamos a ir a merodear, pasando inadvertidos como dos avestruces en medio de una jauría, cantando como los tirolese para que salga, y nos maten? ¡Ve *tú* si quieres a recorrer ese estudio!

—Cobarde.

—¡Ya lo *creo!*

—¡Me estás rompiendo el cuello!

—¡Ahora te das cuenta!

Con la cabeza gacha, dejé que con los puños y los pulgares me convirtiera todos los tendones y músculos en gelatina caliente. Desde la oscuridad de mi cráneo dije: — ¿Y bien?

—¡Maldita sea, déjame pensar!

Crumley me apretó el cuello con fuerza.

—Sin enloquecernos —farfulló—. Si Roy está allí, tendremos que recorrer toda la manzana como un gusano y encontrarlo en el momento justo en el lugar justo. Sin gritos, o se nos viene la avalancha encima.

Las manos de Crumley se paseaban con suavidad detrás de mis orejas, un padre de verdad.

—Todo esto, seguramente, tiene que ver con que los del estudio están aterrorizados por Arbuthnot.

—Arbuthnot —dijo Crumley, pensativo—. Quiero ver su tumba. Quizás hay algo

allí, alguna clave. ¿Estás seguro de que sigue allí?

Me puse en pie y miré a Crumley.

—Quieres decir: ¿*Quién está* en la tumba de Grant?

—La vieja broma, sí. ¿Cómo sabemos que el general Grant todavía está allí?

—No lo *sabemos*. Los ladrones robaron el cadáver de Lincoln dos veces. Hace setenta años, prácticamente ya lo tenían fuera del cementerio cuando los pescaron.

—¿*En serio?*

—Tal vez.

—¿¡Tal vez!? —gritó Crumley—. ¡Dios, voy a dejarme crecer más pelo, así me lo puedo arrancar! ¿Vamos a ver la tumba de Arbuthnot?

—Bueno...

—¡Maldita sea, no digas «bueno»! —Crumley se rascó la calva con furia.— Te has pasado diciendo que el hombre subido a la escalera bajo la lluvia era Arbuthnot. ¡*Tal vez!* ¿Qué tal si alguien se enteró de que había sido un homicidio y hurtó el cadáver para tenerlo como prueba? ¿Qué te parece? Tal vez ese accidente de coches no sucedió porque estaba borracho sino porque lo mataron mientras conducía. De modo que quienesquiera que hagan una autopsia veinte años después tienen una prueba del asesinato, una prueba para chantajear, luego hacen el cadáver falso para asustar al estudio y embolsarse el dinero.

—Crum, eso es tremendo.

—No, puras conjeturas, teorías, porquería. Hay una sola manera de verificarlo. —Crumley miró el reloj.— Esta noche. Llama a la puerta de Arbuthnot. Fíjate si está en la casa, o si alguien vino a llevárselo para adivinar el destino con sus entrañas y asustar lo suficiente a las legiones medio muertas del César para que terminen meando sangre.

Pensé en el cementerio. Por fin dije: —No tiene sentido ir a menos que llevemos a un detective verdadero, para que verifique.

—¿Un detective verdadero? —Crumley dio un paso atrás.

—Un sabueso vidente.

—¿Vidente? —Crumley me estudió la cara con detenimiento.— Ese sabueso, ¿vive acaso en Temple y Figueroa? ¿En el tercer piso?

—En un cementerio a medianoche, por más que veas mucho, hace falta una nariz. ¿*La tiene?*

—¿Henry? ¿El ciego más maravilloso del mundo?

—El que siempre lo *ha sido* —dije.

Estando yo ante la puerta de Crumley, esa puerta se había abierto.

Estando yo junto a la orilla de Constance Rattigan, ella había salido del mar.

Ahora iba de un lado a otro, caminando sobre el piso sin alfombras de la vieja casa donde yo había vivido en otro momento con los sueños futuros en el techo, nada en los bolsillos y una hoja en blanco esperando en la Smith-Corona portátil.

Me detuve frente a la puerta de Henry y sentí cómo se me aceleraba el corazón, pues allí delante estaba la habitación en la que mi querida Fannie había muerto, y era la primera vez que yo volvía desde esos largos y tristes días en los que los buenos amigos se habían ido para siempre.

Golpeé la puerta.

Oí el roce de un bastón y a alguien que carraspeaba casi sin hacer ruido. Crujió el piso.

Oí cómo la frente de Henry tocaba la parte inferior de la puerta.

—Conozco esa manera de llamar —murmuró.

Golpeé de nuevo.

—¿Será posible? —La puerta se abrió por completo.

Los ojos ciegos de Henry miraban a la nada.

—Déjame aspirar hondo.

Él tomó aire. Yo lo solté.

—Dios santo. —A Henry le temblaba la voz como tiembla la llama de una vela con una brisa suave.— Goma de mascar de menta. *¡Eres tú!*

—Soy yo, Henry —dije amablemente.

Henry estiró las manos hacia adelante. Yo las tomé entre las mías.

—¡Dios, hijo mío, eres *bienvenido!* —exclamó.

Y me acercó a su cuerpo y me abrazó, y luego se dio cuenta de lo que había hecho y retrocedió. —Perdón...

—No, Henry. Puedes hacerlo de nuevo.

Y me dio otro largo abrazo.

—¿Dónde has estado, chico, dónde? Ha pasado tanto tiempo, y Henry está aquí en este maldito lugar que pronto derribarán.

Se volvió y fue a tientas hasta la silla y le ordenó a sus manos que encontraran y examinaran dos vasos.

—¿Esto está tan limpio como yo creo que está?

Miré y asentí con la cabeza, pero me acordé y dije «Sí».

—No quiero pasarte ningún germen, hijo. Veamos. Ah, *sí*. —Tiró de un cajón y sacó una botella grande del mejor whisky.— ¿Bebes esto?

—Contigo, sí.

—¡De eso se trata la amistad! —Sirvió el whisky. Ofreció el vaso al aire vacío. Por alguna razón, allí estaba mi mano.

Levantamos en alto los vasos y a él le corrieron lágrimas por las mejillas negras.

—Me imagino que no sabías que los negros ciegos lloraban, ¿o lo sabías?

—Lo sé ahora, Henry.

—Veamos. —Se inclinó hacia adelante para tocarme la mejilla. Se llevó el dedo a la boca.— Agua salada. Demonios. Eres tan blando como yo.

—Siempre lo fui.

—No cambies eso, hijo. ¿Dónde has estado? ¿La vida te ha dañado? ¿Por qué has venido? —Se calló.— ¡Ah, *ah!* ¿Problemas?

—Sí y no.

—¿Más sí que no? Está bien. No me imaginé que cuando estuvieras libre volverías en seguida. Lo que quiero decir es que esto no es ningún palacio, ¿verdad?

—Tampoco es un cuchitril.

—Pero se le acerca más. —Henry soltó una carcajada.— Dios mío, qué alegría me da oír tu voz, hijo. Siempre pensé que oías bien. Quiero decir que, si alguna vez le pusieran envoltorio a la inocencia, tú estarías dentro, mascando dos tabletas de menta al mismo tiempo. No te has sentado. Siéntate. Te contaré mis pesares. Luego tú me contarás los tuyos. Tiraron abajo el muelle de Venice, sacaron las vías del ferrocarril de corta distancia de Venice, sacaron todo. La semana que viene, van a destrozar este edificio. ¿Adónde van todas las ratas? ¿Cómo vamos a abandonar el barco sin botes salvavidas?

—¿Estás seguro?

—Tienen termitas trabajando horas extras en el subsuelo. Tienen brigadas de explosivos en el techo, ardillas y castores royendo las paredes y una caterva de trompetistas aprendiendo Jericó, Jericó, practicando en la calle para que esto se desplome. Pero *y después*, ¿adónde vamos? No quedamos muchos. Fannie no está más, Sam se murió de borracho y Jimmy se ahogó en la bañera. No pasó mucho tiempo antes de que todos sintiéramos que la vieja Muerte estaba abusando de nosotros, que nos pasaba rozando, se podría decir. La melancolía, por progresiva que sea, basta para vaciar una pensión en menos de lo que canta un gallo. Si dejas entrar a un ratón enfermo, es como si le hubieras abierto la puerta a la plaga.

—¿Tan mal andan las cosas, Henry?

—Mal, yendo para peor, pero no hay problema. Es hora de cambiar, de todos modos. Cada cinco años, empaca el cepillo de dientes, compra un par de calcetines nuevos y lárgate, eso es lo que yo siempre digo. ¿Tienes algún lugar en donde me pueda quedar, hijo? Ya sé, ya sé. Son todos blancos. Pero, qué diablos, yo no veo, por lo tanto ¿qué diferencia hay?

—Tengo un sitio en el garaje, donde escribo a máquina. ¡Es tuyo!

—¡Por Dios, la Virgen y el Espíritu Santo! —Henry se hundió en la silla, y se llevó la mano a la boca.— ¿Es una sonrisa o no es una *sonrisa*? ¡Sólo dos días! —agregó en seguida—. El inservible del marido de mi hermana va a venir a buscarme desde Nueva Orleans para llevarme a casa. Así que te librarás de mí...

Dejó de sonreír, y se inclinó hacia adelante.

—¿Axilas *otra vez*? ¿En ese mundo de afuera?

—No exactamente, Henry. Algo parecido.

—Espero que no muy parecido.

—Bastante —dije, dejando pasar un segundo—. ¿Puedes venir conmigo, ahora mismo? No me gusta meterte prisa, Henry. Y discúlpame por sacarte de noche.

—No te preocupes, hijo —dijo Henry riendo suavemente—, la noche y el día no son más que rumores que oí una vez, cuando era niño.

Se puso en pie, caminó a tientas.

—Espera —dijo— a que encuentre mi bastón. Así veo.

Crumley y el ciego Henry y yo llegamos cerca del cementerio a medianoche.

Al mirar la puerta de entrada, dudé.

—Allí está —dije señalando con la cabeza hacia las lápidas—. La Bestia entró corriendo en ese lugar la otra noche. ¿Qué hacemos si nos topamos con él?

—No tengo la más remota idea. —Crumley se metió por la puerta.

—Caramba —dijo Henry—. ¿Por qué no?

Y me dejó atrás en la noche, en la acera vacía.

Los alcancé.

—Esperad. Dejadme aspirar hondo. —Henry aspiró y dejó salir el aire.— Psí. ¡No cabe duda, es un cementerio!

—¿Te preocupa, Henry?

—Qué va —dijo Henry—, los muertos no son nada. Son los vivos los que me arruinan el sueño. ¿Quieres saber cómo sé que no es un simple jardín? Los jardines siempre tienen distintos tipos de flores, olores diversos. ¿Los cementerios? La mayoría son nardos. De los entierros. Siempre odié los entierros por ese olor. ¿Y cómo me está yendo, detective?

—Magnífico, sin embargo... —Crumley nos apartó de la luz.— Si nos quedamos aquí de pie lo suficiente, alguien va a pensar que necesitamos sepultura y pondrá manos a la obra. ¡Vamos!

Crumley se alejó rápidamente entre mil lápidas blancas como la leche.

Bestia, pensé, ¿dónde estás?

Miré hacia atrás, a donde estaba el automóvil de Crumley, y de pronto sentí como si estuviera dejando a un amigo querido a diez mil kilómetros de distancia.

—Todavía no me has dicho —dijo Henry— para qué traes a un ciego a un cementerio. ¿Necesitas mi nariz?

—Tú y el Sabueso de los Baskerville —dijo Crumley—. Por aquí.

—No toques —dijo Henry—. Tengo el hocico de un perro, pero el orgullo de un gato. Atención, Muerte.

Y nos guió entre las tumbas, tocando con el bastón a derecha e izquierda, como para arrancar grandes pedazos de noche o sacar chispas donde nunca había habido chispas antes.

—¿Cómo me está yendo? —susurró.

Me quedé junto a Henry en medio de todos los mármoles con nombres y fechas y el césped que crecía en silencio entre ellos.

Henry olfateó.

—Huelo una *piedra* grande. Pero ¿qué Braille es *éste*?

Tomó el bastón con la mano izquierda mientras la derecha subía temblando a palpar el nombre tallado sobre la puerta de la tumba griega.

Se le estremecieron los dedos sobre la «A», y quedaron inmóviles en la «T» final.

—Conozco este nombre. —Henry pasaba las hojas de su agenda de nombres detrás de esos ojos blancos como bolas de billar.— ¿No es éste el famoso y finado propietario del estudio que está del otro lado del muro?

—Sí.

—¿El hombre gritón que participaba en todas las reuniones de las juntas directivas y no le dejaba lugar a nadie más? ¿El que se preparaba solo el biberón, se cambiaba solo los pañales, se compró el corral de arena a los dos años y medio, despidió a la maestra de escuela a los tres, mandó a diez niños a la enfermería a los siete, perseguía a las chicas a los ocho, las alcanzó a los nueve, era dueño de un estacionamiento a los diez y del estudio al cumplir los doce, cuando su papá murió y le dejó Londres, Roma y Bombay? ¿Es *ése*?

—Henry —suspiré—, eres maravilloso.

—Me cuesta aceptarlo —admitió Henry, con tristeza—. Bueno.

Alzó la mano para tocar de nuevo el nombre y la fecha grabada debajo.

—31 de octubre de 1934. ¡Halloween! Hace veinte años. Me pregunto qué se siente estando muerto desde hace tanto tiempo. Demonios. ¡Averigüémoslo! ¿A alguien se le ocurrió traer herramientas?

—Una palanca del coche —dijo Crumley.

—Bien... —Henry estiró la mano.— Pero por si acaso... —Tocó con los dedos la puerta de la tumba.— ¡Santo Dios! —exclamó.

La puerta se abrió sola sobre goznes engrasados. ¡No oxidados! ¡Ni chirriantes! ¡Engrasados!

—¡Por todos los cielos! ¡Una invitación! —Henry se puso inmediatamente detrás de nosotros.— No os ofenderéis, puesto que vosotros tenéis las facultades..., así que entrad *primero*.

Toqué la puerta, que se abrió más aún hacia las tinieblas.

—Permíteme.

Crumley se me adelantó, encendió la linterna y se sumergió en la medianoche.

Lo seguí.

—No me dejéis aquí afuera —dijo Henry.

Crumley señaló con la mano. —Cierra la puerta. No quiero que nadie vea la linterna...

Vacilé. Había visto demasiadas películas donde las puertas de las bóvedas se cerraban y la gente quedaba atrapada, pegando alaridos, para siempre. ¿Y si la Bestia estaba allí afuera ahora...?

—¡Por Dios! ¡*Así!* —Crumley empujó la puerta, dejando sólo una rendija de

medio centímetro para que entrara aire.— Vamos. —Dio media vuelta.

El cuarto estaba vacío, salvo por un sarcófago grande de piedra en el centro. No tenía tapa. Dentro del sarcófago tendría que haber habido un ataúd.

—¡Demonios! —dijo Crumley.

Miramos dentro. No había ningún ataúd.

—¡No me digáis nada! —dijo Henry—. ¡Me pondré las gafas negras, así podré oler mejor! ¡Eso es!

Y mientras mirábamos dentro, Henry se inclinó, aspiró hondo, reflexionó detrás de esos lentes oscuros, soltó el aire, sacudió la cabeza y olfateó fuerte otra vez. Luego sonrió.

—¡Caramba! ¡Allí no hay nada!

—No.

—J. C. Arbuthnot —murmuró Crumley—, ¿dónde *estás*?

—Aquí no —dije.

—No *estuvo* nunca —agregó Henry.

Instantáneamente, los dos le clavamos los ojos. Henry asintió, orgulloso.

—Nadie con ese o cualquier otro nombre, en ningún momento, estuvo nunca aquí. Si hubiera habido alguien, yo lo olería, ¿entendéis? Pero no hay ni una escama de caspa, ni una uña del dedo gordo del pie, ni un pelo de la nariz. Ni siquiera la fragancia del nardo o del incienso. Este sitio, mis queridos amigos, nunca fue utilizado por un muerto, ni siquiera durante una hora. Si me equivoco, ¡que me corten la nariz!

Un aire helado me bajó por la espalda hasta los zapatos.

—Santo cielo —musitó Crumley—, ¿para qué iban a construir una bóveda, dejarla vacía y hacer como si la hubieran llenado?

—Tal vez nunca existió el cadáver —dijo Henry—. ¿Y si Arbuthnot no murió?

—No, no —dije—. Los periódicos del mundo entero, las cinco mil personas que lo acompañaron. Yo estaba allí. Yo vi el coche fúnebre.

—¿Qué hicieron entonces con el cuerpo? —dijo Crumley—. ¿Y por qué motivo?

—Yo...

¡La puerta de la bóveda se cerró de golpe!

Henry, Crumley y yo pegamos un grito del susto. Yo me aferré a Henry, Crumley se aferró a los dos. La linterna cayó al suelo. Entre maldiciones, nos agachamos y nos chocamos las cabezas, contuvimos el aliento, esperando a que nos cerraran con llave la puerta. Anduvimos a los tropezones, buscando la linterna y luego apuntando el foco hacia la puerta, esperando la vida, la luz, el aire nocturno para siempre.

Dimos contra la puerta como un alud.

Y, ¡Dios, estaba cerrada con llave de verdad!

—Dios mío, ¿cómo salimos de este lugar?

—No, no —repetía yo.

—Cállate la boca —dijo Crumley—, déjame pensar.

—Piensa rápido —dijo Henry—. Quienquiera que sea el que nos encerró, fue a buscar ayuda.

—Quizás era tan sólo el guardián —dije yo.

No, pensé: la Bestia.

—No, dame esa linterna. Sí. Demonios. —Crumley iluminó los bordes de la puerta.— Todas bisagras exteriores, no hay modo de *alcanzarlas*.

—Bueno —sugirió Henry—, ¿este lugar no tendrá más que una puerta?

Crumley iluminó con la linterna el rostro de Henry. —¿Qué hay con lo que *dije*? —dijo Henry.

Crumley le quitó la luz de la cara y rodeó con ella el sarcófago. Iluminó el techo, el piso, luego las uniones y el borde de la pequeña ventana del fondo, tan pequeña que por ella no podría pasar más que un gato.

—¿No podremos gritar por la ventana?

—Quienquiera que viniese en respuesta, no me gustaría —observó Henry.

Crumley dio una vuelta en redondo, recorriendo el lugar con la linterna.

—Otra puerta —repetía—. ¡Tiene que haber otra puerta!

—¡Sí, tiene que haber! —exclamé.

Sentí una intensa humedad en los ojos, y una horrible sequedad en la garganta. Imaginaba pasos pesados que se acercaban de prisa por entre las tumbas, sombras que venían a golpear, siluetas que llegaban corriendo a sofocarme, llamándome Clarence, deseando que estuviese muerto. Imaginé que la puerta se abría de golpe, y una tonelada de libros, de fotos firmadas y de tarjetas para firmas llegaban en torrente y nos ahogaban.

—¡Crumley! —Agarré la linterna.— ¡Dame eso!

Quedaba un solo sitio donde mirar. Me fijé en el sarcófago. Luego me acerqué para ver mejor y solté el aire.

—¡Mirad! —dije—. Allí, Dios mío, no sé —señalé con la linterna—, huecos, hendiduras, cavidades, lo que sea. Nunca vi algo así en una tumba. Y mirad allí, debajo de la unión, ¿no viene luz de abajo? ¡A ver! ¡Aguardad!

Me subí al borde del sarcófago, tratando de no caerme, y miré hacia abajo, hacia las formas lisas y regulares que había en el fondo.

—¡Ten cuidado, mira bien! —gritó Crumley.

—¡No, *vosotros* mirad bien!

Salté al fondo del sarcófago.

Se oyó un gemido de maquinaria engrasada. La habitación se estremeció mientras allí abajo se deslizaba un contrapeso.

Me hundí junto con el piso del sarcófago. Los pies se me clavaron en la oscuridad. Las piernas los siguieron. Quedé con el cuerpo torcido para adelante cuando la tapa se detuvo.

—¡Escalones! —grité—. ¡Una escalera!

—¿Qué? —Henry se agachó.— ¡Sí, señor!

El fondo del sarcófago, cuando quedaba horizontal, parecía formado por una serie de pirámides truncadas. Ahora que estaba inclinado, esas pirámides eran perfectos peldaños que llevaban a una tumba en un nivel inferior.

Me apresuré a bajar un escalón. —¡Vamos, venid!

—¿¡Venid!?! —dijo Crumley—. ¿Qué demonios hay allí *abajo*?

—¡Qué demonios hay allí *arriba*! —Señalé la puerta cerrada.

—¡Maldita sea! —Crumley pegó un salto hacia arriba para traer a Henry. Henry saltó como un gato.

Descendí muy despacio, temblando, apuntando a todos lados con la linterna. Henry y Crumley me seguían, maldiciendo y resoplando.

Otro tramo de escalera que se unía con la tapa del sarcófago nos llevó otros tres metros más abajo, dentro de una catacumba. Cuando Crumley, el último, llegó abajo, la tapa subió con un zumbido y se cerró de golpe. Miré con los ojos entornados el techo cerrado y vi un contrapeso suspendido en la penumbra. Un enorme anillo de hierro colgaba de la escalera desaparecida. Desde abajo, uno podía cogerlo, usar el peso del cuerpo y tirar fuerte para hacer bajar la escalera.

Todo en un santiamén.

—¡Odio este lugar! —dijo Henry.

—¿Y qué sabes *tú*? —dijo Crumley.

Henry dijo: —Nada, pero igualmente no me gusta. ¡Escuchad!

Arriba, el viento u otra cosa hacía temblar la puerta de entrada.

Crumley me quitó la linterna de las manos y la movió para todos lados. —Ahora *yo* odio este lugar.

Había una puerta en la pared, a unos tres metros. Crumley tiró de ella, soltando un gruñido. La puerta se abrió. Con Henry entre los dos, nos apresuramos a pasar del otro lado. La puerta se cerró ruidosamente a nuestras espaldas. Corrimos.

¿¡Alejándonos, pensé, o acercándonos a la Bestia!?

—¡No miréis! —gritó Crumley.

—¿Qué quieres decir con no *miréis*? —Henry azotaba el aire con el bastón, aporreando el suelo de piedra con los zapatos, rebotando entre nosotros dos. Crumley, a la cabeza, gritó:— ¡No *miréis*, eso es todo!

Pero mientras corríamos, chocando contra las paredes, pasando por encima de montañas de huesos y pirámides de cráneos, vi ataúdes rotos, coronas funerarias desperdigadas, un campo de batalla de la muerte, urnas para incienso resquebrajadas, fragmentos de estatuas, iconos demolidos, como si en la mitad de la celebración un largo desfile de fatalidad hubiera dejado caer sus granadas y hubiese huido, al igual que nosotros, con una luz que rebotaba en el techo cubierto de musgo y se metía en agujeros cuadrados donde la carne había desaparecido y los dientes mostraban su sonrisa.

¿¡No miréis!?, pensé. ¡No, no os detengáis! Mareado por el terror, casi derribé a Henry, que hizo chasquear el bastón como un látigo para hacerme volver a mi lugar,

sin dejar de mover las piernas como un demonio de vista normal.

Pasábamos tropezando de un país a otro, de una hilera de huesos a una hilera de latas, de bóvedas de mármol a bóvedas de cemento, y de pronto nos encontramos en el viejo territorio mudo y blanco y negro. A nuestro lado desfilaban a gran velocidad títulos de películas en latas de rollos apiladas una encima de la otra.

—¿Dónde diablos estamos? —dijo Crumley, jadeando.

—¡Rattigan! —me oí exclamar resollando—. ¡Botwin! ¡Dios mío! Estamos en... ¡Maximus Films!, ¡por encima, por debajo, del otro lado del muro!

Y estábamos efectivamente en el subsuelo de películas de Botwin y el submundo de Rattigan, fotos de paisajes mal iluminados que habían recorrido en 1920 y 1922 y 1925. No en cementerios de huesos, sino en los depósitos de las películas antiguas que había mencionado Constance mientras andábamos de un lado a otro. Eché una mirada hacia atrás en la oscuridad y vi cómo los cadáveres verdaderos se desvanecían a medida que los fantasmas de las películas se apiñaban alrededor. A nuestro lado se deslizaban los títulos: *El marido de la piel roja*, *El insidioso Dr. Fu Manchú*, *El pirata negro*. No sólo películas de Maximus Films, sino también de otros estudios, prestadas o robadas.

Me carcomía la indecisión. Una mitad quería huir del oscuro suelo que habíamos dejado atrás. La otra quería alcanzar, tocar, ver esos viejísimos fantasmas sombríos, que habían poblado mi niñez y me habían escondido en tardes infinitas.

¡Dios mío!, grité, aunque no grité. ¡No os vayáis! ¡Chaney! ¡Fairbanks! ¡El hombre de esa maldita máscara de hierro! ¡Nemo bajo el agua! ¡D'Artagnan! ¡Esperadme! Volveré. Es decir, ¡si sobrevivo! ¡Pronto!

Toda esa cháchara de miedo y frustración, un ataque de amor instantáneo y de temor instantáneo para ahogar la cháchara ridícula.

No mires esas bellezas, pensé. Recuerda la oscuridad. Corre.

Y, Dios querido, ¡no te detengas!

Nos alcanzó nuestro eco en una triple acometida de pánico. Los tres soltamos un alarido y nos deslizamos en una sola masa compacta durante los últimos treinta metros, Crumley agitando como un simio loco la linterna, el ciego Henry y yo derrumbándonos con él contra una última puerta.

—¡Ay Dios, y si está cerrada!

Cogimos el picaporte.

Yo me quedé inmóvil, recordando viejas películas. Se entreabre la puerta: un diluvio inunda Nueva York, te arrastra en oleadas de sal por las cisternas. Se entreabre la puerta y hay una explosión de fuego infernal que te convierte en pedacitos momificados. Se entreabre la puerta y todos los monstruos del tiempo te atrapan con sus pezuñas nucleares y te arrojan a un pozo sin fondo. Caes para siempre, gritando.

Mojé el pomo de la puerta con el sudor. Guanajuato susurraba detrás del panel. Ese largo túnel de México esperaba en el sitio donde una vez me había sometido al maltrato de los horrores, los ciento diez hombres, mujeres y niños, momias de tabaco

seco arrancadas de sus tumbas y puestas en fila esperando a los turistas y el día del juicio final.

¡¿Guanajuato, aquí?!, pensé. ¡No!

Empujé. La puerta se movió sobre unos goznes absolutamente silenciosos y aceitados.

Nos quedamos tiesos de la sorpresa.

Entramos tambaleándonos, perplejos, y cerramos la puerta.

Nos dimos vuelta.

Cerca, había un sillón enorme.

Y un escritorio vacío.

Con un teléfono blanco en el centro del escritorio.

—¿Dónde estamos? —dijo Crumley.

—Por cómo respira, el chico sabe —dijo Henry.

La linterna de Crumley se paseó por la habitación.

—Por Dios y la Virgen y por los Santos Evangelios —suspiré.

Tenía ante mí...

El sillón de Manny Leiber.

El escritorio de Manny Leiber.

El teléfono de Manny Leiber.

La oficina de Manny Leiber.

Giré para ver el espejo que ahora tapaba la puerta invisible.

Medio ebrio de agotamiento, me observé a mí mismo en ese vidrio frío.

Y de pronto era...

Mil nueve veintinueve. La cantante de ópera en su camarín y una voz detrás del espejo instándola, enseñándole, atrayéndola, deseando que se internara en el espejo, una Alicia terrible... disuelta en imágenes, fundiéndose para descender al submundo, conducida por el hombre de la capa oscura y la máscara blanca hacia una góndola que flotaba por las aguas de canales oscuros hacia un palacio enterrado y una cama con forma de féretro.

El espejo del fantasma.

El pasaje del fantasma desde la tierra de los muertos.

Y ahora...

Su sillón, su escritorio, su oficina.

Pero no el fantasma. La Bestia.

Empujé el sillón a un lado.

¿La Bestia... venía a ver a Manny Leiber?

Tropecé y retrocedí.

Manny, pensé. El que en verdad nunca dio, sino recibió, órdenes. Una sombra, no una sustancia. El número de relleno, no el espectáculo principal. ¿¡Dirigir un estudio!?. No. ¿Ser una línea de conexión entre distintas voces? Sí. Un mensajero. Un recadero que trae el champán y los cigarrillos, ¡eso sí! ¿Pero sentarse en ese sillón? Nunca se

había sentado en él. Porque...

Crumley empujó a Henry.

—¡Muévete!

—¿Qué? —dije, aturdido.

—¡Alguien va a atravesar ese espejo en cualquier momento!

—¿¡Espejo!?! —exclamé.

Estiré un brazo hacia adelante.

—¡No! —dijo Crumley.

—¿Qué hace? —preguntó Henry.

—Miro para atrás —dije.

Abrí completamente la puerta-espejo.

Miré el largo túnel, asombrado de la distancia que habíamos recorrido, de país en país, de misterio en misterio, a lo largo de veinte años, hasta ahora, de Halloween a Halloween. El túnel se hundía atravesando depósitos de películas enlatadas, hasta los relicarios de seres anónimos. ¿Podría haber hecho todo ese recorrido sin Crumley y Henry, que azotaban las sombras mientras mi aliento golpeaba contra las paredes?

Escuché.

A lo lejos, ¿se abrían y cerraban puertas? ¿Nos perseguía un ejército tenebroso o una simple Bestia? ¿Vendría pronto un arma de la muerte a disparar calaveras, volar el túnel y apartarme a la fuerza del espejo? ¿Vendría...?

—¡Maldita sea! —dijo Crumley—. ¡Idiota! ¡Fuera de ahí!

Me bajó la mano de un golpe. El espejo se cerró.

Levanté el teléfono y marqué un número.

—¡Constance! —grité—. Green Town.

Constance gritó del otro lado.

—¿Qué dijo? —Crumley me miró con atención.— No importa —agregó—, porque...

El espejo tembló. Salimos corriendo.

El estudio estaba tan oscuro y vacío como el cementerio del otro lado del muro.

Las dos ciudades se miraban a través del aire nocturno y actuaban muertes similares. Nosotros éramos lo único cálido que se movía por las calles. En algún lugar, tal vez, Fritz pasaba películas nocturnas de Galilea y braseros y Cristos sugestivos y huellas que disolvía el viento del amanecer. En algún lugar, Maggie Botwin se inclinaba sobre su telescopio y observaba las entrañas de la China. En algún lugar, la Bestia maquinaba persecuciones, o se escondía para que no la vieses.

—¡Calma, calma! —dijo Crumley.

—No nos siguen —dijo Henry—. ¡Eh!, dice el ciego. ¿Adónde vamos?

—A la casa de mis abuelos.

—No está mal —dijo Henry.

Mientras avanzábamos, murmuramos:

—Santo Dios, ¿alguna persona del estudio sabrá de la existencia de ese pasadizo?

—Si es así, nunca dijeron nada.

—Señor mío, imaginaos. Si nadie supiera, y la Bestia viniera todas las noches o todos los días y se quedara escuchando detrás de la pared, después de un tiempo sabría todo. Todos los negocios, los detalles, toda la basura de la bolsa de valores, todas las mujeres. Te guardas la información el tiempo necesario y luego vas y cobras. Le zarandeas la efigie de Guy en el rostro, coges el dinero y adiós.

—¿La efigie de Guy?

—El monigote de Guy Fawkes, el fanteche de los fuegos artificiales, el Guy que arrojan a la hoguera cada Día de Guy Fawkes en Inglaterra, el 5 de noviembre. Como nuestro Halloween, pero política religiosa. Fawkes casi vuela el Parlamento. Lo pescaron, lo colgaron. Aquí ocurre algo parecido. La Bestia piensa volar Maximus Films. No literalmente, sino destruirlo con sospechas. Asustar a todos y cada uno. Zarandearles un monigote delante de las narices. Quizás hace años que los asusta. Y nadie entiende lo que pasa. Es un traficante interno, que usa información secreta.

—¡No! —dijo Crumley—. Demasiado ingenioso. No me gusta. ¿Tú te crees que nadie sabe que la Bestia está detrás del muro, del espejo?

—Sí.

—Entonces ¿cómo se explica que al estudio, o a parte de él, a tu jefe, Manny, le haya dado un ataque de histeria total cuando vio el busto de arcilla que hizo Roy con el rostro de la Bestia?

—Bueno...

—¿Acaso Manny sabe que la Bestia está allí y le tiene miedo? ¿Acaso la Bestia vino al estudio por la noche, vio lo que había hecho Roy y lo destruyó cegado por la ira? ¿Y ahora Manny tiene miedo de que Roy lo extorsione porque Roy es el único que sabe que la Bestia existe? ¡Por favor! ¡Contestadme, rápido!

—¡Por el amor de Dios, Crumley, cierra el pico!

—¿¡Cierra el pico!? ¿Qué es esa manera de hablar?

—Estoy pensando.

—Oigo los engranajes. ¿Qué ocurre? ¿Desconocen todos quién se esconde a escuchar detrás del espejo, y por lo tanto temen lo desconocido? ¿O sí saben y están doblemente asustados porque la Bestia se ha enterado de tantas cosas sucias a través de los años que puede ir adonde se le ocurra, recoger el dinero y volver en seguida a su escondite? No se atreven a contrariarlo. Probablemente tiene cartas que un abogado enviará por correo el día que le pase algo. ¿Acaso no has visto el pánico de Manny, que tiene que colgar la ropa interior diez veces al día? Bien. ¿Qué ocurre? ¿O tenéis una tercera versión?

—No me pongas nervioso. Me va a dar pánico.

—¡Caray! A mí me daría culpa —dijo Crumley, con un dejo de acidez—. Perdona si te hice pegar un susto de novela, pero me molesta un poco soportar tus mediocres deducciones. Acabo de recorrer un túnel perseguido por una colmena de criminales que tú arrojaste al piso. ¿Nos hemos metido en un nido de la Mafia o tan sólo con un acróbata maniático? ¡Promesas, promesas! ¿Dónde está Roy? ¿Dónde está Clarence, dónde está la Bestia? ¡Dame un cuerpo, *uno* solo! ¿Y?

—Espera. —Me detuve, giré y eché a andar.

—¿Adónde vas ahora? —refunfuñó Crumley.

Crumley me siguió por la pequeña cuesta.

—¿Dónde demonios estamos?

Miró alrededor, tratando de vislumbrar algo en medio de la noche.

—En el Calvario.

—¿Qué hay allí arriba?

—*Tres* cruces. ¿Te quejabas de los cuerpos?

—¿Y qué?

—Tengo un presentimiento terrible.

Estiré la mano y toqué la base de la cruz. Estaba pegajosa y olía a algo tan crudo como la vida.

Crumley hizo lo mismo. Se olió las puntas de los dedos y asintió con la cabeza, intuyendo lo que era.

Recorrimos la cruz con la mirada, hasta el cielo.

Después de un rato nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad.

—No hay ningún cuerpo allí arriba —dijo Crumley.

—Sí, pero...

—Era de esperar —dijo Crumley y se alejó a grandes pasos hacia Green Town.

—¿J. C.? —susurré—. J. C.

Crumley me gritó desde el pie de la colina. —¡No te quedes ahí como un tonto!

—¡No me quedo como un tonto!

Conté hasta diez, despacio, me sequé los ojos con los puños apretados, me soné la nariz y me dejé caer cuesta abajo.

Llevé a Crumley y a Henry por el sendero hacia la casa de mis abuelos.

—Huelo geranios y lilas. —Henry levantó el rostro. —Sí.

—Y césped cortado y cera para muebles y muchos gatos.

—El estudio necesita cazarratones. Escalones, Henry, hay que subir ocho escalones.

Nos quedamos en el porche, respirando hondo.

—Dios mío. —Miré los montes de Jerusalén, del otro lado de Green Town, y el mar de Galilea, del otro lado de Brooklyn.— Tendría que haberlo *visto* antes. La Bestia no fue al *cementerio*, ¡estaba entrando en el *estudio*! Era una trampa. Usa un túnel que nadie sospecha que existe para espiar a las víctimas de sus extorsiones. ¡Ver cuánto las ha asustado con el cadáver puesto en el muro, recoger el dinero, asustarlos otra vez y llevarse otro poco!

—Si es eso lo que *hacía* —dijo Crumley.

Aspiré hondo, temblando, y tardé un rato en soltar el aire.

—Hay otro cadáver que todavía no te traje.

—Prefiero no escuchar —dijo Crumley.

—El de Arbuthnot.

—¡Demonios, es cierto!

—Alguien lo robó —dije—. Hace mucho tiempo.

—No, señor —dijo el ciego Henry—. *Nunca* estuvo allí. Ese iglú funerario estaba limpio.

—Entonces ¿dónde ha estado el cuerpo de Arbuthnot todos estos años? —preguntó Crumley.

—Tú eres detective. Detéctalo.

—Está bien —dijo Crumley—, ¿qué os parece *esto*? Fiesta de Halloween. Alcohol. Alguien envenena la bebida y luego se la da a Arbuthnot a último momento, cuando ya está por irse. Arbuthnot, conduciendo, muere al volante, aplasta el otro coche, que se sale del camino. Encubren lo sucedido. La autopsia muestra que el cadáver destila suficiente veneno como para matar a un elefante. Antes del funeral, en lugar de enterrar las pruebas, las queman. Arbuthnot, hecho humo, se va por la chimenea. De modo que su sarcófago vacío espera en la tumba, donde el ciego Henry, aquí presente, nos explica.

—Eso *hice*, ¿verdad? —dijo Henry.

—La Bestia, sabiendo que la tumba está vacía y conociendo tal vez la causa, la usa como base, sube el fante de Arbuthnot a la escalera y observa cómo las hormigas escaldadas salen corriendo espantadas del otro lado del muro. ¿De acuerdo?

—Eso sigue sin explicarnos dónde están Roy, J. C., Clarence o la Bestia —dije.

—¡Señor! —rogó Crumley al cielo—, ¡líbrame de este tipo!

Crumley fue librado.

Se oyó un tremendo alboroto en las calles del estudio, un estruendo, bocinas, y un grito.

—Es Constance Rattigan —dijo Henry.

Constance estacionó delante de la vieja casa y apagó el motor.

—Incluso después de haber parado ella el motor —dijo Henry—, lo oigo funcionar.

Salimos a su encuentro por la puerta principal.

—¡Constance! —dije—. ¿Cómo hiciste para que te dejaran entrar?

—Fue fácil. —Se rió.— El guardia era uno de los de antes. Le recordé que una vez lo había atacado en el gimnasio de hombres. Mientras se ruborizaba, ¡me metí con el coche como una estampida! ¡Vaya, vaya! ¡Si tenemos aquí al mejor ciego del mundo!

—¿Sigues trabajando en ese faro, dirigiendo los barcos? —preguntó Henry.

—Dame un abrazo.

—Tú sí que tienes la piel suave.

—¡Y el cabrón de Elmo Crumley!

—No se equivoca nunca —dijo Crumley mientras Constance le rompía las costillas.

—Larguémonos de aquí —dijo Constance—. ¿Henry? ¡Tú nos guías!

—¡Yo *no estoy!* —dijo Henry.

Cuando salíamos del estudio murmuré: —El Calvario.

Constance aminoró la marcha al pasar al lado de la antigua colina.

La oscuridad era total. No había luna. No había estrellas. Una de esas noches en las que la niebla que viene del mar llega temprano y cubre Los Ángeles hasta una altura de doscientos metros. No se oyen los aviones y los aeropuertos permanecen cerrados.

No desvié la vista de la pequeña colina, con la esperanza de encontrar a Cristo emprendiendo, borracho, la Ascensión de despedida.

—¡J. C.! —susurré.

Pero las nubes se habían movido en el cielo. Vi las cruces vacías.

Ya van tres, pensé. Clarence, ahogado entre los papeles; Doc Phillips, transportado a la medianoche de Notre Dame en pleno día, dejando detrás un zapato. ¿Y ahora...?

—¿Ves algo? —preguntó Crumley.

—Tal vez mañana.

Cuando aparte la Piedra. Si reúno el coraje necesario.

En el coche estaban todos en silencio, expectantes.

—Salgamos —sugirió Crumley.

—Salgamos —dije yo en voz baja.

En la puerta de entrada Constance le gritó una obscenidad al guardia, que dio un paso atrás.

Fuimos hacia el mar y la casa de Crumley.

56

Nos detuvimos frente a mi casa. Mientras entraba corriendo para recoger mi proyector de ocho milímetros sonó el teléfono.

Después que sonó por décima vez, levanté el auricular.

—¿Y bien? —dijo Peg—. ¿Por qué te quedaste esperando a que sonara diez veces antes de contestar?

—Dios, la intuición femenina.

—¿Qué pasa? ¿Quién *desapareció*? ¿Quién duerme en la cama de mamá osa? No me has llamado. Si estuviera allí, te echaría de la casa. Es difícil hacerlo a larga distancia, pero ¡vete!

—Bueno.

Eso le dio en el centro del pecho.

—Espera —dijo, alarmada.

—Dijiste: ¡Vete!

—Sí, pero...

—Crumley me está esperando afuera.

—¡Crumley! —chilló entonces Peg—, ¡por las entrañas de Cristo! ¿¡Crumley!?

—Me protegerá, Peg.

—¿De tus pánicos? ¿Sabe hacerles respiración boca a boca? ¿Puede garantizar que comas el desayuno, el almuerzo o la cena? ¿No dejarte meter la mano en la nevera cuando te pones demasiado relleno? ¿¡Te hace cambiar los calzoncillos!?

—¡Peg!

Y los dos soltamos una breve carcajada.

—¿En serio sales? Mamá vuelve en el vuelo sesenta y siete, Pan Am, el viernes. ¡No faltes! ¡Ven con todos los crímenes resueltos, los cadáveres enterrados y las mujeres rapaces echadas escalera abajo! Si no puedes ir al aeropuerto, por lo menos quédate metido en la cama esperando a que mamá cierre la puerta de un golpe. No has dicho te quiero.

—Peg. Te quiero.

—Y otra cosa... en la última hora: ¿quién *murió*?

En la calle, Henry, Crumley y Constance esperaban.

—Mi mujer no quiere que me vean con vosotros —dije.

—*Sube*. —Crumley lanzó un suspiro.

Mientras íbamos hacia el oeste por un bulevar vacío, sin siquiera el fantasma de un coche a la vista, dejamos que Henry contase lo que había pasado en, debajo, a través y del otro lado del muro. En cierta manera era agradable oír nuestra huida descrita por un ciego que enunciaba con la cabeza mientras la nariz oscura aspiraba hondo y los dedos negros hacían figuras en el viento, dibujando a Crumley en este lugar, a él mismo en ese otro, a mí debajo y a la Bestia detrás. O algo que se había echado afuera, del otro lado de la puerta de la tumba, como un alud de levadura para impedir que huyéramos. ¡Puras patrañas! Pero las palabras de Henry nos dieron frío y subimos las ventanillas. En vano. El coche no tenía techo.

—Y por eso —declaró Henry, quitándose las gafas negras para el final—, te llamamos a ti, dama loca de Venice, para que vinieras a salvarnos. —Constance echó una mirada nerviosa por el espejo retrovisor.

—¡Demonios, vamos demasiado despacio!

Le dio un latigazo al acelerador. Nuestras cabezas obedecieron.

Crumley abrió la puerta de su casa.

—Bueno, ¡a acomodarse! —gruñó—. ¿Qué hora es?

—Tarde —dijo Henry—. El jazz nocturno se desata más o menos a esta hora.

—¿Es cierto? —gritó Crumley.

—No, pero no me digas que no suena bien. —Henry sonrió a un público invisible.

—Trae la cerveza.

Crumley repartió las cervezas.

—Más vale que tengas ginebra —dijo Constance—. Demonios. ¡Allí está!

Enchufé el proyector, rebobiné la película de Roy Holdstrom y apagamos las luces.

—¿Listos? —Apreté el interruptor.— Ahora.

Empezó la película.

En la pared de Crumley comenzaron a titilar las imágenes. Había nada más que treinta segundos filmados y bastante a los saltos, como si Roy hubiera hecho la animación del busto de arcilla en unas pocas horas en vez de los muchos días necesarios para poner a la criatura en posición, filmar un cuadro, cambiarla de posición y filmar otro cuadro, uno por uno.

—Dios santo —susurró Crumley.

Todos quedamos atónitos por las imágenes que bailaban en la pared de Crumley.

Era el amigo de la Bella, el monstruo del Brown Derby.

—No puedo mirar —dijo Constance. Pero miró.

Eché un vistazo a Crumley y sentí lo que sentía cuando era niño, con mi hermano, sentados en la sala oscura mientras el Fantasma o el Jorobado o el Murciélago se asomaban por la pantalla. El rostro de Crumley era el rostro de mi hermano, hacía treinta años, fascinado y horrorizado al mismo tiempo, lleno de curiosidad y repulsión, con el aspecto que tiene la gente cuando ve pero no quiere ver un accidente de tránsito.

Pues en la pared, auténtico y al alcance de la mano, estaba el Hombre Bestia. Cada contorsión del rostro, cada ondulación de las cejas, cada aleteo de la nariz, cada movimiento de los labios, estaba allí, tan perfectos como los dibujos que hacía Doré cuando volvía de un largo paseo nocturno por los callejones de Londres, llenos de chimeneas y oscuros como el carbón, con todo lo grotesco guardado tras los párpados, con los dedos vacíos rabiando por coger pluma, tinta, papel y *¡poner manos a la obra!* De la misma manera en que Doré había, con una memoria infalible, garabateado los rostros, el cerebro de Roy había fotografiado a la Bestia para recordar hasta el pelo más mínimo que se le movía en la nariz, la pestaña más fina en un parpadeo, la oreja doblada y la boca infernal, que salivaba sin cesar. Y cuando la Bestia miró desde la pantalla, Crumley y yo saltamos hacia atrás. La Bestia nos vio. Nos desafió a que pegásemos un grito. Venía preparada para matar.

La pared se oscureció.

Oí cómo se me escapaba un sonido por entre los labios.

—Los ojos —murmuré.

Busqué a tientas en la oscuridad, rebobiné el rollo, lo pasé de nuevo.

—Mirad, mirad, ¡ay, mirad! —grité.

La cámara se había acercado al rostro.

Los ojos salvajes estaban clavados en una locura convulsiva.

—¡No es un busto de arcilla!

—¿No? —dijo Crumley.

—¡Es Roy!

—¿¡Roy!?

—¡Maquillado, *haciendo* de Bestia!

—¡No!

La cara miró impudicamente, poniendo los ojos en blanco.

—Roy...

Y la pared se oscureció por última vez.

Igual que cuando la Bestia, descubierta en las alturas de Notre Dame, con esos mismos ojos, retrocedió y salió huyendo...

—Dios mío —dijo Crumley por fin, mirando la pared—. ¡Así que eso es lo que ronda los cementerios por la noche!

—O Roy, que anda por ahí suelto.

—¡Eso es una chifladura! ¿¡Para qué iba a hacer eso!?

—La Bestia lo metió en todo este lío, hizo que lo despidieran, hizo que casi lo mataran. ¿Qué mejor, entonces, que imitarlo, convertirse en él, por si alguien lo veía? Roy Holdstrom no *existe* si se maquilla y se oculta.

—¡No deja de ser una chifladura!

—Fue un chiflado toda su vida, sin duda —dije—. Pero ¿ahora? ¿Ahora está loco de veras!

—¿Qué consigue con lo que hace?

—Vengarse.

—¿¡Vengarse!?

—Que la Bestia mate a la Bestia —dije.

—No, no. —Crumley meneó la cabeza.— Eso no. ¡Pasa de nuevo la película!

La pasé de nuevo. Las imágenes subieron y bajaron por nuestros rostros.

—¡Ése no es Roy! —dijo Crumley—. ¡Es un busto de arcilla, animado!

—No. —Apagué el proyector.

Nos quedamos sentados en la oscuridad.

Constance hacía ruidos extraños.

—Vaya, vaya —dijo Henry—, ¿sabéis qué es eso? Llanto.

—Tengo miedo de volver a casa —dijo Constance.

—¿Quién dijo que tenías que volver? —dijo Crumley—. Usa una cama, en cualquier habitación, o atrás en la selva.

—No —murmuró Constance—. Ése es *su* lugar.

Todos miramos la pared vacía, donde sólo quedaba una imagen retiniana de la Bestia.

—No nos siguió —dijo Crumley.

—Tal vez sí. —Constance se sonó la nariz.— Esta noche no me voy a quedar sola en una maldita casa vacía junto a un maldito océano lleno de monstruos. Me estoy volviendo vieja. En cualquier momento le pediré a algún idiota que se case conmigo.

Miró hacia la selva de Crumley y el viento nocturno que mecía las hojas de las palmeras y el césped sin cortar. —Está allí.

—Basta ya —dijo Crumley—. No sabemos si nos siguieron por el túnel del cementerio a la oficina. O quién cerró de golpe la puerta de la tumba. Puede haber sido el viento.

—Siempre es el viento... —Constance se estremeció como quien acaba de contraer una prolongada enfermedad invernal.— ¿Y ahora qué? —Se hundió en la silla, temblando, agarrándose de los codos.

—Mirad.

Crumley desplegó una serie de fotocopias de periódicos sobre la mesa de la cocina. Tres docenas de artículos, grandes y pequeños, del último día de octubre y la primera semana de noviembre de 1934.

«ARBUTHNOT, MAGNATE DE UN ESTUDIO, MUERTO EN ACCIDENTE DE COCHE» era el primero. «C. Peck Sloane, productor asociado de los estudios Maximus, y su mujer, Emily, muertos en el mismo accidente.»

Crumley señaló el tercer artículo. «Los Sloane fueron enterrados el mismo día que Arbuthnot. Los servicios se hicieron en la misma iglesia, enfrente del cementerio. Todos fueron sepultados en el mismo cementerio, al otro lado del muro.»

—¿Dónde ocurrió el accidente?

—A las tres de la madrugada. ¡En Gower y Santa Mónica!

—¡Dios mío! ¡En la esquina del cementerio! ¡Y a la vuelta del estudio!

—Más que conveniente, ¿no creen?

—Ahorra el traslado. Muérete frente a una morgue, lo único que hacen es llevarte adentro.

Crumley frunció el entrecejo, señalando otra columna. —Parece que hubo una desenfrenada fiesta de Halloween.

—¿Y Sloane y Arbuthnot estuvieron en ella?

—Doc Phillips, dice aquí, les ofreció llevarlos a sus casas. Habían estado bebiendo y no aceptaron. El médico salió en su propio coche, delante de los otros dos, para despejar el camino, y pasó una luz en amarillo. Arbuthnot y Sloane lo siguieron, y cruzaron en rojo. Un coche desconocido casi los choca. ¡El *único* coche a las tres de la madrugada! Los coches de Arbuthnot y de Sloane se desviaron bruscamente, perdieron el control, chocaron contra un poste de teléfonos. Doc Phillips estaba allí con su maletín de médico. No sirvió de nada. Estaban todos muertos. Llevaron los cadáveres a la morgue, a cien metros de allí.

—Dios santo —dije—. ¡Es demasiado perfecto!

—Sí —musitó Crumley—. Una gran responsabilidad para el metepíldoras del doctor. Gran coincidencia, que estuviera en el lugar. ¡Él a cargo del servicio médico del estudio y de la policía del estudio! Él llevando los cadáveres a la morgue. ¡Él preparando los cuerpos para la sepultura, como director de funerales? ¿Seguro? Tenía acciones en el cementerio. Puso el hombro para cavar las primeras tumbas a principios de los años veinte. Ayudó a que empezara la cosa, se mantuviera y siguiera en pie.

Es cierto que la piel se pone de gallina, pensé, tocándome los brazos.

—¿Doc Phillips firmó los certificados de defunción?

—Pensé que nunca preguntarías eso. —Crumley asintió con un movimiento de cabeza.

Constance, que había estado sentada a un costado, sin moverse, mirando los recortes de los periódicos, habló por fin, casi sin mover los labios: —¿Dónde está esa cama?

La llevé a la habitación de al lado y la senté en la cama. Ella retuvo mis manos como si fueran una Biblia abierta y aspiró hondo.

—Chico, ¿alguna vez te dijeron que tu cuerpo huele a copos de maíz y tu aliento a miel?

—Ése era H. G. Wells. Enloquecía a las mujeres.

—Demasiado tarde para locuras. Dios, qué suerte tiene tu mujer: irse de noche a la cama con comida naturista.

Se estiró en la cama con un suspiro. Yo me senté en el suelo, esperando a que cerrara los ojos.

—¿Cómo puede ser —murmuró— que no hayas envejecido en tres años y que yo haya envejecido mil?

Se rió en voz baja. Una lágrima grande le brotó del ojo derecho y se disolvió en la almohada.

—Ay, mierda —dijo con un quejido.

—*Cuéntame* —la alenté—. Dilo. ¿Qué?

—Yo estaba allí —murmuró Constance—. Hace veinte años. En el estudio. La noche de Halloween.

Contuve el aliento. A mis espaldas, una sombra se acercó a la puerta. Era Crumley, en silencio, escuchando.

Constance miró sin verme, hacia otro año y otra noche.

—Fue la fiesta más desenfrenada que haya visto en mi vida. Todos tenían máscaras, nadie sabía quién o qué estaba tomando qué o por qué. Había alcohol en cada estudio y ladridos en las calles y si esa noche hubiesen construido Tara y Atlanta, habrían terminado incendiadas. Debía de haber doscientos extras vestidos y trescientos desvestidos, haciendo correr las botellas por el túnel del cementerio como si hubiésemos estado en plena época de la Ley Seca. Supongo que hasta con el alcohol legalizado cuesta renunciar a la diversión, ¿verdad? ¿Los pasadizos secretos entre las tumbas y la mediocridad, como las películas fracasadas que se pudrían en las bóvedas? Ni se imaginaban que tapiarían el maldito túnel una semana después, tras el accidente.

El accidente del año, pensé. Arbuthnot muere y el estudio está herido y se desploma como un elefante.

—No fue un accidente —dijo Constance en un susurro.

Constance reunía una oscuridad personal detrás del rostro pálido.

—Fue un asesinato —dijo—. Un suicidio.

Sentí que se me aceleraba el pulso. Ella me sostuvo la mano, apretando.

—Sí —dijo asintiendo—, suicidio y asesinato. Nunca descubrimos cómo, por qué, o qué. Tú viste los periódicos. Dos coches en Gower y Santa Mónica, tarde, sin testigos. Todos los enmascarados se fueron corriendo con los antifaces puestos. Las calles del estudio parecían esos canales de Venecia al amanecer, todas las góndolas vacías, y los muelles con pendientes y bragas desparramados en el suelo. Yo también corrí. Después corrieron rumores de que Sloane había encontrado a Arbuthnot con su mujer en el fondo o del otro lado del muro. O tal vez Arbuthnot encontró a Sloane con su propia mujer. Dios mío, si amas a la mujer de otro hombre y ella hace el amor con su propio marido en una fiesta delirante, ¿no te sacaría de quicio?! Así que un coche sigue al otro muy de cerca, a gran velocidad. Arbuthnot sigue a los Sloane a ciento veinte kilómetros por hora. Les toca el parachoques en Gower, los hace embestir el poste. ¡La noticia llega a la fiesta! Doc Phillips, Manny y Groc salen de inmediato. Llevan a las víctimas a la iglesia católica que está allí cerca. La iglesia de Arbuthnot. Donde ponía dinero para su salida de emergencia, para escaparse al infierno, decía. Pero era demasiado tarde. Murieron y fueron llevados al otro lado de la calle, a la morgue. Yo hacía rato que me había ido. Al otro día, en el estudio, Doc y Groc parecían los portaféretos de sus propios entierros. Yo terminé la última escena de la última película que hice a mediodía. Cerraron el estudio durante una semana. Colgaron crespones de luto en todos los estudios y llenaron de nubes, niebla y neblina falsas todas las calles, ¿o no fue así? Los titulares de los periódicos dijeron que los tres

estaban borrachos como una cuba, volviendo a casa. No. Era la venganza que corrió a matar al amor. Dos días después enterraron a los pobres machos cabríos y a la pobre desgraciada enferma de amores del otro lado del muro, donde antes había corrido la bebida. Tapiaron el túnel del cementerio y... demonios —suspiró—, pensé que se había acabado todo. Pero esta noche, con el túnel abierto, y el falso cadáver de Arbuthnot subido a ese muro y el hombre terrible de la película, con esos ojos tristes y locos, ha empezado todo de nuevo. ¿Qué significa?

Se le acabó la cuerda, se le esfumó la voz, se estaba quedando dormida. Se le torció la boca. Le salían fantasmas de palabras, pedazo a pedazo.

—Pobre santo. Idiota...

—¿Qué santo idiota? —pregunté.

Crumley se asomó por la puerta.

Constance, desde las profundidades, ahogándose, respondió:

—... el cura. Pobre desgraciado. Le dejaron todo allí tirado. Entraron como si fuera su casa. Sangre en la pila bautismal. Cadáveres, mi Dios, cadáveres por todos lados. Pobre idiota...

—¿San Sebastián? ¿Ese pobre idiota?

—Ése, ése. Pobre. Pobres todos —murmuró Constance—. Pobre Arby, ese triste genio estúpido. Pobre Sloane. Pobre la esposa. Emily Sloane. ¿Qué es lo que dijo esa noche? Voy a vivir para siempre. ¡Santo cielo! Qué sorpresa despertarse en la nada. Pobre Emily. Pobre Hollyhock House. Pobre de mí.

—¿Pobre qué dijiste?

—Hol... —la voz de Constance pareció empañarse—, ly... ock... House...

Y se durmió.

—¿Hollyhock House? No hay ninguna película con ese título —murmuré yo.

—No —dijo Crumley caminando por la habitación—. No es una película. Mira.

Buscó debajo de la mesa de noche la guía de teléfonos y empezó a pasar las hojas. Recorrió los nombres con el dedo y leyó en voz alta:

—Sanatorio Hollyhock House. Queda como a una calle de la iglesia de San Sebastián, ¿no es así?

Crumley se agachó y se acercó a la oreja de Constance.

—Constance —dijo—. Hollyhock House. ¿Quién está allí?

Constance gimió, se tapó los ojos y giró hacia el otro lado. Dijo a la pared unas palabras finales, sobre una noche que había pasado hacía mucho tiempo.

—... voy a vivir para siempre... no sabía lo que le esperaba... pobres todos... pobre Arby... pobre cura... pobre idiota...

Crumley se levantó, farfullando. —Pero, sí. Maldita sea. Claro. Hollyhock House. A unos pasos de...

—San Sebastián —dijo, para terminar la frase—. ¿Por qué —agregué— tengo la sensación de que me llevarás allí?

59

—Tú —me dijo Crumley en el desayuno— pareces la muerte recalentada. Tú —señaló a Constance con una tostada untada de mantequilla— pareces la Justicia sin la Misericordia.

—¿Y yo qué parezco? —preguntó Henry.

—No te veo.

—Ya me parecía —dijo el ciego.

—A quitarse la ropa —dijo Constance, aturdida, como quien lee de un pizarrón de apuntador—. Hora de ir a nadar. ¡A mi casa!

Fuimos en el coche a la casa de Constance.

Fritz llamó por teléfono.

—¿Ya tienes la parte del medio de mi película —gritó—, o era el principio? ¡Ahora necesitamos rehacer la escena del Sermón en la Montaña!

—¿Es *necesario* rehacerla? —dije casi a gritos.

—¿Cuánto hace que no la ves? —Fritz, en el teléfono, imitó a Crumley tirándose de los últimos mechones de pelo que le quedaban.— ¡Hazlo! Luego escribe un relato de la película entera para cubrir los otros diez mil agujeros, granos y traseros maltrechos de nuestra épica. ¿Has leído *toda* la Biblia últimamente?

—En realidad, no.

Fritz se tiró otro poco de los pelos. —¡Échale una hojeada!

—¿¡Una hojeada!?

—Saltéate páginas. ¡Quiero que estés en el estudio a las cinco en punto con un sermón que a mí me haga quitar el sombrero y un relato que a Orson Welles le haga saltar las lágrimas! Tu *Unterseeboot Kapitän* dice: ¡*Inmersión!*

Se sumergió y se fue.

—A quitarse la ropa —dijo Constance, todavía medio dormida—. ¡Todos al agua!

Nadamos. Yo seguí a Constance tan lejos como pude, pero las focas le dieron la bienvenida y se fue nadando con ellas.

—Señor —dijo Henry, con el agua hasta las caderas—. ¡Es el primer baño que me doy en años!

Terminamos cinco botellas de champán antes de las dos y de repente nos sentimos casi felices.

Luego, sin saber cómo, me senté, escribí *mi* Sermón en la Montaña y lo leí en voz alta al son de las olas.

Cuando terminé, Constance dijo, en voz baja: —¿Dónde hay que inscribirse para

la escuela dominical?

—Jesús —dijo el ciego Henry— habría estado orgulloso.

—Te nombro —Crumley me echó champán en la oreja— genio.

—Vaya —dije con modestia.

Volví a la casa y por añadidura llevé a José y a María a Belén, puse en fila a los sabios, coloqué al Bebé en un jergón de heno mientras los animales observaban con ojos incrédulos, y entre las caravanas nocturnas de camellos, estrellas extrañas y partos milagrosos, oí que Crumley decía a mis espaldas:

—Pobre santo idiota.

Llamó a informaciones.

—¿Hollywood? —dijo—. ¿La iglesia de San Sebastián?

60

A las tres y media Crumley me dejó en la iglesia de San Sebastián.

Me observó la cara con detenimiento y vio no sólo mi cráneo sino también lo que se movía dentro.

—¡Basta! —me ordenó—. Tienes un aspecto de pedante estúpido pegado al morro como un cartel de circo a una pared. Lo cual quiere decir que tú tropiezas, ¡pero el que cae escalera abajo soy yo!

—¡Crumley!

—Bueno, por todos los cielos, ¿qué me dices de esa carrera de anoche, por debajo de los huesos y a través del muro, y Roy que sigue escondido, y el ciego Henry azotando el aire con su bastón, echando a los fantasmas, y Constance, que tal vez esta noche vuelva a tener miedo y se aparezca en mi casa para arrancarme las tiritas? ¡La idea de traerte aquí fue *mía*!, y ahora allí estás tú, ¡como un payaso astuto a punto de arrojarse al abismo!

—Pobre santo. Pobre idiota. Pobre cura —respondí.

—¡Ah, no lo harás!

Y Crumley arrancó el coche.

Me paseé por una iglesia de dimensiones pequeñas pero resplandeciente de ornamentos. Me quedé mirando un altar en el que debía de haber cinco millones de dólares en oro y plata. La figura del Cristo que estaba al frente, si se la fundiera, bastaría para comprar la mitad de la casa de la moneda de Estados Unidos. Estaba allí, perplejo por la luz que reflejaba esa cruz, cuando oí al padre Kelly a mis espaldas.

—¿Es usted el escritor de guiones que llamó diciendo que tenía un problema? —dijo desde el otro lado de los bancos, sin levantar la voz.

Yo observaba el altar, de un esplendor increíble. —Usted debe de haber tenido muchos feligreses ricos, padre —dije.

Arbuthnot, pensé.

—No, es una iglesia vacía en una época vacía. —El padre Kelly se acercó por el pasillo y extendió una mano grande. Era alto, de un metro noventa y cinco, con la musculatura de un atleta.— Tenemos la suerte de contar con algunos feligreses a los que les remuerde mucho la conciencia. *Fuerzan* a la iglesia a aceptar el dinero.

—Eso es cierto. Dice la verdad, padre.

—Si no lo hiciera, Dios me castigaría. —Soltó una risa.— No es fácil sacar dinero a pecadores ulcerosos, pero es mejor que dejar que lo dilapiden en las carreras de caballos. Aquí tienen más posibilidades de ganar, porque yo *sí* que los asusto en serio. Mientras los psiquiatras pierden el tiempo hablando, yo les pego un alarido infernal, y con eso les hago bajarse los pantalones a la mitad de la parroquia y ponérselos de nuevo a la otra mitad. Siéntese. ¿Le apetece un poco de whisky? A menudo pienso, si Cristo viviera ahora, ¿nos serviría esto y a nosotros nos molestaría? Es la lógica irlandesa. Acompáñeme.

En su oficina, sirvió dos tragos.

—Veo en sus ojos que esto no le apetece nada —dijo el cura—. Déjelo. ¿Ha venido por esa tontería que están terminando de filmar en aquel estudio? ¿Fritz Wong es tan loco como dicen?

—Y tan buen director.

—Es bueno oír a un escritor que elogia a su jefe. Pocas veces me ha pasado.

—¿¡Usted!?! —exclamé.

El padre Kelly soltó una carcajada. —De joven escribí nueve guiones, que nunca fueron filmados, ni *deberían* haberse filmado, al amanecer. Hasta los treinta y cinco hice lo imposible por vender y venderme, entrar y quedarme. Después de un tiempo dije al diablo con todo y me hice sacerdote, tarde. Fue duro. La Iglesia, a los tipos

como yo, que vienen de la calle, no nos acepta con frivolidad. Pero hice el seminario a toda marcha y con estilo, pues había trabajado en una serie de documentales cristianos. ¿Y usted?

Me reí.

—¿Qué lo divierte tanto? —preguntó el padre Kelly.

—¡Tengo la sensación de que la mitad de los guionistas del estudio, sabiendo que usted escribió en una época, deben de venirse hasta aquí no para confesarse sino para encontrar respuestas! ¿Cómo escribir *esta* escena, cómo terminar *aquella*, cómo hacer el montaje, cómo...?

—¡Ha dado en la tecla! —El cura bebió lo que le quedaba de whisky y se sirvió más, con una risita alegre, y después, como dos duros de la pantalla, nos fuimos a dar una vuelta por el país de los guiones de cine. Le conté mi Mesías, él me contó su Cristo.

Luego dijo: —Parece que le ha ido bien con el remiendo del guión. Pero hace dos mil años también hacían remiendos, si observa la diferencia entre Mateo y Juan.

Me moví en el asiento con una terrible necesidad de soltar todo, pero no me atrevía a arrojarle aceite hirviente a un cura mientras él dispensaba agua bendita fresca de manantial.

Me puse en pie. —Bueno, gracias, padre.

Miró la mano que yo le ofrecía. —Lleva un revólver —dijo con gracia—, pero no lo ha disparado. Vuelva a poner el trasero en ese asiento.

—¿Todos los curas hablan así?

—En Irlanda, sí. Ha estado rondando el árbol, pero no ha sacado ninguna manzana. Sacúdalo a ver si cae alguna.

—Creo que voy a beber un poco de esa cosa. —Levanté el vaso y tomé un sorbo.— Bueno..., imagínese que soy un católico...

—Me lo estoy imaginando.

—Que necesita confesarse...

—Siempre lo necesitan.

—Y vengo aquí después de la medianoche...

—Hora extraña. —Pero se le encendió una vela en cada ojo.

—Y golpeo la puerta...

—¿*Haría* eso? —Se echó un poco más para adelante, acercándose a mí.— Continúe.

—¿Me dejaría entrar? —pregunté.

Fue como si lo hubiese empujado contra el respaldo de la silla.

—En una época, ¿las iglesias no estaban abiertas a toda hora? —seguí.

—Hace mucho tiempo —dijo, con demasiada rapidez.

—Entonces, padre, si una noche viniera por extrema necesidad, ¿*no* me recibiría?

—¿Por qué iba a dejar de hacerlo? —La luz de la vela le fulguró en los ojos, como si yo hubiera levantado la mecha para aumentar la llama.

—¿Por el que es tal vez el peor pecador de todos los tiempos, padre?

—No existe tal *criatura*. —Demasiado tarde, la lengua se le congeló en esa última y temible palabra. Desvió la mirada, parpadeando. Cambió la proclama para hacer que sonara distinto.

—Tal *persona* no existe.

—Pero —insistí—, ¿y si un condenado al castigo eterno, el propio Judas, viniera a rogarle... —hice una pausa— tarde?

—¿Iscariote? Sí, me despertaría por él.

—¿Y, padre, si este hombre perdido y tremendamente necesitado viniera a golpearle la puerta no una noche por semana sino casi todas las noches del año? ¿Se levantaría usted, o no haría caso a la llamada?

Con eso fue suficiente. El padre Kelly se levantó de un brinco como si yo hubiera arrancado el enorme corcho. Se le fue el color de las mejillas y de las sienes. —Usted necesita ir a otro lado. No lo retendré más.

—No, padre. —Intenté a duras penas hacerme el valiente.— *Usted* necesita que yo me vaya. Hace veinte años esta semana, una noche, tarde —continué tropezando—, alguien golpeó su puerta. Dormido, usted oyó cómo aporreaban la puerta...

—¡No, basta ya! ¡Salga de aquí!

Era el grito aterrorizado de Starbuck, censurando la blasfemia de Ahab y el golpe final y definitivo que le asestaba a la gran carne blanca.

—¡Fuera!

—¿Fuera? Fuera salió *usted*, padre. —El corazón me brincó en el pecho y casi me mató en el asiento.— Y dejó entrar el choque y el estrépito y la sangre. Tal vez usted oyó cómo se estrellaban los coches. Luego los pasos y después los golpes y las voces que gritaban. Quizás el accidente se les fue de las manos, si es que fue un accidente. Tal vez necesitaban un testigo nocturno adecuado, alguien que viera pero no contara. Dejó entrar la verdad y la ha guardado desde entonces.

Me levanté y sentí que iba a desmayarme. Como si estuviésemos unidos por pesos y poleas, al subir yo el cura se hundió en el asiento como si no fuera más que un pedazo de carne.

—Usted fue testigo, padre, ¿no es así? El sitio del accidente no queda a más que unos pocos metros y, en la noche de Halloween de 1934, ¿no trajeron a las víctimas a esta iglesia?

—Dios me ayude —gimió el cura—, sí.

Antes lleno de bríos, el padre Kelly había abandonado ahora ese espíritu apasionado, y se hundía en sí mismo, pliegue sobre pliegue, carne sobre carne.

—¿Estaban todos muertos cuando la gente los trajo aquí dentro?

—No todos —dijo el cura, recordando, atónito.

—Gracias, padre.

—¿Por qué? —Había cerrado los ojos con el dolor que traía el recuerdo, y volvió a abrirlos con un nuevo pesar.— ¡¿Sabe en lo que se ha metido?!

—Me da miedo de preguntar.

—Entonces, vuelva a casa, lávese la cara y, consejo de pecador, ¡emborráchese!

—Es demasiado tarde para eso. Padre Kelly, ¿usted le dio la extremaunción a alguno o a todos?

El padre Kelly movió la cabeza para un lado y para el otro, con la mano en la frente, como para espantar a los fantasmas.

—¡Supongamos que sí!

—¿Al hombre llamado Sloane?

—Estaba muerto. Lo bendije, sin embargo.

—¿El otro hombre...?

—¿El grande, el famoso, el todopoderoso...?

—Arbuthnot —concluí.

—A él lo persigné y le hablé y lo toqué con agua bendita. Y luego murió.

—¿Y quedó frío y muerto, con la pata estirada para siempre, *verdaderamente* muerto?

—¡Por Dios, así como usted lo dice! —Aspiró hondo y soltó el aire:— ¡Todo eso... sí!

—¿Y la mujer? —pregunté.

—¡Era la peor! —exclamó, con una nueva palidez que le reavivó la anterior palidez de las mejillas—. Demente. Loca y reloca. Le faltaban varios tornillos y nadie se los iba a poder poner. Atrapada entre los dos. Dios mío, me recordaba las obras que había visto cuando era joven. La nieve que cae. Ofelia de pronto sumida en una terrible calma blanquecina mientras entra en el agua y no se ahoga sino que se disuelve en la locura final, un silencio tan helado que no se lo podría cortar con un cuchillo ni hacerlo resonar con un grito. Ni la muerte podría arrancar el recién descubierto invierno polar de esa mujer. ¿*Entiende?* ¡Un psiquiatra lo dijo una vez! El invierno eterno. El país de la nieve del que regresan muy pocos viajeros. La Sloane, atrapada entre cadáveres, en la rectoría, sin saber cómo escapar. Así que se dio media vuelta para ahogarse. Los cuerpos fueron retirados por la gente del estudio que los había traído aquí a descansar.

Le hablaba a la pared. Luego se volvió para mirarme con una mezcla de temor y de odio creciente. —En total duró, ¿cuánto?, ¿una hora? Y, sin embargo, me ha perseguido todos estos años.

—¿Emily Sloane, *demente*...?

—Se la llevó una mujer. Una actriz. No recuerdo el nombre. Emily Sloane no se enteró de que la habían sacado. Murió a la semana siguiente, o a la otra, oí decir.

—No —dije yo—. Hubo un triple entierro tres días después. Arbuthnot solo. Los Sloane juntos, o al menos es eso lo que cuentan.

El cura reorganizó su relato. —No importa. Murió.

—Importa muchísimo. —Me eché hacia adelante.— ¿Dónde murió?

—Todo lo que sé es que no fue a la morgue de enfrente.

—¿A un hospital, entonces?

—Ya le he contado todo lo que sé.

—No todo, padre, pero sí *algo*...

Fui hasta la ventana de la rectoría para mirar el patio empedrado y el camino que conducía a él.

—¿Si vuelvo algún día, me contará la misma historia?

—¡No tendría que haberle contado nada! ¡He violado el secreto de confesión!

—No, nada de lo que usted dijo había sido una confesión. Simplemente ocurrió. Usted lo vio. Y ahora le ha hecho bien confesarse conmigo, al fin.

—Váyase. —El cura suspiró, se sirvió otro vaso, se lo tomó. El whisky no le devolvió el color a las mejillas. Lo único que hizo fue ablandarle aún más la carne.— Estoy muy cansado.

Abrí la puerta de la rectoría y miré por el pasillo hacia el altar resplandeciente de joyas y plata y oro.

—¿Cómo puede ser que una iglesia tan pequeña tenga un interior tan rico? —dije —. Nada más que con la pila se podría financiar a un cardenal y elegir a un papa.

—En otra época —el padre Kelly tenía la mirada clavada en el vaso vacío— lo habría encomendado de buena gana a las llamas del infierno.

El vaso se le deslizó entre los dedos. No se movió para levantar los pedazos. — Adiós —dije.

Salí a la luz del sol.

Al otro lado de dos solares vacíos y de un tercero que iba hacia el norte desde el fondo de la iglesia, crecían malezas y pasto alto y tréboles silvestres y girasoles tardíos que cabeceaban en el viento cálido. Justo detrás, había una casa blanca de dos pisos con el nombre escrito en un cartel de neón apagado: SANATORIO HOLLYHOCK HOUSE.

Vi a dos fantasmas en el sendero que atravesaba las malezas. Una mujer que llevaba a otra, alejándose.

«Una actriz» había dicho el padre Kelly. «No recuerdo el nombre.»

La maleza se agitaba junto al sendero con un susurro seco.

Uno de los fantasmas, una mujer, volvió sobre sus pasos, sola, sollozando.

—¿Constance...? —dije en voz baja.

Volví caminando por Gower y doblé para mirar a través de la puerta del estudio.

Hitler en su búnker subterráneo en los últimos días del Tercer Reich, pensé.

Roma en llamas y Nerón buscando más antorchas.

Marco Aurelio en la bañera, abriéndose las muñecas, dejando escapar la vida.

Sólo porque alguien, en algún sitio, daba órdenes a gritos, empleando pintores con demasiada pintura, hombres con aspiradores enormes para tragarse el polvo de las sospechas.

De todas las puertas del estudio sólo habían dejado abierta una, con tres atentos guardias que dejaban entrar y salir a los pintores y limpiadores, controlando las caras.

En ese preciso momento se oyó del otro lado de las puertas el rugido de Stanislau Groc, que, pisando el acelerador de su británico Morgan rojo brillante, gritó: — ¡Apártese!

—No, señor —dijo el guardia con calma—. Órdenes de arriba. Nadie sale del estudio durante las próximas dos horas.

—¡Pero yo soy un ciudadano de la ciudad de Los Ángeles!, ¡no de este ducado de porquería!

—¿Eso significa —dije a través de la reja— que si yo entro, no puedo volver a salir?

El guardia se tocó la visera y pronunció mi nombre. —Usted puede entrar y salir. Órdenes.

—Qué extraño —dije—. ¿Por qué yo?

—¡Maldita sea! —Groc empezó a apearse del coche.

Entré por la pequeña puerta que había en la reja y abrí la puerta derecha del Morgan de Groc.

—¿Me puede llevar a la sala de montaje de Maggie? Para cuando vuelva probablemente lo dejarán salir.

—No. Estamos atrapados —dijo Groc—. Hace una semana que el barco empezó a hundirse y no hay botes salvavidas. ¡Corre, corre antes de que te ahogues tú también!

—Bueno, bueno —dijo el guardia con tranquilidad—. Basta de paranoia.

—¡Óyelo! —El rostro de Groc estaba blanco como el papel.— ¡El gran psiquiatra guardián del estudio! Vamos, entra. ¡Es tu último viaje en coche!

Dudé y eché una mirada a un rostro que era un manojo desordenado de emociones. Todas las líneas de la frente de Groc, por lo general altiva y arrogante, se estaban derritiendo. Era como las pruebas de las pantallas de televisión, que se

nublan, se aclaran, y luego se funden. Subí y cerré la puerta, tras lo cual el coche arrancó bruscamente.

—¿Eh, qué prisa tiene!?

Pasamos a toda velocidad por delante de los estudios. Todos estaban con las puertas abiertas, aireándose. Repintaban los exteriores de por lo menos seis. Rompían y sacaban a la luz los viejos decorados.

—¡Cualquier otro día, sería fantástico! —gritó Groc por encima del ruido del motor—. Esto me habría encantado. El caos es mi fuerte. ¿Se cae la Bolsa? ¿Se hunde un ferry? ¡Maravilloso! Volví a Dresde en 1946 nada más que para ver los edificios destruidos y la gente aterrorizada por los bombardeos.

—¿No me estará mintiendo?!

—¿No te habría apetecido verlo? O los incendios de Londres en 1940. Cada vez que la humanidad se comporta de manera abominable, ¡yo me siento feliz!

—¿Las cosas *buenas* no lo hacen feliz? ¿La gente artística, los hombres y mujeres creativos?

—No, no. —Groc seguía conduciendo a toda velocidad.— *Eso* me deprime. Un intervalo entre estupidez y estupidez. Sólo porque hay unos cuantos bobos inocentes que estropean el paisaje con sus rosas cortadas y sus naturalezas muertas es que quedan más a la vista los trogloditas, los gusanos infectos y las serpientes rastreras que aceitan las maquinarias subterráneas y llevan el mundo a la ruina. Hace años decidí que, como los continentes son vastas masas de fango, me compraría las botas más grandes y me revolcaría en el mundo como un bebé. Pero esto es ridículo, encerrados en una fábrica estúpida. Quiero reírme de ella, y que ella no me destruya. ¡Agárrate! —Doblamos, pasando por el costado del Calvario.

Casi se me escapó un grito.

El Calvario había desaparecido.

Detrás, el incinerador echaba grandes espirales de humo negro.

—Deben de ser las tres cruces —dije.

—¡Qué bien! —dijo Groc resoplando—. Me pregunto si J. C. dormirá hoy en la Misión de Medianoche.

Me volví para mirarlo.

—¿Conoce bien a J. C.?

—¿El Mesías de moscatel? ¡Lo hice yo! ¡Si hice las cejas y los pechos de otros y otras, por qué no las manos de Cristo! Así que extraje la carne que sobraba para hacer que sus dedos se vieran delicados: las manos de un Salvador. ¿Por qué no? ¿Acaso la religión no es una broma? La gente cree que la salvan. Nosotros sabemos que no. ¡Pero el toque de la corona de espinas, los estigmas! —Groc cerró los ojos, estuvo a punto de chocar con un poste de teléfonos, lo esquivó y se detuvo.

—Creía que las había hecho usted —dije por fin.

—¡Si vas a hacer el papel de Cristo, sé Él! Le dije a J. C.: ¡las marcas de clavos que te haré serán dignas de exposiciones del Renacimiento! ¡Te coseré los estigmas de

Masaccio, Da Vinci, Miguel Ángel! ¡De la carne de mármol de la *Pietà*! Y, como has podido ver, algunas noches...

—... los estigmas sangran.

Abrí de golpe la puerta del coche. —Me parece que voy a seguir a pie.

—No, no —se disculpó Groc, con una risa chillona—. Te necesito. ¡Qué ironía! Para poder salir más tarde. Ve a hablar con Botwin, y luego huiremos de aquí.

Me quedé un rato con la puerta entreabierta, sin saber qué hacer. Groc parecía estar sumido en un pánico placentero, de una hilaridad casi histérica, y no tuve más remedio que cerrar la puerta. Groc arrancó de nuevo.

—Pregunta, pregunta —dijo Groc.

—Está bien —intenté—. ¿Qué me dice de todos esos rostros que usted embelleció? Groc pisó el acelerador.

—Durarán para siempre, les dije, y los tontos se lo creyeron. De todos modos, me jubilo, *si* me dejan salir por la puerta. He comprado un billete para dar la vuelta al mundo, y el viaje empieza mañana. Después de treinta años mis risas se han convertido en ponzoña. ¿Manny Leiber? Morirá cualquier día de éstos. ¿Doc? ¿Sabías? Se fue.

—¿Adónde?

—¿Quién sabe? —Pero los ojos de Groc se deslizaron hacia el norte, hacia el muro que separaba el estudio del cementerio—. ¿Excomulgado?

Seguimos andando. Groc señaló hacia adelante con un movimiento de la cabeza. —Maggie Botwin me gusta. Es una cirujana perfeccionista, como yo.

—No suena igual que usted.

—Si alguna vez sonara como yo, moriría. ¿Y tú? Bueno, desilusionarse lleva tiempo. Tendrás setenta años cuando te des cuenta de que has cruzado campos minados gritando ¡por aquí! a una tropa de imbéciles. Tus películas no las recordará nadie.

—No —dije.

Groc miró mi mentón impasible y mi expresión de estoicismo.

—No —admitió—. Tienes el aspecto del verdadero mentecato virtuoso. *Tus* películas no.

Doblamos en otra esquina y señalé con la cabeza los carpinteros, los hombres de la limpieza, los pintores: —¿Quién ordenó hacer todo este trabajo?

—Manny, por supuesto.

—¿Quién le ordenó a Manny? ¿Quién da *realmente* las órdenes aquí? ¿Alguien detrás de un espejo? ¿Alguien dentro de una pared?

Groc clavó los frenos y se quedó mirando hacia adelante. Le vi las marcas de los puntos alrededor de las orejas, detallada y claramente.

—Eso no tiene respuesta.

—¿No? —dije—. Miro a mi alrededor y ¿qué veo? Un estudio, con ocho películas en plena producción. Una enorme, nuestra épica de Jesús, a la que le quedan nada

más que dos días de filmación. Y de pronto, por capricho, alguien dice: Cerrar las puertas. Y allí están, pintando y limpiando como locos. Es un delirio cerrar un estudio que cuesta por día entre noventa y cien mil dólares. ¿Qué se cuece ahí dentro?

—¿Qué? —dijo Groc en tono bajo.

—Bueno, Doc es una medusa, un bicho venenoso sin espinazo. Manny tiene un trasero especial para una sillita alta. ¿Usted? Hay una máscara debajo de su máscara y otra máscara debajo de ésta. Ninguno de los tres tiene la dinamita ni la demoledora mecánica para derrumbar el maldito estudio. Y, a pesar de eso, el estudio se derrumba. Veo un estudio grande como una ballena blanca. Vuelan los arpones. Así que tiene que haber un capitán loco de verdad.

—Dime, entonces —dijo Groc—. ¿Quién es Ahab?

—Un muerto subido a una escalera en el cementerio, mirando hacia aquí, dando órdenes. Y todos ustedes las obedecen —dije.

Groc cerró tres veces los enormes ojos negros, pestañeando lentamente como una iguana.

—Yo no —dijo sonriendo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no, tonto. —Groc sonrió mirando hacia el cielo.— ¡Piensa! ¡Existen sólo dos genios capaces de dar forma a ese muerto tuyo subido a la escalera en la lluvia, el muerto que mira por encima del muro y paraliza los corazones! —De repente Groc tuvo un ataque de risa que casi lo mató.— ¡Quién podría modelar un rostro como ése!

—¡Roy Holdstrom!

—¡Sí! ¡¿Y quién más?!

—¿El... el maquillador de Lenin? —balbuceé.

Stanislau Groc me miró con toda la luz de su sonrisa.

—Stanislau Groc —dije, aturdido—. *Usted...*

Inclinó la cabeza con modestia.

¡Usted!, pensé. ¡No la Bestia que se esconde entre las tumbas y sube a la escalera para colocar el espantapájaros de Arbuthnot y hacer que el estudio se muera del susto, no! ¡Sino Groc, el hombre que ríe, el pequeño Conrad Veidt con la mueca eterna cosida al rostro!

—¿Por qué? —dije.

—¿Por qué? —Groc sonrió satisfecho.— Pues, ¡para *agitar* un poco el ambiente! Dios santo, ¡hacía años que no pasaba nada! Doc, enfermo con las agujas. Manny, partiéndose en dos. Yo, sin conseguir reírme lo suficiente en este barco de idiotas. ¡Así que a despertar a los muertos! Pero tú arruinaste todo: encontraste el cuerpo pero no se lo dijiste a nadie. Pensé que saldrías corriendo y gritando por las calles. Sin embargo, al día siguiente, te quedaste mudo como una jirafa. Tuve que hacer unas cuantas llamadas anónimas para que el estudio se metiera en el cementerio. ¡Y entonces se armó el alboroto! ¡Un lío tremendo!

—¿También envió usted la otra nota para lograr que Roy y yo fuéramos al Brown

Derby a ver a la Bestia?

—También.

—¿Y todo eso —dije, anonadado—, para hacer una *broma*?

—No del todo. El estudio, como has notado, está sentado a horcajadas sobre esa grieta voraz conocida como la falla de San Andrés, preparado para un terremoto. Yo sentí temblores hace un mes. Así que puse la escalera y subí a los muertos. Y digamos que con eso me subió la paga.

«Extorsión», murmuró Crumley en el fondo de mi mente.

Groc sonrió maliciosamente, disfrutando su propia historia: —Asustar a Manny, a Doc, a J. C., a todos, ¡incluida la Bestia!

—¿La Bestia? ¡¿Quería asustar a la *Bestia*?!

—¿Por qué no? ¡La caterva! ¡La horda! Que pagaran todos, mientras no se enteraran quién estaba detrás. ¡Armar un alboroto, coger la pasta, enfilarse hacia la salida!

—Eso, Dios mío —dije—, significa que usted debe de saber todo lo del pasado de Arbuthnot, lo de su muerte. ¿Lo envenenaron? ¿Fue *eso*?

—Ah —dijo Groc—, teorías, especulaciones.

—¿Cuánta gente sabe que usted compró ese billete para dar la vuelta al mundo?

—Sólo tú, pobre, triste, encantador y condenado muchacho. Pero creo que alguien lo ha intuido. ¿Por qué otra razón iban a cerrar la puerta de entrada y dejarme aquí dentro?

—Sí —dije—. Acaban de tirar a la basura la tumba de Cristo junto con los maderos. Necesitaban un cadáver para acompañarla.

—El mío —dijo Groc, entristeciéndose de pronto.

Un coche de la policía del estudio se detuvo a nuestro lado.

Se asomó un guardia.

—Manny Leiber quiere verlo.

Groc se hundió en el asiento; la carne se le hundió en la sangre, la sangre se le hundió en el alma y el alma se le hundió en la nada.

—Es el fin —susurró Groc.

Pensé en la oficina de Manny y en el espejo detrás del escritorio y en las catacumbas detrás del espejo.

—Salga del coche y corra —dije.

—Qué ingenuo —dijo Groc—. ¿Adónde podría llegar? —Groc me palmeó la mano con dedos temblorosos.— Eres un pelmazo, pero un pelmazo bueno. No, desde ahora, cualquier persona que sea vista conmigo se irá en el gran remolino cuando tiren de la cadena. Espera.

Empujó el maletín hacia mi asiento, lo abrió y lo volvió a cerrar. Vi un destello de billetes de cien dólares.

—Toma —dijo Groc—. Yo ya no los necesitaré. Escóndelos rápido. Dinero para vivir como un rey el resto de tu vida.

—No, gracias.

Empujó el maletín más aún contra mi pierna. Yo lo alejé, como si me estuviera clavando una daga de hielo en la rodilla.

—Pelmazo —dijo—. Pero un pelmazo bueno.

Me bajé.

El coche de la policía, mientras nos adelantaba con el motor tosiendo, hizo sonar apenas la bocina. Groc lo miró y luego me miró a mí, fijándose en las orejas, los párpados, el mentón.

—Tu piel no necesitará que le hagan nada hasta dentro de, digamos, treinta años, más o menos.

Tenía la boca pastosa. Entornó los ojos, asió el volante con dedos crispados y tensos y arrancó.

El coche de la policía dobló en la esquina, el suyo lo siguió, un pequeño cortejo fúnebre rumbo al muro del fondo del estudio.

63

Subí la escalera hasta el palacio de reptiles de Maggie Botwin, así llamado por todas las escenas descartadas, las serpentinas de celuloide tiradas en el cubo y las que se arrastraban por el suelo como serpientes de cascabel.

La pequeña sala estaba vacía. Los viejos fantasmas habían huido. Las víboras habían ido a enterrarse en algún otro lugar.

Me quedé de pie entre los estantes vacíos, mirando a mi alrededor, hasta que encontré una nota pegada encima de la moviola silenciosa.

QUERIDO GENIO: TRATÉ DE LLAMARTE EN LAS ÚLTIMAS DOS HORAS. HEMOS ABANDONADO LA BATALLA DE JERICÓ Y HUIDO. LIBRAREMOS LA BATALLA FINAL EN MI FORTALEZA DE LA COLINA. ¡VEN! SIEG HEIL, FRITZ Y JACQUELINE LA DESTRIPIADORA.

Doblé la nota para agregarla a mi diario y releerla cuando fuera viejo. Bajé la escalera y salí del estudio.

No había tropas de asalto a la vista.

Mientras caminábamos por la orilla del mar, le conté a Crumley lo del cura y lo del sendero entre la maleza y las dos mujeres que caminaban por ese sitio hace mucho tiempo.

Encontramos a Constance Rattigan en la playa. Era la primera vez que la veía echada en la arena. Hasta ese momento siempre la había visto en la piscina o en el mar. Ahora estaba entre ambas cosas, como si no tuviera fuerzas para meterse en el agua o volver a la casa. Estaba tan encallada, tan varada y tan pálida que daba lástima mirarla.

Nos agachamos a su lado, y esperamos a que, sin abrir los ojos, se diera cuenta de que estábamos allí.

—Nos has mentido —dijo Crumley.

Los ojos se le movieron de un lado a otro bajo los párpados. —¿A qué mentira te refieres?

—A que te fuiste corriendo en medio de esa fiesta, hace veinte años. Bien sabes que te quedaste hasta el final.

—¿Qué hice? —Volvió la cabeza hacia el otro lado. No veíamos si miraba hacia el mar gris, de donde se acercaba una temprana niebla vespertina para arruinar el momento.

—*Ellos te* llevaron al lugar del accidente. Una amiga tuya necesitaba ayuda.

—Nunca tuve amigas.

—Vamos, Constance —dijo Crumley—, conozco los hechos. He estado juntando pruebas. Los periódicos dicen que hubo tres funerales el mismo día. El padre Kelly, el de la iglesia cercana al lugar donde realmente ocurrió el accidente, dice que Emily Sloane murió *después* de los funerales. ¿Qué pasaría si consigo una orden de los tribunales para abrir la tumba de los Sloane? ¿Habrá allí un cadáver o dos? Uno, creo yo, y ¿Emily dónde está? ¿Y quién la llevó? ¿Tú? ¿Mandada por quién?

El cuerpo de Constance Rattigan temblaba. Yo no sabía bien si era por culpa de una antigua amargura que había salido de pronto a la superficie, o simplemente por la neblina que nos envolvía.

—Para ser un tonto detective, eres bastante inteligente —dijo.

—No, es que algunas veces tiro los dados y me sale póquer servido. El padre Kelly le dijo a nuestro amigo el escritor que Emily tenía la cabeza en otra parte. Así que tuvieron que llevársela. ¿Te la llevaste tú?

—Bien lo sabe Dios —murmuró Constance Rattigan. En la orilla rompió una ola.

Adonde llegaba el agua se había juntado una bruma más espesa—. Sí...

Crumley asintió en silencio y dijo: —Tienen que haber hecho algo en el momento para ocultarlo todo, algo terrible y que sólo Dios sabe. ¿Acaso alguien llenó el cepillo de las limosnas? Quiero decir, ¿el estudio prometió, caray, qué sé yo, redecorar el altar, financiar a las viudas y los huérfanos para siempre? ¿Entregarle al cura una fortuna incalculable todas las semanas si se olvidaba de que tú te habías llevado a Emily Sloane *de* ese lugar?

—Eso —murmuró Constance, con los ojos bien abiertos, sentada y no acostada, buscando el horizonte con la vista— estaba incluido.

—Y más dinero en el cepillo de las limosnas, y más y más, si el cura decía que el accidente pasó no en frente de su iglesia sino, digamos, a unos cien metros de allí, así él *no* vio a Arbuthnot embestir al otro coche y matar a su enemigo, ni a la esposa de su enemigo, que se volvió loca con las muertes. ¿Es así?

—Eso —murmuró Constance Rattigan, ausente— es casi todo.

—¿Y sacaste a Emily Sloane de la iglesia una hora después y, como si estuviera muerta, la llevaste por un terreno baldío, lleno de girasoles y carteles que decían EN VENTA...?

—Estaba todo tan cerca, era tan oportuno, que daba risa —recordó Constance, sin reírse, con el rostro gris—. El cementerio, la funeraria, la iglesia para algunos funerales rápidos, el terreno baldío, el sendero, ¿y Emily? Caramba. Ella se había adelantado, por lo menos en su cabeza. Lo único que tuve que hacer yo fue llevar el timón.

—Constance —dijo Crumley—, ¿Emily Sloane está viva?

Constance giró la cara un cuadro por vez, como esas muñecas que se detienen después de cada movimiento, y tardó unos diez segundos en acomodarse, cuadro por cuadro, hasta que miró totalmente a través de mi cara, con los ojos enfocados en otra distancia.

—¿Cuándo —dije— fue la última vez que llevaste flores a una escultura de mármol? A una estatua que nunca vio flores, nunca te vio a ti, pero vivió dentro de ese mármol, dentro de todo ese silencio. ¿Cuándo fue la última vez?

Del ojo derecho de Constance Rattigan cayó una única lágrima.

—Solía ir todas las semanas. Tenía siempre la esperanza de que saldría del agua como un iceberg y se derretiría. Pero al final no pude soportar el silencio, ni la falta de agradecimiento. Me hacía sentir como si yo estuviera muerta.

Movió la cabeza cuadro por cuadro hacia la otra dirección, hacia un recuerdo del año anterior, o de otro año.

—Creo —dijo Crumley—, que es hora de llevar más flores. ¿Verdad?

—No lo sé.

—Sí, lo sabes. ¿Qué te dice... Hollyhock House?

De repente Constance Rattigan saltó poniéndose en pie, miró el mar y corrió a toda velocidad hacia las olas y se sumergió.

—¡No! —grité.

Pues de pronto tuve miedo. A veces el mar se lleva hasta a los mejores nadadores, y no los devuelve.

Corrí a la orilla y empecé a descalzarme; en ese momento, Constance, echando agua por la boca como una foca y sacudiéndose como un perro, explotó entre las olas y salió arrastrando las piernas. Cuando llegó a la arena dura y mojada, se detuvo y vomitó. El vómito le saltó de la boca como un corcho. Se quedó de pie, con las manos en las caderas, mirando cómo la marea se llevaba mar adentro lo que ella había volcado en la orilla.

—Diablos —dijo, con curiosidad—. ¡Debo de haber tenido adentro ese entripado todos estos años!

Se volvió y me miró de la cabeza a los pies; le estaba volviendo el color a las mejillas. Sacudió los dedos frente a mi cara, salpicándome con una lluvia marina, como para refrescarme.

—¿Siempre te hace bien nadar? —dije señalando el océano.

—El día que no me haga bien, no volveré a salir de él —dijo en voz baja—. Una zambullida rápida, un polvo rápido funcionan. No puedo ayudar a Arbuthnot o a Sloane, están muertos, remuertos. Ni a Emily Wickes...

Se quedó paralizada, y cambió el nombre: —Emily *Sloane*.

—¿Wickes es su *nuevo* nombre, desde hace veinte años, en Hollyhock House? —preguntó Crumley.

—Ahora que largué el entripado necesito meter un poco de champán. Vamos.

Abrió una botella junto a la piscina de azulejos azules y nos llenó las copas.

—¿Seréis lo bastante estúpidos como para tratar de salvar a Emily Wickes Sloane, viva o muerta, después de todo este tiempo?

—¿Quién nos detendrá? —dijo Crumley.

—¡Todo el estudio! No, tal vez tres personas que saben que ella está allí. Necesitaréis que os presenten a alguna gente. Nadie entra a Hollyhock House sin Constance Rattigan. No me miréis de ese modo. Estoy dispuesta a ayudar.

Crumley bebió su champán y dijo: —Una última pregunta. ¿Quién se ocupó de todo esa noche, hace veinte años? Debe de haber sido feo. ¿Quién...?

—¿Dirigió todo? Había que dirigirlo, claro. La gente se atropellaba y chillaba. Era *Crimen y castigo*, *Guerra y paz*. Alguien tenía que gritar: ¡Por *aquí* no, por *allí*! En medio de la noche con todos esos gritos y esa sangre, gracias a Dios, salvó la escena, los actores, el estudio, todo sin película en la cámara. El mejor director alemán vivo.

—¿¡Fritz Wong!?! —exclamé, atónito.

—Fritz —dijo Constance Rattigan— Wong.

El nido de águilas de Fritz, a medio camino entre el hotel Beverly Hills y Mulholland, tenía a la vista unos diez millones de luces extendidas por el vasto suelo de Los Ángeles. Desde un largo y elegante porche de mármol en el frente de la mansión, se veían los jets que, a veinticinco kilómetros de distancia, maniobraban para aterrizar, antorchas refulgentes, lentos meteoros en el cielo, uno por minuto.

Fritz Wong abrió de un tirón la puerta de la casa y se quedó parpadeando, haciendo que no me veía.

Saqué del bolsillo el monóculo y se lo entregué. Lo cogió y se lo acomodó.

—Arrogante cabrón. —El monóculo lanzaba destellos desde su ojo derecho como la hoja de una guillotina.— ¡Así que eres *tú!* El que pronto será grande viene a fastidiar al que pronto desaparecerá. El rey en ascenso derriba al príncipe que fue. El escritor que les dice a los leones lo que deben decirle a Daniel visita al domador que les dice lo que deben *hacer*. ¿Qué haces aquí? ¿La película está *kaput!*

—Aquí están las páginas. —Entré.— ¿Maggie? ¿Está usted *bien?*

Maggie, en un rincón de la sala, asintió con la cabeza, pálida pero, como pude observar, recuperada.

—No le hagas caso a Fritz —dijo—. Tiene la cabeza llena de estupideces y liverwurst.

—Siéntate en la Cuchillera y cállate —dijo Fritz, agujereando mis páginas con el calor del monóculo.

—¡Sí... —miré el cuadro de Hitler en la pared y junté los talones haciendo ruido —, señor!

Fritz levantó la vista, enojado. —¡Estúpido! El cuadro del fanático pintor de brocha gorda está allí para recordarme a los grandes hijos de perra de los que huí para poder meterme con los pequeños hijos de perra. ¡Santo cielo, la fachada de Maximus Films es una copia de las Puertas de Brandenburgo! ¡Sienta el *Sitzfleisch!*

Senté el *Sitzfleisch* y me quedé atónito.

Pues detrás de Maggie Botwin estaba la capilla más increíble que había visto en mi vida. Era más brillante, más grande, más hermosa que el altar de oro y plata de San Sebastián.

—¡Fritz! —exclamé.

Pues esta capilla asombrosa estaba repleta de cremas de menta, brandys, coñacs, whiskys, oportos, borgoñas y burdeos, guardados en capas y capas de cristal. Resplandecía como una gruta submarina de la que podían brotar cardúmenes de

botellas luminosas. Arriba y alrededor pendían decenas, cientos de objetos de fino cristal sueco tallado, Lalique y Waterford. Era un trono de ceremonias, el lugar de nacimiento de Luis XIV, la tumba de un rey solar egipcio, el estrado de la Coronación imperial de Napoleón. Era el escaparate de una juguetería a las doce de la Nochebuena. Era...

—Como sabes —dije—, bebo en muy raras ocasiones...

A Fritz se le cayó el monóculo. Lo cogió y se lo volvió a plantar.

—¿Qué quieres tomar? —ladró.

Me salvé de su desprecio recordando un vino que le había oído mencionar.

—Corton —dije— del 38.

—¿En serio crees que abriré mi mejor vino para alguien como tú?

Tragué fuerte y asentí.

Fritz llevó el puño hacia el techo como para tirarme al piso de un golpe. El puño bajó, delicadamente, y abrió una puerta de una vitrina de donde sacó una botella.

Corton, 1938.

Hizo girar el sacacorchos mientras apretaba los dientes y me espiaba con el rabillo del ojo. —Miraré cada sorbo —dijo entre dientes—. Si das muestras, con la más mínima expresión, de que no lo valoras... ¡ssst!

Quitó con limpieza el corcho y posó la botella para que se aireara.

—Ahora —suspiró—, ¡aunque la película está doblemente muerta, veamos cómo le ha ido al chico maravilla! —Se hundió en el sillón y hojeó las páginas que le había traído.— Déjame leer tu pesado texto. Aunque sólo Dios sabe por qué debemos suponer que volveremos alguna vez al matadero. —Cerró el ojo izquierdo y dejó que el derecho se moviese detrás del brillante cristal. Cuando terminó, arrojó las páginas al piso y, enfadado, le indicó a Maggie con un movimiento de la cabeza que las recogiera. Observó el rostro de ella mientras servía el vino.— ¿Y bien? —gritó con impaciencia.

Maggie se puso las hojas en el regazo y las manos encima de las hojas, como si fueran los evangelios.

—Podría ponerme a llorar. ¿Y? *Estoy llorando.*

—¡Basta de comedias! —Fritz empinó la copa y luego se detuvo, enfadado conmigo por hacerle beber tan de prisa.— ¡No puedes haber escrito eso en unas pocas horas!

—Perdón —me disculpé tímidamente—. Solamente lo que se hace rápido es bueno. Uno modera la marcha, se pone a *pensar* en lo que está haciendo y todo sale mal.

—Pensar es fatal, ¿verdad? —dijo Fritz en tono imperativo—. ¿Acaso te sientas sobre tus sesos mientras escribes a máquina?

—No lo sé. Eh, este vino no está *mal*.

—¡No está mal! —exclamó Fritz, furioso, mirando al techo—. ¡Un Corton 1938 y él dice que no está mal! Mejor que todos esos caramelos que te veo masticando por el

estudio. Mejor que todas las mujeres del mundo. Casi.

—Este vino —dije sin perder un segundo— es casi tan bueno como tus películas.

—Excelente. —Fritz, tocado en el ego, sonrió.— Casi podrías ser húngaro.

Fritz me llenó otra vez la copa y me devolvió la medalla de honor, su monóculo.

—Joven catador, ¿por qué otra razón has venido?

El momento era propicio. —Fritz —dije—, el 31 de octubre de 1934 dirigiste, fotografiaste y montaste una película titulada *Fiesta loca*.

Fritz estaba apoyado contra el respaldo del sillón, con las piernas estiradas y la copa de vino en la mano derecha. La mano izquierda se arrastró hasta el bolsillo en donde debía haber estado el monóculo.

La boca de Fritz se abrió con pereza, con indiferencia. —Repite.

—La noche de Halloween de 1934...

—Más. —Fritz, con los ojos cerrados, me acercó la copa.

Le serví.

—Si derramas algo, te arrojaré escaleras abajo. —El rostro de Fritz apuntaba al techo.

Al notar el peso del vino en la copa, asintió con la cabeza y yo retiré la botella para llenar la mía.

—¿Dónde —la boca de Fritz se movía como si estuviera separada del resto de su cara impávida— oíste mencionar semejante película con un título tan imbécil?

—Fue filmada sin película en la cámara. Tú la dirigiste durante unas dos horas. ¿Te cuento quiénes fueron los actores esa noche?

Fritz abrió un ojo y trató de enfocarlo en el otro lado de la habitación sin el monóculo.

—Constance Rattigan —recité—, J. C., Doc Phillips, Manny Leiber, Stanislau Groc y Arbuthnot, Sloane y su mujer, Emily Sloane.

—¡Demonios, qué elenco! —dijo Fritz.

—¿Me quieres decir por qué?

Fritz se incorporó despacio en el asiento, soltó una maldición, bebió el vino y se quedó encorvado mirando dentro de la copa por un buen rato. Después pestañeó y dijo:

—Así que al final tengo la oportunidad de contarlo. Estuve esperando todos estos años para largar el vómito... Bueno, *alguien* tenía que dirigir. No había guión. Era una locura total. Me llamaron a último momento.

—¿Cuánto —dije— improvisaste?

—La mayor parte, no, *todo* —dijo Fritz—. Había cadáveres por todos lados. Bueno, en realidad cadáveres no. Gente y un montón de sangre. Yo había llevado mi cámara para filmar esa noche, ¿sabes?; en una fiesta así a uno le apetece coger a la gente desprevenida, o al menos a mí me apetece. La primera parte de la velada estuvo bien. La gente gritaba y corría de aquí para allá en el estudio y en el túnel y bailaba en el cementerio con una banda de jazz. Es cierto que todo era loco y fantástico. Hasta

que se escapó de las manos. El accidente, quiero decir. Para ese entonces, tienes razón, se había acabado la película en mi cámara. Así que di las órdenes. Ve aquí, ve allí. No llames a la policía. Trae los coches. Llena el cepillo de las limosnas.

—Eso lo supuse.

—¡Calla! El pobre cura cabrón, como la mujer, se estaba volviendo loco. En el estudio siempre había pilas de dinero en efectivo a mano para casos de emergencia. Llenamos la pila bautismal como en una fiesta de Acción de Gracias, delante del cura. Nunca supe, esa noche, si *vio* siquiera lo que hicimos, tan estupefacto estaba. Le ordené a la señora Sloane que se fuera de allí. Una extra se encargó de llevársela.

—No —dije—. Una actriz.

—¿¡Sí!? Se fue. Mientras nosotros recogíamos los pedazos y ocultábamos nuestras huellas. En esa época era más fácil hacer esas cosas. Después de todo, los estudios manejaban la ciudad. Teníamos un cadáver, el de Sloane, para mostrar y otro, el de Arbuthnot, en la morgue, dijimos, y Doc firmó los certificados de defunción. Nadie pidió nunca ver *todos* los cadáveres. Le pagamos al forense para que se tomara un año de baja por enfermedad. Así fue como se hizo.

Fritz juntó las piernas, acurrucó el trago entre los muslos y miró con atención a través del aire para ver qué cara ponía yo.

—Por suerte, debido a que era una fiesta del estudio, J. C., Doc Phillips, Groc, Manny y todos los pelotilleros estaban allí. Yo grité: Traed guardias. Traed coches. Poned vallas para rodear el accidente. ¡Si sale gente de las casas, hacedlos regresar con los altavoces! Pero, igualmente, en esa calle había pocas casas y la gasolinera estaba cerrada. ¿El resto? Estudios de abogados, todo oscuro. ¡Para cuando llegó el verdadero gentío de las demás calles, en pijama, yo ya había partido en dos el mar Rojo, vuelto a enterrar a Lázaro y encontrado un nuevo trabajo para los incrédulos en un lugar lejano! ¡Delicioso, maravilloso, magnífico! ¿Otro trago?

—¿Qué es esa *cosa*?

—Coñac Napoleón. Cien años de añejamiento. ¡Lo aborrecerás!

Me sirvió un trago. —Si haces alguna mueca, te mataré.

—¿Y qué pasó con los cadáveres? —pregunté.

—Muertos, había uno solo. Sloane. Arbuthnot había quedado aplastado, por Dios, del grosor de una hoja de papel, pero todavía respiraba. Hice lo que pude; lo dejé delante de la funeraria, y me alejé. Arbuthnot murió más tarde. Doc Phillips y Groc trataron de salvarlo, en ese lugar donde embalsaman cadáveres, que se convirtió en un hospital de emergencia. Paradójico, ¿no? Dos días después, yo dirigí el funeral. De nuevo, ¡magnífico!

—¿Y Emily Sloane? ¿Hollyhock House?

—La última vez que la vi, la llevaban por ese terreno baldío lleno de flores silvestres a ese sanatorio privado. Murió al día siguiente. Eso es todo lo que yo sé. Yo fui tan sólo un director que llamaron para auxiliar al Hin denburg en el incendio, o para dirigir el tránsito en el terremoto de San Francisco. Ésas fueron mis

responsabilidades. Ahora bien, ¿por qué, por qué, por qué preguntas?

Aspiré hondo, dejé bajar un poco del Napoleón, sentí que los ojos se me llenaban de agua caliente y dije: —Arbuthnot ha vuelto.

Fritz se enderezó en el asiento y gritó: —¿¡Estás loco!?

—Él o su imagen —dije, casi perdiendo la voz—. Groc lo hizo. Por diversión, dijo. O por dinero. Hizo un monigote de papel *mâché* y cera. Lo colocó para asustar a Manny y a los demás, tal vez con los mismos hechos que tú conoces pero que no le contaste nunca a nadie.

Fritz Wong se levantó y se puso a caminar en redondo a las zancadas, taconeando con las botas la alfombra. Luego se quedó frente a Maggie balanceándose para adelante y para atrás, meneando la enorme cabeza.

—¿¡Tú lo sabías!?

—El chico mencionó algo...

—¿Y por qué no me lo *dijiste*?

—Porque, Fritz —explicó Maggie—, ¡cuando tú diriges no quieres oír ninguna novedad, buena o mala, de nadie!

—¿Así que eso era lo que pasaba? —dijo Fritz—. Doc Phillips borracho a mediodía tres días seguidos. La voz de Manny Leiber que sonaba como un disco lento pasado al doble de su velocidad. Cristo, ¡y yo que pensé que lo que lo enfadaba *siempre* era que yo hacía las cosas bien! ¡No! Jesús, Dios santo, ay, maldito cabrón, ese Groc. —Se interrumpió y me miró.— ¡Aquellos que traen malas noticias al rey son ejecutados! —gritó—. Pero antes de morir, ¡cuéntanos más!

—La tumba de Arbuthnot está vacía.

—¿El cadáver...? ¿Lo robaron...?

—Arbuthnot nunca estuvo *en* su tumba, jamás.

—¿Quién dijo eso? —exclamó.

—Un ciego.

—¡Un ciego! —Fritz apretó de nuevo los puños. Me pregunté si durante todos estos años no había manejado a sus actores paralizándolos con esos puños.— ¿¡Un ciego!?

El Hindenburg se le hundió adentro presa de un terrible fuego final. Después de eso..., cenizas.

—Un ciego... —Fritz se paseó lentamente por la habitación, sin tomarnos en cuenta a ninguno de los dos, bebiendo el coñac a sorbos.— Cuenta.

Conté todo lo que le había contado hasta ese momento a Crumley.

Cuando terminé, Fritz levantó el teléfono y, sosteniéndolo a cinco centímetros de los ojos, con los párpados entornados, marcó un número.

—Hola, ¿Grace? Fritz Wong. Consígueme billetes para Nueva York, París y Berlín. ¿Cuándo? ¡Esta noche! ¡Esperaré en el teléfono!

Se volvió para mirar por la ventana hacia Hollywood, a varios kilómetros de distancia.

—Dios mío, sentí el terremoto durante toda la semana y pensé que era Jesús que se estaba muriendo a causa de un guión malísimo. Ahora ha muerto todo. No volveremos nunca. Reciclarán nuestra película y la convertirán en collares de celuloide para curas irlandeses. Dile a Constance que huya. Y luego ve a comprarte un billete.

—¿Adónde? —pregunté.

—¡Debes de tener algún lugar adonde ir! —vociferó Fritz.

En medio de ese enorme estallido, en algún lugar de la cabeza de Fritz se abrió una válvula. De su cuerpo no salió aire caliente sino frío. En el ojo enfermo le apareció un tic que crecía cada vez más.

—Grace —gritó en el teléfono—, no escuches al idiota que acaba de llamar. Cancela Nueva York. ¡Consígueme uno para Laguna! ¿Qué? En la costa, estúpida. Una casa frente al Pacífico para que pueda internarme en el agua como Norman Maine a la puesta del sol, en caso de que la Fatalidad misma venga a tirar la puerta abajo. ¿Qué? Para ocultarme. Para qué sirve París; los maniáticos de aquí lo adivinarían. Pero nunca se les va a ocurrir que un estúpido Unterseeboot Kapitän que odia la luz del sol termine en Sol City, South Laguna, con todos esos holgazanes desnudos. ¡Envíame ahora mismo una limusina! Quiero que me tengas una casa esperando cuando llegue al restaurante Victor Hugo a las nueve. ¡En marcha! —Fritz colgó el teléfono con fuerza y miró a Maggie.— ¿Vendrás?

Maggie Botwin era una bella copa de helado de vainilla que no se derretía. — Querido Fritz —dijo—. Nací en Glendale en el 1900. Podría volver allí y morirme de aburrimiento o podría ocultarme en Laguna, pero todos esos «holgazanes», como tú los llamas, hacen que se me corra el corsé de lugar. Además, Fritz, y tú también, mi querido joven, yo estuve aquí todos los días a las tres de la madrugada de ese año, dándole al pedal de mi máquina de coser Singer, cosiendo pesadillas para que parecieran al menos sueños no tan vergonzosos, pasando un pañuelo por las bocas de las sucias niñitas para quitarles la sonrisa afectada y echarla a la basura detrás de los catres abollados del gimnasio de hombres. Nunca me gustaron las fiestas, ni los cocktails de los domingos por la tarde ni las luchas japonesas de los sábados por la noche. Sea lo que fuera lo que ocurrió esa noche de Halloween, yo estaba esperando que alguien, cualquier persona, me trajera la película. La película nunca llegó. Si ocurrió un accidente de coches del otro lado del muro, yo no me enteré. Si se celebraron uno o mil funerales a la semana siguiente, rechacé todas las invitaciones y corté las flores marchitas, aquí. No bajaba a ver a Arbuthnot cuando vivía, así que ¿por qué iba a bajar para verlo muerto? Él solía subir y quedarse de pie delante de la puerta de alambre tejido. Lo miraba, alto a la luz del mediodía, y decía: ¡Necesitas un poco de compaginación! Y él reía y no entraba nunca; simplemente le decía a la costurera sastre cómo quería la cara de tal, cerca o lejos, dentro o fuera, y se iba. ¿Cómo conseguí estar sola en el estudio? Era un negocio nuevo y no había más que un sastre en la ciudad, yo. Los demás eran planchadores de pantalones, buscadores de

trabajo, gitanos, escritores de guiones adivinos que no sabían leer las hojas del té. Una Navidad Arby me mandó una rueca con un huso afilado y una placa de bronce en el pedal: «GUARDA ESTO, ASÍ LA BELLA DURMIENTE NO SE PINCHA LOS DEDOS NI SE QUEDA DORMIDA», decía. Ojalá lo hubiese conocido, pero no era más que una sombra más del otro lado de la puerta de alambre tejido, y ya tenía demasiadas sombras de *este* lado. Lo único que vi fueron las multitudes en su viaje de despedida desde aquí hasta la granja sin retorno, a la vuelta de la esquina. Eso, al igual que todo lo demás en la vida, incluido este sermón, necesitaba cortes. —Bajó la mirada hacia el pecho y tomó entre los dedos unas perlas invisibles que pendían allí para calmar momentos de inquietud.

Después de un prolongado silencio, Fritz dijo: —¡Maggie Botwin no hablará hasta dentro de un año!

—No. —Maggie Botwin me clavó los ojos.— ¿Has escrito algo sobre las partes de la película que vimos en los últimos días? Nunca se sabe, tal vez mañana nos vuelvan a contratar por un tercio de la paga.

—No —dije, sin convicción.

—Al diablo con todo eso —dijo Fritz—. ¡Yo me voy a empacar!

El taxi todavía me estaba esperando, y marcando sumas astronómicas. Fritz lo miró con desagrado. —Idiota, ¿por qué no aprendes a conducir?

—¿Y a masacrar a la gente por la calle, al mejor estilo Fritz Wong? ¿Es esto nuestra despedida, Rommel?

—Sólo hasta que los aliados se apoderen de Normandía.

Me metí en el taxi, luego tanteé el bolsillo de la chaqueta. —¿Y qué hago con este monóculo?

—Hazlo centellear en la próxima entrega de los Oscar. Con él te darán una butaca en la galería. ¿Qué esperas, un abrazo? ¡Anda! —Luchó conmigo, enfadado.— *¡Mueve ese trasero!*

Mientras me alejaba, Fritz gritó: —¡Siempre me olvido de decirte cuánto te odio!

—Mentiroso —le grité.

—Sí... —Fritz asintió y levantó la mano para saludarme con un gesto lento y cansino.— Miento.

—He estado pensando en Hollyhock House —dijo Crumley—, y en tu amiga Emily Sloane.

—No es mi amiga, pero continúa.

—Los locos me dan esperanzas.

—¡¡¡Qué!!! —Casi se me cae la cerveza.

—Los locos han decidido seguir —dijo Crumley—. Aman tanto la vida que se esconden detrás de un muro levantado por ellos mismos para no destruirla. Hacen como que no oyen, pero *oyen*. Hacen como que no ven, pero *ven*. La locura dice: odio vivir pero amo la vida. Odio las reglas pero *me* gusto. De modo que, en vez de caerme muerto, me oculto. No en el alcohol, ni en la cama bajo las mantas, ni en el pinchazo de una aguja, ni aspirando el polvo blanco, sino en la locura. En mi propio caparazón, en mi propia armadura, bajo mi propio techo de silencio. Así que, sí, los locos me dan esperanzas. El coraje de seguir estando cuerdo y vivo, siempre con la cura al alcance de la mano, en caso de cansarme y necesitarla: la locura.

—¡*Dame* esa cerveza! —Se la quité.— ¿Cuántas te has bebido ya?

—Ocho, nada más.

—Dios mío. —Se la devolví.— ¿Todo esto estará metido en tu novela cuando la publiquen?

—Puede ser. —Crumley soltó un bello, sereno y complaciente eructo y continuó. — Si pudieras elegir entre mil millones de años de oscuridad, sin volver a ver el sol, ¿no escogerías la catatonía? Podrías seguir disfrutando de la hierba y del aire que huele a sandías abiertas. Podrías seguir tocándote la rodilla cuando no mirase nadie. Y hacer en todo momento como que no te importa. Pero te importa *tanto* que te construyes un ataúd de cristal y lo sellas contigo dentro.

—¡Dios mío! ¡Sigue!

—Yo pregunto, ¿por qué elegir la locura? Para no morir, digo. El amor es la respuesta. Todos nuestros sentidos son amores. Amamos la vida pero tememos lo que la vida nos hace. ¿Entonces? ¿Por qué no probar la locura?

Después de un largo silencio, dije: —¿Adónde diablos nos lleva toda esta cháchara?

—Al manicomio —dijo Crumley.

—¿A hablarle a una catatónica?

—Una vez funcionó, ¿no es cierto?, hace un par de años, cuando te hipnoticé y tú al fin casi reconociste a un asesino.

—¡Sí, pero yo no estaba chiflado!

—¿Quién lo dice?

Cerré la boca, Crumley la abrió.

—Bueno —dijo—, ¿qué tal si llevamos a Emily Sloane a la iglesia?

—¡Demonios!

—No me «demonies». Todos oímos hablar de las donaciones que hacía todos los años a Nuestra Señora en Sunset. Cómo donó doscientos crucifijos de plata dos Pascuas seguidas. Cuando eres católico, eres católico para toda la vida.

—¿Incluso estando loca?

—Pero *ella* se dará cuenta. Dentro, detrás del muro, sentirá que está en misa y... hablará.

—Desvariará, delirará tal vez...

—Tal vez. Pero ella sabe todo. Por eso se volvió loca, para no pensar o hablar. Es la única que quedó, los demás están muertos, o escondidos frente a nuestras propias narices, con las bocas cerradas a cambio de dinero.

—¿Y tú crees que sentirá lo suficiente, que sabrá y recordará? Quizás la enloquezcamos más todavía.

—Dios, no sé. Es la última pista que tenemos. Nadie más va a confesar tan de plano. Constance te ha contado la historia a medias, Fritz te ha contado un cuarto, y además está el cura. Es un rompecabezas, y Emily Sloane es el marco. Enciende las velas y el incienso. Haz sonar la campana del altar. Quizá despierte después de siete mil días y se ponga a hablar.

Crumley se quedó sentado durante un minuto entero, bebiendo lenta y abundantemente. Luego echó el peso del cuerpo hacia adelante y dijo:

—Ahora, ¿la *sacamos*?

No llevamos a Emily Sloane a la iglesia.

Llevamos la iglesia a Emily Sloane.

Constance organizó todo.

Crumley y yo llevamos las velas, el incienso y una campana de bronce fabricada en la India. Colocamos las velas y las encendimos en una habitación en penumbras del sanatorio de los Campos Elíseos de Hollyhock House. Yo pinché con alfileres unos pedazos de tela alrededor de mis rodillas.

—¿Para qué diablos es *eso*? —preguntó Crumley entre dientes.

—Efectos especiales. Roza. Como la sotana de un cura.

—¡Santo Dios! —dijo Crumley.

—Bueno, sí.

Luego, con las velas encendidas, y Crumley y yo a cierta distancia, en un rincón, abanicamos el incienso y probamos la campana. El tañido era hermoso y claro.

Crumley dijo en voz baja: —¿Constance? *Ahora*.

Y llegó Emily Sloane.

No se movía por propia voluntad, no caminaba, ni giraba la cabeza ni entornaba o dirigía los ojos en ese rostro tallado en mármol. De la oscuridad salió primero el perfil sostenido encima de un cuerpo rígido y de unas manos entrelazadas con una serenidad sepulcral en un regazo vuelto virgen con el tiempo. Desde atrás, empujaba una silla de ruedas una directora de escena casi invisible, Constance Rattigan, vestida de negro como para el ensayo de un antiguo funeral. Al aparecer por el pasillo el rostro blanco y el cuerpo espantosamente inmóvil de Emily Sloane, hubo un movimiento como de pájaros que alzan vuelo; abanicamos el humo del incienso e hicimos sonar la campana.

Yo carraspeé.

—¡Shh, está *escuchando*! —susurró Crumley.

Y era cierto.

Al internarse Emily Sloane en la luz tenue, hubo en sus ojos un movimiento sutilísimo, una minúscula contracción debajo de los párpados, mientras el latido imperceptible de la llama de las velas atraía el silencio y proyectaba sombras.

Avivé el aire.

Hice repicar la campana.

El propio cuerpo de Emily Sloane... se meció. Como una cometa ingrávida, movida por un viento invisible, cambió de postura como si se le hubiera derretido el

cuerpo.

Sonó otra vez la campana, y el humo del incienso le hizo temblar la nariz.

Constance retrocedió y quedó en las sombras.

La cabeza de Emily Sloane se volvió hacia la luz.

—Dios mío —susurré.

Es ella, pensé.

La mujer ciega que había ido al Brown Derby y se había ido con la Bestia esa noche, mil noches atrás.

Y no era ciega.

Sólo catatónica.

Pero no una catatónica común.

Fuera de la tumba y al otro lado de la habitación entre el olor y el humo del incienso y el tañido de la campana.

Emily Sloane.

Emily estuvo sentada durante diez minutos sin decir nada. Nosotros contábamos nuestros latidos. Mirábamos las llamas que consumían las velas mientras el humo del incienso se esparcía en el aire.

Y luego, finalmente, el momento maravilloso en el que su cabeza se inclinó hacia un lado y sus ojos se dilataron.

Debe de haberse quedado allí sentada durante diez minutos más, bebiendo los recuerdos de mucho antes del choque que la había dejado destrozada en la costa de California.

Vi cómo se le despertaba la boca a medida que la lengua se movía detrás de los labios.

Escribía cosas en el interior de los párpados, luego las traducía:

—Nadie... —murmuró— en... tiende...

Y siguió...

—Nadie... enten... dio... nunca.

Silencio.

—Él era... —dijo por fin, y se calló.

El incienso echó humo. La campana emitió un débil tañido.

—... el... estudio... que... él... amaba...

Me mordí el dorso de la mano, esperando.

—... lugar... para... jugar. Estudios...

Silencio. Se le movían nerviosamente los ojos, recordando.

—Estudios... juguetes... trenes... eléctricos. Niños, sí. Diez... —Aspiró hondo.—
Once... años.

Las llamas de las velas titilaron.

—... siempre decía... Navidad... siempre... aquí. Mori... ría... si... es Navidad... tonto. Pero... doce... hizo... que los padres... se llevaran... calcetines... corbatas... jerseys. Día de Navidad. Comprar juguetes. O no hablaría.

Se le desvanecía la voz.

Eché una mirada a Crumley. Los ojos se le salían de las órbitas por querer oír más, más. Sopló el incienso. Hice sonar la campana.

—¿Y...? —murmuró Crumley por primera vez—. ¿Y...?

—Y... —repitió ella. Leyó las palabras en el interior de los párpados—. Así... manejaba... estudio.

Los huesos le habían vuelto a aparecer en el cuerpo. Se estaba reestructurando, sentada en la silla, como si sus recuerdos tiraran de cuerdas y las antiguas fuerzas y la vida perdida y la sustancia de su persona se volvieran a acomodar en su lugar. Hasta los huesos de la cara parecían ponerle en orden las mejillas y el mentón. Empezó a hablar más rápido. Y, finalmente, dejó salir todo.

—Jugaba. Sí. No era trabajo... jugaba. El estudio. Cuando su padre... murió.

Y al hablar, las palabras salían de tres en tres y de cuatro en cuatro y luego a borbotones y por fin a empellones y en torrentes. Le volvió el color a las mejillas, el fuego a los ojos. Comenzó a elevarse. Como un ascensor que sube por un hueco oscuro hacia la luz, así se levantó su alma, y ella la acompañó, poniéndose en pie.

Me hizo recordar esas noches de 1925, 1926, en las que la música o las voces de lugares distantes salían de la radio con mucha interferencia y uno trataba de sintonizarla con siete u ocho mandos para oír las emisiones de la lejana Schenectady, donde unos imbéciles tocaban música que uno no quería escuchar pero seguía moviendo los mandos hasta que, una por una, dejaba las emisoras sintonizadas y la interferencia se diluía y las voces salían a gritos del enorme parlante redondo y uno reía triunfalmente aunque lo único que quería era el sonido, no el sentido. Lo mismo ocurría esta noche, en este lugar, con el incienso y la campana y las llamas de las velas que reclamaban a Emily cada vez más cerca de la luz. Y ella era puro recuerdo, sin cuerpo, de modo que escucha, escucha, la campana, la campana, y la voz, la voz, y Constance detrás de la estatua blanca lista para sostenerla en caso de que se cayera, y la estatua dijo:

—El estudio. Estaba recién abierto, Navidad. Todos los días. Siempre estaba. Aquí a las siete. Mañana. Ansioso. Impaciente. Si veía gente. Con bocas cerradas. Decía ¡abrid! Risas. Nunca entendió. Que alguien se deprimiese, cuando sólo había una vida. Para vivir. Mucho por hacer...

Se fue otra vez, se perdió, como si este largo estallido la hubiera agotado por completo. Dejó pasar doce latidos para que le circulara la sangre, se llenó los pulmones, y siguió corriendo, como si la persiguieran: —Yo... mismo año, con él. Veinticinco, recién llegada de Illinois. Loca por el cine. Vio que yo estaba loca. Me mantuvo... cerca.

Silencio. Luego:

—Maravilloso. Los primeros años... El estudio creció. Él construyó. Planos. Se llamaba a sí mismo el Explorador. El Cartógrafo. A los treinta y cinco. Dijo. Quería el mundo... amurallado. No viajar. Odiaba los trenes. Los coches, los coches mataron a

su padre. Gran amor. Así que, vivía en un mundo pequeño. Se hizo más pequeño, cuanto más ciudades, más países construía. ¡Galia! Suya. Luego... México. Islas en la costa de África. Luego... ¡África! Dijo. No hace falta viajar. Se encerró dentro. Invitar gente. ¿Veis Nairobi? ¡Aquí! ¿Londres? ¿París? *Allí*. Construyó salas especiales en cada estudio para que quedaran. Pasar la noche: Nueva York. Fines de semana: la *rive gauche*..., despertar en las ruinas romanas. Puso flores. La tumba de Cleopatra. Detrás de las fachadas de cada ciudad puso alfombras, camas, agua corriente. La gente del estudio se reía de él. No le importaba. Joven, inconsciente. Siguió construyendo. ¡1929, 1930! ¡31, 32!

Desde el otro lado de la habitación, Crumley me miró levantando las cejas. ¡Señor! ¡Y yo pensé que había descubierto algo nuevo, viviendo y escribiendo en la casa de mis abuelos de Green Town!

—Incluso un sitio —susurró Emily Sloane— como Notre Dame. Saco de dormir. Tan por encima de París. Despertarse temprano con el sol. ¿Loco? No. Reía. Le *hacía* reír a uno. Loco no... sólo después...

Se hundió otra vez.

Durante un buen rato pensamos que se había sumergido para siempre.

Pero volví a tocar la campana, y ella recogió el tejido invisible para seguir tejiendo con los dedos, mirando la figura que dibujaba en el pecho.

—Después... loco... en serio.

»Me casé con Sloane. Dejé de ser secretaria. Nunca perdoné. Seguía jugando con juguetes grandes... decía que todavía me quería. Y entonces esa noche... accidente. O... O... Ocurrió.

»Y entonces... me morí.

Crumley y yo esperamos durante un largo minuto. Una de las velas se apagó.

—Viene a visitarme, ¿sabéis? —dijo por fin al son lánguido de más velas que se extinguían.

—¿Él? —osé susurrar.

—Sí. Oh, dos..., tres... veces... por año.

¿Sabes cuántos años han pasado?, me pregunté.

—Me lleva a pasear, me lleva a pasear —suspiró.

—¿Habláis? —murmuré.

—Él habla. Yo sólo me río. *Él* dice... *Él* dice.

—¿Qué?

—Después de todos estos años, me ama.

—¿Y usted qué dice?

—Nada. No está bien. Yo causé... problemas.

—¿Lo ve claramente?

—Oh, no. Se sienta en la oscuridad. O se queda detrás de mi silla, dice amor. Bonita voz. La misma. Aunque él murió y yo también.

—¿Y de quién es la voz, Emily?

—Cómo... —Dudó un momento. Luego se le iluminó el rostro.— Arby, por supuesto.

—¿Arby...?

—Arby —dijo, y se balanceó, mirando la última vela encendida—. Arby. Se salvó. O eso creo. Tanto para vivir. El estudio. Los juguetes. No importa que yo falte. Vivió para volver al único sitio que amaba. Así que lo consiguió incluso después del cementerio. El martillo. La sangre. ¡Ah, Dios! Yo estoy muerta. ¡Yo! —chilló, y se hundió en la silla.

Los ojos y los labios quedaron sellados. Había terminado y estaba inmóvil y era otra vez una estatua para siempre. Ni las campanas ni el incienso quitarían esa máscara. La llamé una última vez por su nombre, con dulzura.

Pero se había construido un nuevo féretro de cristal y cerrado la tapa.

—Dios —dijo Crumley—. ¿Qué hemos hecho? —Comprobar dos asesinatos, tal vez tres —dije. —Volvamos a casa —dijo Crumley.

Pero Emily no oyó. Le gustaba quedarse donde estaba.

Y por fin las dos ciudades se convirtieron en una sola.

Si en la ciudad de las tinieblas había más luz, en la ciudad de la luz había más tinieblas.

La niebla y la bruma cubrían los altos muros mortuorios. Las lápidas se deslizaban como placas continentales. Por los estrechos túneles de las catacumbas corrían vientos helados. El propio recuerdo invadía los depósitos territoriales de películas. Los gusanos y las termitas que antes se limitaban a los huertos de piedra, ahora minaban los manzanos de Illinois, los cerezos de Washington y los arbustos matemáticamente recortados de los *châteaux* franceses. Limpiaban con aspiradoras y cerraban uno por uno los fantásticos escenarios. Las casas de madera, las cabañas de troncos y las mansiones de Luisiana soltaban las tejas, entornaban las puertas, se estremecían atacadas por las plagas y se desmoronaban.

De noche, doscientos coches antiguos estacionados en el fondo hicieron rugir sus motores, soltaron humo por el escape y se alejaron levantando polvo por algún sendero invisible hacia Detroit, el filón principal.

Edificio por edificio, piso por piso, se apagaron las luces, se sofocaron los aires acondicionados, las últimas togas fueron remolcadas como fantasmas romanos hasta Disfraces de Occidente, a una calle de la Vía Apia, mientras los capitanes y los reyes partían con los últimos guardias de la puerta.

Nos estaban arrojando al mar.

Día a día los parámetros, me imaginaba, se iban cerrando.

Oímos que más cosas se fundían y se evaporaban. Después de las ciudades y animales prehistóricos en miniatura, los edificios de piedra marrón y los rascacielos, y tras la cruz del Calvario, desaparecida hacía tiempo, fue a parar al mismo horno la tumba del alba del Mesías.

En cualquier momento podía romperse el propio cementerio. Sus desgredados habitantes, desalojados, sin vivienda a medianoche, buscando nuevos bienes raíces del otro lado de la ciudad, en Forest Lawn, se subirían a los autobuses a las dos de la madrugada para aterrorizar a los conductores mientras las últimas puertas se cerraban con estruendo y los túneles de whisky y películas, bóvedas y catacumbas, se llenaban hasta el borde de fango helado tiñéndose de rojo al pasar, en el mismo instante en que la iglesia de enfrente cerraba con clavos las puertas y el cura borracho huía para juntarse con el *maitre* del Brown Derby cerca del cartel de Hollywood en las colinas oscuras, mientras la guerra invisible y el ejército oculto nos empujaban cada

vez más hacia el oeste, nos echaban de mi casa, del claro en la selva de Crumley, hasta que por fin, aquí en el complejo árabe, donde escaseaba la comida pero abundaba el champán, organizaríamos nuestra resistencia final mientras la Bestia y su ejército de esqueletos avanzaban chillando por la arena para arrojarnos como almuerzo a las focas de Constance Rattigan y asustar al fantasma de Aimee Semple McPherson que avanzaba pesadamente por la orilla en dirección contraria, estupefacta pero renacida en el amanecer cristiano.

Eso era.

Metáfora más, metáfora menos.

Crumley llegó al medio día y me vio sentado junto al teléfono.

—Estoy llamando para concertar una cita en el estudio —dije.

—¿Con quién?

—Con el que esté en la oficina de Manny Leiber cuando suene el teléfono blanco en ese enorme escritorio.

—¿Y después?

—Me voy a entregar.

Crumley miró las olas frías que rompían allí afuera. —Ve a hundir la cabeza en el agua —dijo.

—¿Qué hacemos? —exclamé—. ¿Nos sentamos y esperamos a que vengan y nos tiren la puerta abajo o salgan de entre las olas? No soporto la espera. Prefiero morir. —¡Dame eso!

Crumley me arrebató el teléfono y marcó un número. Cuando le contestaron, tuvo que controlar la voz: —Estoy bien. Suspended mi permiso por enfermedad. ¡Regresaré esta noche!

—Justo cuando te necesito —dije—. Cobarde. —¡Cobarde, mierda! —Colgó el teléfono de golpe.— ¡Cuidarriendas!

—¿Cuida *qué*?

—Es lo único que he hecho en toda la semana. Esperar a que te metan por una chimenea o te hagan caer escalera abajo. Un cuidarriendas. El tipo que llevaba las riendas cuando el general Grant se cayó del caballo. Escarbar en las necrológicas y leer viejos archivos de noticias es como tirarse a un pez. Es hora de que vaya a ayudar a mi forense.

—¿Sabías que la palabra «forense» no quiere decir más que «del Foro»? ¿Un médico que hace cosas sólo para la justicia?

—¡Gran cosa! Tengo que llamar a las agencias de noticias. ¡Pásame el teléfono!

El teléfono sonó. Los dos pegamos un salto.

—No contestes —dijo Crumley.

Lo dejé sonar ocho veces, diez. No me pude contener. Levanté el auricular. Primero fue nada más que el sonido de olas eléctricas en algún sitio del otro lado de la ciudad, donde lluvias invisibles caían sobre lápidas implacables. Y luego...

Oí una respiración pesada. Era como un gran pedazo de levadura oscura que, a kilómetros de distancia, chupaba aire.

—¡Diga! —dije.

Silencio.

Por fin esa voz densa, fermentada, alojada en carne de pesadilla, dijo: —¿Por qué no estás aquí?

—Nadie me avisó —dije con voz temblorosa.

Se oyó una pesada respiración submarina, como alguien que se ahoga en su propia carne.

—Esta noche —dijo la voz, apagándose—. A las siete. ¿Sabes dónde?

Asentí con la cabeza. ¡Estúpido! ¡*Con la cabera!*

—Bueno... —dijo la voz profunda arrastrando cada letra—, ha pasado mucho tiempo, ha sido un largo... camino... así que... —La voz lanzó un gemido.— Antes de que me vaya para siempre, debemos, debemos... hablar...

La voz chupó aire y desapareció.

Me quedé apretando el teléfono con fuerza, los ojos bien cerrados.

—¿Quién demonios *era*? —dijo Crumley a mis espaldas.

—Yo no lo llamé —sentí que decía mi boca—. ¡Me llamó *él!*

—¡*Dame* eso!

Crumley discó un número.

—Recuerdas lo de mi permiso por enfermedad... —dijo.

El estudio estaba más cerrado que una cripta, desmantelado, oscuro y muerto.

Por primera vez en treinta y cinco años había un solo guardia en la puerta. Ninguno de los edificios estaba iluminado. Había nada más que unas pocas luces solitarias en los cruces de las calles que iban hacia Notre Dame, si todavía estaba allí, detrás del Calvario, que había desaparecido para siempre, y hacia el muro del cementerio.

Dios santo, pensé, mis dos ciudades. Pero ahora, ambas oscuras, ambas frías, no se diferenciaban. Lado a lado, ciudades gemelas, una gobernada por la hierba y el frío mármol, la otra, la de este lado, manejada por un hombre tan sombrío, tan despiadado, tan desdeñoso como la propia Muerte. Que dominaba a alcaldes y alguaciles, policías y sus perros nocturnos, y redes de teléfonos conectadas con los bancos del Este.

Yo sería la única cosa cálida que se movería, asustada, sobre ese camino que unía una ciudad de los muertos con la otra.

Toqué la puerta.

—Por el amor de Dios —dijo Crumley a mis espaldas—, ¡no lo hagas!

—Tengo que hacerlo —dije—. Ahora la Bestia sabe dónde estamos todos. Puede ir a destrozar tu casa, o la de Constance, o la de Henry. Pero no creo que lo haga. Alguien le ha hecho todas las averiguaciones. Y no hay manera de detenerlo, ¿verdad? No hay pruebas. No hay leyes para arrestarlo. No hay tribunal dispuesto a escuchar. Y no hay cárcel que lo acepte. Pero yo no quiero que me golpeen en la calle, o me partan a martillazos en la cama. Por Dios, Crumley, me volvería loco esperando y esperando. Y, además, tendrías que haber oído su voz. No creo que vaya a ir a ninguna parte salvo al otro mundo. Le ha sucedido algo horrible y necesita hablar.

—¡Hablar! —gritó Crumley—. ¿¡Decir, por ejemplo: quédate quieto mientras te aporreo!?

—Hablar —dije.

Del lado de adentro de la puerta, me quedé mirando la larga calle que tenía por delante.

Las Estaciones de la Cruz:

El muro del que había huido la víspera del Día de Todos los Santos.

Green Town, donde Roy y yo habíamos vivido de verdad.

El Estudio 13, donde había sido modelada y destruida la Bestia.

El taller de carpintería, donde habían escondido el ataúd para luego quemarlo.

El estudio de montaje de Maggie Botwin, donde las sombras de Arbuthnot tocaban la pared.

La cafetería, donde los apóstoles del cine partían pan duro y bebían el vino de J. C.

El Monte Calvario, que ya no estaba, y las estrellas que rodaban encima, y el Cristo que hacía mucho tiempo se había ido a un segundo sepulcro, volviendo imposible el milagro de los peces.

—Que se vayan todos al diablo. —Crumley se movió a mis espaldas.— Voy contigo.

Sacudí la cabeza. —No. ¿Quieres pasarte semanas o meses tratando de encontrar a la Bestia? Se va a ocultar de *ti*. Ahora ha decidido confiar en mí, tal vez para contarme todo lo que pasó con la gente que desapareció. ¿Vas a ir tú a pedir permiso para abrir cien tumbas del otro lado del muro? ¿Crees que el ayuntamiento te facilitará una pala para desenterrar a J. C., a Clarence, a Groc, a Doc Phillips!? Nunca los volveremos a ver a menos que la Bestia nos muestre. Así que ve a esperar en la puerta de entrada del cementerio. Da ocho o diez vueltas a la manzana. Por alguna de las salidas probablemente apareceré dando gritos, o simplemente caminando.

La voz de Crumley era triste. —Bueno. ¡Que te *maten*! —suspiró—. No. Demonios. Toma esto.

—¿Una pistola? —exclamé—. ¡Las pistolas me dan miedo!

—Llévala. Ponla en un bolsillo, las balas en el otro. —¡No!

—¡Llévala! —dijo Crumley casi clavándomela en el estómago.

Se la acepté.

—¡Vuelve entero!

—Sí, *señor* —dije.

Entré. El estudio me arrebató el peso. Sentí cómo se hundía en la noche. En cualquier momento todos esos últimos edificios, acribillados como elefantes, caerían de rodillas, carroña para los perros y huesos para los pájaros nocturnos.

Caminé por la calle, esperando que Crumley me llamara. Silencio.

En la tercera calle, me detuve. Quería echar un vistazo hacia Green Town, Illinois. No lo hice. Si las palas mecánicas habían demolido y las termitas comido las cúpulas, las ventanas, las buhardillas de juguete y las bodegas, no quería verlo.

En el edificio de la dirección, brillaba una pequeña y única lámpara exterior.

La puerta estaba sin llave.

Aspiré hondo y entré.

Tonto. Idiota. Estúpido. Imbécil.

Recité la letanía mientras subía la escalera.

Probé el picaporte de la puerta. La puerta estaba con llave.

—¡Gracias a Dios! —Estaba a punto de huir cuando...

Oí que el pestillo se descorría.

La puerta de la oficina se abrió deslizándose.

La pistola, pensé. Y tanteé el arma en un bolsillo y las balas en el otro.

Entré a medias.

La oficina estaba alumbrada nada más que por una luz instalada sobre un cuadro en la pared del fondo. Avancé sin hacer ruido.

Allí estaban todos los sofás vacíos, las sillas vacías y el gran escritorio vacío solamente con un teléfono.

Y el gran sillón, que no estaba vacío.

Oía su respiración, larga y lenta y pesada, como la de un animal enorme en la oscuridad.

A duras penas pude distinguir el contorno macizo del hombre apoltronado en aquel sillón.

Tropecé en una silla. Del susto casi se me paró el corazón.

Miré con atención la figura del otro lado de la habitación y no vi nada. Tenía la cabeza gacha, el rostro en la penumbra, los brazos grandes y las manos como pezuñas estirados y apoyados sobre el escritorio. Un suspiro. Aspiración. Exhalación.

La cabeza y la cara de la Bestia se elevaron hacia la luz.

Los ojos me miraron con ferocidad.

Se movió como un enorme pedazo de levadura, asentándose.

El macizo sillón crujió bajo el peso de la figura. Estiré el brazo hacia el interruptor de la luz.

La herida-hecha-boca se abrió, como desollada.

—¡No! —La inmensa sombra movió un brazo largo.

Oí que tocaban el disco del teléfono una vez, dos veces. Un tono. Un chasquido. Moví el interruptor. La luz no se encendió. Las cerraduras de la puerta encajaron en su lugar.

Silencio. Y luego:

Hubo una gran aspiración del aire, una gran exhalación: —¿Has venido... por el trabajo?

¿El *qué!*?, pensé.

La sombra enorme se inclinó hacia adelante en la oscuridad. Me observaba, pero yo no le veía los ojos.

—¿Has venido —dijo la voz resoplando— a hacerte cargo del estudio?

¡Yo!, pensé. Y la voz sonó sílaba por sílaba:

—... Ahora nadie sirve para este trabajo. Un mundo entero. Encerrado en unos pocos acres. En otra época había naranjos, limoneros, ganado. El ganado todavía está aquí. Pero no importa. Es tuyo. Te lo doy... Locura.

—¡Ven a ver lo que te pertenecerá! —Me invitó con un movimiento del brazo. Tocó un botón oculto. El espejo de detrás del escritorio se deslizó abriéndose a un viento subterráneo y a un túnel que conducía a las bóvedas.

—¡Por aquí! —susurró la voz.

La figura se alargó mientras daba media vuelta. El sillón giró y chirrió y de repente no quedó ninguna sombra en el sillón ni detrás de él. El escritorio estaba tan vacío

como la cubierta de un transatlántico. El inquieto espejo se deslizó como para cerrarse. Di un salto hacia adelante, temiendo que cuando se cerrara del todo las tenues luces se apagarían y el aire oscuro me ahogaría.

El espejo resbaló. Mi cara, muerta de miedo, se reflejó en el vidrio.

—¡No puedo seguirlo! —grité—. ¡Tengo miedo!

El espejo no se movió.

—La semana pasada, sí, deberías haber tenido miedo —murmuró—. ¿Esta noche? Escoge una tumba. Es la mía.

Y su voz pareció entonces la voz de mi padre, derritiéndose en su lecho de enfermo, deseando el don de la muerte pero esperando meses para morir.

—Pasa de este lado —dijo la voz, muy tranquila.

Dios mío, pensé, esto lo conozco desde que tenía seis años. El fantasma que llama desde el otro lado del espejo. La cantante, la mujer, interesada por esa voz suave, se atreve a escuchar y a tocar el espejo, y aparece la mano de él y se la lleva a las mazmorras subterráneas y a una góndola fúnebre en un canal negro, con la Muerte empujando el remo. El espejo, el susurro y el teatro de la ópera vacío y el canto que estaba tocando a su fin.

—No me puedo mover —dije. Era cierto—. Tengo miedo. —Se me llenó la boca de polvo.— Usted murió hace mucho tiempo...

Detrás del espejo, la silueta asintió. —No es fácil estar muerto y al mismo tiempo vivo en las bóvedas de las películas, del otro lado de las tumbas. Intentando que los que *realmente* sabían siguieran siendo pocos, pagándoles bien, matándolos cuando me fallaban. Muerte en la tarde en el Estudio 13. O Muerte en una noche insomne del otro lado del muro. O en esta oficina donde con frecuencia dormí en el sillón grande. Ahora...

El espejo tembló; no sé si a causa de su aliento o con su mano. Sentía que me latían las orejas. Mi voz rebotó en el espejo, una voz de niño: —¿No podemos hablar *aquí*?

Volvió a soltar esa risa, mezcla de melancolía y suspiro. —No. Haremos un recorrido completo. Debes conocer todo si vas a tomar mi lugar.

—¡No lo *quiero*! ¿Quién *dijo*?

—*Yo dije. Yo digo.* Mira, ahora es como si estuviera muerto.

Sopló un viento húmedo, con olor al nitrato de las películas antiguas y a la tierra virgen de las tumbas.

El espejo se abrió de nuevo. Los pasos se alejaron silenciosamente.

Miré el túnel iluminado a medias desde el techo nada más que por unas luces que me parecían luciérnagas.

La imponente sombra de la Bestia se deslizó bajando por la rampa, giró.

Me miró sin pestañear, con esos ojos increíblemente feroces, increíblemente tristes.

Señaló con la cabeza la rampa que descendía en la oscuridad. —Bueno, si no

puedes caminar, empieza a huir —murmuró.

—¿De *qué*?

La boca masticó saliva y al fin lo dijo: —¡De mí! ¡Yo he corrido toda mi vida! ¿Crees que no puedo seguirte el paso? ¡Por Dios! ¡Hazme creer que sí! ¡Hazme creer que todavía soy fuerte, que todavía tengo poder! Que puedo matar. ¡Hazte el asustado!

—¡Lo estoy!

—¡Entonces *corre*, por el amor de Dios!

Levantó un puño para derribar sombras de los muros.

Corrí.

Me siguió.

Era una espantosa persecución de mentira, a través de las bóvedas donde estaban todos los rollos de las películas, hacia las criptas de piedra donde se escondían todas las estrellas de esas películas, y por debajo del muro y a través del muro y, de pronto, eso había quedado atrás y yo rebotaba por entre las catacumbas con el cuerno de la Bestia que inundaba el aire a mis espaldas, hacia la tumba donde J. C. Arbuthnot nunca había descansado.

Y yo sabía, al correr, que no se trataba de un recorrido, Dios mío, sino de un destino final. No me perseguían sino que me arreaban. ¿Adónde?

Al fondo de la bóveda donde Crumley y el ciego Henry y yo habíamos estado hacía mil años. Frené de repente.

Los peldaños de la plataforma del sarcófago esperaban, vacíos, en su sitio.

A mis espaldas, sentí que las pisadas y el bramido de fuelle de la persecución llenaban el túnel oscuro.

Me lancé sobre los escalones y, no sé cómo, logré subir. Resbalando, llorando oraciones insípidas, llegué gimiendo arriba, me desahogué con un quejido y, dando un grito, salté del sarcófago al suelo.

Choqué contra la puerta de la tumba. La puerta se abrió de golpe. Salí trastabillando al cementerio y miré frenéticamente entre las lápidas hacia el bulevar, a kilómetros de distancia y desierto.

—¡Crumley! —grité.

No se veían coches, ni andando ni estacionados.

—Ay, Dios —murmuré—. ¡Crumley! ¿Dónde?

A mis espaldas empezaron a patear ruidosamente la puerta de la tumba. Me volví.

La Bestia apareció en la puerta.

Lo enmarcaba la luz de la luna. Se quedó como una estatua mortuoria erigida en su propio honor, bajo su nombre tallado en la piedra. Por un momento pareció el fantasma de un lord inglés posando en el umbral de su vieja casa de campo, preparado para quedar atrapado en la emulsión e inmerso en los ácidos del laboratorio para surgir como un espíritu mientras la película se revelaba en medio de los vapores, con una mano apoyada en el gozne de la puerta a su derecha, la otra levantada como para arrojar la Muerte al otro lado del frío coto de caza marmóreo. Sobre la fría puerta de mármol vi de nuevo:

ARBUTHNOT.

Casi debo de haber gritado el nombre.

En ese momento él se echó hacia adelante como si alguien hubiese disparado un tiro de salida. Su grito me hizo pegar media vuelta y lanzarme a la carrera hacia la puerta de entrada. Reboté contra una docena de lápidas, desparramé las flores que estaban sobre las tumbas y seguí, chillando, en una carrera doble. Una parte mía se lo tomaba como una persecución, la otra como una farsa de película muda. En una imagen, las aguas habían roto las compuertas y acosaban al corredor solitario. En la otra, los elefantes perseguían a Charlie Chase. Sin poder elegir entre la risa loca y la desesperación, recorrí los senderos de ladrillo entre las tumbas hasta descubrir que:

Crumley no estaba. No había nadie en el bulevar.

Enfrente, la iglesia de San Sebastián estaba abierta, las luces encendidas, las puertas de par en par.

J. C., pensé, ¡si por lo menos *tú* estuvieras allí!

Salté. Sintiendo el sabor de la sangre, corrí.

Oí el gran ruido torpe y pesado de los zapatos que me seguían, y la respiración entrecortada de un hombre medio ciego y terrible.

Llegué a la puerta.

¡Santuario!

Pero la iglesia estaba vacía.

En el altar dorado había velas encendidas. Las velas ardían en las grutas donde Cristo se escondía para dejarle a María el sitio principal entre las brillantes gotas de amor.

Las puertas del confesionario estaban abiertas.

Se oyó un tronar de pisadas.

Me metí de un salto en el confesionario, cerré la puerta de golpe y me hundí, temblando, en el pozo oscuro.

El tronar de los pasos...

Se calmó como una tormenta. Como una tormenta, los pasos se apaciguaron y luego, con un cambio de clima, se acercaron.

Sentí que la zarpa de la Bestia arañaba la puerta. La puerta no estaba con llave.

Pero ¿acaso yo no era el sacerdote?

Quienquiera que se encerrara aquí era sagrado, y se lo debía tomar en cuenta, y se le debía hablar, y debía estar... ¿*a salvo?*

Oí afuera un gemido impío de agotamiento y autocondenación. Me estremecí. Me rompí los dientes rezando por las cosas más sencillas. Una hora más con Peg. Dejar un hijo. Tonterías. Cosas más grandes que la medianoche, o tan enormes como un posible amanecer...

El dulce olor de la vida se le debe de haber escapado a mi nariz. Me salía con las oraciones.

Hubo un último quejido y...

¡Dios!

¡La Bestia se derrumbó en la otra mitad del confesionario!

Ese esfuerzo de la Bestia por dominar la rabia perdida y hacerla entrar en ese lugar hizo que me estremeciera aún más, pues temía que su aliento terrible quemara el enrejado y me cegara. Pero el enorme peso se hundió y se asentó como un voluminoso fuelle de horno que suspira descansando sobre pliegues y válvulas.

Y supe que la extraña persecución había terminado, y que había comenzado un tiempo final.

Oí cómo la Bestia tomaba aliento una vez, dos, tres, como si se estuviera dando fuerzas para hablar, o tuviera miedo de hablar, y quisiera todavía matar, pero estuviera cansado, oh Dios, cansado por fin.

Y por fin dejó escapar un susurro inmenso, como el enorme suspiro de una chimenea: —¡Bendígame, padre, porque he pecado!

Dios, pensé, Dios santo, ¿qué decían los sacerdotes en todas esas películas de hace mil años? Maldita memoria, ¿qué decían!?

Tenía un deseo irresistible de lanzarme a toda velocidad hacia la nada, persiguiendo ahora a la Bestia.

Pero mientras contenía el aliento, la Bestia murmuró unas palabras terribles:

—Bendígame, padre...

—Yo no soy su padre —grité.

—No —murmuró la Bestia.

Y tras un momento de silencio, agregó: —Eres mi hijo.

Pegué un salto, y oí que mi corazón huía por un túnel frío hacia la oscuridad.

La Bestia se movió.

—¿Quién... —pausa— crees... —pausa— que te *contrató*?

¡Santo Dios!

—Fui —dijo el rostro perdido tras el enrejado— yo.

¿No fue Groc?, pensé.

Y la Bestia empezó a rezar un terrible rosario de cuentas oscuras, y lo único que me quedó fue hundirme lenta, lentamente, hasta que mi cabeza se apoyó en la madera del confesionario y la hice girar y murmuré:

—¿Por qué no me mató?

—Nunca fue ése mi deseo. Tu amigo tropezó conmigo. Hizo el busto. Una locura. Lo habría matado, sí, pero se mató él primero. O hizo como que se había matado. Está vivo, esperando que tú...

¿¡Dónde!?, quise gritar. En cambio, dije: —¿Por qué me ha salvado?

—¿Por qué...? Quiero que algún día se cuente mi historia. Tú eras el único que... —hizo una pausa— podía contarla, y contarla... bien. No hay nada que no sepa del estudio, o que no sepa del mundo exterior. Leía toda la noche y dormía a ratos y seguía leyendo y de pronto, no hace tantas semanas, cuchicheé a través de la pared: tu nombre. Él servirá, dije. Ve a buscarlo. Ése es mi historiador. Y mi hijo.

»Y así fue.

Ese cuchicheo detrás de un espejo había sido mi nombramiento.

Y el cuchicheo estaba ahora aquí, a menos de cuarenta centímetros de distancia, y su aliento removía como un fuelle el aire entre los dos.

—Por los montes blancos como osamentas de la dulce Jerusalén —dijo la voz apagada—. Yo contraté y despedí, a todos y a cada uno, durante miles de días. ¿Quién más podía hacerlo? ¿Qué más me quedaba, sino ser feo y querer morir? Era el trabajo lo que me mantenía vivo. Contratar a ti fue un extraño sustento.

¿Debía agradecerle?, me pregunté.

Pronto, dijo casi en un murmullo. Luego:

—Al principio yo dirigía todo a escondidas, detrás del espejo. Azotaba los tímpanos de Leiber con mi voz, mis predicciones sobre los mercados, la corrección de los guiones, examinados entre las tumbas, y daba instrucciones a su mejilla, apoyada contra la pared a las dos de la madrugada. ¡Qué reuniones! ¡Qué gemelos! El ego y el superego. La trompeta y el trompetista. El pequeño bailarín. Y yo, el coreógrafo en una vitrina. Mi Dios, cómo compartíamos la oficina. Él ponía caras y hacía como que tomaba grandes decisiones, y yo esperaba todas las noches para salir desde atrás y sentarme en ese sillón frente al escritorio vacío con el único teléfono y dictarle a Leiber, mi secretario.

—Ya sé —susurré.

—¿¡Cómo podías saber!?

—Lo *intuí*.

—¿¡Intuiste!?! ¿Qué? ¿Toda esa maldita locura? ¿Halloween? ¡¿Hace veinte, oh Dios, veinte años?!

Respiró con dificultad, esperando.

—Sí —susurré.

—Y bien —recordó la Bestia—. Habían levantado la prohibición pero igualmente trajimos el alcohol desde Santa Mónica, a través de la tumba, por el túnel, nada más que para divertirnos, para reír. ¡Señor!, la mitad de la gente de la fiesta estaba en las tumbas, la otra mitad en las bóvedas de las películas. Había cinco estudios llenos de hombres, muchachas, estrellas y extras gritando. No recuerdo con demasiada precisión esa medianoche. ¿Alguna vez te imaginaste cuánta gente, loca, hace el amor en los cementerios? ¡El silencio! ¡Imagínate!

Esperé mientras revolvía viejos recuerdos.

—Nos descubrió —dijo—. Santo cielo, entre las lápidas. El martillo del guardián del cementerio ¡me golpeó en la cabeza, en la mejilla, en el ojo! ¡Me daba y me daba! Se escapó corriendo con ella. Yo los perseguí a gritos. Se subieron al coche. Yo también. Dios. Y el choque y, y...

Suspiró, esperando a que se le calmaran los latidos del corazón.

—¡Recuerdo que primero Doc me llevó a la iglesia!, y el cura estaba loco de miedo, y luego a la morgue. ¡Cúrate en las tumbas! ¡Recupérate en los sepulcros! Y en la mesa mortuoria de al lado, muerto para siempre, ¡Sloane! ¡Y Groc!, tratando de reparar lo irreparable. Pobre infeliz, Groc. ¡Lenin tuvo más suerte! Mi boca que se movía y decía

encubridme, ¡*vamos!* Es tarde. Las calles vacías. ¡Mentid! ¡Decid que he muerto! ¡Dios mío, mi cara! ¡No hay manera de repararla! ¡Mi cara! ¡Estoy muerto! ¿Emily? ¿Qué? ¿Loca? ¡Ocultad a Emily! Encubridlo todo. Dinero, por supuesto. Montones de dinero. Que parezca cierto. ¿Quién va a sospechar? ¡Y un funeral con el ataúd sellado, y yo cerca, casi muerto en la morgue, mientras el médico me cuidaba durante semanas! Dios santo, qué locura. Yo, que sentía la cara, la cabeza, y pude gritar «Fritz» cuando lo vi. «¡Tú! ¡Encárgate!» ¡Y Fritz lo hizo! Un maniático manos a la obra. Sloane, muerto, ¡sacadlo de aquí!

Emily, pobre, ida, demente. ¡Constance! Y Constance se la llevó a los Campos Elíseos. Así llamaban a esa hilera de sanatorios de convalecencia de borrachos/dementes/drogadictos, donde nadie convalecía ni sanaba, pero allí iban, Emily a ningún lugar y yo enfurecido. Fritz dijo cierra el pico y todos lloraban, mirándome el rostro como si hubiera salido de una picadora de carne. Yo veía *mi* horror en sus ojos. Con las miradas parecían decir se muere, y yo dije ¡ni *soñando!*, y allí estaban Doc el carnicero y Groc el cosmetólogo, tratando de hacer reparaciones, y J. C. y Fritz que por fin dijo «¡Basta! Hice todo lo que pude. ¡Llamad a un sacerdote!» «¡Ni soñando!», grité. «Haced el funeral, ¡pero yo *no* asistiré!» ¡Y todas las caras palidieron! Sabían que lo decía en serio. Salió de mi boca, de esta ruina: un plan delirante. Y pensaron: Si *él* muere, morimos *todos*. Pues, ¿sabes?, por todos los cielos, para nosotros fue el mejor año en la historia del cine. Era plena Depresión y, sin embargo, habíamos recaudado doscientos millones y luego trescientos millones, más que todos los demás estudios de cine juntos. No *podían* dejarme morir. Estaba metiendo todos los balones en la portería. ¿Dónde iban a encontrar un sustituto? ¿Entre todos los tontos y papanatas e idiotas y curiosos? ¡Tú lo *salvas*, yo lo *arreglo!*, le dijo Groc al carnicero, Doc Phillips. Me parieron, me hicieron renacer lejos del sol, ¡para siempre!

Al escuchar, recordé las palabras de J. C.: «¿La Bestia? ¡Yo estaba allí la noche en que nació!».

—Así que Doc me salvó y Groc me cosió. ¡Ay, Dios!, pero cuanto más rápido remendaba, más rápido rompía yo las costuras, mientras todos pensaban: Si *él* muere, nos hundimos. ¡Y yo que para entonces *quería* morir con todas mis fuerzas! Pero debajo de toda la pasta de tomate y los huesos molidos, la vieja comezón por el poder ganó. Y después de unas horas de caída hacia la muerte y de recuperación, temiendo volver a tocarme el rostro, dije: «Anunciad un velorio. ¡Declaradme *muerto!* Ocultadme aquí, ¡*curadme!* ¡Dejad el túnel abierto, enterrad a Sloane! Enterradme a mí *junto* con él, *in absentia*, en los titulares. El lunes por la mañana, santo Dios, el lunes me presentaré a trabajar. ¿Qué? Y todos los lunes de ahora en adelante y para siempre. ¡Y nadie lo sabrá! No quiero que me vean. ¿Un asesino con el rostro destrozado? Y organizad una oficina y un escritorio y un sillón, y lenta, lentamente, con el correr de los meses, me iré acercando, mientras alguien se sienta allí, solo, y presta atención al espejo y, Manny, ¿dónde está Manny? ¡Tú *oirás!* Te hablaré a través

de las vigas, te susurraré por las hendiduras, haré sombra en el espejo y tú abrirás la boca y yo hablaré a través de tu oído y de tu cabeza. ¿Has *entendido*? ¡*Entendido!* Llamad a los periódicos. Firmad los certificados de defunción. Poned a Sloane en un cajón. Ponedme a mí en una habitación de la morgue, a descansar, a dormir, a recuperarme. Y tú, Manny, ¿sí?, organiza la oficina. ¡Vamos!»

»Y en los días previos a mi funeral, grité y mi pequeño equipo prestó atención en silencio y asintió y dijo que sí.

»De modo que Doc me salvaría la vida, Groc me arreglaría una cara que era inarreglable, Manny dirigiría el estudio, pero bajo mis órdenes, y J. C. nada más que porque estaba allí esa noche y fue el primero que me encontró sangrando y el que reacomodó los coches e hizo que el choque pareciera un accidente. Sólo cuatro personas lo sabían. ¿Fritz? ¿Constance? Se encargaron de la limpieza, pero nunca les dijimos que yo había sobrevivido. Los otros cuatro recibirían cinco mil por semana para siempre. ¡Imagínate! Cinco mil por *semana*, ¡en 1934! El sueldo medio en esa época eran quince míseros dólares. Así que Doc y Manny y J. C. y Groc eran ricos, ¿no es así? El dinero, Dios mío, ¡*compra* todo! ¡Años de silencio! Así que anduvo todo perfecto, todo bien. Las películas, el estudio, los ingresos que no dejaron de aumentar desde entonces, y yo oculto sin que nadie se enterase. Las cotizaciones de la Bolsa que subían y los de Nueva York contentos, hasta que...

Hizo una pausa y soltó un largo lamento de desesperación.

—Alguien descubrió algo.

Silencio.

—¿Quién? —me atreví a preguntar en la oscuridad.

—Doc. Mi queridísimo cirujano Doc. Me había llegado la hora.

Otra pausa, y luego:

—Cáncer.

Esperé, y cuando recobró las fuerzas lo dejé hablar.

—Cáncer. A quién más se lo dijo, no lo sé. Uno de ellos quiso huir. Coger el dinero y desaparecer. Entonces empezaron los temores. Asusta a todos con la verdad. Y luego... extorsiona..., pide dinero.

Groc, pensé, pero dije: —¿Sabe quién fue?

Y luego pregunté: —¿Quién puso el cadáver en lo alto de la escalera? ¿Quién escribió la carta para que yo fuera al cementerio? ¿Quién le dijo a Clarence que esperara a la salida del Brown Derby para que pudiera verlo a usted? ¿Quién inspiró a Roy Holdstrom para que hiciera el busto de un posible monstruo para una película imposible? ¿Quién le dio sobredosis de whisky a J. C. con la esperanza de que perdiese la cordura y contase todo? ¿Quién?

Con cada pregunta, aquella enorme masa detrás del delgado enrejado se movía, temblaba, aspiraba grandes bocanadas de aire, las expelía, como si cada inspiración significara la posibilidad de sobrevivir, cada exhalación el reconocimiento de la desesperación.

Hubo un silencio y luego dijo: —Cuando todo eso empezó, con el cadáver subido al muro, yo sospeché de todos. Las cosas empeoraron. Me sacaron de quicio. Doc, pensé, no. Un cobarde, y demasiado obvio. Después de todo, había sido él quien había descubierto y me había contado lo de mi enfermedad. ¿J. C.? Mucho más que un cobarde, escondiéndose en una botella todas las noches. J. C., *no*.

—¿Dónde está J. C. esta noche?

—Enterrado en alguna parte. Lo habría enterrado yo mismo. Me propuse enterrarlos a todos, uno por uno, deshacerme de cualquiera que intentara hacerme daño. A J. C. lo habría asfixiado igual que a Clarence. Lo habría matado como habría matado a Roy, que, pensé, se había suicidado. Roy estaba vivo. *Él* mató y enterró a J. C.

—¡No! —exclamé.

—Hay un montón de tumbas. Roy lo escondió en algún sitio. Pobre y triste Jesús.

—¡No puede haber sido Roy!

—¿Por qué no? Todos mataríamos si nos dieran la oportunidad. Todos soñamos con asesinar, pero nunca lo llevamos a cabo. Es tarde, déjame terminar. Doc, J. C., Manny, pensé, ¿cuál trataría de asestarme un golpe y huir? ¿Manny Leiber? No. Un disco que, en cualquier momento que se lo pusiese, tocaba siempre la misma tonada. Entonces, finalmente... ¡Groc! Él contrató a Roy, pero *yo* pensé en traerte a ti para la gran búsqueda. ¿Cómo iba a saber que el buscado final era yo!? ¡Que terminaría en una réplica de arcilla! Oh, me volví totalmente loco. Pero ahora... se acabó.

»Corriendo, gritando, enfurecido, de pronto pensé: es demasiado. Cansado, tan malditamente cansado de tantos años, tanta sangre, tanta muerte y todo para nada, y ahora cáncer. Y entonces encontré la otra Bestia en el túnel cerca de las tumbas.

—¿La otra Bestia?

—Sí —dijo con un suspiro, la cabeza apoyada en la pared del confesionario—. Ve a buscarlo. Tú no pensaste que era sólo *yo*, ¿o sí?

—¿Otra...?

—Tu amigo. Al que le destruí el busto cuando vi que había descubierto mi rostro, sí. Al que le pisoteé las ciudades. Al que le destripé los dinosaurios... ¡Él dirige el estudio!

—¡No... puede ser!

—¡Idiota! Nos engañó. Te engañó a ti. Cuando vio lo que le había hecho a sus bestias, a sus ciudades, a su busto de arcilla, *enloqueció*. Se disfrazó de horror caminante. La máscara terrible...

—Máscara... —Sentí un espasmo en la boca.

Había adivinado pero me negué a adivinar. Vi la cara de la Bestia en la película proyectada en la pared de Crumley. No era un busto de arcilla animado, cuadro por cuadro, sino... Roy, disfrazado para parecerse al padre de la destrucción, al hijo del caos, al verdadero descendiente de la aniquilación.

Roy filmado, representando a la Bestia.

—Tu amigo —dijo el hombre detrás de la reja, resoplando, una y otra vez—. Dios, qué actuación. Su voz: la mía. Hablaba a través de la pared detrás del escritorio de Manny y...

—Hizo que volvieran a contratarme —oí que decía mi voz—. ¿Hizo que lo volvieran a contratar a él!?

—¡Sí! ¡Qué imaginación! ¡Habría que darle el Oscar!

Mi mano rozó el enrejado.

—¿Cómo hizo para...?

—¿Asumir el control? ¿Dónde estaba la costura, el pliegue, el límite? ¡Lo encontré debajo del muro, entre las bóvedas, cara a cara! Ay, Dios, qué cabrón brillante. Hacía años que no veía un espejo. Y de repente allí estaba yo, ¡cerrándome el paso! ¡Sonriendo! ¡Di un golpe para destrozar el espejo! Pensé: es una ilusión. Un reflejo perdido en un cristal. Lancé un grito y le asesté un golpe, perdí el equilibrio. El *espejo* levantó *su* puño y me golpeó. Me desperté entre las tumbas enfurecido, tras las rejas, encerrado en una cripta y él allí, mirando. «¿Quién eres?!», grité. Pero lo sabía. ¡Dulce venganza! Yo había matado a sus criaturas, aplastado sus ciudades, intentado aplastarlo a él. Ahora, ¡dulce triunfo! Se alejó corriendo, gritándome: «Escuche bien. ¡Voy a contratarme de nuevo *a mí mismo!* ¡Y, sí!, ¡me concederé un *aumento!*». Venía dos veces por día con chocolate para alimentar a un moribundo. Hasta que vio que de veras estaba muriéndome, y que ya no era divertido ni para él ni para mí. Tal vez se dio cuenta de que el poder no es siempre el poder, ni es siempre fantástico ni bueno ni divertido. Tal vez se asustó, tal vez se aburrió. Hace unas horas, me abrió la reja y me llevó arriba para que hiciera esa llamada que recibiste. Me dejó allí esperándote. No tuvo que decirme lo que debía hacer. Sólo señaló el túnel hacia la iglesia. Hora de confesarse, dijo. Brillante. Ahora te espera en un último lugar.

—¿Dónde?

—¡Por todos los cielos! ¿Cuál es el *único* sitio para alguien como yo y para una criatura como ésa, en la que él se ha convertido?

—Ah, sí —asentí, con los ojos llorosos—. He estado allí.

La Bestia se desplomó en el confesionario.

—Eso es todo —suspiró—. Esta última semana hice daño a mucha gente. Maté a algunos y tu amigo al resto. Pregúntale. Enloqueció tanto como yo. Cuando todo esto haya acabado, cuando la policía pregunte, échame a mí toda la culpa. No hay necesidad de dos Bestias si con una basta. ¿Entendido?

No dije nada.

—¡Di algo!

—Sí.

—Bien. Cuando vio que estaba muriéndome, muriéndome de verdad en la tumba y que él se estaba muriendo del cáncer que yo le había pasado y que ya no valía la pena seguir jugando el mismo juego, tuvo la decencia de liberarme. El estudio que *él* había dirigido, que *yo* había dirigido, se había detenido de golpe. Los dos teníamos

que volver a hacerlo arrancar. Ahora, la semana que viene, pon en marcha todos los engranajes. Comienza de nuevo con *Los muertos corren carreras*.

—No —murmuré.

—¡Por todos los cielos! Con lo que me queda de aliento iré a estrangularte. Lo harás. ¡Dilo!

—Lo haré —dije por fin.

—Y ahora lo último. Lo que dije antes. La oferta. Es tuyo si lo quieres. El estudio.

—No...

—¡No queda nadie más! No lo rechaces tan pronto. La mayoría de los hombres se morirían por heredar...

—Morir, ésa es la palabra. Estaría muerto en un mes, hecho una piltrafa, bebiendo y muerto.

—No entiendes. Eres el único hijo que tengo.

—Lamento que sea así. ¿Por qué yo?

—Porque eres un verdadero idiota sabio. Un tonto verdadero, no uno de mentira. Un tonto que habla demasiado pero que, cuando uno se fija en las palabras, están bien. No puedes evitarlo. De tus manos salen cosas buenas que se convierten en palabras.

—Sí, pero yo no me he apoyado en el espejo y escuchado sus palabras durante años, como Manny.

—Manny habla, pero sus palabras no significan nada.

—Pero ha aprendido. Tiene que saber dirigir las cosas a esta altura. ¡Trabajaré para él!

—¿Última oportunidad? ¿Última oferta? —Se le apagaba la voz.

—¿Y abandonar a mi mujer y la escritura y mi vida?

—Ah —susurró la voz. Y finalmente dijo—: Sí... —Y agregó:— Ahora, por fin. Bendíceme, padre, que he pecado de verdad.

—No puedo.

—Sí que puedes. Y perdonar. Ésa es la labor de un sacerdote. Perdóname y bendíceme. Dentro de un rato será demasiado tarde. ¡No me envíes al infierno eterno!

Cerré los ojos y dije: —Te bendigo. —Y luego dije:— Te perdono aunque, por Dios, ¡no te comprendo!

—¿Acaso alguien me comprendió? —resopló—. Yo no. —La cabeza se le desplomó contra la pared del confesionario.— Muchas gracias. —Los ojos se le cerraron en el espacio sideral, donde no existe el sonido. Yo le agregué mi propia banda. El sonido de una enorme puerta que se cerraba sobre la muerte tras el perdón, de puertas que clausuraban tumbas.

—¡Te perdono! —grité hacia la máscara terrible del hombre.

—Te perdono... —El eco de mi voz llegó desde lo alto de la iglesia vacía.

La calle estaba desierta.

Crumley, pensé, ¿dónde *estás*?

Corrí.

Tenía que ir a un último sitio.

Subí por el oscuro interior de Notre Dame.

Vi la figura inmóvil cerca de la cornisa de la torre de la izquierda, no lejos de una gárgola, con el mentón bestial apoyado en las pezuñas callosas, contemplando un París que nunca fue.

Caminé por el borde, aspiré hondo y grité: —¿Tú...? —Y tuve que callar.

La figura sentada, con el rostro oculto en las sombras, no se movió.

Volví a aspirar hondo y dije: —*Aquí*.

La figura se enderezó. La cabeza, el rostro, quedaron iluminados por el débil brillo de la ciudad.

Aspiré hondo por última vez y dije en voz baja: —¿Roy?

La Bestia giró y me miró, un duplicado perfecto de la que se había derrumbado en el confesionario hacía unos minutos.

La mueca terrible me paralizó, los ojos terribles y furiosos me helaron la sangre. La herida terrible de la boca se partió y se abrió, tragó aire y farfulló una única palabra: —... Sssííí.

—Se acabó —dije, con la voz quebrada—. Dios mío, Roy. Baja de allí.

La Bestia asintió con la cabeza. Levantó la mano derecha para arrancarse la cara y desprenderse la cera, el maquillaje, la máscara de espanto y horror. Tiró con los dedos de los rasgos pesadillescos hasta que, debajo de las ruinas, se quedó mirándome mi antiguo compañero de escuela.

—¿Me parecía a él? —preguntó Roy.

—Dios santo, Roy. —Casi no podía verlo por las lágrimas en los ojos.— ¡Sí!

—Sí —farfulló Roy—. Era lo que yo pensaba.

—Por Dios, Roy —dije resoplando—, ¡quítatela *del todo*! ¡Tengo la horrible sensación de que, si te la dejas puesta, se te quedará pegada y nunca volveré a *verte*!

Roy se llevó por impulso la mano derecha a la espantosa mejilla y la empezó a rastrillar con las uñas.

—Es curioso —murmuró—, yo tengo la misma sensación.

—¿Qué te llevó a fabricarte ese rostro?

—¿Dos confesiones? Ya oíste una. ¿Quieres la otra?

—Sí.

—¿Acaso eres ahora un sacerdote?

—Eso es lo que estoy empezando a sentirme. ¿Quieres que te excomulgue?

—¿De qué?

—¿De nuestra amistad?

Los ojos de Roy me miraron de pronto.

—¡No *harías* eso!

—Tal vez sí.

—Los amigos no extorsionan a los amigos con la amistad.

—Más razón aún para que sueltes la lengua. Empieza.

Dentro de la máscara semidestrozada, con mucha calma, Roy dijo:

—Mis animales me llevaron a hacerlo. Nadie había tocado nunca a mis queridos, a mis adorados. Entregué la vida para imaginármelos, darles forma. Eran perfectos. Yo era Dios. ¿Qué *más* tenía yo? ¿Alguna vez salí con la gimnasta y bastonera de la clase? ¿Tuve alguna mujer todos estos años? Ni en sueños. Me acostaba con mis brontosaurios. Por las noches volaba con mis pterodáctilos. Imagínate pues cómo me sentí cuando masacraron a mis pobres inocentes, destruyeron mi mundo, mataron a mis amantes. No estaba sólo furioso. Estaba loco.

Roy hizo una pausa detrás de esa espantosa carne. Luego dijo:

—Diablos, fue todo tan simple. Todo encajó casi desde el principio, pero no dije nada. La noche que seguí a la Bestia dentro del cementerio me enamoré de ese monstruo maldito. Tenía miedo que de tú echaras a perder la diversión. ¿¡Diversión!?! ¿Y hubo gente que murió por esa diversión! De modo que cuando vi que entraba en su propia tumba y no volvía a salir, no dije nada. Sabía que ibas a tratar de que me alejara, y yo tenía que conseguir ese rostro, por Dios, esa máscara espantosa, ¡para nuestra épica maestra! Así que cerré la puerta e hice el busto de arcilla. ¿Y entonces? Casi te echan. ¿Yo? ¿Fuera del estudio! Después me pisotean los dinosaurios, me aplastan los escenarios, me parten a martillazos la horrible escultura de la Bestia. Eso me sacó de quicio. Pero entonces comprendí: sólo *una* persona *podía* haberla destruido. Ni Manny, ni nadie que conociéramos. ¡Sino la propia Bestia! El tipo del Brown Derby. ¿Pero cómo *sabía* que yo había hecho un busto? ¿Alguien se lo había *contado*? ¡No! Me quedé pensando en la noche que lo había seguido en el cementerio, cerca del estudio. Santo Dios, ¡*tenía* que ser eso! Entró a la tumba y de alguna manera atravesó el muro por debajo, entró en el estudio por la noche, *vio* la réplica de arcilla de su rostro y explotó.

»*Planeé* en ese momento un montón de cosas locas. Sabía que si la Bestia me encontraba era hombre muerto. Así que ¡me «maté»! Lo despisté. Teóricamente muerto, sabía que podía buscar, encontrar a la Bestia, ¡vengarme! Así que colgué mi efigie. Tú la en contraste. Luego la encontraron *ellos* y la quemaron y esa noche salté del otro lado del muro. Tú sabes lo que encontré. Probé la puerta de la tumba en el cementerio, estaba sin llave y entré y bajé y ¡escuché detrás del espejo de la oficina de Manny! ¡No lo podía creer! Era todo tan maravilloso. La Bestia dirigía el estudio, sin que lo vieran. De modo que decidí no matar al cabrón sino esperar y robarle el poder. ¡No matar a la Bestia sino *ser* la Bestia, *vivir* la Bestia! Y, Dios santo, dirigir veintisiete,

veintiocho países, el mundo entero. Y en el momento oportuno, por supuesto, salir a la luz, renacer, decir que había estado perdido con amnesia o alguna historia estúpida, no sé, *algo* se me habría ocurrido... De todos modos, la Bestia se estaba desintegrando. Me di cuenta. Se estaba muriendo de pie. Me oculté y miré y escuché y luego lo encaré en las bóvedas de las películas debajo del estudio, a medio camino de las tumbas. ¡El maquillaje! Cuando me vio allí en las bóvedas quedó tan anonadado que pude derribarlo de un golpe y encerrarlo en las bóvedas. Luego subí a probar el poder, *mi* voz detrás del vidrio. Había oído hablar a la Bestia en el Brown Derby y en la calle y en el túnel y detrás de la pared de la oficina. Susurré, balbuceé y, ¡demonios!, *Los muertos corren carreras* volvió a formar parte de la programación. ¡Nos habían vuelto a contratar a ti y a mí! Estaba a punto de quitarme el maquillaje y volver sin disfraz cuando ocurrió algo.

—¿Qué?

—Descubrí que me *gustaba* el poder.

—¡¿Qué?!

—El poder. Me *encantaba*. Los corredores de Bolsa, los grandes hombres de negocios, toda esa basura. Increíble. ¡Estaba *ebrio*! Me encantaba dirigir el estudio, tomar decisiones, todo sin reuniones de directorio. Todo con espejos, ecos, sombras. ¡Hacer todas las películas que se tendrían que haber hecho hacía años y nunca se *hicieron*! ¡Reconstruirme *yo*, mi universo! Reinventar, recrear a mis amigos, mis criaturas. Hacer que el estudio pagara con dinero y también con cuerpos y con vidas y con sangre. Descubrir quién era el más culpable de haberme arruinado la vida y entonces, entonces, uno por uno, aplastar a los imbéciles, pulverizar las cohortes de ignorantes y adulones de los inútiles. El estudio me había dirigido; ahora dirigía *yo* el estudio. Dios mío, con razón Louis B. Mayer era insufrible y los Warner Brothers se inyectaban pedazos de películas en polvo toda la noche. Hasta que no has dirigido un estudio, amigo, no sabes lo que es el poder. Uno no sólo dirige una ciudad, un país, sino el mundo que está del otro lado de ese mundo. Cámara lenta, dice uno; la gente anda despacio. Rápido, dice uno; trepan al Himalaya, se tiran en la tumba. Nada más que porque uno cortó las escenas, dirigió a los actores, anunció los comienzos, adivinó los finales. Cuando me metí en el papel, subía a Notre Dame todas las noches para reírme de los campesinos, despreciar a los gigantes alfeñiques que habían herido a mis amigos y matado el giróscopo que hasta ese momento había girado siempre en mi pecho. Pero entonces el giróscopo empezó a dar vueltas de nuevo, desequilibrado, descentrado. Mira, mira lo que he hecho, casi todo destruido. Lo inició la Bestia, pero lo terminé yo. Sabía que si no me detenía me iban a tener que llevar en camilla a una lechería-manicomio para que me ordeñaran la paranoia. Eso, y la Bestia moribunda, rogando que le dieran una última oportunidad para ir a estar con el sacerdote y las campanas y las velas y los confesionarios y: el perdón. Tenía que devolverle el estudio para que él pudiera devolvértelo Roy se pasó la lengua por los labios espantosos y se quedó en silencio.

—Hay una cosa, varias cosas, que no están claras... —dije.

—¿Cuáles?

—¿Cuánta gente mató Arbuthnot en estos últimos días? ¿Y cuánta gente...? —
Tuve que callarme, porque no podía decirlo.

Roy lo dijo por mí: —¿Cuánta gente arruinó Roy Holdstrom, Bestia Número Dos?
Asentí con la cabeza.

—Yo no maté a Clarence, si eso es lo que temes.

—Gracias a Dios.

Tragué saliva y por fin dije: —¿En qué momento... ay, Dios... cuándo...?

—¿Cuándo qué?

—¿A qué hora... qué día... dejó Arbuthnot de dirigir... y *tú* te hiciste cargo?

Ahora le tocó a Roy tragar saliva detrás del rostro estropeado. —Era Clarence, por supuesto. En las catacumbas, oía voces por el cableado del teléfono, en todos los cruces de tumbas. Voces *en* los propios túneles. Levantando los auriculares, o escondido a la espera, daba un paso atrás o seguía las sombras que iban a los entierros. Supe que a Clarence le había llegado la hora cinco minutos después de que la Bestia le arrasara el apartamento. Vi y oí, a lo lejos, cómo Doc se abría paso por los túneles llevando a Clarence a alguna maldita cripta perdida en algún sitio. En ese momento supe que no tardarían en enterarse de que yo estaba vivo, si es que no lo sospechaban ya. Me pregunté si se habrían fijado en el incinerador y se habrían dado cuenta de que lo que había allí no eran mis huesos verdaderos sino un esqueleto de mentira. Y a continuación: ¡*Tú!* *Tú* conocías a Clarence. Podían haberte visto en su casa, o en mi apartamento. Si se ponían a hacer cuentas, te enterrarían vivo. Así que tuve que asumir el mando, ¿te das cuenta? Tuve que convertirme en la Bestia.

»No sólo eso, cerré el estudio para poner a prueba mi poder, para ver si saltaban al oír mi voz, si hacían lo que yo les decía. Con el estudio vaciándose, era más fácil matar a los villanos, ocuparme de mis posibles asesinos.

—¿Stanislau Groc? —dije.

—¿Groc...? Sí. A fin de cuentas, fue él quien nos metió en esto. Me contrató a mí, como primera medida, porque yo podía hacer revivir criaturas del mismo modo en que él había empastado al finado Lenin. Interesó a Arbuthnot para que te contratara, tal vez. Luego hizo el cadáver que estaba subido al muro para espantar a la gente del estudio y a Arbuthnot, y después nos invitó al Brown Derby para la revelación bestial. Luego, cuando yo hice el busto de arcilla y aterroricé a medio mundo, los sacudió cabeza abajo para que cayera el dinero.

—¿Entonces tú mataste a Groc?

—No exactamente. Hice que lo detuvieran en la puerta de entrada. Cuando lo trajeron a la oficina vacía de Manny y lo dejaron solo y el espejo se abrió, pegó un salto y se murió al verme allí de pie. Ahora pregúntame por Doc Phillips.

—¿Doc Phillips?

—Después de todo, fue él quien se llevó mi supuesto «cadáver», ¿no es así? Él y su

eterna palita limpiacaca. Me lo encontré en Notre Dame. Ni siquiera intentó huir. Lo subí con las campanas. Lo único que quería era asustarlo. Levantarlo bien alto y sacudirlo hasta que, como a Groc, se le parara el corazón. Homicidio sin premeditación, no asesinato. Pero, cuando lo estaba alzando se enredó, se puso frenético y casi se ahorcó. ¿Lo hice yo? ¿Tengo yo la culpa?

Sí, pensé. Y luego: no.

—¿J. C.? —pregunté, y contuve la respiración.

—No, no. Subió a la cruz dos noches atrás y no se le cerraron las heridas. Se le escapó la vida por las muñecas. Murió en la cruz, pobre borracho, pobre J. C. Que Dios lo acoja en su seno. Lo encontré y lo puse en un lugar adecuado para que descansara.

—¿Dónde están todos? Groc y Doc Phillips y J. C.

—En algún lado. En cualquier lado. ¿Qué importa? Ese sitio está lleno de cadáveres, millones de cadáveres. Me alegra que uno de ellos no sea... —dudó un poco— el tuyo.

—¿El mío?

—Eso fue lo que finalmente me hizo parar y desistir. Hace unas doce horas. Me di cuenta de que te tenía en la lista.

—¿¡Qué!?

—Me di cuenta de que estaba pensando: Si se interpone en mi camino, es hombre muerto. Con eso se acabó.

—¡Dios mío, espero que así sea!

—Pensé: Espera, él no tuvo nada que ver con todo este estúpido circo. Él no puso los caballos en el tiovivo. Es tu amigo, tu compañero, tu compinche. Es lo único que queda de la vida. Eso fue lo que me hizo regresar. El camino de vuelta de la locura es darse cuenta de que uno está loco. El camino de regreso significa que se acabó la carretera y que lo único que puede hacer uno es volver. Yo te quería. Te quiero. Así que volví. Y abrí la tumba y dejé salir a la verdadera Bestia.

Roy giró la cabeza y me miró. La mirada decía: ¿Me denunciarás? ¿Me dañarás por todo lo que he dañado?

¿Somos amigos todavía? ¿Qué me hizo hacer todo lo que hice? ¿Tiene que enterarse la policía? ¿Y quién les va a contar? ¿Merezco ser castigado? ¿Los locos tienen que pagar? ¿No es todo esto una gran locura? ¿Con decorados locos, guiones locos, actores locos? ¿Se acabó la obra? ¿O acaba de empezar? ¿Tenemos que reír o llorar? ¿Por qué razón?

Su rostro decía: Dentro de muy poco saldrá el sol, se pondrán a funcionar las dos ciudades, una más viva que la otra. Los muertos seguirán muertos, sí, pero los vivos repetirán las líneas que restaban ayer. ¿Los dejamos hablar? ¿O los reescribimos juntos? ¿Hago la Muerte que cabalga veloz, y cuando abre la boca le salen tus palabras?

¿Qué...?

Roy esperó.

—¿De verdad vuelves a estar conmigo? —dije.

Aspiré hondo y seguí. —¿Vuelves a ser Roy Holdstrom y seguirás siendo Roy Holdstrom y nada más que mi amigo, de ahora en adelante, sí? ¿Roy?

Roy tenía la cabeza inclinada. Al fin estiró la mano.

Yo la tomé como si fuera a tambalearme y caer a las calles del París de la Bestia, allá abajo.

Nos apretamos fuerte las manos.

Con la que tenía libre, Roy se libró del resto de la máscara. Hizo una bola con los materiales, la cera arrancada y el polvo y la cicatriz de celedón y la arrojó desde Notre Dame. No la oímos aterrizar. Pero nos llegó una voz asustada.

—¡Eh! ¡Maldita sea!

Miramos hacia abajo.

Era Crumley, un simple campesino en la puerta de Notre Dame. —Se me acabó la gasolina —gritó—. Me cansé de dar vueltas y vueltas a la manzana. Y de pronto: me quedé sin gasolina.

—¿Qué diablos —se puso la mano en la frente como una visera— *pasa* ahí arriba?

Enterraron a Arbuthnot dos días después.

O más bien lo volvieron a enterrar. O más bien, lo pusieron en la tumba, lo llevaron antes del amanecer unos amigos de la iglesia que no sabían a quién llevaban o por qué o para qué.

El padre Kelly ofició en el funeral de un niño nacido muerto, sin nombre y, por lo tanto, no bautizado.

Yo fui con Crumley y Constance y Henry y Fritz y Maggie. Roy se quedó mucho más atrás.

—¿Qué hacemos aquí? —balbuceé.

—Nos aseguramos de que lo entierran para *siempre* —observó Crumley.

—Perdonamos al pobre desgraciado —dijo Constance en voz baja.

—Ay, si la gente de afuera supiera lo que ocurre aquí hoy —dije—, imaginaos las multitudes que vendrían a cerciorarse de que todo se acabó por fin. La despedida de Napoleón.

—No era ningún Napoleón —dijo Constance.

—¿No?

Miré hacia el otro lado del muro del cementerio, donde las ciudades del mundo se extendían chatas y no había sitio para que King Kong arrebatase biplanos, ni un sepulcro blanco cubierto por el polvo para el Cristo sin tumba, ni una cruz de la que colgar algo de fe o de futuro, ni...

No, pensé, tal vez no era Napoleón, sino Barnum, Gandhi y Jesús. Herodes, Edison y Griffith. Mussolini, Genghis Khan y Tom Mix. Bertrand Russell, El Hombre que Podía Hacer Milagros y El Hombre Invisible. Frankenstein, Tiny Tim y Drac...

Debo de haber dicho algunos de esos nombres en voz alta.

—Silencio —dijo Crumley, *sotto voce*.

Y la puerta de la tumba de Arbuthnot, con flores adentro, y el cuerpo de la Bestia, se cerró de golpe.

Fui a ver a Manny Leiber.

Todavía estaba sentado, como una gárgola en miniatura, en el borde del escritorio. Lo miré a él y luego el enorme sillón que tenía detrás.

—Bueno —dijo—. *César y Cristo* está terminada. Maggie la está compaginando.

Me miró como si hubiese querido darme un apretón de manos y no supiese cómo. Así que fui, junté los almohadones del sofá, como en los viejos tiempos, los apilé y me senté encima.

Manny Leiber no pudo contener la risa. —¿*Nunca* tiras la toalla?

—Si lo hiciera, usted me comería vivo.

Me fijé en la pared, detrás de donde estaba él. —¿Han cerrado el pasaje?

Manny bajó del escritorio, fue hasta allí y descolgó el espejo. Detrás, donde en otro momento había habido una puerta, se veía yeso fresco y una nueva mano de pintura.

—Cuesta creer que por ese sitio haya entrado un monstruo todos los días, durante años —dije.

—No era un monstruo —dijo Manny—. Y dirigía esto.

Sin él, todo se habría hundido hace mucho tiempo. Sólo se volvió loco al final. El resto del tiempo fue Dios detrás del espejo.

—¿Nunca se acostumbró a que la gente lo mirase?

—¿*Tú* te habrías acostumbrado? ¿Qué tiene de raro que se ocultara, y viniera por el túnel tarde en la noche, y se sentara en ese sillón? No es ni más brillante ni más estúpido que la idea de que las películas se desprendan de la pantalla de los cines y se pongan a dirigir el mundo. Todas las ciudades de Europa están empezando a parecerse a nosotros, los locos norteamericanos, a vestirse, peinarse, hablar, bailar, como nosotros. Gracias a las películas nos hemos ganado el mundo, y somos tan idiotas que no nos damos cuenta. Si todo eso es cierto, ¡¿qué tiene de raro, digo yo, la creatividad de un hombre que vive entre las paredes?!

Lo ayudé a colgar de nuevo el espejo en la pared recién pintada.

—Pronto, cuando se calmen las cosas —dijo Manny—, os llamaremos a ti y a Roy para que construyáis Marte.

—Pero sin Bestias.

Manny dudó un momento. —Ya veremos.

—*Nones* —dije.

Eché una mirada al sillón. —¿Va a cambiarlo?

Manny reflexionó un poco. —Haré que me crezca el trasero a la medida. Lo estuve postergando. Tal vez este año.

—¿Un trasero lo bastante grande como para atajar a la delantera de la oficina de Nueva York?

—Si pongo los sesos donde tengo las asentaderas, sin duda. Ahora que él no está, tengo mucho por hacer. ¿Quieres *probarlo*?

Miré el sillón un rato.

—No.

—¿Tienes miedo de sentarte y no levantarte nunca más? Llévate el esqueleto. Vuelve dentro de cuatro semanas.

—¿Cuándo necesitará usted un *nuevo* final para *Jesús y Pilatos* o para *Cristo y Constantino* o...?

Antes de que pudiera echarse atrás, le di un apretón de manos. —Suerte.

—Creo que lo dice *de verdad* —dijo Manny mirando al techo—. Demonios.

Dio media vuelta y se sentó en el sillón.

—¿Qué se nota? —pregunté.

—No está mal. —Con los ojos cerrados, sintió cómo todo el cuerpo se le hundía en el asiento.— Un hombre podría acostumbrarse.

Desde la puerta me volví para mirar su pequeñez congelada en medio de tanta grandeza.

—¿Todavía me odias? —preguntó.

—Sí —dije—. ¿Y usted a mí?

—Sí —dijo.

Salí y cerré la puerta.

75

Caminé por la acera de enfrente de la casa de vecindad. Henry me seguía, guiándose por el sonido de mis pasos y el roce de su maleta en mi mano.

—¿Tenemos todo, Henry? —dije.

—¿Toda mi vida en una maleta? Claro que sí.

Al llegar a la esquina, doblamos.

Alguien, en algún sitio, hizo un sordo e invisible disparo de cañón. La mitad de los edificios, alcanzados por el proyectil, se desmoronaron.

—Suenan como cuando demolieron el muelle de Venice —dijo Henry.

—Sí.

—Suenan como cuando deshicieron la montaña rusa.

—Sí.

—O como el día en que arrancaron las vías del gran tranvía rojo.

—Sí.

Cayó el resto de los edificios.

—Date prisa, Henry —dije—. Vamos a casa.

—A casa —dijo el ciego Henry, y asintió con la cabeza, contento—. Nunca pude decir eso. Suena bien.

76

Invité a Crumley y a Roy y a Fritz y a Maggie y a Constance a una última ronda antes de que llegaran los parientes de Henry para llevárselo a Nueva Orleans.

La música sonaba con fuerza, la cerveza era abundante, el ciego Henry contaba por enésima vez el descubrimiento de la tumba vacía, y Constance, medio ebria y medio desvestida, me mordía la oreja cuando la puerta de mi pequeña casa se abrió de golpe.

Una voz gritó: —¡Tomé un vuelo temprano! Había un tráfico espantoso. ¡*Allí* estás! Y te conozco a ti, y a ti y a *ti*.

Peg se quedó en la puerta señalando con el dedo.

—Pero —gritó—, ¿¡quién es esa *mujer* semidesnuda!?

Notas

[1] «Lápida» en inglés. (N. de la t.) <<

[2] «Agujas» en inglés. (*N. de la t.*) <<

[3] Sombrero hongo. (*N. de la t.*) <<